

Pensar la utopía en la acción



Trazas de un anarquista heterodoxo

***1950-1975 : en el exilio y en la clandestinidad
1975-2013 : en la "Transición" y la "Democracia"***

Octavio Alberola

***Pensar la utopía
es pensar una sociedad
fundada en la anarquía,
porque sólo rechazando la autoridad
es posible la libertad,
la igualdad y la fraternidad***

Bombarda Edicions

bombarda.edicions@gmail.com

657 48 55 31 - Lavern (Subirats-Alt Penedès)

Primera edició, mayo 2013

Aquest llibre també es pot consultar i descarregar des dels següents llocs d'internet:
Este libro puede ser consultado y descargado desde los siguientes sitios de internet:

http://issuu.com/lavern/docs/pensar_la_utopea_en_accion_a5_1

www.fvillagrasa/wix.com/villagrasa

Preámbulo

Un libro no es el fruto del azar. He aquí el por qué de este :

Para mí el hombre es el producto de las circunstancias. De ahí que considere cuanto he escrito como el resultado de haber tenido como padre a un maestro racionalista¹, de haber vivido de niño² la llamada “guerra civil española” de 1936 y luego, tras el triunfo del fascismo español en 1939, por haber estado durante más de veinte años exiliado en México. Y, por supuesto, también por todo lo que he vivido hasta el día de hoy desde que, en 1962, me marché de México para incorporarme a la lucha clandestina antifranquista. Es decir: un periodo de más de medio siglo en el que, tras la muerte de Franco en 1975, comenzó la llamada “Transición a la democracia” que ha culminado hoy en la regentada por los herederos del franquismo.

Así pues, si fueron tales circunstancias las que me incitaron a escribir los textos que se reproducen en este libro, también ha sido el disponer ahora de la informática e internet lo que me ha incitado a recopilarlos, componerlos y editarlos en formato libro. No sólo porque ellos constituyen las trazas de mi participación en el combate de ideas sino también porque esos instrumentos tecnológicos permiten “fabricar” hoy un libro de manera más fácil, directa y autónoma que antes, y, además, ponerlo a la disposición de “todo el mundo” a través de ese espacio social que internet es de más en más...

Falta sólo explicar el por qué, a pesar de haber sido - desde muy joven - alérgico a los símbolos, a la etiquetas y en general a las ideas transfor-

¹ Los maestros que aplicaban la pedagogía de la Escuela Moderna de Francisco Ferrer

² En 1936 yo tenía 8 años de edad.

mas en ideologías, me presento aquí como “anarquista”, aunque matizado con el adjetivo “heterodoxo”. La razón es simple: por haber sido - también desde muy joven - alérgico al poder, a todos los poderes, y, en consecuencia, rechazar toda forma de autoridad y considerar la libertad como el valor fundamental en las relaciones humanas. Un principio, la anarquía, que puede resumirse en el hecho de no someterse a la dominación de otro o de un Estado y, consecuentemente, en no hacer mal a nadie. De ahí que, para mí, el anarquismo sea una actitud, un comportamiento fundado en tal principio ético, y que, por no ser éste reductible a dogma o doctrina, el anarquista deba ser pues libre, autónomo, irreverente y heterodoxo.

Primera parte

1950-1975

En el exilio y la clandestinidad



la
revolución
está
en ti

Intervención
20 de Noviembre 2009
5-7pm
Plaza Santa Cecilia

Micrófono abierto 16-2pm
ven y dí lo que piensas y sientas.

www.todososomosunmundopequeño.blogspot.com

Cartel de 2009

Ricardo Flores Magón (1879 – 1922)

INTRODUCCIÓN

El contenido de un texto es importante; pero también es importante saber dónde y en qué contexto histórico el autor lo ha escrito.

Los primeros textos, de esta Primera Parte, los escribí en México entre 1951 y 1953, tras algo más de una década de exilio en ese país, comenzado a finales de 1939. Estaba entonces terminando mis estudios universitarios y mis preocupaciones y actividades militantes comenzaban a orientarse de más en más hacia la lucha de los libertarios españoles contra el franquismo.

Hacia ya casi tres años que, junto a dos jóvenes libertarios españoles, exiliados como yo, y un mexicano, compañero mío de estudios, había sido detenido³ por pegar un manifiesto de las Juventudes Libertarias mexicanas en las calles del centro de la ciudad de México. El manifiesto estaba dirigido al pueblo mexicano y en él denunciábamos la política antisocial del gobierno que se pretendía heredero de la Revolución de 1910. Nuestra detención había durado un mes y sólo quedamos en libertad tras firmar (incluso el mexicano) un documento en el que nos comprometíamos a no inmiscuirnos en la política mexicana para no ser expulsados de México⁴.

Este “incidente” había provocado malestar en los medios españoles del exilio republicano e inclusive entre los libertarios, pues consideraban que los refugiados no debíamos inmiscuirnos en la política mexicana. Esta reacción me había parecido comprensible de parte de los republicanos, pero no de parte de los libertarios españoles que no paraban de vanagloriarse de su pasado revolucionario en España. Por ello me había alejado de esos medios y dedica-

³ La detención se produjo el 20 de septiembre de 1948.

⁴ Se nos amenazó de expulsión a pesar de que el gobierno mexicano seguía sin reconocer a Franco. Sobre esto puede encontrarse más información en la Tesis del historiador mexicano Ulises Ortega Aguilar, *Regeneración y la Federación Anarquista Mexicana (1952-1960)*, UNAM, acceso electrónico, página 245.

do prioritariamente, hasta 1951, a mis investigaciones científicas y filosóficas comenzadas desde el inicio de mis estudios universitarios⁵. Fruto de esas investigaciones y lecturas fue un texto, *El problema de la Libertad*, editado como folleto en febrero de 1950 por las Ediciones Juventud⁶. Texto que me sirvió de base para elaborar otro, más riguroso y extenso, para el Primer Congreso Científico Mexicano, celebrado en septiembre de 1951 con motivo del IV Centenario de la fundación de la Universidad de México, que titulé : *Los problemas de la ciencia: determinismo y libertad*⁷.

Pero la verdad es que, paralelamente a esta actividad científico-filosófica y pese al ucase de las autoridades mexicanas para liberarnos, yo había seguido frecuentando a los compañeros de la Federación Anarquista Mexicana que editaban el periódico *Regeneración*. Periódico fundado en 1900 por los hermanos Flores Magón y en el que comencé a publicar artículos durante varios años a partir de 1951.

Son pues algunos de estos artículos los que he *escogido*⁸ para comenzar la Primera Parte de este libro. No sólo porque me parecen muy representativos para comprender mi posicionamiento ideológico de entonces y el posterior, sino también porque no he podido recuperar aún ninguno de los salidos en los periódicos *Tierra y Libertad* y *Solidaridad Obrera*, portavoz de la Delegación de la CNT de España en México. Pues, la verdad es que, a pesar de haber sido nombrado delegado al Congreso de 1961 de la CNT en Limoges (Francia), mis relaciones con los cenetistas y los miembros del Grupo Tierra y Libertad fueron muy conflictivas⁹ durante casi todo mi exilio en México.

⁵ Estudiaba en la Facultad de Ingeniería y en la de Ciencias de la UNAM.

⁶ Un folleto de 16 páginas influenciado por las proclamas revolucionarias de los anarquistas mexicanos precursores de la Revolución de 1910 (Ricardo Flores Magón, Praxedis Guerrero, etc) y de los filósofos de la rebelión (Nietzsche, Camus, etc.).

⁷ Este texto figura en la Memoria del Congreso, editada por la UNAM, y fue editado en un folleto de 48 páginas por la editorial Universo de Toulouse, Francia, también en 1951.

⁸ En realidad son los únicos que he podido recuperar hasta ahora; pues me ha sido imposible encontrar trazas de los publicados en *Tierra y Libertad*, *Solidaridad Obrera* y en *Alba Roja*, del cual sólo he encontrado esta referencia en Google : <http://ephemanar.net/fevriero9.html>

⁹ Mis discrepancias con estos compañeros provenían de la manera que tenían de concebir y vivir el anarquismo sin realmente comprometerse con las luchas y sociales del pueblo mexicano y en mantener un antifranquismo puramente retórico.

Conflictividad que aumentó tras ser requerido por la Comisión de Defensa del Movimiento Libertario Español para incorporarme al organismo “secreto” DI (Defensa Interior)¹⁰, que se constituyó a principios de 1962 en Francia por acuerdo del Congreso de 1961. Incorporación que marcó el comienzo de un periodo de total clandestinidad para mí, que no terminó definitivamente hasta mi segunda detención en Europa poco antes de la muerte de Franco.

Un periodo durante el cual escribí artículos, con seudónimo o con mi nombre, en periódicos y boletines de las Juventudes Libertarias¹¹; pero de los cuales sólo he podido recuperar –muy recientemente– los aparecidos en la revista *Presencia libertaria*¹² entre 1965 y 1974. De ahí que sean estos artículos las únicas “trazas” que haya podido incluir al final de esta Primera Parte : exilio y clandestinidad.

No obstante, y a pesar de que quizás algunos de los artículos que no he podido recuperar aportarían información y más elementos de análisis para comprender mi posicionamiento en el conflicto que acabó escindiendo de nuevo al Movimiento libertario español tras el Congreso de la CNT de Montpellier, en 1965, e inclusive en la fallida tentativa de reconstrucción de la CNT tras la muerte de Franco, creo que los artículos reproducidos permiten hacerse una idea de lo que eran mis concepciones ideológicas de entonces. Y, a la vez, para ver en que medida se mantuvieron o cambiaron en función de las circunstancias que me tocó vivir durante ese periodo.

La verdad es que, tras su relectura, esos artículos me parecen reflejar de manera bastante fidedigna lo que pensaba entonces¹³ y hasta el estilo, grandilocuente y épico, de mi prosa¹⁴. Pues, a pesar de lo que influyó en mí el hecho de escuchar a mi padre –en casa, en mítines y conferencias– y de pasarle a máquina lo que escribía para la prensa libertaria, es evidente que el hecho de

¹⁰ Lo del DI y el inmovilismo en el MLE lo he tratado en *El anarquismo español y la acción revolucionaria (1961-1974)* editado por Ruedo Ibérico en 1975 y reeditado por VIRUS en 2004.

¹¹ Sobre todo en el Boletín *RUTA*, de Caracas, en el que sostuve una polémica sobre el tema de la “violencia” con Gastón Leval.

¹² Se pueden consultar todos los artículos de *Presencia Libertaria* en este enlace: <http://www.cedall.org/Documentacio/Castella/cedall203140000.htm>

¹³ Influenciado por las ideas anarquistas de Bakunin, Malatesta, Kropotkin, Reclus, Guyau y, sobre todo, por la rebeldía activa de Ricardo Flores Magón y Praxedis Guerrero.

¹⁴ Influenciada también por la retórica épica de la época.

residir en México me hizo privilegiar las lecturas de pensadores y activistas anarquistas mexicanos. Sobre todo en el periodo anterior a mi detención, cuando mi actividad militante estaba más inmersa en la problemática política y social mexicana.

Ahora bien, tampoco debe olvidarse el contexto histórico internacional durante ese periodo; pues es evidente que de una manera u otra influía en mis preocupaciones, reflexiones y activismo. Así, en la década de los cincuenta, el hecho de que la España franquista ganara batallas diplomáticas decisivas y fuera reconocida de más en más en las instancias internacionales, gracias a la “guerra fría” que hizo aparecer a la URSS como el “enemigo de occidente”. Sin olvidar acontecimientos como la guerra de Corea que contribuyó a acelerar la carrera armamentista de las grandes potencias para procurarse armas atómicas capaces de destruir todo el planeta. Así como el enorme desarrollo industrial que lanzó el consumismo en los países más industrializados y, consecuencia sin duda de ello, el comienzo de la iniciativa franco-alemana que conduciría, con el paso de los años, a la actual Unión Europea. Sin olvidar el esperanzador entusiasmo despertado por la huida del dictador Batista y el comienzo de la “Revolución cubana”. Luego, en la década de los sesenta, en la que asistimos al comienzo a los momentos de mayor confrontación -casi bélica- entre los dos grandes bloques en que se había dividido el mundo. Una década que, además de estas confrontaciones, se caracterizó por las grandes protestas de la ciudadanía, cada vez más crítica con el comportamiento y las acciones de sus gobernantes, y cuyos momentos culminantes fueron : la llamada “crisis de los misiles de 1962”¹⁵, la guerra de Vietnam, la invasión de las tropas soviéticas en Checoslovaquia que acabó en la llamada “Primavera de Praga”, la “Revolución cultural” de Mao contra los intelectuales y altos cargos de su Partido, el “inesperado y sorprendente” Mayo del 68¹⁶ y, al final de esa década, el movimiento contracultural de los “hippies” de rechazo al materialismo occidental. Sin olvidar los éxitos tan espectaculares y significativos de la “carrera espacial”: la URSS, poniendo al primer humano en órbita, y los EE UU colocando al primer ser humano sobre la Luna. Y, en la primera mitad de la década de los setenta, el comienzo de la primera “crisis energética” provocada por los países productores de petróleo agrupados en la OPEP, la instala-

¹⁵ Entre la URSS y los EE UU por la instalación de misiles rusos en la Cuba castrista.

¹⁶ Poco antes del comienzo del Mayo 68, la revista francesa *L'Express* comentaba mi detención en Bélgica en un artículo con este título: *Les Anars préparent un été chaud.*

ción de dictaduras militares en América Latina gracias al intervencionismo yanqui, y, en lo que más nos interesaba a los libertarios españoles entonces, la “revolución de los claveles” de 1974 en Portugal y la muerte de Franco en noviembre de 1975...

También debo señalar, para terminar esta introducción, que, entre 1950 y 1960, además de mis escritos científico-filosóficos ya indicados¹⁷ escribí otros: sobre la dualidad de la materia, la entropía, la mecánica ondulatoria del físico francés Louis De Broglie y seis capítulos de un libro, *El ideal de la Ciencia*, que ha quedado por terminar. Además de una serie de entrevistas y reseñas culturales hechas a finales de 1957 y principios de 1958 para el diario mexicano *Zócalo* en el curso de un viaje por varios países europeos y, en particular, a España¹⁸. No obstante, no creo que la ausencia de estos textos en este libro sea importante; pues el objetivo no es hacer una compilación exhaustiva de lo que he escrito sino más bien una selección de lo que me ha parecido más significativo en el terreno de las luchas políticas y sociales en las que he estado más comprometido: particularmente en las protagonizadas por el pueblo español.

¹⁷ *El problema de la libertad y Los problemas de la ciencia: determinismo y libertad.*

¹⁸ Este viaje lo hice con un pasaporte mexicano a nombre de un tal Ricardo Vaca Vilchis, lo que me permitió contactar discretamente con grupos de la oposición.

En el exilio. México

¿Qué es la libertad?

Mucho, demasiado quizás, es lo que se ha escrito acerca de la libertad, y, con excesiva frecuencia se le menciona también. Por ello no es de extrañar que su significado sea, muchas veces, mal interpretado o hipócritamente falseado, y que en su nombre se comentan las injusticias más atroces y los crímenes más abominables. No obstante, ese instinto del ser a la libertad no ha podido ser destruido, ni siquiera ser metamorfoseado en su operante realidad.

Ese anhelo, innato en todo ser viviente, a vivir en la acción a la que le encamina su energía vital sólo puede ser detenido por fuerzas externas al mismo individuo, por fuerzas ajenas y superiores a su propio potencial energético. Y sólo entonces, cuando estos potenciales externos al individuo superan a su propio potencial, se impide o se detiene la evolución y desarrollo personal del ser. Todo ser viviente tiene un potencial, pequeño o grande, en virtud del cual vive en la acción que lo caracteriza y lo define; pues es mediante la fuerza de este potencial que se determinan nuestras conductas, la vida y las conductas de todo ser vivo.

La vida es acción y transformación de nuestra energía vital en el trabajo de nuestras acciones. Así pues, en el mundo físico, la libertad pierde todo el sentido que le atribuimos en el mundo de las relaciones humanas; pues los cuerpos, en tanto que materia y energía, quedan sujetos a las leyes deterministas que rigen la naturaleza.

El ser humano es pues el resultado de la evolución cósmica y por ello, en su forma temporal, está condicionado por los complejos engranajes y mecanismos que rigen la existencia y el funcionamiento de la materia inerte y de la materia viva. Engranajes y mecanismos que, en su heterogénea complejidad, no gozan de ningún grado de libertad para autocambiar su modo de funcionamiento ni la trayectoria en la que han sido impulsados en el curso del proceso evolutivo de la naturaleza. Por ello el hombre no puede cambiar ni orientar su vida de mutuo propio y son las causas externas las que determinan tal cambio o nueva orientación en la trayectoria de su vida. El hombre está pues relacionado con todo lo existente y su vida no es independiente de todo lo que sucede en la naturaleza y en el universo, y de lo que son y hacen todos los demás seres vivientes. Su vida depende del todo existente y tal dependencia está determinada por todo lo sucedido anteriormente.

Así pues, si la conducta del individuo queda determinada y definida por una serie infinita de fenómenos y causas internas y externas a nosotros mismos, por nuestra propia potencialidad, por el pasado y por el medio en que vivimos, cabe preguntarse entonces en qué consiste la libertad para el hombre. La libertad es la manifestación activa de la fuerza de nuestro potencial, que nos impulsa hacia la acción creadora y fecunda de nuestras vidas, venciendo los obstáculos que nos opone el medio en el que vivimos en el camino de nuestra personal evolución. Tal es, para el hombre, la esencia de la libertad, el único sentido en que él puede comprenderla y vivirla. Sólo concebida de esta forma la libertad no pierde valor y validez, quedando así definida y situada en los términos de su verdadera esencia, en su lógica realidad. Esta concepción de la libertad, aunque pierda la amplitud que tenía en las concepciones abstractas y metafísicas de los filósofos, resulta, en cambio, igualmente bella y muchísimo más real. Esta es una interpretación científica de la realidad; pero, antes que todo, es una interpretación humana del determinismo que rige en la vida social del hombre.

De todo lo anterior se deduce, y la experiencia lo comprueba, que la vieja concepción filosófica que de la libertad se tenía y que las religiones nos entregaron bajo el nombre del libre albedrío o voluntad de opción, ha perdido, ante la luz de la ciencia y de la experimentación humana, toda la falsa validez que un día se le llegó a otorgar y que algunos aún pretenden otorgarle. Quedando ahora la interpretación determinista como la única valedera en el mundo hasta hoy conocido, sin que el embate del tiempo y el análisis de la razón le hayan quitado validez ni brillo alguno.

Debemos, para finalizar, establecer con toda claridad y precisión el significado y los alcances que esta interpretación de la libertad tiene en la vida social del hombre, y en la que es en donde adquiere su más alto y verdadero significado. La libertad, como hemos dicho ya, es una manifestación de la fuerza creadora y fecunda de nuestro potencial energético vital, de nuestra inteligencia y de la bondad y alta nobleza de nuestros sentimientos. Sólo en virtud de su potencial energético, el hombre actúa en el campo físico-espiritual (cultural) que lo definen y que constituyen su vida misma. Este potencial le determinan a la vez el carácter, la inteligencia, los sentimientos y el grado de rebeldía que él va a poseer a lo largo de toda su existencia. Y eso aunque, como es natural, este potencial aumente o disminuya en el curso del tiempo, transformándose, en consecuencia, los atributos resultantes que de él dependen. Atributos que, no obstante, seguirán determinados por aquél.

Ahora bien, en la vida social, los hombres tienen que chocar muchas veces con sus semejantes, sus trayectorias –determinadas por sus respectivos potenciales- se encuentran con las trayectorias de otros hombres produciéndose choques, desviaciones o arrastres, según el ángulo de incidencia y la diferencias de potencial que exista entre los diferentes individuos que colapsen entre sí. De ahí que los individuos de trayectorias de menor potencial sean arrastrados por los de potencial más fuerte, los que, inclusive en las mismas circunstancias del medio por el que atraviesan, dejan la huella imperecedera de su existencia.

Dentro del grupo que sobresale de la gran masa surgen tendencias múltiples y diversas; pero agrupándose necesariamente en dos categorías diferentes, en dos tipos distintos de hombres. Unos de fuerte espíritu dominador, que asientan gran parte de su poder, si es que no todo, en el respaldo de esa gran masa a la que interiormente desprecian; pero a la que exteriormente halagan para atraerla a sus redes y colocar sobre ella las cadenas en que asientan su grandeza. Sin el apoyo de las masas, éstos no son nada. Necesitan de ella, y, para lograr su apoyo, la halagan en lo que de más bajo y ruin ella tiene. Son los grandes demagogos que la engañan constantemente con las falsas promesas que las multitudes mediocres siempre creen. De este lado quedan todos los tiranos, todos los sátrapas que ha tenido la Humanidad. Por otra parte tenemos a los que sobresalen por su indomable espíritu rebelde, por sus potentes sentimientos de justicia y de amor, por la enorme capacidad creadora de sus inteligencias, por la altiva nobleza de sus ideales. Éstos, que no desprecian a la masa sino que la aprecian por lo que de bueno hay en ella, no cuentan en cambio con su apoyo; pues, al no halagarla en sus pésimos gustos y en sus bajas pasiones, ésta no los comprende, si es que llega alguna vez a escucharlos.

En esta situación, la libertad se define como la potencia para vencer los obstáculos que el medio y los demás seres nos oponen en el curso de las trayectorias de nuestras vidas, y, más claramente, como la ausencia de coacción externa de unos hombres sobre otros. Por lo tanto, en los caminos que en el futuro los hombres tengan que seguir, quedan, desde ahora, bien grabados el valor y la importancia de los mismos. Unos seguirá, por su impotencia, el curso trágico y degradante de la gran masa, incapaces de sentir y comprender la libertad, y, por lo mismo, incapaces de luchar por ella. Otros –los menos, pero los más valientes- seguirán manteniendo en alto la rebeldía creadora de sus vidas,

defendiendo y luchando por conseguir el disfrute de la libertad, tanto para ellos como para los demás.

Quedan pues bien claros los caminos a seguir; pero, antes de decidir el nuestro, hay que tener siempre presente que, a la mezquindad de los esclavos y la ruindad de los tiranos, siempre se le opondrá victoriosa la gallarda e indomable rebeldía de los que saben ser hombres ante todo y ante todos.

(15/I/1951) en *Regeneración*

¿Por qué? El temor a lo nuevo

Es cosa corriente y natural en la mayoría de los hombres el sentir un franco recelo para todo lo que significa una innovación, un cambio en las formas tradicionales de pensar o vivir. Siempre, en todos los campos de la actividad humana, han existido esas tendencias conservadoras, cuando no retrógradas y francamente sectarias, que han impedido o retardado la actuación plena y cabal de las fuerzas progresistas e innovadoras que luchan por acelerar la evolución de la sociedad.

Estas tendencias, en la mayoría de los casos peligrosamente nocivas, representan siempre el pensamiento de lo más caduco de la sociedad, de lo más senil y menos activo espiritualmente. Son tendencias que se manifiestan por un temor, a veces desmedido, a todo lo nuevo, a todo lo que represente nuevas condiciones de existencia y lucha. Un temor psicológicamente explicable por un estado de impotencia e incapacidad; aunque en muchos casos el temor es producido por el interés bastardo de conservar privilegios y riquezas malhabidas, que ven en peligro de perder con las nuevas situaciones o nuevas actividades, y de ahí que adopten actitudes francamente reaccionarias hasta en los medios más revolucionarios. Pero lo que no es fácil de comprender y mucho menos de justificar es que algunos de estos individuos adopten tal actitud como norma de conducta permanente en su trato con la juventud. Lo más perjudicial de tales actitudes no es sólo el obstáculo que representan para la realización de las nuevas iniciativas sino la forma nociva en que influyen en la juventud que les rodea, a la que le hacen perder todo anhelo de superación, llegando incluso a destruirles las inquietudes más nobles y rebeldes.

¿Por qué ese temor a desarrollar nuevas actividades, a emprender nuevas rutas, a ejercitar nuevas facultades? ¿Por qué, nos preguntamos, esa constante oposición, de los que se creen insuperables e insustituibles, a todas las iniciativas de los jóvenes que aún sienten inquietudes y amor por nuestros ideales? Es verdad que no todo lo que la juventud pueda decir o proponer debe ser aceptado o realizado; pero es también verdad que no debe contestárseles eternamente que no, y mucho menos en la forma altanera y despectiva en que lo hacen algunos. Para que la juventud pueda sentir simpatía y luchar por lo nuestro debe tratársele en forma debida, fomentando en ella el anhelo de superación y la necesidad de mantenerse en constante actividad. Es necesario, sin halagarla, valorizar sus esfuerzos y ayudarla a realizar sus proyectos.

Frecuentemente se nos reclama, muy justamente, más respeto y tolerancia hacia los compañeros que después de haber pasado una larga existencia de luchas y sufrimientos se colocan, ahora, en actitudes francamente intransigentes y absolutistas. Concedemos que por su pasado, lleno de actividad y entrega al ideal, son merecedores no sólo de nuestro respeto sino también de nuestro cariño y admiración; pero nos negamos, como jóvenes con inquietudes nuevas, con esperanzas y anhelos diferentes a los que ellos sienten actualmente, a dejar de sentirnos con el derecho de pensar por nosotros mismos. Nos negamos, repetimos, a aceptar y seguir orientaciones que creemos inoportunas y erróneas, y hacemos patente el firme propósito de llevar adelante todas nuestras iniciativas, todas las actividades que, para la propagación y valorización de nuestros ideales, nos hemos señalado.

Ya es hora de mirar sin cobardía el terreno que pisamos, para ver los errores cometidos y la forma de remediarlos. Es hora de quitarse el temor a lo nuevo y apreciar sin prejuicios y recelo los nuevos caminos que se nos ofrecen para alcanzar, con mayores probabilidades de éxito, nuestras comunes metas de liberación y justicia.

(8/XII/1951) en *Regeneración*

¿Miedo a la Libertad?

Cuanto más se acerca el día glorioso en que el pueblo español romperá en mil pedazos las cadenas de la tiranía franquista, con las que hoy le tienen preso y acorralado, más se nota el miedo que siente todos los políticos a la libertad, a que el pueblo español goce de ella.

Sí, miedo, pánico más bien, es el que siente todos esos falsarios, todos esos parásitos oportunistas que se adhieren como sanguijuelas al aparato gubernamental, para chupar y vivir del presupuesto a costas del sudor y del sufrimiento del pueblo al que dicen representar.

Tienen miedo a que el pueblo goce de libertad porque saben que perderían todos sus privilegios y canonjías y serían despreciados por su hipocresía y cobardía. Por ello siempre le han negado la libertad: por medio de la demagogia o de las armas.

Todos los gobiernos republicanos, socialistas o fascistas han utilizado la fuerza mercenaria de la policía y el ejército para negarle al pueblo español el disfrute de la libertad por la que tan valerosamente ha luchado siempre.

El pueblo español no podrá olvidar, junto a las feroces y sanguinarias dictaduras reaccionarias de Primo de Rivera y Franco, las crueles y sangrientas represiones ejercidas por los republicanos contra el proletariado español. Las matanzas de trabajadores en Cartagena y en Asturias, ordenadas por la República, no podrán ser olvidadas por el pueblo que sufrió en su carne la afrenta de ver a sus propios hijos cegados por las balas traidoras de los que él había elevado al poder.

Por esto toda esta fauna politiqueril tiembla ante la perspectiva, más o menos cercana, del estallido revolucionario e la explosiva caldera ibérica. Saben muy bien lo difícil que ahora será el contener la sed de justicia y libertad de nuestro pueblo. Por eso tiemblan y, ante el futuro, muchos de ellos se vuelven pesimistas del porvenir español. Quieren ocultar su odio a la libertad hablando de la pretendida incapacidad del pueblo español de vivir libremente, sin toda esa plaga parasitaria que constituye la burocracia gubernamental. Dicen que es mucho lo que él quiere y que debería conformarse con menos. Quisieran que se conformara con la libertad del gato, que maúlla cuando le pegan, con la libertad del esclavo, que implora ante sus tiranos. Pero ellos saben que sus pretensiones son absurdas y que el pueblo les ha retirado su

confianza, y que, además, los desprecia por sus traiciones pasadas, presentes y futuras.

Saben que el pueblo español es por naturaleza rebelde, que sólo por la fuerza se le humilla. Por eso desde ahora quieren servir de apaga fuegos; pues tienen la vana pretensión de volver a ocupar los sitios que un día llegaron a ocupar inmerecidamente. Quieren una República con la guardia civil y mucha policía, con ejército y generales a lo Sanjurjo, Mola y Franco, para evitar que el pueblo haga justicia y que el proletariado reivindique, con la acción, las mejoras económico-sociales que ellos le niegan. Por eso se preparan y buscan, por todos los medios, pactos y componendas, y por ello es necesario también que nosotros nos preparemos para evitar claudicaciones y reformismos entreguistas. Nosotros los jóvenes, la juventud que deberá labrar el porvenir de nuestro pueblo, no debemos aceptar las claudicaciones de antaño. Nuestro movimiento debe ser revolucionario en todo momento, libertario hasta el fin. No debemos tolerar que de nuestros medios surja la claudicación, el engaño, la colaboración con los enemigos del pueblo escudados tras caretas demagógicas de gobiernos pseudo-revolucionarios o democráticos. Por eso debemos ser rebeldes, ácratas ante todo, sin ambages o circunstancialismos, con sentimiento y decisión. La juventud libertaria debe tener presente las dolorosas experiencias que provocaron el fracaso de la revolución española del diecinueve de julio, sin olvidar que fue el colaboracionismo político y la falta de decisión revolucionaria de nuestro movimiento en conjunto lo que llevó a ese resultado y a la pérdida de la guerra, que ni la República ni ningún partido político quiso ganar por miedo a la libertad del pueblo.

(20/VII/1952) en *Regeneración*

El anarquismo de ayer y de hoy

Lo que debe buscarse

Renovar no implica en modo alguno negar y mucho menos destruir, pues en todo caso es una reafirmación. Renovar es dar vida nueva, revivir y poner en actividad algo que está estancado o moribundo. Por esto nos duele, en lo más íntimo de nuestros sentimientos, cuando escuchamos o leemos los reproches de aquellos que por su experiencia y nombradía creen ser los depositarios actuales de la verdad “eterna” de nuestras ideas.

No comprendemos cómo se posible que compañeros, que sintiéndose anarquistas y habiendo dado muchas pruebas de serlo, sean capaces de poner, en nombre de las ideas, un veto a todos los intentos de revisión y renovación de nuestros principios y nuestras tácticas. Lo nuestro no es eterno y mucho menos insuperable; por lo cual nuestros ideales son susceptibles de renovarse, ampliarse y modificarse también. Claro es que estas modificaciones y estas ampliaciones deben ser realizadas en el sentido de su perfeccionamiento y nunca en menoscabo de su valor ético o de su fuerza libertaria.

El anarquismo debe ser lo suficientemente fuerte, y lo es en realidad, para resistir todo análisis del intelecto humano sin agrietarse en sus principios fundamentales. Su grandeza está en ser el más alto concepto de la libertad. Por tal motivo nunca se podrá poner, en su nombre, veto alguno a los que traten de penetrar en sus fuentes más profundas con la finalidad, declarada o no, de encontrar fallas y contradicciones en sus postulados más importantes o en toda su basta doctrina social.

Revisar implica reestudiar, y en ese sentido el anarquismo debe ser reestudiado constantemente por todo militante y por todas las generaciones nuevas de anarquistas. Es necesario, para valorizarlo, no desestimar ni siquiera las críticas de nuestros opositores ideológicos, ya que en ellas podemos encontrar posibles fallas, que para nosotros -por nuestra proximidad- pasaron desapercibidas, o elementos desconocidos para vigorizar aún más nuestro criterio y nuestras convicciones.

Esto no quiere decir, claro está, que debamos aceptar las tesis o las críticas de nuestros contrarios, si éstas no son convincentes, ni que debamos perder nuestro tiempo en escuchar las réplicas gratuitas de algunos adversarios em-

peñados neciamente en repetir el mismo sonsonete con el que, desde hace mucho, tratan de molestarnos.

En anarquista, no se pueden hacer afirmaciones dogmáticas como la hecha recientemente por el compañero Peirats: “el voluntarismo es la concepción que da categoría al pensamiento anarquista en todas sus manifestaciones”. Ni se pueden poner vetos a las tentativas de renovación ideológica: tanto en el terreno teórico como en el táctico.

El anarquismo de hoy puede ser mejor que el de ayer, y el de mañana mejor que el de hoy. Nuestras ideas quizás sean imperecederas; pero no inmutables, y al no serlo pueden ser superadas, perfeccionadas y ampliadas. Oponerse sin motivos, sin justificación, a todas las tentativas de renovación doctrinal es no sólo un grave error sino una flagrante contradicción.

(28/II/1953) en *Regeneración*

A la militancia anarquista internacional

Carta abierta de un joven libertario

Esta carta refleja las inquietudes, los anhelos y esperanzas de un joven libertario que cree llegado el momento en que las circunstancias nos obligan a hablar con el máximo de sinceridad y sin que la crudeza del lenguaje nos obligue a callar, por falsos escrúpulos de moderación, lo que en nuestra conciencia de libertarios no se puede ya silenciar.

La lectura de algunos artículos publicados en la prensa anarquista de Francia y EEUU de Norteamérica, me han impulsado a aclarar y a justificar públicamente los conceptos expresados en varios artículos publicados en nuestros periódicos por algunos jóvenes —entre los que estoy incluido— y en los que se enaltecía el poder creador de la juventud, a la par que se hacía una crítica global a la trayectoria seguida por las generaciones que precedieron a la actual.

Comprendo que, por la lectura superficial de nuestros escritos, se nos reproche el exceso de optimismo que radicamos en la juventud y lo duro de nuestra crítica; pero, ¿quién podrá negar que cuando se nos juzga a la juventud actual se nos trata con igual dureza y se nos analiza con un pesimismo deprimente y descorazonador? Y pese a todo, lo duro de nuestra crítica no obedece a un deseo de desquite, ni siquiera de vanidad o petulancia como algunos pueden creer. No, nada más lejos de nuestro ánimo. Demasiado sabemos nuestra insignificancia como para pretender erigirnos en cabezas rectoras de una sociedad tan desquiciada como la presente, que necesita del aporte de todos para centrar nuevamente sus pasos en pos de la justicia y la libertad.

Somos vanidosos y ególatras los jóvenes como lo son todos los demás seres humanos; pero no al grado de creernos autosuficientes y desdeñar las enseñanzas de las generaciones pretéritas. No, compañeros, no supongáis en nosotros tal egolatría y necia presunción. Nuestra crítica, lo duro de nuestros reproches obedece a un propósito, quizás mal orientado aún, de despertar en todos los sectores de la juventud, que por decepción se han sumido en la indiferencia o renunciamiento más castrador, el deseo de continuar la lucha revolucionaria en pos de un mundo mejor.

Es necesario atraer a la juventud a nuestros medios; pues sin ella nuestro movimiento pierde efectividad y trascendencia. Y es con este objetivo que alzamos nuestra voz rebelde y acusadora; porque creemos ver, en la actitud de gran parte de la generación pasada, la causa del pesimismo en que se halla sumergida y anonadada la juventud actual. Puede ser que estemos equivocados; pero sería bueno analizar si es la juventud la que se ha alejado de la vieja militancia o si es ésta la que, sin saberlo, se ha distanciando de nuestros sentimientos y apetencias juveniles. Es necesario recapacitar esto muy bien antes de acusar a unos u otros.

La juventud se está alejando de nuestro Movimiento de forma peligrosa para la supervivencia del mismo, y yo creo ver las causas en las actividades personalistas y en ciertas ocasiones con marcado absolutismo de parte de muchos de nuestros militantes. Nuestra prensa ha perdido mucho del espíritu combativo que antes le caracterizaba y que tanto nos entusiasma a la gente joven. Nuestros círculos se empequeñecen; porque en ellos se respiran pesimismo, conformidad, resignación. La juventud requiere un ambiente preñado de dinamismo y en el que la expresión de su fuerza vital halle consciente y fraternal acogimiento. Tanto para reivindicar el derecho humano avasallado por

la insultante y provocativa prepotencia del Estado y el Capital como para estimularla en la subversión del orden establecido. Pero constantemente se nos repite que la juventud está perdida y con ello contribuyen a perderla más. Los viejos militantes se creen insuperables e insustituibles, y nos lo hacen demasiado patente. Y eso es un error, porque los jóvenes queremos hacer, queremos también ser algo, y al chocar con esas mentalidades demasiado egocéntricas nos indisponen contra ellas, rompiéndose así la continuidad del esfuerzo progresista y revolucionario. Nada hay más repelente para los espíritus jóvenes que el deber soportar tutores en todos los planos de la vida.

La vieja guardia del ideal acrático debe esforzarse por comprender nuestro temperamento, nuestra psicología juvenil, ya que con tantos consejos, con tantas lecciones que se nos pretende dar, en vez de hacernos un bien se nos hace un mal. A la gente joven nos gusta ser, o creernos por lo menos, independientes. Por eso mismo vuestra influencia no debe ni conviene que sea tan manifiesta. Debe existir; pero sin que se nos haga presente a cada paso como una embarazosa carga, para evitar el indisponernos contra vosotros.

Hay que dejar a la juventud apasionarse libremente, que se autosugestione y entusiasme con sus propias experiencias, las que le darán luego la serenidad y la centrarán en un camino no sólo destructor sino constructor a la vez. Tratar de centrarla a la fuerza en nombre de una experiencia, que puede ser muy digna, pero que ella no la siente por no haberla vivido, es castrar sus ímpetus rebeldes y creadores más puros y sinceros, es detenerla allí donde los demás se pararon.

Actualmente, no sólo la juventud está desorientada sino también decepcionada. No tiene fe en ninguna de las ideas motrices de la generación pasada, ni confianza en sus hombres, a los que hace responsable de todo lo acontecido a la humanidad en estas últimas décadas. Y su situación se ve agravada por la conformidad y resignación con que esperan los acontecimientos belicistas que se nos avecinan, a los que ni siquiera parecen prestar la más nimia atención. Por esto es necesario que sean elementos de sus propias filas, jóvenes llenos de entusiasmo y decisión, los que traten de sacarla de su marasmo. Es necesario inyectarle nuevos bríos para la lucha social y encauzar su resentimiento hacia fines nobles y emancipadores. No hay que dejar que sean los totalitarismos de izquierda o de derecha los que se aprovechen de ese resentimiento que se hace tan patente en la juventud actual de todos los

países, ni permitir que lo deriven hacia fines bélicos de conquista imperialista que la conducirán fatalmente a su propia inmolación.

El resentimiento de la juventud está completamente justificado contra los que guiaron a la sociedad en estos últimos decenios en Francia, Italia, Alemania, Inglaterra, etc. Son las mismas caras de anteguerra que rigen los destinos políticos y sociales de esos países, con los mismos programas de siempre. Y en cuanto a España, ahí tenemos a los viejos políticos fracasados presentándose con las sempiternas soluciones que no solucionan nada. En todas partes los destinos de los países están en manos de gente física y espiritualmente decadente, gastada y la juventud los aborrece, porque los considera, con razón o sin ella, culpables de todos los males y sufrimientos que padecemos.

Los jóvenes tienen ansias de regirse a sí mismos, de determinar el curso de sus propias existencias. Por eso nuestro movimiento debería acoger esa juventud e impedir que la embauquen los totalitarismos de turno, haciéndose eco de sus inquietudes, erigiéndose en portavoz de todas sus protestas y acusaciones contra lo caduco que embrolla y pone en peligro nuestras vidas.

En nuestros medios y en nuestra prensa debería existir, ahora más que nunca, ese ambiente de franca rebeldía juvenil que, en su afán creador e iconoclasta no repara en derruir las viejas estructuras para edificar nuevas. Esa rebeldía que en tiempos pasados atrajo a nuestras filas a lo mejor de la juventud de entonces, sedienta de libertad y dignidad humana.

Debemos obrar con mesura y ser respetuosos y tolerantes con las ideas de los demás; pero no al grado de pretender justificar y tolerar todo. Debemos evitar que nuestro movimiento degenera y pierda el aliento audaz que siempre le caracterizó. Y para ello es necesario que las voces juveniles puedan expresarse con la misma espontánea y vivificadora rebeldía que antaño lo hicieron los que ahora nos reprochan nuestros ímpetus rebeldes y nuestras ansias de rebasar la meta por ellos alcanzada.

Nuestra lucha no es una pugna de jóvenes contra viejos sino de una juventud que se cree en derecho de forjar su propio porvenir. Debemos evitar que nuestra contienda degenera en pugna contra ellos. Su experiencia nos puede aportar solidez a nuestra formación ideológica; pero es necesario que seamos nosotros mismos los que la asimilemos libremente, comparando nuestro haber experimental con el de quienes nos precedieron en la lucha y fueron

los más esforzados e íntegros precursores del ideal que en conjunto sustentamos viejos y jóvenes.

(31/VIII/1953) en *Regeneración*

En la Clandestinidad

El “Plan de Desarrollo” del Opus Dei

A finales del mes de septiembre el Secretario nacional del Opus Dei en España envió una nota al periódico francés *“Le Monde”*, en el cual salía al frente de las declaraciones hechas por el profesor Enrique Tierno Galván, en ese mismo diario, después de su expulsión por vida de la Universidad española.

Lo sorprendente del comunicado del Secretario del Opus estaba en el hecho mismo de su envío, al periódico francés, simplemente para desmentir la insinuación lanzada por Tierno Galván, en sus declaraciones, respecto al control casi total, por los miembros de la obra y sus afines, del actual gobierno español.

De manera firme, pero poco convincente, el Secretario de la Obra en España, dice que: “El Opus Dei jamás ha ejercido ni puede ejercer actividad alguna en materia política, dado que es una asociación cuyos objetivos son exclusivamente religiosos y apostólicos, que no tiene otra doctrina que la de la Iglesia misma, propuesta por el soberano Pontífice y por la jerarquía episcopal... Está, pues, claro que el Opus Dei no puede estar asociado a ninguna medida tomada por un gobierno sea cual sea.”

Ya tiempo atrás, monseñor Escrivá de Balaguer, había dicho a los periodistas, en tono de irónico reproche: “El Opus Dei está acostumbrado a no ser comprendido”.

Y es que el Opus, para estar a la moda española de hoy o por ser quizás el artífice teórico de la llamada liberalización, desde algún tiempo a esta parte intenta demostrar, a través de declaraciones y otras actividades, que su integrista y su dogmatismo (doctrinal-político y práctico) de los años cuarenta ha pasado a la historia.

Pero la realidad, pese a este tinte democratizante con que ahora se quiere presentar el Opus, es bien diferente. Y lo afirmado por Tierno Galván, en sus declaraciones a *“Le Monde”*, es rigurosamente cierto: “Se trata de uno de los gobiernos más homogéneos —el actual— que el país haya tenido después de la guerra civil. Se puede llegar a decir que las personas que tienen las riendas del poder están, prácticamente todas, sometidas a una misma disciplina religiosa, moral y puede ser también política —yo quiero aquí hablar del Opus Dei”.

Efectivamente, como lo insinúa el profesor Tierno Galván, la composición ministerial del actual gobierno español no solo es homogénea, “la más homogénea que el país haya tenido después de la guerra civil”, sino que representa algo más que la simple reunión de destacadas personalidades, de la política y las finanzas, del bando vencedor de la guerra civil. Representa, por una parte, ciertamente la afinidad con el franquismo; pero trasciende, por otra parte, esta simple afinidad circunstancial –histórica y de clase dominante- porque responde a un proyecto más general de expansión y control de los resortes básicos –políticos, económicos y culturales- de la sociedad española, por un grupo de hombres formados, o aprovechados para este objetivo, por el Opus Dei, desde la fecha de su promulgación como Instituto Secular de la Iglesia.

La condición misma de su desarrollo –al cumplirse los 37 años de su fundación ha alcanzado su madurez orgánica- le ha impedido antes, y le ha permitido ahora, completar esta tentativa de copo –aunque el Secretario Nacional del Opus lo niegue- del poder; precisamente en los momentos en que España, a la muerte o incapacitación física del caudillo, tendrá que completar definitivamente la etapa de su reincorporación al mundo occidental, del que la “asepsia” franquista –la guerra civil y el cuarto de siglo de totalitarismo fascista- la mantuvo separada, pese al tutelaje americano y las relaciones amistosas con las “democracias” del “mundo libre”.

Así, la Obra, se sitúa en condiciones de excepcional ventaja para condicionar y conducir, este reintegro, por los senderos más propicios para la realización de su proyecto para “cristianizar la sociedad española” y “demostrar experimentalmente, en la vida pública y privada, que el cristianismo es la única norma de vida válida para el tiempo y para la eternidad”.

De 1957, año en que por primera vez entró a formar parte del Gobierno español –en su grado más alto-, pública y abiertamente, un miembro del Opus Dei, hasta el presente, en que casi todos los ministros son miembros conocidos o “simpatizantes” de la obra, han sucedido muchas cosas en la vida española...

Para comprender hasta qué punto el “Plan de Desarrollo” patrocinado por el gobierno español coincide, y no casualmente, con un plan de desarrollo de la Obra, será suficiente – aparte de la presencia, en el Gobierno y en las carteras ministeriales más directamente ligadas al “Plan, de los opusdeístas: Ullastres, López Rodó, Navarro Rubio, López Bravo, etc.- con recordar la labor de

introducción que el Opus Dei ha venido realizando desde su fundación en todas las estructuras dinámicas de la sociedad española.

Con la Universidad de Navarra, con las múltiples Residencias, con sus empresas editoriales, con sus revistas, periódicos y personajes importantes incrustados en los puestos claves de dirección de la vida cultural, han logrado dominar la producción cinematográfica, la radio, la distribución de películas, los centros de investigación, el Ateneo, etc.

Y con sus hombres de empresa y empresas propias, con sus Bancos y medios de presión financiera, han logrado jugar un papel determinante y alcanzar los puestos claves en el desarrollo, gestión y control de los procesos económicos.

La realización de este ambicioso proyecto, llevado “sin prisa pero sin pausa” por los miembros y las jerarquías del Instituto Secular de la Santa Cruz y del Opus Dei durante sus 37 años de existencia, tenía que culminar lógicamente, en el terreno político, con la incorporación de personas, primero en puestos secundarios y finalmente con la llegada de primeras figuras a los ministerios. El nombramiento de López Rodó como ministro sin cartera y coordinador general del “Plan de Desarrollo”, en el último reajuste ministerial, es suficientemente elocuente y revelador. Siendo uno de los objetivos fundamentales del Opus el control de la economía, o si se quiere del proceso económico, y habiendo logrado en este sentido resultados impresionantes y decisivos, el “Plan de Desarrollo”, elaborado para consolidar y desarrollar la economía española, no podía serle extraño.

Así lo evidenció la implantación de todo el equipo de tecnócratas del Opus Dei, con López Rodó a la cabeza, en la Comisaría General del Plan. Y así lo han evidenciado las orientaciones generales del “Plan de Desarrollo” y las manipulaciones, más o menos ocultas, pero en exclusivo beneficio de los sectores financieros e industriales en los que el Opus cuenta con fuertes inversiones e intereses. Era de suponer que, dadas las pretensiones de hegemonía cultural y económica del Opus y dada la ubicación estratégica en la Jefatura del “Plan de Desarrollo” de sus miembros, éste sería aprovechado para su plan de desarrollo propio, tanto en el sentido político, como en el económico y social.

El “Plan de Desarrollo” representa y es, sin lugar a dudas, una tentativa del capitalismo español —representado por sus sectores más dinámicos y más perspicaces— para aprovechar la actual coyuntura de equilibrio de la balanza de pagos, nivelación debida exclusivamente, como se sabe, a la entrada ma-

siva, año tras año, de las divisas turísticas y de las no desdeñables logradas con el sudor y el sacrificio de la emigración económica- y propulsar un desarrollo planificado de la industrialización, de tal suerte que al fin de esos factores eventuales de nivelación la economía española haya logrado superar, o situarse por lo menos en condiciones de lograrlo, las grandes deficiencias estructurales que no le permiten incorporarse, en plano de igualdad, al desarrollo económico del “mundo libre”. Es decir, al bloque capitalista de las naciones “desarrolladas”.

En este esfuerzo de integración del capitalismo español a las directrices actuales del capitalismo moderno de las naciones “desarrolladas”, el Opus Dei representa la guía maestra capaz de imponer, sin necesidad de recurrir a otro tipo de coacciones, el cambio de mentalidad necesaria en las oligarquías económicas tradicionales, para posibilitar este reintegro al proceso de explotación capitalista del mundo occidental, en cuyo seno la España oligárquica puede encontrar las condiciones necesarias para su supervivencia.

Por esto, hace unos días, el señor López Rodó, dirigiéndose a los industriales presentes en la Feria de Muestras de Zaragoza, les dijo: “Yo quisiera que este encuentro de hoy se centrara en un tema de fondo, que podría denominarse “la mentalidad de desarrollo”. La actitud mental ante los problemas socio-económicos, que se había polarizado en torno a los postulados de libertad económica, primero, y luego del empleo, se centra hoy en la política de desarrollo, que ofrece una gama más amplia de objetivos y de instrumentos para conseguir la elevación del nivel de vida y favorecer el desenvolvimiento de la libertad y de la dignidad de la persona. Se trata de un desarrollo integral, que engloba el crecimiento económico y el progreso social solidariamente unidos.”

“Su importancia es indudable, toda vez que lo decisivo para el desarrollo es el cambio de mentalidad. No cabe transformar las estructuras productivas si previamente no se modifican las actitudes mentales. La mentalidad de desarrollo requiere un espíritu de entendimiento, de colaboración entre la Administración y los particulares, entre el sector público y el sector privado.” Pero este objetivo –no claramente dicho, pero prácticamente puesto en marcha- de continuar el proceso político de hegemonía total de las oligarquías económicas sobre la sociedad española requería, y no podía ser de otro modo sin caer en el riesgo revolucionario permanente, de un proyecto que abarcara en toda su complejidad los diferentes procesos dinámicos que dan vida a

la sociedad española. Y sólo el Opus Dei podía llenar este cometido y darse este objetivo.

Estando situados, después de 37 años de paciente labor de infiltración, en los centros neurálgicos del proceso económico, los miembros de la Obra han procurado no sólo aprovechar esta situación privilegiada para el engrandecimiento de la Obra misma –en el sentido material y político- sino que han aprovechado también la oportunidad para favorecer el “desarrollo” de aquellas empresas y sectores industriales en los que las inversiones personales o familiares eran más interesantes. De ahí algunos roces entre miembros de la Obra misma –muy a pesar del vínculo común-, como las críticas del señor Ullastres al señor Rodó; o entre miembros de la Obra y otros miembros del régimen.

El “Plan de Desarrollo” tenía que resentir además de las naturales limitaciones que, al “desarrollo capitalista”, impone una estructura agraria feudal y un Estado enfeudado por grupos de privilegio exclusivista –por su participación en la Cruzada-, estas otras limitaciones de la concurrencia personalista que impiden una planificación racional y una metodología de aplicación efectiva. En este sentido comienzan a surgir los comentarios y las críticas, más o menos veladas, al “Plan” por parte de algunos sectores financieros que se percatan de las deficiencias e improvisaciones del mismo, debidas a los factores que acabamos de señalar.

En el Estudio Económico del año 1964, que publica el Banco Central, se resalta la forma improvisada y arbitraria en que la Comisaría del “Plan” recogió y aceptó las cifras de inversión que cada sector económico proponía, sin que la suma guardara la necesaria relación con la cantidad global de la inversión necesaria. Subraya con insistencia el hecho de que se aceptaran, sin oponer reservas, el ambicioso plan de carreteras del Sr. Vigón y el ímpetu urbanístico del Ministerio de la Vivienda, etc.

No es de sorprender todo esto dada la situación particularísima de los diferentes grupos de presión que integran el régimen actual. En efecto, “tan pronto como se inició la “carrera” del Desarrollo, los anhelos patrióticos reprimidos de los funcionarios ampliaron ya en el primer trimestre de 1964 los créditos del sistema monetario al Sector Público en 9.361 millones de pesetas, mientras que, en el mismo periodo de 1963 sólo habían alcanzado la suma de 4.410 millones”.

Y si a esto se agrega toda la serie de medidas desordenadas –pero que han tenido la virtud de favorecer a determinados bolsillos-, de la Comisaría General de Abastecimientos, para resolver los problemas agrícolas más urgentes y para frenar el alza de los precios, se tiene un resultado muy elocuente: “la superposición del incremento del Gasto público y de los desembolsos de la comisaría, originaron un aumento de los créditos del sistema monetario al Sector Público, en los tres primeros trimestres de 1964, de 26.698 millones de pesetas, mientras que en el conjunto de 1963 ese aumento habrá llegado a tan sólo 10.874 millones de pesetas”. Todo esto unido a la reforma fiscal, introducida por el Ministerio de Hacienda en el mes de junio de 1964 -que brindó un excelente pretexto a las empresas para justificar el alza de precios con un aumento, más teórico que real, de los impuestos sobre el gasto-, y al factor inflacionista natural representado por el empuje turístico, ha dado por resultado inevitable la fuerte inflación actual, que hace poner ya en entredicho los resultados y los objetivos oficiales del “Plan”. Pero, pese a estas contradicciones, lo que sí se puede afirmar, sin dudas de ninguna clase, es el verdadero significado que el “Plan de Desarrollo” tiene –en lo económico, político y social- para las oligarquías españolas, y, principalmente para el Opus Dei que se ha impuesto como tarea el modelar la sociedad española bajo las directrices del catolicismo –espiritual y materialmente hablando-, partiendo del control de todos los sectores de actividad productiva, cultural y de dirección política. Existe ya, en España, un grado de concentración suficientemente elevado en la industria, para hacer comprender al capitalismo español del peligro que corre si no se moderniza, en mentalidad y estructuras, como dijo el ministro comisario en su discurso, paralelamente a ese proceso irreversible del desarrollo capitalista.

La renovación de las estructuras arcaicas es hoy su principal preocupación y el “Plan de Desarrollo” es un intento racional para lograr que esta renovación dé, a la vez, satisfacción a la creciente necesidad de lucro de las oligarquías económicas y a la adaptación de la mentalidad burguesa y proletaria a las condiciones de coexistencia y estabilidad del mundo capitalista occidental desarrollado. Por eso el Opus Dei se ha puesto a la cabeza del proceso de desarrollo, aprovechando al mismo tiempo la oportunidad para el desarrollo intensivo de la obra en todos los estratos sociales. En la revista *“Review of Social Economy”*, el profesor James A. Hart de la Universidad de Depaul, en un largo artículo titulado “Evaluación ética del sistema económico español”, concluye sus análisis de la manera siguiente: “España dispone de un número

adecuado de funcionarios competentes para acelerar el proceso de desarrollo iniciado en 1959, con la liberación de su sistema económico, que cuenta, además, con el decidido apoyo del Jefe del Estado. El Gobierno está sinceramente dedicado a proporcionar a los españoles un nivel como el de los países más avanzados de Europa. Este progreso en el terreno económico, unido a la madurez política fomentada en los últimos años, hará que España sufra una transición ordenada el día que desaparezca Franco, y, cuanto más continúe la actual línea ascendente de la economía española, más ordenada será la transición”.

Este es, pues el verdadero objetivo perseguido por el franquismo y las oligarquías económicas, con el Opus Dei a la cabeza, a través del “Plan de Desarrollo”. Y esto es lo que la clase trabajadora no debe perder de vista, ya que en este proceso histórico está en juego su legítimo derecho a transformar la sociedad de explotación capitalista, pues sólo con un desarrollo económico efectivo las clases poseedoras podrán prescindir, para garantizar sus intereses, de la camisa de fuerza de la dictadura, que representa un riesgo revolucionario permanente.

(Diciembre 1965) en *Presencia*

El neomarxismo y el dogma¹⁹

(Enero-Febrero 1966) en Presencia

Este texto lo incluí en un artículo publicado en la web *alabarricadas.org* aprovechando la publicación en esta web de un artículo del compañero Edgar Emilio Rodríguez, *La “herejía” del materialismo histórico: acabemos con el dogmatismo antimarxista*²⁰, publicado en el mismo número de Enero-Febrero de *Presencia* en el que yo publiqué éste, como contribución –al igual que el de Emilio- a una sección, “Polémica”, que comenzaba precisando lo que sigue: *“Abrimos esta sección con dos trabajos que, de seguro, suscitarán reacciones opuestas por su carácter aparentemente contradictorio. Sin embargo, el punto de mira de nuestros dos colaboradores es el mismo: acabar con el dogmatismo que ha frustrado una unidad efectiva y necesaria de todos los hombres que se reclaman de una izquierda revolucionaria auténtica...”*

¹⁹ <http://www.alabarricadas.org/noticias.node/23228>

²⁰ <http://www.alabarricadas.org/noticias/node/23185>

Las opciones de la Izquierda española ante la estrategia y la realidad franquista

Antes de intentar dar respuesta al grave dilema, que hoy tienen que resolver los diferentes sectores que integran la “izquierda española”, se impone, primero, definir a ésta en función de lo que ella es, realmente, en la actualidad. Conviene, pues, no olvidar que estos “27 años de paz franquista” han provocado –junto a los cambios naturales derivados de la evolución general del mundo- transformaciones incuestionables y de gran envergadura que han alterado los valores, las fuerzas y las posiciones de las que ayer eran los componentes de la “izquierda clásica”.

Veamos, con la objetividad necesaria y sin complejos, el panorama político-social actual: Ni deslumbrados por los recientes movimientos huelguísticos –mineros, metalúrgicos, estudiantes, etc.-, que a tantos han permitido relanzar sus quiméricas y cómodas esperanzas en un fin rápido de la Dictadura... Ni apagados en nuestro ánimo por el éxito de la política de “liberalización” progresiva... sin libertad real para el pueblo. Simplemente atentos a las secuencias de la evolución de la sociedad española en este último cuarto de siglo, hay que reconocer que en los dos campos, en el de la “Derecha” y en el de la “Izquierda”, se han operado notables y decisivos cambios de orientación y composición, que han impuesto una relación de fuerzas y de valores políticos muy diferente a la que imperaba poco antes del 1936.

La “Derecha” –aparte casos particulares de personalidades o grupos que han descubierto una repentina vocación democrática- permanece ligada al Régimen con toda clase de vínculos ideológicos, compromisos e intereses económicos; y sólo en virtud de las apetencias futuristas –en vistas a la sucesión del franquismo- o a las ambiciones insatisfechas se manifiestan contradicciones dentro del sistema y oposiciones, más o menos abiertas, entre los grupos de presión capitalista y los grupos de la burocracia política formada al calor de la Dictadura. Contradicciones y oposiciones que no van, hoy, más allá de la simple formulación de críticas y pequeños zancadilleos, con miras a conservar o adquirir posiciones de influencia personal o fraccional en el Gobierno. Queda –como no podía ser de otro modo y como ha sucedido en otros tiempos- una “Oposición de Derecha”, propiciada y tolerada por el propio Régimen. Una “Oposición dentro del sistema”, en la que todos los grupos de presión reaccionaria tienen sus bazas y sus personalidades más o menos

destacadas. Desde la Iglesia hasta el falangismo, pasando por el propio Ejército, los Bancos, el Opus Dei y los monárquicos en sus diferentes ramas: juanistas y requetés.

En esta “Oposición” de conveniencia y cálculo futurista –para la transmisión del Poder sin cambios bruscos y fundamentales- se halla encuadrado algún grupo o personalidad que ha jugado a una Oposición más sincera y abierta, y que ha sufrido por ello las represalias consiguientes, lo que le da a aquella el colorido y el “valor moral” necesario para engañar al pueblo.

La comunidad de intereses económicos, de orígenes históricos y de afinidades políticas, pese a los matices, sólo les permite diferenciarse en la medida que los de esta “Oposición” consideran terminado el cometido de la Dictadura y propugnan por un reemplazo de hombres en el Gobierno y por el bautizo “democrático” de las instituciones y las leyes, conforme a las prácticas en uso en los países capitalistas de Occidente. Los otros, comprendiendo bien su misión y sus posibilidades, afirman con hechos que el ciclo de la Dictadura no tiene por qué cerrarse y sólo admiten el “institucionalizarla”, mediante un proceso gradual de “liberalización” política –paralelo al lento proceso de elevación del nivel de vida- que afinque aún más las conquistas y los privilegios alcanzados durante este periodo por el sistema totalitario sobre el pueblo trabajador y las fuerzas de “subversión social”.

Se trata, en resumen, en uno y otro caso, en apurar al máximo las posibilidades y las prerrogativas de gobernar en sentido único y a favor de una sola clase social, de acuerdo a la lógica del capitalismo moderno que no considera ya irreconciliables y antinómicos los intereses de la clase explotadora y la explotada, mientras persista la “apatía política” popular y la desmovilización revolucionaria de la clase trabajadora.

Por otra parte, la Izquierda, en el interior y en el exilio, que ha sufrido las consecuencias de estos 27 años de derrotas consecutivas, se encuentra en una situación lamentable –¡hay que decirlo!- de división y derrotismo.

La “Izquierda clásica”, es decir, los diferentes movimientos políticos y sociales que la integraban al final de la guerra civil, ha pagado las consecuencias de la derrota: la brutal represión en el interior y el acomodamiento en el exterior de sus núcleos más significados. Así como del paso de los años –bien pronto treinta- en una actitud de impotencia y de inmovilismo progresivo. Su influencia sobre la masa popular se ha visto reducida a su mínima expresión:

los pequeños grupos de fieles militantes que mantienen las “estructuras orgánicas”, en la ficción del exilio, sin mayor proyección. El resto se ha evaporado en la naturaleza –por muerte física o acomodamiento- y el pueblo ha permanecido indiferente a sus llamados y a sus fugaces intentos proselitistas.

La fosilización de las “estructuras orgánicas” de estos movimientos –sea cual sea su definición- ha corrido parejo con la inamovilidad y envejecimiento de sus cuadros dirigentes, lo que ha provocado la paralización de toda actividad de hostigamiento a la Dictadura, y, consecuentemente, la natural y justa rebeldía de las nuevas –aunque poco nutridas- generaciones de militantes y activistas en el seno de estos movimientos. Así se han originado estériles conflictos internos que han acelerado aún más su proceso de debilitamiento y decadencia. Por eso, estos movimientos, se han encerrado sobre sí mismos y sobre los dogmas, en espera de las soluciones milagrosas producto de la verborrea combativa o la hipoteca bochornosa.

Los unos suspirando, durante años, por la quimérica y providencial intervención de las “democracias”. Los otros plegándose, bajo consigna, a la política pasiva de la “reconciliación nacional”, para dar satisfacción a los intereses de la “coexistencia pacífica” buscada por Moscú. Y, por último, los que encarnaban el espíritu, la historia y las ansias revolucionarias de la clase trabajadora española, librándose a una autodestrucción ininterrumpida, sicopática, con la excusa de la salvaguarda o la enmienda de los sacrosantos principios.

Nada, pues, más natural que en el seno de estos movimientos hayan surgido grupos disconformes y que las nuevas generaciones españolas –en sus sectores más inquietos- se hayan sentido divorciadas de estas formaciones estancadas o en plena decadencia, y hayan buscado y busquen nuevas posibilidades de actuación y organización.

Resumiendo: el panorama político-social actual evidencia, por una parte, una estrategia “liberalizadora” –a muy largo plazo- que engloba, en general, a todas las fracciones de la Derecha, sin darle mayor beligerancia y posibilidad de recuperación pública a la Izquierda. Y, por otra parte, una falta total de estrategia colectiva de lo que queda de las diferentes formaciones de la “Izquierda clásica” y de los nuevos grupos que hoy integran la “posición izquierdista”. Carencia tanto más grave por cuanto ella permite a la Derecha el maniobrar prácticamente con toda libertad, a la vez que consolida el apoliticismo pasivo de las masas populares propiciado con todo ahínco por la Dictadura.

La mentalidad común al Régimen propiamente dicho –su personal político dirigente-, la parte neutra del Estado –burocracia y Fuerzas Armadas- y las bases sociales del mismo –grupos políticos, grupos económicos y religiosos, etc.- que podemos definir como la mentalidad de la Derecha española actual, podemos resumirla en las palabras de Romero, director de “Pueblo”, que parece ser uno de sus exponentes más liberales y “liberalizadores”:

“A los que adoptan una efusiva posición de desterrados en su propio país, les diré con buena intención informativa, que las fragilidades gubernamentales o del Poder del siglo XIX se han volatilizado, y el más diligente en el sacrificio, como dicen en caballería, se queda de cuadra. La España visible está constituida por un General que no se entrega; por un Ejército coherente, constituido por los combatientes de la guerra civil en todos sus cuadros de mando, desde comandante en adelante, y no hay coroneles zapadores contra aquella coherencia; por un volumen cada día mayor de intereses económicos extranjeros en nuestro país, que están ayudándonos a levantar la cabeza, y, naturalmente, a llevarse lo que nosotros les dejamos que se lleven, que ha de ser poco y bien contado; por un nivel de vida más alto que anima menos a las aventuras políticas, y menos todavía a las dramáticas; por una clase política con un cuarto de siglo de ejercicio que no renuncia lógicamente a sus posiciones conquistadas, y, además como dicen los castizos, se las sabe todas; por la adhesión al Régimen –que crearon y animaron- de muchas gentes, que eran la mitad de España en 1936, y que muchas de estas gentes viven, o han transmitido a los suyos actitudes, compromisos y creencias. Claramente, redondamente: a la España de este Régimen no se la derriba con una huelga o con una cadena de huelgas; con una manifestación o con una orquestación de manifestaciones. Esto hay que decirlo honradamente, a la manera de un jarrón de agua fría sobre algunas alborotadas cabezas españolas”²¹.

Frente a esta clara y tajante sinceración de uno de los que más busca situarse, precisamente a la “extrema izquierda” del Régimen y de la “Derecha clásica”, nada claro y firme pueden o quieren oponer la “Izquierda clásica” y los hombres que pretenden encarnar una Oposición, fuera del Régimen, presuntamente democrática. Salvo, claro está, las declaraciones de obligada circunstancia antifranquista en las conmemoraciones de las efemérides del ritual del

²¹ Del libro de Emilio Romero *Cartas al pueblo soberano*.

exilio, o los llantos de sirena de los que no ven otra salida que el diálogo... o la política claudicante de la “reconciliación nacional”.

Si dejamos de lado las manifestaciones intrascendentes y sin esperanza de los sectores que se han conformado a conservar, mediante una práctica verbalista o de simple literatura escrita, la legitimidad de la causa republicana o de la experiencia revolucionaria del 36 —mientras sus cuadros envejecen y se extinguen en España y en el exilio—, sólo nos quedan las posiciones, aparentemente más realistas y con más posibilidades, que defienden por un lado los de la Oposición “no-violenta” y por otro los que confían en la propaganda gratuita que el Régimen les brinda y en el porvenir de la “coexistencia pacífica” internacional.

De los primeros quizás podamos resumir en palabras recientes de Ridruejo, ex-falangista y actual exponente de la socialdemocracia (muy bien vista por el Vaticano), toda su actitud y todas sus aspiraciones:

“Porque, en definitiva, sólo una nueva disciplina voluntaria del cuerpo social puede representar una alternativa seria al montaje de coacción y arbitristo que ya se resquebraja por todas partes. Quienquiera que sea el sucesor fáctico del poder personal que se agota —directorío armado, institución real, gobierno de notables— habrá de optar sin remisión y a corto plazo entre lo uno o lo otro. Y conviene que pueda ser así, sin mistificaciones ni confusión entre los términos, porque de otro modo iremos a una de esas situaciones confusas en las que late el caos y triunfa la aventura”²².

De los últimos, nadie mejor que su líder indiscutido, Santiago Carrillo, puede definirnos su posición y sus ambiciones:

“Han pasado los años; el proceso de descomposición político-social de la actual sociedad española se ha desarrollado inflexiblemente; sus efectos se han multiplicado. Y creemos estar en lo cierto si afirmamos que hay militares que empiezan a decirse que hoy no basta con un papel pasivo; que el Ejército debería incorporarse de una manera activa a la modificación de un orden político que pone en peligro un sinnúmero de cosas y que compromete gravemente su situación para el futuro. Que un cambio hecho con su participación activa podría superar, históricamente hablando, el divorcio abierto en 1936 entre el

²² Del artículo de Dionisio Ridruejo, *El demócrata inconsecuente*, publicado en la revista *Mañana*, de enero 1966.

Ejército y el pueblo (...) Sin deslumbrarnos por esta vía, sin caer en ilusiones fáciles, conscientes de sus dificultades —y de que hay otras vías- si dicha posibilidad cristalizara, el Partido Comunista estaría dispuesto a participar en la organización, y a contribuir con todas sus fuerzas a la victoria, de un movimiento del pueblo y de los militares que abriese un nuevo periodo en la historia de nuestro país”²³.

En ambas posiciones encontramos idéntico derrotismo y falta de estrategia combativa para alcanzar el objetivo fundamental: el fin de la Dictadura. La misma esperanza e ilusión utópica de que sean, precisamente, las propias fuerzas —o parte de ellas- que han permitido la constitución y consolidación del Régimen —Ejército, Iglesia y burguesía... con el pueblo-, las que faciliten la salida democrática...

Ante tal ausencia de voluntad y una tal desmovilización combativa no hay que buscar mucho para descubrir el porqué la Dictadura ha podido por tanto tiempo (sobrevivir) y poner tranquilamente sus proyectos de continuidad; únicamente aguijonada por los brotes aislados de subversión y por sus propias contradicciones. Desmovilización combativa que es, repetimos, común a toda la Oposición antifranquista; incluidos aquellos sectores de la “Izquierda clásica” que buscan ilusamente sobrevivir a su bancarrota aliándose a las corrientes reformistas del sindicalismo “libre” y del neo-sindicalismo vaticanista.

En estas condiciones no queda de la “Izquierda clásica” más que un conjunto de residuos burocráticos en el exilio y una serie de arrimados —con ambición futurista- provenientes de la Derecha y que quieren presentarse como alternativa democrática de continuidad al Régimen. Queda esto y, claro está, quedan las formaciones naturales de base que, mientras subsista el régimen capitalista, constituirán la infraestructura de la Izquierda: los trabajadores, la gran masa campesina, los sectores más inquietos de la juventud. En pocas palabras, la parte del pueblo que sufre la explotación y que aún tiene motivos de revuelta.

En el seno de esta “Izquierda natural” encontramos las influencias históricas y la presencia activa de pequeños grupos de socialistas, comunistas, católicos

²³ Del libro de Santiago Carrillo *Después de Franco, ¿qué?*

“de izquierda”, simples sindicalistas y anarquistas. Grupos incipientes, frecuentemente enfrentados –de manera abierta- con los residuos burocráticos de la “Izquierda clásica”; pero con la dinámica propia de la juventud y de la rebeldía frente a sus formaciones precedentes, a las que no sólo reprochan su inmovilismo, sino también su incapacidad de superar las discrepancias que propiciaron la pérdida de la guerra civil y la frustración de la revolución española. Estos grupos jóvenes, que surgen en el interior y entre la propia emigración económica, son el fermento que da a los conflictos laborales y a las protestas populares su significado político y su potencialidad revolucionaria. Lamentablemente, estos grupos jóvenes, son boicoteados por lo que queda de la “Izquierda clásica”, a un grado tal de inconsciencia, que los deja inermes frente a la brutal represión policiaca que la Dictadura continúa aplicando contra ellos.

Pero, pese a estas dificultades, estos grupos continúan alimentando la llama de la rebeldía y se esfuerzan por superar discrepancias, unir sus fuerzas y trazarse, sobre el terreno de la lucha, una estrategia común. Esta es la situación real a que nos han conducido 27 años de Dictadura y 27 años de estrategia derrotista de la “Izquierda clásica”. Esto hay que reconocerlo honradamente si queremos seriamente superar tan grave situación; pues es en base a esta realidad que la Derecha traza su estrategia y pone en marcha sus proyectos de continuidad hegemónica.

Así, pues, las opciones de la Izquierda española –de la “clásica” y de la “nueva”- giran en torno al problema capital de su supervivencia y arraigo popular. Por eso es vital que no se pierda este fermento revolucionario que ha germinado, pese a todo, en el seno de las nuevas generaciones, al mismo tiempo que se intenta frustrar los planes “evolutivos” de la Reacción española. Estos dos imperativos tienen una importancia extrema –debería tenerla- para aquellos hombres que un día arrojaron toda clase de sacrificios por el triunfo de la causa popular, pues deben comprender que, después de casi treinta años, son las formaciones jóvenes las únicas que pueden hacer algo por dar continuidad a la lucha y posibilitar un recobramiento efectivo de la Izquierda española en general.

Continuidad y recobramiento que está condicionado, sin duda, a la voluntad de superar discrepancias y de centrar sus miras en un acercamiento sincero, por la base, para plantear la lucha contra la Dictadura con la dinámica revolucionaria que las viejas generaciones, por ley natural, han perdido. Las opcio-

nes de la Izquierda española se sintetiza, pues, en dos actitudes perfectamente definidas y antinómicas: o se adopta una consecuente línea de hostigamiento contra la Dictadura, sin darle respiro ni tranquilidad; o se acepta la derrota, con todas sus consecuencias, y se marcha al paso de la “liberalización” progresiva que pretende imponer la Dictadura, con lo que se permitirá cerrar su ciclo histórico y cerrar las puertas a la revolución española.

(Marzo 1966) en *Presencia*

Debate ideológico sobre el porvenir del sindicalismo español

Por múltiples razones se nos plantea a los militantes libertarios, que no queremos conformarnos a militar en un movimiento de simple retrospectiva y contemplación histórica, el realizar un profundo y urgente análisis sobre la actual coyuntura sindical en nuestro país y sus perspectivas de evolución en el futuro inmediato.

Fundamentalmente:

- Por ser los herederos de una fecunda tradición sindical.
- Por considerar que es la clase trabajadora la que debe hacer la revolución.
- Por considerar nuestra ideología profundamente ligada a la lucha de clases y, por lo mismo, a las razones de ser del sindicalismo.
- Por haber sido la clase trabajadora española –en el pasado y aún puede seguir siéndolo hoy- la impulsora de todas las transformaciones políticas fundamentales.
- Por no estar aún, en nuestro país, sólidamente implantadas las corrientes y las mastodónticas organizaciones reformistas típicas de la sociedad neo-capitalista occidental.

Pero todas estas razones, y algunas más, no pueden inducirnos a considerar, a priori, que el sindicalismo sea la única vía por la cual se pueda alcanzar la transformación de la sociedad.

Se trata, pues, de profundizar lo más rigurosamente posible en la problemática del sindicalismo español, situándolo dentro del contexto general político-social, para sacar consecuencias válidas y eficaces para que nuestra actuación

y esfuerzo se aplique —no sólo por un criterio de eficacia, sino también de consecuencia revolucionaria— en aquel terreno y en aquella dirección que puedan ser más útiles para el objetivo que perseguimos y provocar en el seno de la sociedad española las transformaciones más radicales y más avanzadas, en el largo camino de la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista y estatista.

La sociedad española actual

Sin intentar hacer una descripción exhaustiva de la sociedad española actual —no sólo por la limitación del espacio, sino por ser su estructura actual bien definida y conocida—, nos referimos a ella para afirmar que nuestro análisis de la coyuntura sindical, parte de las condiciones de hoy, 1967, y no de las que fueron en un pasado ya lejano: 1936.

Esta puntualización resulta necesaria por significar, clara y rotundamente, que nos hemos liberado del lastre que nos impedía ver objetivamente la realidad: la sentimental creencia en que el glorioso pasado de nuestro movimiento no había aún muerto.

Tampoco se trata de creer que la sociedad española actual ha cambiado tan radicalmente, que lo que ayer fue posible hoy ya no lo es más. Se trata simplemente, sintéticamente, de demostrar, de ver, lo que no ha cambiado y lo que ha cambiado dentro de ella y fuera de ella.

Por razones que son evidentes para todos, la dictadura franquista (encarnación de los intereses y las ambiciones de las oligarquías clérigo-militares, de la gran burguesía y los grandes terratenientes) aún continúan teniendo el poder sólidamente en sus manos. Por el contrario, las grandes fuerzas populares (organizaciones políticas y organizaciones sindicales) que un día determinaron o estuvieron a punto de determinar los rumbos de la vida política y social del país, han quedado reducidas a casi nada, incluso la relación de importancia entre ellas también ha cambiado sensiblemente.

Así, frente a la gran masa popular aún dura y desconsideradamente expoliada y tratada, con sus minorías —muy minorías— inquietas y revolucionarias condenadas a una difícil lucha de clandestinidad y exilio, con sus movimientos reivindicativos, protestatarios y solidarios sucediéndose espontánea y esporádicamente, encontramos aún fuertemente coaligadas las fuerzas tradicionales de la reacción y el derrotismo claudicante y dispersivo de los restos de las formaciones clásicas de la izquierda, hoy llamada “oposición”.

Y, frente a la gran burguesía monopolística –la evolucionada y la sin evolucionar-, aliada al alto clero y a las jerarquías pretorianas, que siguen siendo las detentadoras de todo el poder político y económico, sólo existe una “oposición” coherente, sólidamente asentada y con perspectivas de futuro: la que integran los diferentes grupos de la “democracia cristiana” (una gran parte de la clase media, de origen universitario, estratégicamente bien situada en los diferentes niveles de la estructura económica, cultural y periodística del país, a la que presta respaldo considerable la pequeña y gran burguesía industrial y comercial que aspira a una efectiva “liberalización” para acelerar el proceso de integración a la Europa “democrática”).

El ideal de esta “oposición” –coincidente en algunos aspectos con el sector “planificador” del actual equipo de gobierno- se reduce a exigir una mayor “liberalización” del régimen dentro de un cuadro de “evolución democrática legal”, que borre definitivamente del panorama político los “últimos vestigios” totalitarios del sistema (la CNS y el control absoluto del equipo falangista sobre ella), abriendo paso al juego político-electoral de los partidos (ciertos partidos), con toda su gama de posibilidades individuales de ascensión personal. Para una mayor garantía y eficacia de la libre empresa capitalista, en el proceso integrador de las masas trabajadoras al sistema, mediante la acción adormecedora de las grandes sindicales reformistas y los llamados partidos obreristas. Todo dentro de una “estrategia de lucha pacífica” que no ponga en entredicho ni en peligro los fundamentos del Estado y la sociedad capitalista.

Así, y pese a su indómita rebeldía (demostrada en muchos hechos recientes), treinta años de dictadura y feroz represión han dejado reducido al pueblo a la simple condición de espectador y bestia de carga. Dado que en el proceso político y social que se está gestando no dispone de participación alguna, al no existir las organizaciones revolucionarias que encarnarían y sabrían defender sus legítimos derechos e intereses. Y dado que las que se le perfilan y se le presentan, con hábil publicidad, sólo buscan encuadrarlo y facilitar a la “oposición burguesa” el triunfo de la política de “liberalización” para el asentamiento definitivo de nuestra sociedad conforme a los moldes de la sociedad neocapitalista occidental.

Este es el cuadro que presenta hoy la sociedad española, lejos de las disquisiciones dialécticas de los teorizantes del régimen o de la “oposición”. Y es en el seno de esta sociedad que tenemos que situarnos para preguntarnos cuál

es el porvenir que le espera al sindicalismo reivindicativo y al sindicalismo revolucionario. Pues las posibilidades y perspectivas de desarrollo de uno y otro, hoy más que nunca, aparecen irreductiblemente antinómicas. Sin olvidar que aún tenemos vivita y coleando esa forma de sindicalismo original que, de una u otra manera, ha llenado más de un cuarto de siglo la “historia sindical” española: el sindicalismo verticalista.

La C.N.S. y el sindicalismo vertical

Aunque con mucha facilidad se afirma que el “sindicalismo verticalista” es una estructura falsa, incompatible con la sociedad neocapitalista hacia la que parece orientarse indefectiblemente la sociedad española, la verdad es que este “sindicalismo” existe, legal y prácticamente. Y que, rechazándolo o no, desde la clandestinidad o infiltrados en su seno, hay que admitir que su realidad es la única que cuenta por ahora.

Condenarlo a priori a una pronta defunción, por el simple hecho de que es una estructura totalitaria destinada al sacrificio en el inevitable proceso de “liberalización”, sería dar una solución simplista a un problema, que es hoy un gran problema, y que puede continuar siéndolo durante mucho tiempo. Y lo será mientras las disensiones internas del régimen, entre el sector formado por la burocracia verticalista y el sector que se presenta como el abanderado de la “liberalización” y “planificador” de la sociedad neocapitalista, sean aún controladas por los árbitros de la situación: el grupo de militares que con Franco a la cabeza, integran los generales Muñoz Grandes, Alonso Vega, Carrero Blanco, etc., y algunos personajes que han sabido, con mucha habilidad y descaro, servir de portavoces de estos últimos: como es el caso del altanero ministro de Información y Turismo.

La batalla entre “liberalizadores” e “integristas” pasa antes por el enfrentamiento, ya en pleno apogeo, de los primeros con los verticalistas en ese peligroso terreno de la representatividad democrática dentro del sindicalismo. Esta lucha, que puede aún tardar mucho en decidirse definitivamente por un bando, seguramente tendrá –se está viendo ahora- avances y retrocesos cuyo resultado dependerá de humores o decisiones de la cúspide. Por lo que no debe sorprendernos que, mientras la cúspide no se derrumbe o se cuartee, el sindicalismo vertical seguirá siendo acosado por los “liberalizadores” – desde dentro o fuera del gobierno-; pero en modo alguno será sacrificado. Además, no debemos olvidar que la C.N.S., al menos en su estructuración orgánica, da satisfacción a muchas de las aspiraciones, que los principales

grupos sindicales de oposición (Comisiones Obreras, y toda la gama de grupos y tendencias marxistas y católicas) presentan hoy en primera línea: unidad sindical, patrimonio sindical establecido y reconocido, representación sindical a todos los niveles económicos, sociales y políticos, etc.

Y no olvidemos que muchos de los hombres que hoy dirigen este sindicalismo, tienen la suficiente perspicacia política –la han demostrado con sus maniobras más recientes: diálogos, elecciones sindicales, consejos de trabajadores- para otear el futuro y preparar, con tiempo, los cambios necesarios para que este sindicalismo pueda quedar adaptado a la sociedad neocapitalista y “democrática”, con las mismas posibilidades de eficacia para encuadrar a las masas proletarias como pueden ofrecerlas las corrientes reformistas tradicionales.

Y para ello disponen de una fuerza política y económica considerable, y, además, la convicción absoluta de que todas las grandes centrales sindicales se dirigen desde arriba y no por la base. Pero el “sindicalismo vertical” es hoy algo más que un simple grupo de aprovechados falangistas o de privilegiados burócratas sindicales. La C.N.S. es una estructura sin la cual toda la sociedad española actual se vendría estrepitosamente abajo. Porque de una manera u otra llena un vacío que no puede ser llenado únicamente con represión y bayonetas. Y mucho menos en las condiciones actuales de España y del mundo. Su misión fue llenar, con una mascarada representativa, el vacío que se produjo al ser extirpadas de raíz las organizaciones sindicales clásicas: reformistas y revolucionarias. Durante una etapa, el “sindicalismo vertical” fue eficaz, porque sólo era necesario cubrir las apariencias, a la vez que servía de acomodo a toda una plaga de falangistas y “vencedores” aspirantes a funcionarias y burócratas. Hoy, su misión ya no puede ser la misma. Porque internamente el sistema ha evolucionado y la corporatividad fascista ya no sirve para mantener sumisa a la clase trabajadora. Y porque externamente el “sindicalismo vertical” es compatible, por su artificialidad, con el “sindicalismo integrador” de la Europa occidental, en donde efectivamente cumple su misión de encuadramiento e integración de la clase trabajadora a la sociedad capitalista. Se requiere una estructura que sea capaz de realizar, sin imposiciones violentas, esta integración, para evitar el peligro de la actuación espontánea y revolucionaria de los trabajadores. Por eso hay ahora tanta prisa, a la par que titubeos y temores. Y por eso casi todos los esfuerzos se encaminan hacia la conservación de la C.N.S. y la sustitución del “sindicalismo vertical” –ideas, prácticas y hombres- por un sindicalismo reformista democrático,

pero consciente de su misión integradora y en modo alguno sospechoso de veleidades revolucionarias.

Enfrentados a esta coyuntura, los hombres del sindicalismo vertical han reaccionado –de acuerdo a lo que su mentalidad y compromisos les permiten- y libran la batalla de la supervivencia. Y podrán quizá lograrla, o al menos llenar todavía una larga etapa, si sus contradicciones fundamentales (falta de respaldo popular e imposibilidad de situar en los puestos de mando a los líderes naturales de la clase trabajadora) son resueltas. Y, sobre todo, si las divisiones del sindicalismo reformista –clásico o de nuevo cuño- le facilitan su tarea al no lograr conciliar en un gran movimiento coherente los “intereses” y los personalismos de las diferentes “tendencias democráticas”.

Situados ante el dilema de buscar a toda costa el respaldo de las masas trabajadoras o desaparecer, acosados por la derecha “evolutiva” y por las propias exigencias de la dinámica que las luchas obreras actuales imponen a la vida sindical, los dirigentes verticalistas no han vacilado en buscar respaldos y reconocimientos, en el interior y en el extranjero. Y han abierto el dialogo con todos aquellos que, sin representar una fuerza trabajadora organizada, representan por lo menos corrientes sindicales clásicas. Así, con la integración de unos cuantos “nombres” –otrora prestigiados- que un día encarnaron el sindicalismo confederal, han creído iniciar el camino de la “democratización” –por arriba- y cubrir el expediente cara a las presiones del movimiento sindical europeo.

La integración de estos “nombres” al sindicalismo vertical no ha dado, ni a unos ni a otros, resultados satisfactorios. Porque la simple integración de “nombres”, que nada representan hoy para las masas trabajadoras, no puede resolver el problema del reconocimiento representativo de los trabajadores, que los dirigentes verticalistas tienen que buscar par supervivir. Y a los que se han prestado, consciente o inconscientemente, a esta maniobra verticalista, porque sin fuerza organizada detrás de ellos no sirven más que como dialogadores de pacotilla y de circunstancia para el verticalismo, que sólo busca con ello ganar tiempo y cubrir las etapas demagógicas que se ha trazado para supervivir sin ceder las riendas de mando de la organización sindical: las llamadas elecciones sindicales –en las que consiguieron embarcar hasta a los grupos jóvenes más resueltamente antiverticalistas-, y la nueva ley sindical en preparación y que esperan someter próximamente a referéndum.

De todas formas el sindicalismo vertical logrará, si la oposición obrera no cambia sus tácticas actuales, salvar el mastodónico aparato sindical construido a lo largo de estos treinta años de totalitarismo, la C.N.S.; pues a ella, como estructura, nadie se ataca, y, en cambio, muchos son los ojos que la miran como escalón de enchufe futuro. Salvada la C.N.S. por la “insistencia” oficial y por la inconsciencia revolucionaria de la oposición sindicalista, el problema de la supervivencia del sindicalismo vertical resultará secundario; ya que entre los cuadros burocráticos actuales y los que se apuntan para el futuro bien puede producirse una ósmosis que los “salve” a todos y que pueda facilitar el proceso de integración, a la sociedad neocapitalista, de la clase trabajadora española.

La oposición sindicalista

Del análisis que acabamos de realizar se desprende una conclusión evidente: en las actuales luchas, de la clase trabajadora desorganizada, se está decidiendo el porvenir del sindicalismo español. Y dependerá, en última instancia, de la orientación que sepan o quieran darle, a las mismas, los diferentes grupos que integran la “oposición sindicalista” actual.

En otras palabras: después del paréntesis de treinta años de sindicalismo totalitario, la clase trabajadora se encuentra nuevamente al origen, a la génesis de su historia. Y muy pronto tendrá que decidir entre encuadrarse (con retardo y desventaja) al movimiento de integración facilitado por el sindicalismo reformista, en todo el mundo capitalista, o volver a la aplicación de las tácticas de acción directa —que caracterizaron las primeras etapas del sindicalismo internacional— que permitieron la fundamentación teórica y práctica del sindicalismo revolucionario. Y que, además, obligaron al capitalismo a cambiar sus tácticas y métodos de explotación.

Y decimos que pronto tendrá que decidirse entre uno y otro camino, porque si bien este largo periodo —en que ha desaparecido, casi totalmente, la generación de militantes obreros que dieron al sindicalismo del “36” su contenido y fuerza revolucionaria— ha provocado una profunda despolitización de la clase trabajadora, en cambio, la supervivencia del Estado fascista y del sindicalismo vertical dan, al contexto social español actual, una dinámica particular. Diferente de la del resto de los países del mundo occidental; en los que el proceso de integración de la clase trabajadora ha sido posible por la existencia de gobiernos “democráticos” que daban garantías legales a las reivindicaciones.

ciones obreras, dentro de la línea de actuación integradora del sindicalismo reformista.

Esta situación original (que consciente o inconscientemente muchos olvidan) en la que se encuentra la clase trabajadora española, o ibérica más bien, posibilita, en cierta forma, el que las perspectivas del sindicalismo revolucionario no sean tan negativas como lo son en el resto del mundo: integrado democrática o totalitariamente. De ahí que los sindicalistas revolucionarios deban analizar con particular interés el origen, composición y orientación de los diferentes grupos que intentan, actualmente, organizar y ganarse la confianza de las masas trabajadoras en nuestro país, antes de decidir cualquier tipo de actuación o colaboración en el terreno sindical.

Para su estudio, estos grupos puedan y deben dividirse en dos sectores: los que integran las formaciones clásicas (CNT, UGT y STV) y los que componen las formaciones de nuevo cuño (HOAC, JOC, FST, USO, AST, ASO, Comisiones Obreras, etc.).

Las tres organizaciones del primer sector, “aliadas” después del 61 en una Alianza Sindical (A.S.E.), efectiva en el exilio y prácticamente inexistente o inoperante en el interior –aunque nos duela a los que militamos en alguna de ellas-, después de 25 años de exilio de sus cuadros militantes más activos y destacados, han cedido el terreno, en el interior, a las formaciones de composición más reciente. Conformándose con llevar una simple actuación burocrática de relación entre sus afiliados –casi todos definitivamente adaptados a los países que los han acogido-, sin mayor proyección hacia el interior que las esporádicas introducciones de propaganda, de una reducidísima circulación. Las propias luchas intestinas –originadas por los enfrentamientos de tendencias, por los personalismo y por el control de los comités- han ayudado a que todo gire, a lo largo de estos 25 años, en torno a estas “luchas” burocráticas de asambleas y comicios, escisiones, expulsiones y firma de pactos, sin mayor trascendencia en la lucha contra la dictadura franquista y la burguesía española. Así, sus efectivos se han ido reduciendo progresivamente, hasta quedar reducidas al presente a la simple calidad de asociaciones de “ex-militantes” –aunque ni los simples cotizantes ni sus “dirigentes” quieran reconocerlo- sin influencia sensible entre las nuevas generaciones que integran el proletariado español actual (tanto el de dentro como el que ha emigrado a Europa en los últimos años).

En el interior, los grupos de militantes de estas organizaciones –que pudieron librarse de la feroz represión franquista- tuvieron que conformarse, durante estos 25 años, con llevar una actuación clandestina –cuando la llevaron- reducida también a la simple relación, organización y reorganización de los militantes conocidos, seguros y dispuestos a reunirse, de cuando en cuando, para aprobar o desaprobar las “posiciones” de las organizaciones del exilio. La lucha de “tendencias”, fomentada desde el exterior, y las sucesivas oleadas represivas, imposibilitaron la existencia de algo coherente, realmente representativo e influyente en el seno de la clase trabajadora. La que no por ello dejaba de existir y de resentir la explotación capitalista; si bien la ausencia de sus organizaciones de defensa y otras causas determinaban cambios notables en su mentalidad y en su espíritu de lucha.

La vida de estas organizaciones –o quizás más valdría decir: el vegetar de estas organizaciones- ha transcurrido, durante todo el periodo franquista, en una permanente disquisición crítica o glorificadora de lo que fueron o no debieron ser en el pasado. Todos sus análisis y tomas de posición partían de una realidad, la de 1936, que ya no lo era y que ya no podía volver... con simples invocaciones o esperanzas milagreras. Y este estancamiento analítico y táctico, junto al inmovilismo burocrático exilado y al paso de los años..., dieron como resultado su apartamiento de la realidad española, en la que se proyectan hoy como un eco del pasado y como algo anacrónico, ineficaz e inoportuno...

Desde el punto de vista teórico, siguen fieles a sus postulados y principios básicos –claramente reformistas los de la UGT y la STV y radicalmente revolucionarios los de la CNT-, aunque dentro de la Alianza Sindical las tres se confunden en una misma posición integradora y conciliadora en el seno de la “nueva sociedad española” después “del derrumbe del franquismo...”.

Dada la dramática situación en que se debaten estas tres organizaciones, la Alianza Sindical por ellas constituida ha tenido una vida intrascendente –pese al respaldo moral y material que la C.I.O.L.S. y la C.I.S.C. le otorgaron desde su constitución-, sin mayor presencia en las recientes luchas obreras en España que la esporádica repartición de octavillas en ocasión de algunos conflictos laborales.

Sin duda, en el seno de estas tres organizaciones, aún existen grupos de militantes que, disconformes con el inmovilismo fomentado desde los comités burocráticos del exilio, intenta cambiar este lamentable “actuar” del sindica-

lismo clásico; pero, al menos por el momento, sus posibilidades son muy reducidas y su esfuerzo inútil. Y de esta impotencia de la base más consciente se deriva un recrudescimiento de los maniobreos políticos de las camarillas que aspiran a quedarse con las siglas y con el prestigio histórico que estas siglas representan. Los unos para “negociar” –para servir de instrumento-, en su nombre, con los jefes del sindicalismo vertical el “futuro del sindicalismo español”; los otros para “salvar” su espíritu revolucionario y justificar la continuidad del burocratismo exiliado.

En el segundo sector es obligado comenzar por las H.O.A.C. y la J.O.C., puesto que estas dos organizaciones de promoción obrera, dependientes de Acción Católica, han sido las que más han podido participar –paralelamente al sindicalismo vertical- en los conflictos laborales hasta un pasado reciente, convirtiéndose en la cantera, consciente o inconscientemente, de toda una activa militancia sindicalista joven. Que finalmente ha determinado la formación de organizaciones católicas no confesionales (F.S.T., U.S.O. y A.S.T.), dinámicas e influyentes, que pueden ser la base de un sindicalismo católico de gran envergadura en un futuro próximo.

Dejando de lado a las H.O.A.C. y a la J.O.C., que continúan y continuarán siendo centros de formación de militantes sindicalistas católicos, se puede afirmar que las otras tres formaciones –y las que en el futuro aún puedan “surgir” de ese mismo origen común-, a las que sólo separa, al parecer, su mayor o menor grado de confesionalidad (lo que les permite un mayor o menor grado de acción conjunta con los comunistas y otras formaciones sindicalistas), son intentos que han demostrado, en la práctica, que un sindicalismo católico –aparentemente o sinceramente no confesional- puede ser constituido en las actuales condiciones en que se encuentra el proletariado español. El dinamismo juvenil de sus militantes, sus posibilidades semi-públicas de actuación (garantizadas, en parte, por su origen), sus respaldos económicos y morales indiscutibles (las organizaciones sindicales cristianas europeas) y la actual coyuntura sindical de nuestro país (despolitización de las masas trabajadoras), les facilitan la tarea de consolidación y ampliación orgánica en el seno de las nuevas generaciones de trabajadores particularmente. Su directa y decidida participación en las actuales luchas obreras les garantiza un puesto destacado en la “oposición sindical” actual y en el sindicalismo de mañana.

Estas tres organizaciones, aunque con algunas diferencias más o menos importantes, se inscriben dentro de los lineamientos programáticos de un “sindicalismo rigurosamente apolítico”, evolutivo y superficialmente clasista. Con postulados teóricos que van del marxismo, pasando por el anarquismo, hasta la nueva doctrina social de la Iglesia. Llegando alguna de ellas (la A.S.T.) hasta la negación total de la sociedad capitalista. La Alianza Sindical Obrera (A.S.O.) debe ser incluida en este sector, si bien puede considerarse, al menos por el momento, como una experiencia fallida para aglutinar en una sola organización, en el interior, a los restos de las Organizaciones clásicas (C.N.T. y U.G.T.) y a las nuevas promociones sindicalistas cristianas, bajo el respaldo moral y material de las centrales sindicales socialistas europeas y, particularmente, los sindicatos metalúrgicos alemanes y yanquis. Como la otra Alianza (la A.S.E.), la A.S.O. ha quedado reducida a una pura promoción publicitaria, al no lograr captar a los jóvenes militantes sindicalistas católicos que, al ver la falta de arraigo de esta Alianza y de sus dirigentes entre la base obrera, han preferido relanzar sus propias organizaciones (F.S.T., U.S.O. y A.S.T.).

Así, la A.S.O. ha quedado limitada a sus reducidos grupos dirigentes fundadores que, por ahora, tienen que conformarse con lanzar, de cuando en cuando, como la otra Alianza, boletines y programas para demostrar que aún existen. Aunque alguna de las personalidades que, al principio, coquetearon con ella la han dejado caer definitivamente (Tierno Galván, etc.), así como alguno de los grupos socialistas del interior (disidentes del Exilio) que ahora han creado sus propias siglas (C.O.S. y U.T.S.) que, junto con la F.S.T. y la U.S.O. acaban de constituir el “Frente Sindical Democrático”, como respuesta a las últimamente muy sonadas “Comisiones Obreras”. Estas últimas han resultado ser, en la práctica, las que se han demostrado más eficaces para interesar y movilizar a los núcleos obreros de las principales capitales, pues han sido constituidas directamente en la base, más o menos espontáneamente al relacionarse y organizarse, al margen y paralelamente al sindicato oficial, los “enlaces sindicales” elegidos por los trabajadores dentro de los propios lineamientos legales.

Las “Comisiones Obreras” que, al principio, sólo tenían un carácter provisional y limitado a conflictos laborales concretos, fueron adquiriendo importancia y amplitud al introducirse en ellas militantes sindicales, políticamente más formados (particularmente católicos y comunistas), que comprendieron las posibilidades que ellas abrían. Así se llegó al intento de estructuración nacional –en pleno desarrollo y experimentación– en que, comunistas y cristianos

(A.S.T.), han conjugado sus esfuerzos para constituir una organización sindical unitaria de oposición, paralela a la C.N.S., empleando en gran parte los propios derechos que el sindicalismo vertical ha concedido.

Las “Comisiones Obreras”, como todas las otras formaciones incluidas en este sector, se conforman o se han asignado voluntariamente la tarea de constituir un “sindicalismo de oposición al sindicalismo vertical”, sin otra aspiración que la de sustituirle, en un futuro próximo, como representante de la clase trabajadora española en el inevitable proceso “evolutivo” de nuestra sociedad. Así, teórica y prácticamente, se presentan como el recambio “democrático” al sindicalismo totalitario que, de una u otra manera, tendrá que ser sacrificado el día que el capitalismo español se considere apto para entrar de lleno a la sociedad neocapitalista occidental y “democrática”. Un “recambio democrático” al sindicalismo totalitario que, de una u otra manera, tendrá que ser sacrificado el día que el capitalismo español se considere apto para entrar de lleno a la sociedad neocapitalista occidental y “democrática”. Un “recambio democrático” que, únicamente orientado hacia la estructuración y consolidación de un sindicalismo profesional, reformista y “apolítico” – en el sentido que aspira a su reconocimiento y legalización por no importa qué régimen político-, renuncia a la lucha contra la dictadura y a la lucha por la revolución.

Las consecuencias de esta “noble” renuncia, tanto por los grupos del último como del primer sector, no sólo serán nefastas para el porvenir de la clase trabajadora, sino que ya ahora están dando sus frutos con el endurecimiento de la actitud oficial, que no ve ninguna amenaza seria en esta “oposición” que no se atreve ni siquiera a impugnar el sistema instaurado antidemocráticamente.

(Abril-mayo 1966) en *Presencia*

Perspectivas del sindicalismo revolucionario

En el número anterior de “PRESENCIA”, con la brevedad que el espacio de la revista lo exigía y con la objetividad (sinceridad) que el tema lo requiere, analizamos la situación actual de la sociedad española, del sindicalismo verticalista y de la “oposición sindical”. Ahora, continuando con la misma línea de crítica objetiva y de total rechazo de los espejismos partidistas y de las ciegas

utopías, debemos abordar las perspectivas que se ofrecen para el sindicalismo revolucionario dada la coyuntura político-social de nuestro país, del occidente capitalista y del mundo en general.

Repetiremos, una vez más, que la continuidad de la dictadura franquista, con sus correspondientes estructuras fascistas, leyes y organizaciones totalitarias, y su insuperable vocación represiva, dan al “caso español” una originalidad (diferenciación) muy particular, que no permite comparaciones superficiales; y mucho menos, con las naciones capitalistas con regímenes “democráticos”. Olvidar esta diferencia fundamental sería tan absurdo, tan falto de rigor crítico, como olvidar que ya no estamos en 1936 y que, una guerra civil y un periodo de más de 25 años de dictadura, han cambiado el curso de la historia de nuestro pueblo.

Así, sin olvidar nada de todo esto y teniendo siempre presente que sólo partiendo de las actuales condiciones –y no de las que deseáramos que fuesen– podremos construir algo serio y positivo para el futuro, debemos abordar las consecuencias inevitables de la actual orientación del sindicalismo de oposición, para ver si aún es posible consolidar un sindicalismo revolucionario, realmente consecuente y popular. Porque ni puede satisfacernos la adhesión de las masas obreras a los grupos que prefiguran ya, desde ahora, ese sindicalismo integrador y reformista que, en el mundo occidental, ha enterrado el espíritu revolucionario de la clase trabajadora; ni pueden conformarnos las esperanzas de mantener pequeños núcleos sindicalistas que se reclaman revolucionarios sobre el papel.

Sindicalismo integrador

Si bien el capitalismo, en su fase inicial, vio en el sindicalismo una fuerza contraria a sus intereses y una seria amenaza para sus aspiraciones de hegemonía de la sociedad moderna, no ha sido así en los últimos decenios: particularmente después de la segunda guerra mundial que marca, en cierto modo, el nacimiento del neocapitalismo.

Las dos grandes fuerzas del mundo moderno, que un día parecieron antinómicas e irreconciliables, han “evolucionado” en direcciones convergentes: ayudadas u obligadas, en algunos casos, por la “autoridad” del Estado convertido en árbitro supremo de los “intereses de la sociedad”. Y, si bien gran parte del camino andado, en este sentido, debe atribuirse al cambio de mentalidad y táctica capitalista (neocapitalismo), que ha comprendido la necesi-

dad de integración de la clase trabajadora a su proceso de desarrollo y expansión –mediante la elevación progresiva del nivel de vida de esta última–; la mayor parte de este camino recorrido corresponde al sindicalismo reformista que, renunciando a la revolución, ha dado las suficientes garantías y ha demostrado ser el instrumento imprescindible para propiciar esta integración: sin sobresaltos y sin riesgos, dadas las inevitables y permanentes contradicciones del sistema, al propiciar la desmovilización política del proletariado.

Así, el sindicalismo reformista –que en su argumentación teórica se presentaba, pese a todo, como un instrumento de emancipación gradual de la clase trabajadora– ha pasado a ser finalmente un simple instrumento integrador, estable y duradero, de la clase explotada como elemento subalterno.

Porque si bien la elevación del nivel de vida de los trabajadores puede, en cierto modo y en ciertos países, llevarnos a creer en el espejismo de la superación de la lucha de clases, la realidad es, a final de cuentas, muy diferente. El neocapitalismo ha propiciado, y está dispuesto a aceptar como algo obligado y necesario, el aumento de bienestar material –única forma, por lo demás, de asegurar su expansión continua y de garantizar la estabilidad de sus privilegios– para la clase trabajadora; a condición de que ésta no le discuta el derecho de propiedad ni le dispute la dirección política de la sociedad. Inclusive, en determinadas situaciones, el neocapitalismo “moderno” se considera un capitalismo tan adelantado en el camino de la integración que llega a confiar tranquilamente la dirección política a partidos de tradición obrera (los partidos socialistas de Francia, Bélgica, Inglaterra, Suecia, etc.), “sabiendo que estos partidos dejarán a la puerta del poder todo lo que pudieran tener de socialistas” (1).

Igualmente, el neocapitalismo “moderno”, no niega a las organizaciones sindicales “el derecho a defender ciertos intereses de las fuerzas sociales a las que representan (condición imprescindible para que estas organizaciones puedan conservar la dirección política de dichas fuerzas); pero a condición de que esto tenga lugar no sólo en el marco previsto por el funcionamiento general del sistema, sino especialmente en los límites y modos que permiten las exigencias del beneficio; de modo que toda tensión demasiado aguda, toda ruptura peligrosa queda eliminada”.

De esta manera se ha producido y se produce el doble fenómeno de la integración de la clase trabajadora al sistema capitalista: a través de la integra-

ción de sus organizaciones representativas (sindicatos y partidos) a los organismos de planificación, a la administración y al gobierno; y a través del conformismo y aceptación que esta línea reformista infiltra en el espíritu de las masas explotadas que, seducidas por el disfrute de un cierto confort o la esperanza de alcanzarlo, renuncian a la lucha por su total emancipación y se conforman con la simple conservación de las mejoras obtenidas y el encuadramiento legal de sus reivindicaciones futuras.

“Esa aceptación o conformidad, que afecta hoy a las sociedades capitalistas y que constituye un aspecto importante de la crisis de la izquierda en el mundo, no es el producto espontáneo de una sociedad que ha conseguido el bienestar para todos sus miembros y que permite formas de vida verdaderamente democráticas; es el resultado de una serie de mecanismos complejos a través de los cuales la oligarquía dominante trata de garantizar bases estables y seguras al desarrollo capitalista, de modo que la sociedad sea una máquina cuyos engranajes funcionen con regularidad, es decir, permitan la previsión de los acontecimientos, sin sorpresas, frotamientos ni rupturas”.

Y todas las formas de sindicalismo reformista (que acepte la realidad de las instituciones capitalistas y aspire a su reconocimiento por ellas) constituyen parte de estos “mecanismos complejos”, a través de los cuales el neocapitalismo busca la eliminación de los conflictos sucesivos e inevitables que, fatalmente y como resultado de sus contradicciones internas, le obligan a enfrentarse y negar los intereses y los derechos más legítimos de la clase trabajadora. Por eso todo sindicalismo que no aspire, que no luche, por la total emancipación de los trabajadores, por la desaparición del sistema de explotación capitalista, de todo sistema de explotación, deviene inevitablemente – si no ha sido constituido conscientemente para ello- en un sindicalismo integrador: en un instrumento de domesticación y encuadramiento de la clase trabajadora para garantizar la estabilidad de la sociedad capitalista.

Por su propio interés, y como expresión consecuente de su ley de desarrollo, el neocapitalismo seguirá haciendo concesiones, tanto en la política de remuneración salarial (“participación legal” en las utilidades), como en la política de control e intervención sindical (participación en los organismos de planificación económica, legislación obrera, etc.).

Y el sindicalismo integrador, más o menos reformista, más o menos apolítico, seguirá cumpliendo su papel de instrumento a través del cual estas concesiones y estas reformas se consiguen y se realizan. Así, por la propia dinámica

capitalista y la naturaleza de sus contradicciones, la lucha por la obtención de mejoras inmediatas seguirá inevitablemente su curso; y los mecanismos de integración seguirán de buen o de mal gusto, sirviendo para alcanzar estas “conquistas”.

Sindicalismo revolucionario

Teórica y prácticamente el sindicalismo revolucionario es el único instrumento con el que la clase trabajadora puede luchar por la revolución y conquistar su total emancipación. Pero un sinfín de factores e intereses se han coaligado, en el mundo occidental, para dejarlo reducido a poco menos que utopía; y no hablemos del mundo comunista, en donde no existe otro sindicalismo que el dependiente y controlado, de arriba abajo, por el Estado y la burocracia del Partido.

Demostrar la validez de esta primera afirmación no es, en estos momentos, ni necesario ni de ninguna utilidad; puesto que la experiencia histórica es rotundamente evidente al respecto. Particularmente en nuestro país y en aquellos en donde, aún traicionada después por la burocracia dirigente, la clase trabajadora ha podido dar un paso adelante al destruir, en su aspecto clásico, la propiedad privada de los medios de producción.

Lo que si resulta necesario y urgente es llegar a conclusiones serias, bien fundamentadas, sobre las condiciones en que, actualmente y en un futuro inmediato, el sindicalismo revolucionario (lo que quede o lo que se pueda aún constituir), tendrá que desenvolverse en el mundo capitalista occidental. Sin olvidar las repercusiones que se derivan de la existencia del mundo comunista.

En líneas generales tenemos que reconocer que la estrategia aplicada por el neocapitalismo y la desproporcionada concurrencia que el sindicalismo integrador representa, para los reducidos y débiles núcleos sindicalistas revolucionarios, dejan a estos últimos escasas posibilidades de desarrollo. Y, en cierto modo, dada la mentalidad imperante entre las masas trabajadoras, pocas razones de justificación. Ya que el sindicalismo revolucionario implica una lucha frontal al sistema de explotación –del que es solidario el Estado con todo su aparato represivo–; y para el sindicalista revolucionario un esfuerzo suplementario, un riesgo permanente y un sacrificio. Pues no se puede concebir un sindicalismo revolucionario –salvo como estafa demagógica– reducido al simple quehacer burocrático, a la cómoda garantía de la legalidad

y al diálogo o negociación platónica con sus enemigos. Porque estos últimos pueden recabar y aceptar el diálogo y la negociación pacífica con los trabajadores, porque están en condición de superioridad y de ceder prerrogativas; mientras que los trabajadores, por ese camino (incluida la huelga legalizada y pacífica), sólo pueden aspirar a obtener lo que los otros quieran darles o quieran hacerles creer que han conquistado, gracias al uso de ese tipo de negociación, de “lucha” reivindicativa.

Sacadas las necesarias y lógicas conclusiones de esta inferioridad táctica, y las que se derivan de la propia experiencia histórica del sindicalismo revolucionario, hay que concluir honestamente que, en todos aquellos países en donde el neocapitalismo y el Estado han logrado imponer su estrategia de integración (aún sin resolver sus contradicciones fundamentales, ni los inevitables conflictos de clase que ellas provocan), al menos mientras las actuales condiciones objetivas se mantengan (coexistencia pacífica de los dos bloques, expansión económica) y mientras la combatividad de los núcleos sindicalistas revolucionarios no aumente, las perspectivas de estos últimos están seriamente comprometidas.

Efectivamente, como el análisis histórico del sindicalismo revolucionario lo prueba, sus posibilidades de desarrollo y de éxito han dependido y seguirán dependiendo de la radicalización y gravedad de los enfrentamientos de clase. La historia humana es, esencialmente, la historia de la lucha de clases. En su fase inicial el capitalismo se impuso como supremo vencedor y dio origen, por todas partes, al nacimiento del sindicalismo que, ante tal radicalización expoliadora, tuvo que ser necesariamente de orientación revolucionaria. El neocapitalismo ha sabido mitigar esta expoliación, sin perder su carácter fundamentalmente alienador, llegando a estabilizar una sociedad en la que la lucha de clases ha sido sustituida, en parte, por la posibilidad de elevación social individual. Así resulta comprensible el desarrollo y estabilidad del sindicalismo reformista, que también ha renunciado a la lucha de clases y que acepta y fomenta la subdivisión de la clase trabajadora en diferentes categorías sociales, totalmente insolidarias entre sí.

Pero, ni el neocapitalismo ni el sindicalismo integrador han logrado, ni podrán lograr (salvo que se opere el milagro de la transformación pacífica del capitalismo al socialismo, renunciando definitivamente al principio de beneficio), superar la contradicción fundamental del sistema capitalista que persis-

te a través de sus diferentes transformaciones y mutaciones: la alienación de la clase trabajadora al capital y sus detentadores.

“Este es el conflicto permanente –imposible de suprimir en un régimen capitalista- entre las dos lógicas (la de carácter social de la producción y la del carácter privado del beneficio) que forman la trama del desarrollo de la sociedad capitalista clásica y moderna”.

Por lo que el sindicalismo revolucionario seguirá teniendo justificación teórica y validez práctica (siempre que se considere al sindicalismo como un instrumento de lucha de una clase y no de grupos determinados dentro de esta clase). “Pues las posibilidades revolucionarias nacen, precisamente, de la naturaleza contradictoria del capitalismo, y renunciar a ver lo específico de sus contradicciones significa prácticamente la renuncia a poseer una estrategia adaptada a la situación presente, en una palabra, la renuncia a la lucha por el socialismo”.

Conclusiones

Todo lo hasta aquí expuesto nos conduce a una serie de conclusiones inevitables y de importancia capital para cuantos nos preocupamos, directa o indirectamente, por el porvenir del sindicalismo español. Y, particularmente, para los que estamos empeñados en reconstituir un sindicalismo revolucionario, verdaderamente eficaz, en nuestro país, y, de ser posible, en el mundo.

La primera conclusión es que, dada la “originalidad” del “caso español” (continuidad de la dictadura, con todas sus nefastas consecuencias para la clase trabajadora) y dado el retraso del neocapitalismo español en el proceso de integración –todo lo cual determina aún una permanente radicalización de la lucha de clases-, las perspectivas de afirmación para el sindicalismo revolucionario son reales. A condición, claro está, que los núcleos sindicalistas que se reclaman revolucionarios sepan comprender su papel y se decidan a desempeñarlo con todas las consecuencias. Ya que, pese a su desorganización actual, la clase trabajadora ha demostrado en todas sus recientes luchas una combatividad y una solidaridad de clase ejemplares. Lo que demuestra que, pese a su despolitización forzada, las condiciones objetivas en que se produce aún su explotación han permitido salvaguardar su disposición para la lucha revolucionaria.

La segunda conclusión es que, la oligarquía y el neocapitalismo han comprendido, en parte, la urgente necesidad de acelerar la evolución del proceso

de integración, para lo cual se disponen a dar ciertas facilidades al sindicalismo de oposición que siga, claro está, la línea reformista e integradora. Y que este sindicalismo podrá consolidarse, pese a la actitud recalcitrante de los integristas del régimen, si los núcleos sindicalistas revolucionarios no saben pasar de la simple propaganda escrita a la orientación y dirección directa de las actuales luchas obreras.

La tercera conclusión es que las organizaciones sindicales clásicas, dado su estado actual de descomposición interna y de burocratización orgánica, no son ya instrumentos adecuados para la reconstrucción de un sindicalismo revolucionario consciente y eficaz.

La cuarta, y última conclusión –si queremos resumir- es que si perdemos esta oportunidad (que difícilmente volverá a reproducirse) por incapacidad de visión, por impotencia o por no querer correr los riesgos y los sacrificios que una actitud consecuente nos exigiría, el porvenir del sindicalismo español se decantará fatalmente por el lado reformista e integrador. Y en esas condiciones, los núcleos revolucionarios deberán plantearse si no vale la pena continuar la lucha en otros terrenos y en otros niveles.

Porque, reducido el sindicalismo a su papel de simple negociador dentro del proceso general de integración de la sociedad neocapitalista moderna, la actuación de los grupos revolucionarios en su seno sería, hasta para la propia clase trabajadora, un motivo de perturbación de la función devenida esencial: la gradual elevación del nivel de vida de los trabajadores. En cuya finalidad coinciden, por ahora, el “egoísmo conservador” de los trabajadores y los propios intereses del neocapitalismo.

En estas condiciones –dejándolo consciente y exclusivamente orientado a la defensa de intereses materiales- el sindicalismo integrador cumplirá, pese a sus facetas negativas, un papel positivo: cada vez más necesario para garantizar la integración; pero cada vez menos inatacable en la garantía de los intereses materiales de los trabajadores.

Los militantes revolucionarios –participen o no en este sindicalismo por su calidad de trabajadores- tendrán otra responsabilidad más importante: la de evidenciar la alienación fundamental de la sociedad capitalista y la de luchar contra sus nefastas consecuencias.

Porque la alienación fundamental significa que los destinos de la sociedad sigan estando siempre en manos de una sola clase privilegiada (sea la oligar-

quía económica en el mundo occidental o la oligarquía burocrática en el mundo comunista), y que las luchas por el poder estén permanentemente abiertas, con sus inevitables y catastróficas consecuencias: guerras, golpes de Estado y fascismo más o menos encubierto.

(1) Esta cita, como las siguientes, pertenecen a un artículo publicado por Lelio Basso, dirigente del Partido Socialista Italiano de Unidad Proletaria, en el número 15 de la revista *Revue Internationale du Socialisme*.

(Junio-Julio 1967) en *Presencia*

Reinventar el anarquismo, reinventar el marxismo, reinventar la revolución

Efectivamente como se plantea Sergio Daniel en el número anterior de “PRESENCIA”, a los anarquistas se nos plantea, en el mundo de hoy, el dilema de “reinventar el anarquismo” o de admitir quedarnos reducidos “a vivir a contrapelo del tiempo y de la Historia”.

Y esto, sin duda, porque no hemos sabido resolver de una manera positiva y práctica el dilema entre eficacia y libertad. Y, por qué no reconocerlo, porque no hemos sabido o querido —en el terreno teórico— renunciar a nuestra negación rotunda del Estado; devenido en el último y gran refugio de las clases y los grupos privilegiados, y de todos cuantos aspiran a un cambio individual de su situación social. Del Estado convertido en instrumento imprescindible e inevitable para el desarrollo histórico de la sociedad humana.

Pero este “reinventar el anarquismo” que, llevado a sus últimas consecuencias, se traduce en un “reinventar la revolución”, también les plantea a las otras corrientes revolucionarias el mismo dilema. Particularmente al marxismo que corre el riesgo, precisamente “por su adaptación al ritmo del tiempo y de la historia”, de convertirse en un movimiento contrarrevolucionario y de simple consolidación de una nueva y superior forma de capitalismo: el capitalismo de Estado.

Las inquietudes, los reproches e inclusive los calificativos con los que Sergio Daniel intenta llamar la atención de los anarquistas sobre esta urgente necesidad de replanteamiento teórico y táctico, no me sorprenden, aunque no en

todos los casos los considere ajustados a la realidad. Lo que sí me sorprende es que no se percate, o que no lo afirme con la suficiente claridad, que este replanteamiento teórico y táctico debe ser emprendido no sólo por los anarquistas sino por todos cuantos de verdad se interesan por construir una sociedad en la que el hombre llegue a ser económica, política y psicológicamente libre. Pues la quiebra ideológica o el fracaso táctico alcanza a todos los movimientos que se reclaman de la izquierda. Tanto los evolucionistas como los por definición revolucionarios.

Ahora bien, planteado el problema en toda su dimensión y complejidad, resulta que si el anarquismo debe hacer un esfuerzo “por incorporarse a la Historia en devenir, convirtiéndose los anarquistas en protagonistas de ella y no en simples espectadores frustrados”, los otros movimientos deben hacer aún un esfuerzo mayor para desembarazarse de todas sus flagrantes contradicciones teóricas que, la práctica histórica lo ha demostrado hasta la saciedad, no les han permitido ni les permitirán superar la trágica antinomia que se establece entre el autoritarismo y la libertad.

Creo, pues, que la solución del dilema entre la eficacia y la libertad debe buscarse en otro terreno que el señalado por Sergio Daniel. No es el análisis histórico y la crítica del Estado realizados por el anarquismo los que fallan, sino la actitud de lucha de los anarquistas es la que ni está de acuerdo con su tiempo ni siquiera con su doctrina. Como tampoco lo está con su doctrina la degeneración burocrática de todos los movimientos socialistas o marxistas, aunque lo esté con la línea de corrupción general de su tiempo.

No sé hasta qué punto un replanteamiento teórico y táctico podría aportar algo más nuevo y eficaz, si los anarquistas no están dispuestos a llevar hasta las últimas consecuencias sus viejas o nuevas conclusiones sobre la lucha contra el capitalismo por la transformación revolucionaria de la sociedad. Como no sé de qué puede servir que los marxistas reconozcan los riesgos contrarrevolucionarios implícitos en sus tácticas autoritarias, si no están sincera y firmemente dispuestos a renunciar a ellas para realizar la revolución.

Creo, pues, que podemos llegar a una conclusión más general y más simple, que nos es común a todos los que nos definimos como revolucionarios – anarquistas y marxistas incluidos-, y que puede ser la clave para el dilema eficacia y libertad: reconocer lo negativo (para la clase trabajadora ha sido fatal) que ha sido la división del mundo revolucionario en ideologías que han

acabado por originar tendencias irreductibles, aunque en el fondo persigan los mismos objetivos.

Pero reconocer lo nefasto de esta división, que es la única que realmente ha permitido al capitalismo proseguir su marcha triunfante, no es suficiente. Como tampoco lo es el reconocer que no se puede cambiar la sociedad capitalista si se copian sus procedimientos y sus estructuras.

Es necesario algo más importante, más esencial, más humano y menos dialéctico. Más a ras de tierra y más realizable. Reconocer que, por el momento, es imposible resolver las contradicciones teóricas y tácticas que, querámoslo o no, existen entre todas las ideologías revolucionarias. Pero que prácticamente es posible a todos los revolucionarios, si se lo proponen, llegar a una sana comprensión y tolerancia entre ellos, procurando unir sus esfuerzos cuando las condiciones y sus líneas de acción lo permitan o dejándose de ver como enemigos cuando no coincidan en apreciaciones, en el análisis de la realidad objetiva, y en la forma de intentar cambiarla.

Sólo cuando todos los revolucionarios comprendan esta verdad, que su verdadero enemigo es el capitalismo y todas sus estructuras y subestructuras derivadas, sólo entonces dejarán de atacarse estúpidamente e intentarán vencer las divergencias para buscar las coincidencias. Y éstas, sin duda, será más fácil descubrirlas cuando los revolucionarios se ataquen de verdad a la lucha contra el capitalismo en vez de pactar con él, acomodarse a su ritmo o integrarse a su propia estrategia con la ilusión de vencerlo desde dentro. Sólo en el terreno de la acción revolucionaria (y por ella entiendo toda acción que teórica y prácticamente signifique una negación del sistema actual) podrán llegar a unirse los revolucionarios por encima de sus divergencias ideológicas. Pero, para ello, es necesario que esta acción sea de verdad y no simplemente de palabra. Esto puede ser, por lo menos, un paso en firme para llegar un día a resolver el dilema entre eficacia y libertad.

(Junio-julio 1967) en *Presencia*

Para un debate sobre: reformismo y revolución

El último número de *PRESENCIA* y el libro de Regis Debray, *Révolution dans la Révolution*, me incitan a reincidir en un tema que, por lo visto, es de primera actualidad para la izquierda revolucionaria de los cinco continentes. Independientemente de las famosas “condiciones objetivas” de cada uno de ellos y de la evolución de las relaciones internacionales entre las grandes potencias.

Efectivamente, la vieja discusión sobre técnicas a seguir “para abrir paso a la Revolución”, con muy pequeñas variantes, vuelve, cada vez, a plantearse y resumirse en dos concepciones teórica e históricamente antinómicas: Reformismo y Revolución. Y esto que, en la práctica, resulta de más en más evidente, en el terreno ideológico, por el contrario, se presenta cada vez en medio de una mayor confusión.

En el número 8 de “PRESENCIA” se exponen posiciones opuestas en torno a un problema concreto: el porvenir del sindicalismo español. Que, en última instancia, es el porvenir de la “revolución española”. Aún por realizar y con una dictadura fascista aún sólidamente implantada en el país.

Si se profundiza en estas diferentes posiciones inmediatamente salta a la vista que, aunque sea inconscientemente, los redactores y colaboradores de la revista vacilan y se contradicen ante los resultados del análisis de la realidad española actual y los dilemas que la misma plantea. Así, sin hablarse de ello, y con toda seguridad ignorándolo, la diferencia de posiciones prefigura divergencias tácticas fundamentales. Que, de una manera o de otra, replantean al de nivel de la actualidad de hoy el viejo debate entre Reformismo y Revolución. Todo y coincidiendo, en lo fundamental, en principios y finalidades.

El libro de Regis Debray –aparte su relativa incoherencia ideológica y un cierto sectarismo marxista- plantea, con carácter más trágico e indudablemente más espectacular, el mismo dilema. En un continente y en otras zonas del mundo en donde el porvenir de la revolución parece jugarse de una manera más inmediata y más definida.

De esta manera se comprueba que, libertarios y marxistas, se hallan enfrentados al mismo problema –con sus respectivas peculiaridades ideológicas- y que se debaten en una lucha interna, teórica y prácticamente, que sobrepasa

las ideologías y los hombres. Que demuestra o incita a pensar que la resolución de la injusticia social –razón de ser de las diferentes ideologías- depende, fundamentalmente, de la actitud de los revolucionarios que saben ser consecuentes con la problemática propia de la Revolución y de sus enemigos irreconciliables: el capitalismo, el imperialismo y todas las clases privilegiadas de la sociedad estatista.

En España, durante más de 25 años, las viejas generaciones de militantes revolucionarios se han debatido, hasta casi autodestruirse, entre partidarios de una y otra línea²⁴. Tanto en el terreno de la “lucha” antifranquista, como en el de la acción sindicalista.

Últimamente, los grupos “nuevos” de la Oposición antifranquista –integrados por los elementos más inquietos de las nuevas generaciones- también comienzan a replantear el debate. Llegando, en la mayoría de los casos, a conclusiones “singulares”. Conclusiones que, por lo visto y en cierto modo, han influenciado a los redactores de “PRESENCIA”; que continuando fiel a su lema de “tribuna libertaria” ha respetado la libertad de expresión –sin exclusiones sectarias-, aún a riesgo de dar la impresión de una falta de coherencia o de unidad táctica.

Por mi parte creo que la actitud de la Revista no es negativa y que ella seguirá cumpliendo su misión de esclarecimiento ideológico si sabe llevar, esta confrontación de tesis y posiciones, al verdadero análisis de las tácticas. Sin miedo a las definiciones y a los calificativos; pues revolucionario y reformista son términos que se aplican muy a la ligera y en ocasiones injustamente. Y quizás también eso permita llegar a conclusiones más claras y más prácticas en torno al debate, ya iniciado, sobre “eficacia y libertad”.

Oposición sin estrategia ofensiva

En nuestro caso concreto, España, tendremos que comenzar por hacer una advertencia que, a muchos, quizá parecerá simplista y sin importancia; pero que es fundamental porque ella condiciona, de una manera muy especial, una u otra línea de actuación. Nos referimos a la obligada clandestinidad en

²⁴ División que, en la práctica, no corresponde exactamente al sentido en que “reformismo” y “revolución” han sido explotados en el ámbito confederal.

que se debe actuar, mientras perduren las actuales condiciones; salvo, claro está, que se coincida con la línea “evolutiva” del Régimen.

Clandestinidad que, para otras latitudes, sólo es obligada en la medida que voluntariamente se renuncia al aprovechamiento de ciertos derechos y ciertas libertades democráticas, garantizadas por leyes y Constituciones. Al menos en lo que concierne a la propaganda, exposición de ideas y constitución de organizaciones políticas o sindicales.

En nuestro país, quiérase o no, mientras el Régimen actual continúe dueño del Poder, toda acción política de oposición y toda actividad sindical legítima, no sólo deberá manifestarse clandestinamente, sino que siempre estará sujeta a las consecuencias de la represión. Inclusive –hay necesidad de repetirlo porque muchos lo olvidan o simulan olvidarlo- para las simples actividades de distribución de propaganda escrita; que en caso de descubrirse significa meses y hasta años de cárcel. De tal modo que sólo con mucho optimismo o ingenuidad puede olvidarse la existencia y presencia efectiva de un régimen de dictadura clásicamente totalitario.

Lo más curioso, en el caso español, es que no sólo son las viejas generaciones de militantes sindicalistas y los integrantes de la izquierda “clásica” los que se siguen aferrando a la esperanza de una “evolución democrática” del Régimen, que les permita proseguir públicamente, y dentro de marcos legales, una acción puramente reformista de “perfeccionamiento” de la sociedad española; sino que –con muy pocas excepciones- todas las “nuevas” formaciones se aferran también a esta quimérica esperanza y a esta línea de actuación. Pese a que, en el caso de estas últimas, la mayoría se reclama del más puro espíritu revolucionario. Llegando, inclusive, a una admiración desmedida de “los movimientos de liberación” de los pueblos del Tercer Mundo. Y, muy particularmente, del movimiento revolucionario impulsado en América latina por el “castrismo”. Dando la impresión, ante tan flagrante contradicción, de una carencia total de rigor revolucionario. O, al menos, de una total desorientación ideológica y política. Así, lo mismo podríamos referirnos a los grupos de orientación marxista –FLP y JSR-, como a los provenientes del sector católico progresista –USO y AST- o a los desgajados, y en franca rebeldía, del P.C. después del cisma chino.

Porque, a final de cuentas, sería más justo y más honesto admitir –como lo hizo recientemente uno de los dirigentes de la AST- que: “quizás la afirmación y exaltación de los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo, funda-

mentados todos en la lucha armada, sea en realidad el fruto subconsciente de una mala conciencia, al no estar en nuestro país a la altura de las luchas revolucionarias de aquellos pueblos”. Sería más digno reconocer –y aquí se podrían enumerar todas las “condiciones objetivas” que se quieran- que, en España, los revolucionarios han renunciado a la Revolución y se integran definitivamente a la vía reformista.

De tal suerte que, al no reconocerse esta verdad, se aumenta el confusio- nismo y se cae, consciente o inconscientemente, en una demagogia revolucio- naria que sólo sirve para adormecer, aún más, el espíritu combativo de las masas frente a la Dictadura.

En este sentido coinciden, lamentablemente, tanto las organizaciones clásicas como las “nuevas”. Pues, salvo algunos grupos jóvenes del nacionalismo vasco –ETA- y del Movimiento libertario –FIJL-, todo el resto ha renunciado a la acción directa y a la lucha armada contra el Régimen. Orientándose exclu- sivamente a la “conquista” de zonas de influencia en el medio sindical y en los medios intelectuales. Y calificando²⁵, a los que sostienen –bien que sea teórica o prácticamente, aunque sea en ínfima escala- la necesidad de la lu- cha violenta contra la Dictadura, de “subjetivistas”, “nihilistas” o simples “aventuristas”.

Todo esto sin recapacitar, ni siquiera por un momento, que la vía reformista en que se han orientado todos los partidos y organizaciones de la Oposición, durante estos 27 años de dictadura, no sólo no ha puesto en peligro la exis- tencia de esta última, sino que ni siquiera les ha abierto la posibilidad o la garantía de una actuación pública mínima. Por el contrario, tanto en las viejas organizaciones como en las nuevas, a medida que pasan los años y la Dicta- dura se perpetúa, sin otras perspectivas de cambios esenciales (“instituciona- lización del Movimiento”, “ley de prensa”, “ley de orden público”, “ley sindi- cal”, etc.), el derrotismo las empuja a insistir en una vía que, teórica y prácti- camente, se ha averado estéril y que las ha reducido a la impotencia frente a los designios incontestados del Régimen.

Y, para que este derrotismo sea aún más evidente y más negativo, estas mismas organizaciones y partidos, son las primeras en coincidir en la condena de todo intento de responder a la violencia represiva del Régimen con una

²⁵ Al igual que los Partidos Comunistas ortodoxos lo hacen en América latina con los grupos que sostiene la lucha revolucionaria a través de la guerrilla.

violencia consecuente. Particularmente cuando los intentos son frustrados o cuando la acción va encaminada a crear un clima de hostigamiento a la Dictadura, para evidenciarla y replantear el dilema de la lucha armada contra ella.

Tal parece como si, en España, el traumatismo de la guerra civil hubiera operado una tal deformación mental que, todo acto de protesta contra el franquismo y su aparato represivo, si es de carácter violento o semiviolento, tuviera que ser condenado, por principio y al unísono, por la izquierda y la derecha. Inclusive por la “nueva izquierda revolucionaria” que, en cambio, aplaude y justifica las acciones de los guerrilleros en América latina y los atentados terroristas del Vietcong. Olvidando que la derecha no se une a la condena cuando la violencia proviene del Régimen, al que instan a mantenerla en todo momento como principio y salvaguarda del sistema. Y como si en Venezuela, Guatemala, Bolivia, Colombia y el Vietnam, fuera legítimo rebelarse con las armas y la dinamita contra la tiranía, y no lo fuera —en razón de no sé qué dialéctica- en nuestro país.

Sin exagerar se pueda afirmar que la principal característica que define a todos los sectores de la “Oposición” —incluyendo también a los que se tienen por revolucionarios- es su renuncia a cualquier tipo de acción directa o violenta contra un Régimen que, después de más de un cuarto de siglo de dictadura, aún no considera llegado el momento de conceder las más mínimas libertades democráticas.

En pocas palabras: la “Oposición” española es una oposición que se define, teórica y prácticamente —y ahí está, fundamentalmente, la explicación de su fracaso-, por su falta de estrategia ofensiva y su total desmovilización revolucionaria. Aunque, para no reconocer esta verdad amarga, y para justificarse, ha venido inventando y fabricando toda una serie de “análisis” de nuestras “condiciones objetivas” y toda una serie de “teorías revolucionarias” sin Revolución. Sin lucha frontal contra la dictadura. Con “reconciliación nacional y huelga pacífica”. Con “sindicalismo libre” dentro de un estado totalitario... Con libertades democráticas concedidas graciosamente... por la Dictadura.

La gran paradoja de la izquierda española —reformista o revolucionaria, nueva o clásica, liberal, marxista, socialista o libertaria- es su permanente afirmación de los “principios” y “finalidades”, y su terca persistencia en el uso de tácticas puramente defensivas o de simple supervivencia orgánica, a partir del triunfo del franquismo.

Reformismo político y reformismo sindical

El problema que se plantea actualmente con más urgencia es el de saber en qué medida, esta corriente reformista, es sólo el fruto circunstancial de un momento histórico “especial”, o es algo más definitivo en la historia de nuestro pueblo. Porque, hay que repetirlo, no se trata de una simple preponderancia, tanto en el terreno político como en el sindical, de una determinada tendencia reformista; sino de una coincidencia táctica mucha más general. Puesto que ella es la estrategia común de toda la Oposición, de toda la “izquierda”; inclusive de los movimientos ideológicos más radicales.

Reformismo que, en el orden político, se traduce –aparte la renuncia a la acción contra la Dictadura- por una acentuación de la despolitización de las masas, a las que se habitúa a considerar como normal y legítimo la convivencia con un Régimen ilegítimo y dictatorial. Al que unos y otros pretenden despojarlo de su esencia y comportamiento fascista, con simples buenos modales y súplicas dialécticas. Reduciendo todo el problema a un cambio de “estructuras”, mediante una paulatina “liberalización” o “evolución” democrática... de la Dictadura.

Pero, en donde este reformismo se hace aún más evidente y significativo, para el porvenir, es en la posición de los diferentes grupos marxistas que, pese a su sincera u obligada identificación con el movimiento revolucionario del Tercer Mundo, no sólo han renunciado en España a la lucha por la “conquista del Poder y por la revolución socialista”, sino que se han convertido en los campeones de la “reconciliación”, el “desarrollo” y la “integración” de España al concierto de las naciones capitalistas de Europa. Coincidiendo con los proyectos e intereses de la burguesía liberal y los núcleos rectores del neocapitalismo español.

Mientras, en el terreno sindical, esta línea reformista se traduce en una doble claudicación revolucionaria, de consecuencias aún más nefastas:

PRIMERA – Dada la continuidad indiscutible e indiscutida de la Dictadura, aceptación de las “posibilidades que, voluntariamente, ofrece el sindicalismo oficial en la base (elecciones sindicales) y planteamiento de las reivindicaciones obreras a través de los órganos correspondientes de dichos sindicatos.

SEGUNDA – Se centra toda la acción obrera dentro del marco reformista clásico: “legalidad del movimiento sindical libre” (“actuar abiertamente y rechazo de todas las tentativas en vista de hacerlas entrar –Comisiones Obre-

ras- dentro de la clandestinidad) y “apoliticismo de los sindicatos” (movimiento obrero unitario, democrático, independiente y de reivindicación)²⁶.

Porque si bien por un lado este sindicalismo se pretende revolucionario, por el otro se engaña, voluntaria o involuntariamente, a las masas obreras, al no hacerles tomar conciencia de las condiciones revolucionarias que, tanto por las formas de explotación abusiva de gran parte del capitalismo español, como por la miseria imperante en grandes zonas del campo y del subproletariado urbano, como por la presencia de la Dictadura, existen aún en nuestro país²⁷.

Ya que esta doble claudicación no es sólo el denominador común de la estrategia de los diferentes grupos sindicales más o menos nuevos y clásicos, sino que en la práctica se ha impuesto como una fatalidad inevitable, ante el ingenuo oportunismo táctico de las organizaciones que se pretenden “nuevas” y más dinámicas –USO, ASO, FST, Comisiones Obreras, etc.- y el inmovilismo e impotencia de las tres organizaciones clásicas, “unidas” en una Alianza Sindical completamente inoperante, al no haber sabido o querido integrarse con cuadros militanciales jóvenes y dinámicos.

En una época en que el “sindicalismo reformista libre” es reconocido en las altas instancias y organizaciones políticas internacionales, en nuestro país ni siquiera ha sido capaz, pese a sus claudicaciones revolucionarias flagrantes, a conquistar su derecho a la existencia legal. Lo que, por otra parte, es fácilmente comprensible, puesto que la timidez estratégica y su absurda línea táctica va paralela con su tímida y pacífica combatividad, para exigir su reconocimiento y evidenciar la ilegitimidad del sindicalismo oficial.

Así, se comprende que este permanente recomenzar de la labor organizativa clandestina del “sindicalismo democrático” –que en sus momentos culminan-

²⁶ De la Declaración de las “Comisiones Obreras”.

²⁷ Ya que, con programas como el presentado recientemente por las “C.O.” –reproducido en la página 24 del Número 8 de de “PRESENCIA”, bajo el título de “Proyecto que las C.O. proponen a los trabajadores ante la Nueva Ley Sindical”- y que define “los objetivos esenciales del sindicalismo obrero frente a la inminente Ley Social, no puede irse muy lejos en la lucha contra el neocapitalismo y el régimen franquista. Y menos aún en el camino hacia la Revolución. Pues difícilmente se podrá concebir un sindicalismo más tímido y más vago, inclusive en su aspecto reivindicativo.

tes (huelgas del 56 y del 62 y las más recientes promovidas por las C.O.) tantas esperanzas despertaron en los que siguen soñando con el milagro de la caída inesperada del Régimen- no haya dado, después de tantos años de esfuerzos y sacrificios excepcionales, ningún resultado. Ni siquiera el posibilitar la movilización de las masas obreras de una manera coordinada, aunque sea por una sola vez, a pesar del indiscutible espíritu combativo y solidario demostrado, en múltiples ocasiones, por estas últimas.

Como es igualmente comprensible que, ante esta falta de proyección y decisión revolucionaria, el Régimen no se haya sentido obligado a hacer más concesiones que las que ha creído oportuno conceder para apuntalar, cara al exterior, su política “liberalizadora y evolutiva”...

Porque, ante este tímido reformismo sindical de la Oposición, el propio capitalismo español, qué en otras condiciones sería el primero en presionar al Régimen para que éste adaptara sus estructuras sociales a las del “mundo libre”, no se impacienta en forma alguna por el inmovilismo o lentitud del proceso “liberalizador”. Por el contrario, consciente de la fragilidad y timidez del “sindicalismo democrático”, sigue consolidando sus posiciones económicas y políticas, aprovechándose aún de la estabilidad del “sindicalismo vertical”.

Así, tanto el reformismo político como el reformismo sindical de la “Oposición” –incomprensibles e injustificables ante la presencia de la Dictadura e incompatibles con sus pretensiones de legitimidad democrática y adscripciones revolucionarias- son, a final de cuentas, las causas principales de la continuidad del Régimen dictatorial que soportamos.

Reformismo y evolución

El deslinde teórico y la evidencia práctica, de la antinomia que representan estas dos concepciones, sería fácil si, en nuestro caso, los grupos que siguen la línea reformista fueran consecuentes con ella y no se escudaran –lo repetiremos una vez más: quizás inconscientemente- en una dialéctica revolucionaria, a la que la “clandestinidad obligada” da un cierto tinte de veracidad. Si supieran admitir que por el camino que han escogido no se podrá llegar a la Revolución, ni siquiera a provocar la caída de la Dictadura.

Afirmar lo transitorio de esta etapa e insistir en su voluntad de constituirse – en el caso de los grupos más radicales-, más tarde, en una auténtica organización revolucionaria, no resuelve el problema. Lo complica y exige su discu-

sión. Pues, quiérase o no, se introduce un confusionismo promotor de suspicacias, discordias y enfrentamientos, que sólo favorecen a los verdaderos enemigos de la Revolución. Además, como se está viendo dramáticamente en América latina, en un debate histórico cuya dinámica actual –llevada a su punto culminante por la expansión y crisis del Imperialismo- no permite actitudes híbridas ni nuevos aplazamientos.

Es una cuestión de vida o muerte para el porvenir de la Revolución en el mundo. Tanto porque el neocapitalismo ha comprendido la necesidad de la integración de la clase trabajadora a todos los niveles de la sociedad capitalista –a través del sindicalismo reformista-, como porque la irreconciliable contradicción entre eficacia y libertad se ha conjugado, particularmente para los movimientos marxistas triunfantes, con la contradicción entre Reformismo y Revolución, en la praxis social de los cinco continentes. Situando el debate en su verdadera perspectiva histórica e ineludible para todas las tendencias e ideologías que se pretenden revolucionarias.

El enfrentamiento de los partidarios de la línea “castrista” con los dirigentes de los Partidos Comunistas ortodoxos, en los diferentes países de América latina, en los que la lucha de guerrillas está más o menos implantada, ha descubierto –inesperadamente para muchos marxistas y no marxistas- la irreconciliable oposición entre vía reformista y vía revolucionaria.

Y, quizás para muchos “revolucionarios” europeos, empeñados en defender y conciliar la tesis de “las diferentes vías” para llegar al socialismo, será necesario el recomendarles la lectura del libro de Régis Debray, a que hacíamos alusión al comienzo de este artículo. Pues en él es un marxista convencido quien plantea, en base a las experiencias latinoamericanas y a una concepción realista del momento histórico que estamos viviendo, la incompatibilidad de la línea reformista con el ideal revolucionario.

Sin insistir en nuestra afirmación clásica sobre la importancia de la acción directa para el revolucionaria que aspira a luchar sinceramente por la revolución, vamos a reproducir unos pasajes del último capítulo del libro de Régis Debray. Con la esperanza que ellos harán recapacitar a los marxistas españoles y a todos aquellos que siguen considerando desplazado el plantear el dilema de la lucha violenta contra el régimen franquista. Y que creen, honestamente, que a partir de una labor organizativa, en el terreno sindical, se podrá llegar posteriormente a la organización revolucionaria y a la Revolución.

“(…) De donde la involución clásica, tantas veces repetida: una nueva organización revolucionaria aparece en escena, Ella aspira a la vida legal, después a participar en la vida política “normal” por un cierto tiempo, a fin de consolidarse, de hacerse un nombre y preparar así las condiciones de la lucha armada. Pero he aquí que poco a poco absorbida, deglutida por la rutina de esta vida pública, ésta deviene su horizonte habitual. Recluta algunos cuadros militantes, tiene su primer Congreso, roneotipa un periódico y boletines. Después vienen las cien asambleas anuales, las mil reuniones; los “primeros contactos internacionales”, el envío de delegados al extranjero, pues hay que asistir a múltiples congresos, hacerse representar en permanencia en algunos otros organismos y mantener sus relaciones públicas. El balance es positivo siempre: los funcionarios funcionan, la imprenta imprime, los delegados viajan, las amistades internacionales aumentan, los dirigentes son desbordados de trabajo; en síntesis, la maquina marcha. Ella cuesta caro y, por lo tanto, hay que cuidarla. La organización se refuerza.”

“La perspectiva de lucha insurreccional se recula de algunos meses, después de algunos años. El tiempo pasa, con sus altos y sus bajos. De más en más el comienzo de las hostilidades es considerado como una tentación un poco sacrílega, un aventurerismo, eternamente “prematureo”. (...) Este círculo vicioso pudre la lucha revolucionaria desde hace muchos años.”

Así, para todos los campos ideológicos y todas las latitudes, en donde el capitalismo y el imperialismo no han sabido o podido poner en marcha la “sociedad democrática del gran consumo” –con la que desorientar a las masas proletarias del camino de la Revolución y asegurar así, pacíficamente, su perpetuo control del poder económico y político-, y el recurso a la dictadura, para mantener los privilegios, determina que las minorías revolucionarias auténticas sientan, cada vez más, que el único camino para arrebatarse a las clases explotadoras del Poder y realizar la Revolución sea el de la violencia y la lucha armada. Y que esta constatación es igualmente válida para los países subdesarrollados –en los que el capitalismo desarrolla o tolera regímenes “democráticos”, mientras no siente seriamente amenazados sus intereses y su supervivencia. Y en los que también a las clases explotadas se les planteara un día –por las propias contradicciones internas del capitalismo y las externas del imperialismo- el dilema de defender sus conquistas sociales y sus derechos de hombres libres en términos de enfrentamiento violento. Como es el caso de los negros y los otros grupos latinoamericanos más explotados en los propios Estados Unidos.

El reformismo, tanto en el terreno político como en el terreno sindical, se ha evidenciado definitivamente irreconciliable con la lucha por la revolución proletaria. Así en La Habana, la Conferencia de los “movimientos revolucionarios de la América latina (O.L.A.S.) se ha dividido espectacularmente en torno a este debate; cuya significación es mucha más profunda y general que la que las propias tendencias marxistas en pugna la quisieran reducir. Puesto que las críticas, que la corriente revolucionaria (guerrillera) formula contra la corriente reformista (vía pacífica hacia el socialismo) de los Partidos Comunistas ortodoxos, son igualmente validas y aún más evidentes contra los Estados pretendidamente socialistas, que, como inevitable consecuencia de la conquista del Poder y establecimiento de un régimen burocrático, acaban por sacrificar la “solidaridad revolucionaria” a las necesidades de la “convivencia pacífica” con los Estados capitalistas, fascistas e imperialistas²⁸.

Con esta renovación de la lucha revolucionaria, preconizada por los movimientos guerrilleros en América latina, “toma fin –como dice Debray- un divorcio de muchas décadas entre teoría marxista y práctica revolucionaria”. “(...) Los mejores profesores de marxismo-leninismo son el enemigo, en el cara a cara de la guerra popular. Estudio y aprendizaje son necesarios, no decisivos. No hay cuadros de academia. No se puede pretender formar cuadros revolucionarios en escuelas de formación teórica sin liga alguna con el trabajo insurreccional y las experiencias del combate en común: candor justificable en Europa occidental, estupidez imperdonable en otras partes.” Porque sólo a través de esta lucha, de este enfrentamiento –que excluye toda clase de colaboración con los enemigos de la Revolución-, con este rechazo total del reformismo, puede llegarse a crear una auténtica vanguardia revolucionaria y a hacer tomar conciencia a las masas explotadas de la significación profunda de la Revolución.

²⁸ Pues, olvidando los intercambios, diálogos, compromisos y pactos que los países del bloque soviético, con la URSS a la cabeza, sostienen con los Estados Unidos –pese a la agresión militar americana en el Vietnam-, difícilmente podrán explicar su traición a la “solidaridad revolucionaria” con los pueblos que padecen dictaduras del peor estilo fascista. Con las que mantienen intercambios comerciales, deportivos y culturales, amén de ofrecimientos de créditos y de coqueteos para el restablecimiento de las relaciones diplomáticas normales: ESPAÑA y PORTUGAL. Y con las oligarquías latinoamericanas a las que la diplomacia rusa reconoce y comercialmente ayuda; como el propio Fidel Castro, indignado, ha tenido que reconocer.

En definitiva, se trata de aceptar, con todas sus consecuencias los riesgos que implica la lucha por la Revolución –por el “poder revolucionario”, como dirían los marxistas- o reconocer la renuncia a la Revolución al aceptar la vía reformista. Que, quiérase o no, acaba por establecer una sólida colaboración entre los “dirigentes” de las diferentes clases, y una integración ineluctable del proletariado a la sociedad capitalista. Sin otra perspectiva que la de un lento mejoramiento de su bienestar material a cambio de la total abdicación de sus derechos y poder de decisión política.

La acción directa y la disuasión

El cisma chino y, ahora, el profundo abismo que la lucha guerrillera ha abierto, en las filas marxistas, dividiendo a los Partidos Comunistas del mundo entero en dos campos cada vez más profundamente opuestos, demuestran que el problema de la revolución no es un problema de ideologías sino fundamentalmente de actitudes combativas frente al capitalismo y al imperialismo.

Por eso Debray, haciéndose intérprete de esta situación, de más en más evidente, afirma: “Es triste reconocerlo: en algunos países los grupos revolucionarios que se han puesto a preparar con seriedad la lucha armada se sienten más vigilados y perseguidos por estos Partidos “marxistas-leninistas”, de los que muchos han salido, que por los organismos de represión. En todo caso ellos han comprendido que la división de los Partidos Comunistas, corolario de las polémicas internacionales, se ha operado sobre una falsa línea de ruptura y que la verdadera división histórica entre marxistas revolucionarios y los otros es de otra naturaleza y que opera sobre otro terreno” (...) “Lo que hay que evitar es que Partidos “marxistas-leninistas” que no llenan su deber revolucionario vengán a constituir un sindicato de intereses amenazados y a entorpecer la aparición ineluctable de nuevas formas de organización revolucionaria. Por el nombre que llevan y la ideología que declaran, ocupan en derecho el puesto de vanguardia popular. Si no la ocupan de hecho, no pueden hacer de suerte que el puesto quede vacío. La revolución no tiene propietarios exclusivos.”

Lo que dicho en las palabras del propio Fidel: “¿Quién hará la revolución en América latina? ¿Quién? El pueblo, los revolucionarios, con o sin Partido.” (...) Fidel Castro dice simplemente que no hay Revolución sin vanguardia: que esta vanguardia no es necesariamente el Partido marxista-leninista; y que aquellos que quieren hacer la Revolución tienen el derecho y el deber de

constituirse en vanguardia independientemente de estos Partidos.” (Regis Debray)

Lo que, llevado a las últimas conclusiones de la línea “castrista”, significa un rechazo definitivo de la vía reformista en general – sin excepciones particulares o variantes nacionales- y una afirmación de la acción directa, como única vía revolucionaria, frente al Imperialismo y la sociedad capitalista. Así, a cincuenta años de la Revolución bolchevique, todo el bloque marxista se ve sacudido internamente por este significativo y radical planteamiento teórico y práctico de la lucha revolucionaria. Del empleo de la acción directa y la violencia como únicos recursos eficaces para impulsar las “luchas de liberación” contra el Imperialismo y hacer triunfar la Revolución. Poco importa que toda esta “nueva ola” revolucionaria no llegue, en lo inmediato, a cristalizar en triunfos sus inquietudes y aspiraciones revolucionarias. Como igualmente no importa si, a final de cuentas, la “revolución cubana” acaba alienándose al reformismo contrarrevolucionario de todos los Partidos que han conquistado el Poder. Manteniendo, como el resto de estos Estados, un puro revolucionarismo verbal y demagógico; para cubrir apariencias y mantener externamente su mística inicial. Poco importa todo esto, por cuanto lo fundamental es que las nuevas generaciones tomen conciencia de la incompatibilidad histórica entre reformismo y Revolución. Y que, además, como lo prueba el ejemplo cubano, la Revolución la hacen los revolucionarios que se deciden a luchar por ella armas en la mano. Con o sin etiqueta ideológica. Con o sin Partido. Al mismo tiempo que se ha demostrado cómo todos los movimientos que se adaptan, temporal o definitivamente, a la línea reformista acaban siendo integrados por la sociedad capitalista. A la que sirven, voluntaria o involuntariamente, de justificante democrático.

Lo esencial es que la acción directa vuelve a ser considerada como inseparable de toda estrategia revolucionaria. Y que frente a la política represiva de los Estados capitalista en régimen de dictadura, más o menos declarada, sólo la acción directa puede servir para provocar una disuasión represiva, y para despertar la conciencia de los pueblos atemorizados por el terror policiaco. Pues el propio Fidel Castro, en el discurso de clausura de la O.L.A.S. se ha visto obligado a condenar los pretendidos “medios legales, dichos pacíficos” en vista de conquistar el Poder. Reconociendo que la lucha ideológica que divide a los marxistas en la O.L.A.S. se resume a: “aquéllos que quieren hacer la Revolución y aquéllos que la quieren frenar: Este es todo el fondo de la lucha bizantina sobre la lucha armada o no armada”.

Esta clara y categórica identificación de la acción directa con la lucha por la Revolución, no puede ser circunscrita –como lo pretenden algunos “marxistas revolucionarios” y los reformistas de todos los colores- a ese impreciso y conculso Tercer Mundo. Porque también en la O.L.A.S. la presencia de un Stokely Carmichael les ha obligado a redactar una resolución declarando el 18 de agosto “día de la solidaridad con el pueblo negro americano”, por ser el 18 de agosto de 1965 la fecha “que señala el cambio en la estrategia de los negros americanos, abandonando las formas pacíficas de protesta por manifestaciones violentas y armadas”. Pues difícilmente podrán inscribir a los Estados Unidos en ese “Tercer Mundo”: en el único que nuestros “revolucionarios” europeos justifican el recurso a la violencia y el derecho a luchar con las armas de la Revolución.

Precisamente, este cambio total de la estrategia de los negros americanos, pasando a la acción directa para reivindicar y defender sus derechos más elementales y legítimos, se opera en el seno de una sociedad superdesarrollada en la que el neocapitalismo ha puesto en marcha sus fórmulas más avanzadas de integración sindicalista y de promoción individual. Pues si bien la “discriminación racial” es un elemento que puede justificar, para algunos, esta revuelta violenta; creo que la “discriminación política” que aplican las dictaduras es aún más, o debería serlo, un elemento que justifique la rebelión. Salvo que, para ciertos casos concretos –y España puede que sea uno de ellos- realmente debemos considerar la “discriminación política”, a que nos someten mediante la violencia y la represión las clases dominantes, como legítimas. Es decir, que debemos considerar como normal el ser tratados, en el mejor de los casos, como ciudadanos de tercera clase; sin otra misión que obedecer, producir “el desarrollo” y recibir pasivamente los cachiporrazos de la fuerza armada en ocasión de las protestas pacíficas por la libertad sindical y el derecho de huelga.

Conclusión

Verdaderamente se impone una puesta al día de los “revolucionarios” españoles. Tanto de los grupos clásicos como de los nuevos. Pues su “ingenuo” empecinamiento en preparar la Revolución por la vía pacífica y legal –y más frente a una Dictadura que no tolera ni siquiera la libertad de expresión-, puede llegar a ser interpretado más que como una actitud de impotencia, como un simple y cómodo pasatiempo dialéctico.

Lo único que puede admitir, en cada momento, una reconsideración táctica, es la forma de aplicar la acción directa para obtener el máximo de eficacia. Ya sea como estrategia revolucionaria general o como simple arma de disuasión represiva. Pues, tanto en un caso como en el otro, su aplicación será decisiva para despertar la conciencia y el espíritu de rebeldía de las masas oprimidas. Además de hacer retroceder y reflexionar a los que, ante la pasividad de la “izquierda”, creen que todas las arbitrariedades les están permitidas; a los que aplican su política y sus medidas represivas sin ninguna clase de miramientos escrupulosos.

La lucha revolucionaria puede, según las diferentes “condiciones objetivas” de cada pueblo, dar lugar a diversas formas de aplicar la acción directa. En unos casos puede ser la “guerrilla” la fórmula adecuada. En otros puede ser la “revuelta violenta del odio” contra todo lo que es “propiedad” y “presencia” del opresor (la violencia de los negros americanos). En otros puede ser el terrorismo revolucionario como arma de disuasión de la política de represión de las dictaduras. Y, en su forma más universal –válida inclusive para las naciones más avanzadas en el camino del neocapitalismo integrador-, puede concretarse en acciones de hostigamiento contras las fuerzas de ocupación del Imperialismo repartidas por todo el mundo y para evidenciar a sus cómplices directos e indirectos. Pues también en los países del “mundo occidental democrático” operan las complicidades con los crímenes del Imperialismo y todas las demás dictaduras. Existiendo por otra parte, políticas a denunciar e injusticias a no permitir.

La acción directa no sólo es una reacción justa y legítima contra los atropellos de la tiranía, sino que es una forma concreta, coherente y eficaz de unidad revolucionaria. Como dice Debray: “Alrededor de esta línea de acción coinciden y se unen todos los que en América latina tienen las armas en la mano. Hacia ella convergen todas las formaciones a medida que ellas se identifican con la lucha armada. Este encuentro no debe nada al azar. Y aún menos al complot. No se han dado la consigna, como afectan creerlo las oligarquías. Este encuentro es simplemente racional. En una situación histórica dada puede haber mil maneras de hablar de la Revolución, pero hay una concordancia necesaria entre todos los que están decididos a hacerla”.

Así, un día, se unirán en el mundo todos los grupos revolucionarios en torno y en base a la acción directa o no se unirán jamás. Por encima de las divisiones ideológicas y las definiciones programáticas. Comprendiendo, finalmente,

que la lucha por la Revolución es, esencialmente, la lucha por la libertad. Y que la verdadera eficacia revolucionaria es aquella que proviene y genera continuamente la rebelión frente a la tiranía.

Ojala, pronto, todos los grupos españoles, que se pretenden y reclaman revolucionarios, sepan comprenderlo. Porque después puede ser demasiado tarde.

(Octubre-Noviembre 1967) en *Presencia*

La “utopía” autoritaria en cuestión... ²⁹

En ninguna otra época de la historia la “utopía” autoritaria había alcanzado la aparente racionalidad funcional de que es testimonio la nuestra, y, sin embargo, también en ninguna otra época –como en la presente- la “utopía” autoritaria se ha mostrado más utópica para la libertad del hombre.

Racionalidad y barbarie coexisten en una permanente promiscuidad en la sociedad moderna. Tanto en la creación tecnológica como en la praxis política. En la era de los viajes cósmicos millones de hombres siguen marchando descalzos sobre la tierra. Democracia y tiranía se confunden bajo el imperio de la mercancía. El hombre objeto deshumaniza la especie en su obsesiva persecución del “comfort” y la “eficacia”. Tras la racionalidad y la barbarie nuestro mundo sigue gestando víctimas y verdugos.

Así pues, la “utopía” autoritaria sigue afirmándose como la antítesis de la libertad humana; pese a ello se persiste en considerarla como la única racionalidad posible. De ahí la necesidad de probar lo irracional de esta “racionalidad”, el absurdo de esta aberración, lo utópico de esta pretendida antiutopía.

²⁹ Este artículo lo escribí en Bélgica unos meses antes de entrar clandestinamente en Francia, en donde fui detenido tras la liberación, el 22 de mayo de 1974, del Director del Banco de Bilbao de París, raptado unas semanas antes por los GARI. En Bélgica estuve asignado a residencia en el Instituto medico-sico-pedagógico del Château de Solières, Huy, en donde trabajé como educador después de haber quedado en libertad en julio de 1968.

ía; y de fundamentar nuestra rebelión en las racionalidades antinómicas al Sistema.

La sociedad de la “abundancia” y la sublimación de la alienación

Geográficamente nos encontramos situados en una de las zonas del mundo, la Europa occidental, en la que la sociedad industrial ha alcanzado –aparte los USA y la URSS- su más alto grado de desarrollo, y en la que el proceso de integración opera, en lo esencial, sin terror abierto, bajo las formas más sutiles de la dominación: la democracia y la abundancia.

De la misma manera que los USA y la URSS, la Europa occidental, cerrada sobre el interior, se abre hacia el exterior por la expansión económica, política y militar. No es más que una interpretación semántica el saber si esta expansión es o no una forma de imperialismo. Es igualmente la totalidad la que aquí está en movimiento; y dentro de esta totalidad no es posible hacer ya más la distinción conceptual entre los negocios y la política, el provecho y el prestigio, las necesidades y la publicidad. Se exporta un “modo de vida” o éste se exporta a sí mismo en la dinámica de la totalidad. Con las mercancías, los técnicos, los administradores y los capitales europeos, las armas destructivas llenan también su función neocolonizadora en África y otras partes del mundo; de la misma manera que también la cumplen las mercancías, los técnicos, los administradores, los capitales y las armas destructoras yanquis y rusas. El Congo, Nigeria, Biafra, Israel y los países árabes son los testimonios espectaculares de esta expansión exterior de la sociedad europea occidental, aunque quizá no sean los más importantes.

Pero no es sólo este aspecto, con el materialismo que caracteriza la forma de vida de esta sociedad, el que es falso y negativo, sino la no libertad y la represión que en ella se practica tras la reificación total del fetichismo del consumo.

Y esto tanto más por cuanto la “satisfacción” aumenta en función de la masa de mercancías. De suerte que la satisfacción instintiva –hasta sin libertad- ayuda al Sistema a perpetuarse: tal es la función social del creciente nivel de vida en las formas racionalizadas e interiorizadas de la dominación.

La economía capitalista adaptada a las exigencias militares de la expansión occidental ha permitido, es verdad, una vida más cómoda para un número cada vez más grande de personas y extendido el dominio del hombre sobre la naturaleza. De ahí que las comunicaciones de masa no tengan gran dificultad

en hacer pasar determinados intereses particulares por los de todos los hombres de buen sentido; convirtiendo las necesidades políticas de esta sociedad en aspiraciones y necesidades individuales, de tal manera que su satisfacción favorece la marcha de los negocios y consolida el bien público. Es así, como el todo parece la expresión misma de la razón –aunque, por otra parte, nadie ignore que este bienestar ha costado la vida a millares de seres en otras partes del planeta.

La originalidad de nuestra sociedad reside en la utilización de la tecnología más bien que del terror para obtener la cohesión de las fuerzas sociales en un movimiento doble dirigido exclusivamente por el egoísmo individual: una creciente mejoría del “standard” de vida y un funcionalismo abrumador.

Las capacidades intelectuales y materiales de la sociedad contemporánea son, qué duda cabe, más grandes que nunca, sin embargo su productividad destruye el libre desarrollo de las necesidades y facultades humanas; su paz sólo se mantiene gracias a la constante amenaza de la guerra...

El aspecto más sorprendente y característico de esta sociedad es la manera en que ahoga las necesidades que piden liberación –comprendida la necesidad de liberarse de aquello que es soportable, ventajoso y comfortable-, al mismo tiempo que sostiene y justifica la potencia de destrucción y la función represiva de la sociedad de la “abundancia”.

La necesidad irresistible de producir y consumir lo superfluo, la necesidad de un trabajo embrutecedor que no es verdaderamente necesario, la necesidad de formas de ocio que adulan y prologan su embrutecimiento, la necesidad de mantener libertades frustrantes (tales que la libertad de comercio, la libertad de prensa, la libertad de compra), no es más que el resultado del buen funcionamiento de los controles sociales.

Así, los miembros de esta sociedad, no se dan cuenta que reglamentada por un conjunto represivo la libertad puede convertirse en un instrumento de dominación poderoso; ni que la libertad no puede ser medida según la elección que es ofrecida al individuo sino en función de lo que puede escoger y lo que escoge realmente el individuo. El hecho de poder escoger libremente los amos o de poder escoger entre una gran variedad de mercancías y servicios no suprime ni los amos ni los esclavos, no es prueba de ser libre.

Es indudable que en el nuevo mundo tecnológico del trabajo, la actitud negativa (de oposición) de la clase obrera se debilita, al no ser ya más la contra-

dición viviente de la sociedad establecida. Y esto es tanto más verdad que del otro lado de la barrera, del lado de la organización y de la dirección, hay una organización tecnológica de la producción. La dominación toma, así, el aspecto de una administración. Los dirigentes y los capitalistas pierden sus funciones de agentes responsables; ya no son más que burócratas dentro del aparato del gran capital. La vasta jerarquía de comités de dirección y de administración va más allá de toda empresa particular, penetrando dentro del mundo del laboratorio científico y del instituto de investigaciones, del gobierno y del interés nacional, haciendo desaparecer detrás de esa fachada de objetividad racional los verdaderos agentes de la explotación. De suerte que el odio y la frustración se ven privados de blanco concreto al disimular el velo tecnológico la desigualdad y la esclavitud³⁰.

Lo nuevo es la soberana racionalidad dentro de este fenómeno irracional: la eficacia de un condicionamiento que forma las aspiraciones y las impulsiones instintivas del individuo, y esconde muy eficazmente la diferencia que hay entre verdadera y falsa conciencia. Ya que en realidad, si los controles se ejercen de forma administrativa y no más sobre las personas físicas (por el hambre, la dependencia, la fuerza), si el trabajo parece menos penoso, si las clases activas han sido asimiladas, si hay una relativa igualización en el dominio del consumo, todo esto no compensa el hecho de que las decisiones de las que depende la vida o la muerte, la seguridad personal o nacional, son tomadas a un nivel donde los individuos no tienen ningún control. Y poco importa que, al respecto, sea un sistema democrático o un sistema totalitario el que se encargue de realizar este proyecto histórico (la experiencia, la transformación y la organización de la naturaleza y de la sociedad en tanto que simples soportes de la dominación), ya que el resultado es rigurosamente el mismo para la libertad del individuo.

La racionalidad autoritaria

Dado que todas las otras formas de absolutismo autoritario –dictaduras autocráticas o dictaduras facciosas- nunca han pretendido ir más allá de la sal-

³⁰ Como lo han afirmado recientemente el presidente de la confederación patronal francesa, François Ceyrac, y el secretario general de la CGT, Georges Séguy, entre patronos y empleados hay un bien común: el instrumento de producción; un interés común: el aumento de la distribución. Pero también hay un peligro común: la empresa que tiene pérdidas y que va hacia la clausura, que se llama quiebra para los dirigentes y paro forzoso para los asalariados.

vanguardia del Orden establecido o la simple defensa de los intereses de una oligarquía dada, al estadio actual de las “ciencias “ económicas y políticas, si pueda existir una racionalidad autoritaria ésta debería ser, sin duda, la sociedad “marxista-leninista”.

Es bien sabido que la revolución socialista debía conducir a una sociedad en la que sus mismos realizadores (en otro tiempo simples objetos de “producir ante todo”) llegarían –por fin- a ser individuos a parte entera: que planifican y que utilizan los instrumentos de su trabajo para satisfacer sus propias necesidades y sus facultades. Por primera vez en la historia los hombres actuarían libre y colectivamente contra la necesidad (y empujados por ella) que restringe su libertad y limita su humanidad. Entonces, y sólo entonces, toda represión impuesta por necesidad sería verdaderamente una necesidad libremente aceptada.

Pero el desarrollo de la sociedad comunista de hoy está a lo opuesto de esta concepción y de esta esperanza. En ella, el hombre está aún reducido a la esclavitud por los instrumentos de su trabajo en el marco de una racionalidad muy eficaz que, por el momento, sólo promete una mejoría del nivel de vida, reenviando el cambio cualitativo a la segunda fase y la transición del capitalismo al socialismo no es, aún a despecho de la revolución, más que un cambio cuantitativo.

Así, hasta los propios teóricos de la actual sociedad “marxista-leninista” se ven obligados a reconocer que: *“Contrariamente a las ilusiones alimentadas en un cierto periodo, actualmente podemos constatar, en plena conciencia, que lo mismo en los países llamados “socialistas” estamos aún lejos de la sociedad donde la edificación del comunismo será un hecho cumplido. Aunque sólo fuese porque la práctica obliga a rechazar, como una revisión no fundada del marxismo, la tesis de Stalin según la cual es posible edificar la sociedad comunista en un sistema de Estado comportando un aparato adecuado de sujeción física y una burocracia”*³¹.

Pues, aunque se pretenda que la industrialización estaliniana se ha desarrollado en una situación de “coexistencia hostil” y que por ello se puede explicar su carácter terrorista, no cabe la menor duda de que ha puesto igualmente en marcha las fuerzas que hacen del progreso técnico un instrumento de

³¹ Adam Schaff, director de la Academia polaca de ciencias.

dominación durable. Puesto que aun suponiendo que ninguna catástrofe ni ninguna guerra nuclear interrumpa este desarrollo, y que el progreso técnico realice una continua mejoría del nivel de vida, una continua “liberación” de los controles, nada permite afirmar que la alienación –que el sistema comporta actualmente- desaparecerá mañana todo y manteniendo el criterio de racionalidad autoritaria. En efecto, la economía nacionalizada podrá explotar la productividad del trabajo y del capital sin que haya resistencia estructural, inclusive reduciendo considerablemente las horas de trabajo y aumentando el confort.

Y esto podrá hacerse sin que se afloje el tornillo de una administración total sobre el pueblo. No existe, a la hora presente, ninguna razón para suponer que el progreso técnico más la nacionalización podrán realizar “automáticamente” una liberación y una puesta en marcha de las fuerzas de negación. Al contrario, la contradicción entre las fuerzas productivas en crecimiento y su organización opresiva –admitida abiertamente por Stalin como un factor y un rasgo del desarrollo socialista- será aún más flagrante al irse atenuándose.

Como se ha visto ya en otras partes, cuanto más los dirigentes son capaces de distribuir los productos de consumo, más la población dominada queda ligada a las diversas burocracias usufructuarias del Poder.

Pretender, en una economía que se quiere “socialista”, mantener el funcionamiento de las categorías mercantiles y la utilización por una burocracia de tecnócratas de la ley del valor es no sólo un contrasentido sino la negación del socialismo. Ya que es querer socializar la economía todo y rechazando el descapitalizarla. Como nos lo prueban todas las experiencias realizadas en las llamadas “democracias populares”, no es más que contentarse de una revolución económica fraseológica. O, a lo sumo, hacer evolucionar el capitalismo de empresa privada hacia el capitalismo de Estado; dejando incólumes, como si fueran vitales para la humanidad, las raíces de la acumulación, además de la concentración de capitales y nuevos beneficios, cada vez más grandes, entre las manos de nuevas categorías sociales, de nuevas clases dirigentes que no tardarán en monopolizar la utilización supuestamente “revolucionada” de la ley del valor y de las categorías mercantiles.

Las grandes corporaciones multinacionales (americanas y otras) también han socializado “su” economía, planificando los salarios, los precios, las inversiones, etc. La URSS del cincuenta y seis aniversario de la Revolución de Octubre se ha convertido en el monopolio más grande del universo; la corporación de

actividades múltiples las más extendidas: al extremo que las grandes corporaciones capitalistas del mundo comienzan a cortejarla para una entente amigable –por encima de las cabezas de los trabajadores cuyas condiciones de existencia no han sido fundamentalmente transformadas por la revolución de 1917.

Así pues, la racionalidad autoritaria marxista-leninista no sólo agrava “pasajeramente” ciertas formas de alienación sino que en su fase de desarrollo tecnológico se identifica y se apoya en la propia racionalidad del sistema capitalista.

Quizás sea esto lo que “ingenuamente” profetizaba Lenin, cuando decía que “el socialismo (mostrándose) a todas las ventanas del capitalismo contemporáneo, era una “enfermedad infantil del comunismo” el rechazar los compromisos con este sistema”.

Difícilmente podría negarse hoy que el capitalismo reaparece de más en más en todas las ventanas del socialismo: en Rusia como en los demás países en donde la racionalidad autoritaria marxista-leninista ha triunfado.

Perspectivas y estrategia de la nueva negación

Es muy probable que la evolución histórica no se encamine ni hacia un acercamiento progresivo de los dos grandes sistemas sociales actualmente en pugna, ni hacia una intensificación de su enfrentamiento, ni hacia la extirpación del uno o el otro.

El desafío, el verdadero desafío es aquél que la nueva negación lanza al uno y al otro, y en los que sin ningún miramiento mete al desnudo sus graves insuficiencias.

La sociedad establecida ha demostrado suficientemente su verdadero valor en tanto que proyecto histórico –al Este como al Oeste-, y sólo su confrontación con proyectos aún posibles –es decir, no históricos- puede tener sentido para que la historia siga su curso dialectico. Puesto que siendo el capitalismo y el comunismo dos proyectos históricos en realización y en competición hegemónica, sólo puede tener sentido su confrontación con un proyecto nuevo y con una nueva negación –dado que ambos han demostrado ampliamente su verdadero valor...

Ninguno de los relevos políticos posibles no es, en sí mismo, una negación determinada, a menos que no sea conscientemente utilizado para romper la

fuerza de las condiciones intolerables y para realizar condiciones más lógicas y más racionales que lo permiten las condiciones existentes.

En tanto que proceso histórico, el proceso dialéctico implica la toma de conciencia, el reconocimiento y la aprehensión de las posibilidades de liberación. Los intereses de la sociedad establecida han determinado la conciencia a un grado tal que ésta no es ya libre; la sociedad es irracional a un grado tal que la conciencia sólo puede alcanzar la libertad de la racionalidad libre en la lucha contra la sociedad establecida. La verdad y la libertad del pensamiento negativo tienen su razón de ser en esta lucha. Por ello, si al mismo tiempo no es una fuerza revolucionaria, la nueva negación no será una fuerza histórica y libertaria.

Así pues, no es de extrañar que la nueva negación haya desembocado en la “contestación” global y en la acción revolucionaria frente a una sociedad que, al Este como al Oeste, en nombre de la democracia o el socialismo, bajo las directrices cristianas o marxistas, continua explotando y oprimiendo al hombre con los mismos criterios “renditivos” del capitalismo y los Estados fuertes. Lo mismo en Berlín que en Varsovia, en París que en Barcelona o en Belgrado, en los USA que en la URSS, la juventud estudiantil y los sectores más conscientes de la juventud obrera se insurgen contra el sistema autoritario, contra el poder de las élites burocráticas que perpetúan e incrementan todas las formas de alienación pretextando trabajar por la liberación del hombre. Así se llega a anegar no sólo el sistema sino también la ideología que lo informa. Y en donde las condiciones lo posibilitan se pasa a la acción revolucionaria como una consecuencia lógica de esta rebelión dialéctica.

El hecho histórico más importante y más prometedor de nuestra época es esta sensibilización revolucionaria. Bien seguro que este fenómeno de “politización” juvenil –como comúnmente se le denomina- debe haberse producido ya en otras etapas de la historia. Pero, en el pasado, siempre fue una “politización” condicionada y encuadrada por los intereses de las viejas generaciones, las que entrechocando entre sí necesitaban provocar convulsiones cuantitativas para poder alcanzar sus ambiciones. Actualmente el fenómeno es del todo diferente. La juventud se rebela contra el paternalismo de la vieja generación empeñada en mantener –al contrario de antes- el “statu quo” legal y el inmovilismo revolucionario. De ahí que la “politización” de la juventud se opere contra todas las ideologías políticas y se oriente hacia una experiencia de “contestación” global que mete en causa y combate no sólo la

alienación capitalista, sino todas las formas de alienación autoritaria: inclusive las que se pretenden revolucionarias.

“La fuerza de nuestro movimiento –decía Cohn Bendit respondiendo a una pregunta de J.P. Sartre- está, precisamente, en que se apoya sobre una espontaneidad incontrolable, que da el impulso sin buscar a canalizar, a utilizar a su provecho la acción que él ha desencadenado”. En cierto modo, esta misma espontaneidad y diversidad son a la vez el resultado de un propósito consciente, de una estrategia puesta en marcha para despertarla y de una necesidad histórica de encontrar nuevas formas de organización que no sean en sí mismas paralizantes.

“En ciertas situaciones objetivas –las acciones de una minoría activista a la ayuda- la espontaneidad reencuentra su lugar dentro del movimiento social. Es la que permite el empuje hacia adelante y no las consignas de un grupo dirigente. Este es el punto esencial. Esto muestra que hay que abandonar la teoría de la “vanguardia dirigente” para adoptar la –más simple y más honesta- de la minoría actuante que juega el rol de un fermento permanente, empujando a la acción sin pretender dirigir.”

Estas declaraciones, que respondían a una realidad en marcha durante el movimiento de Mayo 68 en Francia –y que siguen siéndolo en todas partes en donde opera la nueva negación-, definen una estrategia y unos objetivos revolucionarios concretos, más allá de las absurdas fronteras impuestas a la acción revolucionaria por las ideologías, que se han demostrado incapaces de trascender sus limitaciones dogmático-sectarias.

Particularmente en las que se han oficializado tras la conquista del Poder; convirtiendo lo que era ideología revolucionaria en ideología de Estado: represiva y contrarrevolucionaria, necesariamente.

Así, en la medida que la sociedad establecida –bajo una u otra de las directrices autoritarias- es irracional al convertir su racionalidad tecnológica y su racionalidad política en un instrumento de la destrucción y la dominación, el análisis y la praxis deben fundamentarse de más en más en conceptos críticos negativos de todo lo existente.

En el período contemporáneo todos los proyectos históricos tienden a ser polarizados por dos totalidades en conflicto –el capitalismo y el comunismo-, pero ambos proyectos buscan y consiguen asimilar el elemento negativo al positivo, transformando el concepto en su fin y en su validez; creando una

ambigüedad objetiva porque las variaciones de las sensaciones y de las reflexiones responden a la manera en que los hechos de la experiencia se articulan en el presente. Por ello el pensamiento crítico debe esforzarse en definir el carácter irracional de la racionalidad establecida (lo que es de más en más evidente) y en definir las tendencias que empujan esta racionalidad a engendrar su propia transformación. Puesto que en tanto que totalidad histórica también “ha permitido” el desarrollo de otras fuerzas y otras actitudes que se convierten en proyectos que tienden a superar la totalidad establecida a partir de su negación. Estas fuerzas y estas actitudes representan la racionalidad tecnológica de las eventualidades nuevas y la racionalidad revolucionaria de la “contestación”.

De ahí que la nueva negación se afirme cada vez más en las minorías que presienten estas eventualidades nuevas de la racionalidad tecnológica y que saben que el hombre puede superar la esclavitud al organizar conscientemente la finalidad a partir de su rebelión.

Esta es la perspectiva en que la nueva negación sitúa su estrategia para salir de la “utopía” autoritaria y alcanzar la plena libertad del hombre en el seno de una sociedad racionalmente libre.

En el mundo actual, en la realidad objetiva cotidiana –que ningún sectarismo ideológico, por revolucionario que se pretenda, puede negar- nos encontramos enfrentados a un dilema del que depende la eficacia o la esterilidad de nuestros esfuerzos militantes. El dilema consiste en escoger entre una actitud definida por un sectarismo revolucionario verbalista –y, por lo mismo, demagógico- o el hacer cada vez más evidente las contradicciones reales de esta sociedad a través de la media negación reformista y de la negación revolucionaria total de los grupos marginales más radicalizados.

Tanto el reformismo sindicalista (con sus permanentes planteamientos reivindicativos), como el reformismo de los hombres de ciencia (que aún colaborando con el Sistema alertan a la opinión pública sobre graves injusticias y graves peligros para la humanidad entera), como el rechazo de la integración social y de la guerra por los “hippies”, “provos”, etcétera, como las acciones violentas de los grupos revolucionarios, parten de una crítica de lo presente y representan –de una cierta manera- la negación parcial o global del Orden establecido. De ahí que, sometidos a la presión de lo cotidiano, participando o no en estas formas de protesta, nos parezca obligado el concluir señalando

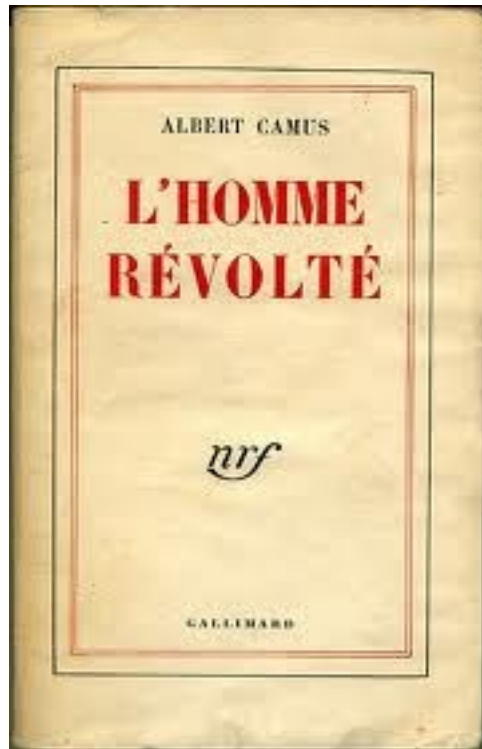
que la verdadera eficacia revolucionaria estriba en no desestimar ninguna forma de protesta y de combate frente a la Dominación.

(Primer trimestre 1974) en *Presencia*

Segunda parte

1975-2013

En la “Transición” y en la “Democracia”



INTRODUCCIÓN

Murió Franco, comenzó la Transición, Ilegó la Democracia con Monarquía y desde entonces los Partidos oligárquicos se turnan en el Poder.

Decíamos, al comenzar la introducción de la Primera Parte, que tan importante es el contenido de un texto como saber dónde y en que contexto histórico el autor lo ha escrito. Para los textos de esta Segunda Parte también vale lo mismo, aunque, para la mayoría de ellos y a diferencia de los de la Primera Parte, su contenido da una indicación más precisa sobre tales informaciones. Y es así porque, tras mi última detención³², la muerte de Franco y la ley de amnistía de 1966 volvió a ser, para bien como para mal, un ciudadano español casi normal³³... aunque no pudiera volver a España legalmente hasta 1981³⁴.

Tales circunstancias fueron pues decisivas para el rumbo que tomó mi vida a partir de entonces. No sólo para no volver más a la clandestinidad sino también para asumir de manera más personal y autónoma el combate de ideas que los nuevos tiempos planteaban. En realidad, hasta entonces, me había sentido con el deber de aportar mi solidaridad a cuantos eran víctimas de la represión del Poder; pero de manera más concreta y urgente con los y las que lo eran por luchar contra el franquismo. Pues, pese a no ser nacionalista en lo más mínimo, el hecho es que hasta ese momento me sentí y estuve estrechamente vinculado a lo que sucedía en España. Por ello, recuperadas

³² En 1974, además de Ariane y yo, fueron detenidas dos compañeras francesas, una escocesa y tres compañeros franceses por supuesta pertenencia a los GARI.

³³ El 13 de febrero de 1975 obtuve la libertad provisional y quedamos Ariane y yo asignados a residencia en París y, tras conseguir que la OFRA me reconociera como refugiado español, pude trabajar y volver a frecuentar los medios libertarios españoles y franceses de París; pero ya a cara descubierta...

³⁴ Finalmente, tras una espera de casi siete años, las autoridades francesas se decidieron llevarnos a juicio (Corte Criminal) a los once procesados del GARI. Este juicio se celebró del 19 al 29 de enero de 1981 y el jurado popular nos absolvió. Aunque en mi caso, al estar bajo una orden de expulsión, tuve que esperar unos meses para que, tras llegar a la presidencia Mitterrand, la orden de expulsión fuese anulada.

las libertades “democráticas” y disponiendo el pueblo español de la posibilidad de “decidir su futuro” en las urnas, como parecía ser mayoritariamente su deseo, me pareció más legítimo que mi solidaridad y militantismo anarquista volvieran a encausarse de manera menos selectiva y más internacionalista. Comenzando por hacerlo ya en el lugar de mi residencia, Francia, y en función de las nuevas circunstancias que se fueron presentando...

En realidad, mi “militantismo” se limitó, durante el tiempo que duró mi asignación a residencia³⁵, a preparar³⁶ nuestra defensa con vistas al juicio y, por supuesto, a seguir los avatares del proceso de “reconstrucción” de la CNT en España, que comenzó tras la muerte de Franco³⁷ y en la euforia de las libertades formales recuperadas. Aunque, en el terreno de la solidaridad, fueron unos años en que pude manifestarla concretamente, a los compañeros y sindicalistas latinoamericanos víctimas de golpes de Estado, por estar asignado a residencia en París³⁸. Como también fue tal circunstancia la que me permitió inscribirme en la EHSS (Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales), obtener el diploma de historia y comenzar un doctorado³⁹ que quedó sin terminar. Igual que lo fue para ser designados, con Ariane, comisarios de dos exposiciones iconográficas⁴⁰ en ocasión del Bicentenario de la Revolución francesa y del Quinto Centenario del descubrimiento de América. Y como lo fue igualmente para que yo pudiera asistir a los cursos que daba en la EHSS

³⁵ Casi siete años, desde mi puesta en libertad en 1975 hasta quedar en libertad total de movimiento en 1981.

³⁶ Con los abogados y demás compañeros y compañeras encausados en el caso “GARÍ”.

³⁷ Poco antes de tan esperado acontecimiento, Ariane y yo habíamos terminado y editado (en *Ruedo ibérico*) el libro *El anarquismo español y la acción revolucionaria (1961-1974)*.

³⁸ En donde mis contactos con organizaciones sindicales y humanitarias me permitieron ayudar a los compañeros de la Central Obrera de Bolivia (COB), detenidos por los militares golpistas, para ser liberados y poderse refugiar en Francia.

³⁹ La tesis, dirigida por el historiador Marc Ferro, es un “*análisis contrastivo del sindicalismo español en sus vertientes revolucionaria (CNT) y reformista (UGT)*”.

⁴⁰ La primera, *La Révolution française, la Péninsule Ibérique et l’Amérique latine*, presentada simultáneamente en la Biblioteca Nacional de Madrid y en la Chapelle de la Sorbonne de París, del 30 de junio al 21 de julio de 1989; Y la segunda, *1492-1992, Les Eropéens et l’Amérique Latine – Cinq siècles de mémoire et d’oubli. De l’humanisme aux droits de l’homme*, presentada en 1992 en el Instituto de Altos Estudios de la América Latina y en el Museo de Historia Contemporánea de la BDIC de París.

Cornelius Castoriadis, a reuniones con Gilles Deleuze y Félix Guattari y frecuentar los medios que intentaban continuar las ideas antiautoritarias del mayo del 68 a través de las luchas feministas, contra las prisiones y el encierro psiquiátrico⁴¹, la autogestión de la enseñanza⁴², etc. Y el poder participar, entre 1981 y 1985, a una interesante iniciativa para superar los conflictos de tendencias que se habían acentuado entre los militantes antiautoritarios en el curso de la resaca que siguió al final del movimiento de protesta juvenil de mayo del 68; pues eso fue el COJRA⁴³ entre las numerosas iniciativas, encuentros⁴⁴ y debates culturales y político-sociales en los que participé entonces.

Luego, a mediados de los años noventa, las circunstancias me hicieron vincularme otra vez con España. Fue en ocasión del rodaje de un documental sobre los crímenes del franquismo⁴⁵ por la cadena europea ARTE, y cuya difusión en España provocó la creación del “Grupo pro revisión del proceso Granada-Delgado” para apoyar el recurso de revisión presentado, en 1998, por los familiares⁴⁶ de los dos compañeros ante el Tribunal Supremo español. Desde entonces y hasta 2007, en que fue aprobada la ley llamada de “Memoria Histórica”⁴⁷, la mayor parte de mi actividad militante la dediqué a denunciar⁴⁸ la amnesia histórica impuesta por la Transición y el deshonor de una Democracia que no había sido capaz, tras más de 20 años de la desaparición del dictador, de anular las sentencias pronunciadas por los tribunales franquistas contra los que había luchado por las libertades que desde 1978

⁴¹ Uno de los principales animadores era Guattari.

⁴² Los Liceos autogestionados animados por Gaby Cohn-Bdenit

⁴³ COJRA : Comisión Organizadora de Jornadas de Reflexión Antiautoritaria.

⁴⁴ Ente ellos, en los coloquios organizados por anarquistas franceses, italianos, españoles y latinoamericanos, en los que participé con contribuciones conjuntas con Fernando Aguirre recogidas en libros editados por el Atelier de Création Libertaire: *Au-delà de la démocratie, Anarcho-sindicalisme et luttes ouvrières, et L’imaginaire subversif*.

⁴⁵ La ejecución por el franquismo, en 1963, de dos jóvenes libertarios, Francisco Granada y Joaquín Delgado, acusados de acciones que no habían cometido y cuyos verdaderos autores testimonian en dicho documental.

⁴⁶ El rodaje de este documental permitió el encuentro de los autores de aquellas acciones con los familiares y que se tomara la decisión de pedir la revisión del juicio.

⁴⁷ Sobre el proceso que culminó en esta Ley escribí, con el historiador Félix Villagrasa, el libro *Miedo a la Memoria. Historia de la ley de “reconciliación” y “concordia”*, Ediciones Flor del Viento.

⁴⁸ A través de artículos, conferencias y actos públicos en España

eran constitucionales. Aunque eso no impidió que desde 2004 comenzara con otros compañeros y compañeras a editar y difundir del Boletín *Cuba Libertaria*⁴⁹ y prosiguiera mi participación en la emisión semanal, la *Tribuna Latinoamericana*, de Radio Libertaire de París hasta que, en 2007, nos instalamos definitivamente con Ariane en Perpiñán.

A partir de entonces, y gracias a Internet pude seguir colaborando con los compañeros del GALSIC de París en la edición y difusión del Boletín Cuba Libertaria, y, dada la cercanía de Perpiñán a la frontera franco-española, mis intervenciones públicas en España fueron más frecuentes para seguir denunciando esa cobarde e indigna Ley parida por un gobierno socialista e impropriadamente llamada de “Memoria Histórica”⁵⁰. Aunque en estos últimos tiempos, al ver como las actividad memorialista⁵¹ se reducía a puro testimonialismo o al caso del juez Garzón⁵², he dejado de intervenir⁵³ en estas cuestiones y mis intervenciones se han centrado más en los movimientos sociales promovidos por el sindicalismo radical⁵⁴ y los de tipo 15M y Ocupa Wall Street que han generado una interesante y prometedor crítica⁵⁵ sobre la sociedad actual.

Una crítica que es de más en más necesaria ante las sombrías perspectivas del inmediato futuro y a tenor de los acontecimientos trascendentales que enmarcaron el contexto histórico desde el final de la última dictadura fascista europea hasta el día de hoy: el retorno triunfal del ayatolá Jomeini en Irán, en 1979, con la instauración de la “sharia” (ley islámica) y la salida de este

⁴⁹ Boletín del “Grupo de apoyo a los libertarios y sindicalistas independientes en Cuba” (GALSIC) fundado a principios de 2000 tras restablecerse la relación con el Movimiento Libertario Cubano (MLC) en el exilio.

⁵⁰ En realidad de la desmemoria y el deshonor: porque, al equiparar las víctimas de los dos bandos, se pretende borrar de la memoria colectiva las causas de la “guerra civil” y la brutal represión policial durante el franquismo, y porque sigue validando, en nombre de la Democracia, las sentencias y crímenes de una Dictadura sangrienta.

⁵¹ De la mayoría de las asociaciones de M.H. creadas a partir de 2000.

⁵² Que sólo ha servido para poner punto final al combate para obligar a los partidos políticos a asumir su responsabilidad por no anular las sentencias franquistas.

⁵³ Sobre todo después de que el Grupo de apoyo a la viuda de Francisco Granado consiguió que se le diera la indemnización que hasta entonces se le negó.

⁵⁴ Para luchar contra las políticas antisociales de los gobiernos de turno con la excusa de la “crisis” financiera.

⁵⁵ Que desde hace varios años estamos realizando también en los talleres de reflexión de la Universidad Popular de Perpiñán.

país de la esfera de influencia occidental; la creación del Sindicato Solidarnosc de Lech Walesa en 1980; comienzo de las políticas neoliberales de Ronald Reagan y de Margaret Tacher; la Guerra de las Malvinas, en 1982; detección del agujero de la capa de ozono en la Antártida en 1985; catástrofe nuclear de Chernóbil en 1986; España y Portugal entran en la CEE en 1986; desastre financiero de las bolsas internacionales; derrota electoral de Pinochet en 1988; derrumbe del Muro de Berlín en 1989 y comienzo de la desintegración del bloque soviético; primera Guerra del Golfo en 1990; gracias a los avances informáticos se extiende la globalización y en 1993 Bill Clinton reorienta la política económica de los EE UU; nacimiento de la Unión Europea en 1993 y consolidación en 1994 del papel que desempeñarán a partir de entonces la Organización Mundial del Comercio, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial; la aparición de Internet y el comienzo de su revolución cultural; el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001 y la Guerra internacional contra el terrorismo de Al-Qaeda en Afganistán, en 2001, y luego en Irak, en 2003, para abatir el régimen de Saddam Hussein; el ascenso de gobiernos de izquierda en América Latina liderados por Hugo Chávez y su “socialismo del siglo XXI”; el comienzo, en el verano de 2007, de la peor crisis financiera global de las últimas décadas; nombramiento, en 2008, del primer presidente de color de los EE UU y las promesas de no intervencionismo de Barack Obama; consolidación de la China como la segunda potencia económica mundial en 2010; el comienzo de la “primavera árabe”, el asesinato de Osama bin Laden, la catástrofe de Fukushima y el nombramiento de Raúl Castro como Jefe del Estado cubano para suceder a Fidel por enfermedad en 2011; la reelección de Obama, el tratamiento del cáncer de Hugo Chávez en Cuba, la guerra civil en Siria, la nave científica Curiosity aterriza en Marte y, en España, la debacle electoral socialista en 2012 ; y, en lo que va de 2013, , además de las repetidas promesas de tomar medidas concretas de protección medioambiental a nivel mundial, reelección de Raúl Castro en febrero, muerte de Hugo Chávez y elección de un Papa latinoamericano en marzo, apurada elección del sucesor de Chávez y continuidad de las políticas económicas recesivas en la mayoría de los países desarrollados, en abril, haciendo aún más imprevisible el porvenir del mundo ...

Es pues ante la extrema complejidad de la historia de este periodo que me ha parecido más pertinente seguir presentando los textos⁵⁶ de esta segunda parte de manera cronológica, pero agrupados por temas:

- ***Anarquismo, anarcosindicalismo y revolución...***
- ***Socialismo, populismo y Revolución...***
- ***“Memoria Histórica”...***
- ***Indignación y rebelión...***

⁵⁶ Algunos de ellos, sobre todos los que abordan las problemáticas de la CNT y el anarquismo, han dado lugar a interesantes polémicas que se pueden ver buscando en “Google” escribiendo el título de cada uno de ellos.

***Anarquismo, anarcosindicalismo
y revolución...***

Ética y Revolución

La confrontación dialéctica de nuestro tiempo

La innovación ya no pasa por los partidos, los sindicatos, las burocracias, la política. Ella depende ahora de una preocupación individual, moral. No se pide ya a la teoría política que nos diga lo que debemos hacer, no necesitamos tutores. El cambio es ideológico y profundo...

(M. Foucault)

La reflexión sobre la ética y la revolución se ha convertido en la más saludable y prometedora de todas las confrontaciones dialécticas de nuestro tiempo. Ante la desoladora perspectiva que nos ofrecen todas las revoluciones triunfantes, que en su día hicieron creer que iban a cambiar el destino humano, y ante la no menos desoladora renuncia a la revolución, de la que ahora se enorgullecen todas las fuerzas que se reclaman del Socialismo, la reflexión revolucionaria busca desesperadamente la explicación del fracaso y una nueva inspiración para cambiar el curso de la Historia. Porque si, de un lado, las fuerzas revolucionarias no han jamás estado tan lejos como hoy de realizar sus objetivos manumisores, del otro, la necesidad objetiva de una revolución es más urgente y vital que nunca.

Hace sesenta años, ese “gran resplandor al Este” iluminaba los corazones de todos los proletarios y hacía creer que se estaba en el alba de una nueva era. Todo lo que ha sido concebido y construido desde entonces por ese Centro del “internacionalismo proletario” se ha ido alejando cada vez más del propósito transformador y de la esperanza de los momentos iniciales. Los posteriores “resplandores”, en otras partes del mundo, no han hecho más que acentuar las decepciones y plantear la urgencia de una profunda reconsideración conceptual y existencial del socialismo. Por ello, no se trata tanto de saber si el socialismo ha fracasado o no, sino de saber de qué ha muerto; y más aún si lo que se quiere es que nazca otro que concilie comunismo y libertad.

“Hasta ahora el problema era cómo hacer la revolución, porque se suponía que ya sabíamos desde Marx, Lenin, etc., qué era la revolución”. Hoy empezamos a preguntarnos “¿qué es la revolución?” y a plantearnos si el esquema marxista no formará parte también de lo que no es la revolución”⁵⁷. La crisis de la teoría y la praxis marxistas es indiscutible⁵⁸. ¿Qué duda cabe? Pero no es la única ideología revolucionaria clásica responsable de este fiasco revolucionario. La responsabilidad incumbe igualmente al anarquismo; porque si bien no ha conseguido, hasta ahora, protagonizar ninguna revolución triunfante es responsable por omisión, al haber desaparecido del contexto social en que estas luchas se han generado y desarrollado. Además, porque en el actual debate en torno a los conceptos de ética y revolución, de libertad y socialismo, que opone la praxis real de los distintos modelos históricos del socialismo en el poder, al Este como al Oeste, a la crítica teórica de un neo-marxismo y un antimarxismo éticos, el anarquismo, que podría aportar una contribución de primer orden, está igualmente ausente.

Poco importa que la crítica anarquista del Estado se haya visto confirmada por los hechos y que algunos anarquistas primarios se consuelen repitiéndose a sí mismos: “¡Teníamos razón!” La bancarrota revolucionaria del socialismo nos concierne a todos y quizás nos plantea problemas aún más graves y difíciles de resolver a los anarquistas que a los marxistas. Primero, porque no siendo el anarquismo un movimiento político, un competidor en la carrera al Poder, no sólo no puede explotar políticamente la quiebra revolucionaria de los partidos marxistas (leninistas o socialdemócratas), para proponerse como solución de recambio, sino porque la desmovilización de las masas por el socialismo acentúa la marginalización de las microscópicas capillas anarquistas y su prédica en el vacío. Segundo porque si “el burdo optimismo de la fe automática en el progreso” —que era lo que según Bloch caracterizaba hasta ahora a los partidos revolucionarios que estaban convencidos de que las leyes de la Historia funcionaban en su favor— ha sufrido un duro revés, el pesimismo que le reemplaza induce más bien a la aceptación del orden establecido que a su subversión.

Ahora bien, sería una suprema y nefasta ingenuidad si de lo anterior sólo supiéramos sacar conclusiones para componer un nostálgico lamento por la

⁵⁷ Xavier Rubert de Ventós, en “El desorden de discurso y la sinrazón del poder”, aparecido en el N° 13 de *El Viejo Topo*, del mes de octubre de 1977.

⁵⁸ El propio Althusser acaba de reconocer que “el marxismo está en crisis”.

pureza perdida de ese mítico ideal que encarnaba el socialismo, o para propugnar el retorno a los mitos como única alternativa a la desoladora realidad presente. Consideramos que el retorno de la inquietud ética, que nada espera pero se afirma frente al riesgo y la amenaza, autoriza y estimula nuevos planteamientos para intentar realizar (ya hoy) nuestros ideales de libertad, fraternidad y justicia, para recomenzar la revolución. Y sin los cuales no habrá –nunca más– apasionada entrega al momento presente de la lucha revolucionaria.

Las ideologías revolucionarias clásicas en el banquillo

Comparado con la triste realidad de las “realizaciones revolucionarias” en el mundo, el pretencioso mensaje de las ideologías revolucionarias clásicas se reduce de día en día y pone en evidencia su raquítica proyección práctica en el cotidiano vivir de los hombres y en la estructuración de la sociedad. Al Este como al Oeste, que se sea marxista, marxista-leninista, trotskista, maoísta o anarquista, la flagrante inadecuación entre lo que se afirma o se piensa y lo que realmente se hace muestra hasta qué punto las ideologías han servido y sirven para dar buena conciencia a los hombres que se han instruido sobre sus cadenas y el peso de una Historia que explica su perennidad. Frente a la impresionante resignación de las masas instruidas en los misterios de la explotación por esas ideologías que prometían redimir las, ¿qué queda del mensaje revolucionario de esas grandes ideas que debían “conducir la humanidad a superarse y alcanzar un estadio cada vez más elevado”? Sí, queda un montón de esquemas, programas, discursos... y una dependencia cada vez más íntima del hombre frente al Estado y los mecanismos de la explotación.

Se puede objetar, claro está, que esta dependencia, que esta alienación no ha impedido un progreso continuo del bienestar material y que este progreso ha sido posible gracias a las “incesantes luchas de la clase trabajadora orientada por la ideología revolucionaria del Movimiento Obrero”. Pero, precisamente esta objeción economicista confirma el retroceso revolucionario del proceso histórico. Como todas las imposturas, el sacrificio de la reivindicación cualitativa a la cuantitativa no resiste la confrontación con la única prueba que cuenta: la de la historia concreta de sus más crueles enseñanzas. La burocratización y jerarquización del Trabajo en las sociedades industriales modernas –al Este como al Oeste– es un proceso de afirmación autoritaria, clasista, que tiene muy poco que ver con las tradicionales reivindicaciones clasistas del socialismo marxista o libertario. Y resulta ya muy aburrido repetir,

por evidente, que los sindicatos son hoy instrumentos idóneos para la integración de las masas laboriosas en los sistemas de capitalismo privado o de Estado.

Paradójicamente, y parodiando a los marxistas, es posible afirmar que la ideología de las clases dominadas está en camino de convertirse en la ideología dominante. Con la particularidad, claro está, de que es la clase dominante la que se la apropia; al menos en el caso de la ideología marxista: promovida, desde hace algunos años ya, al rango de cultura hegemónica hasta en las propias sociedades occidentales. Esta colusión ideológica, entre marxismo y capitalismo, es hoy tan descarada e íntima que, sin necesidad de recurrir a los ejemplos de los “compromisos (o pactos) históricos”, puede decirse prefigura la instauración de un modo de producción en el que “la comunidad –como dice Marx en sus Estudios filosóficos- no es otra que la del trabajo y del salario pagado por el capital común, por la comunidad en tanto que capitalismo general”. Por este camino, el capitalismo (y todas las alienaciones que él vehicula) está lejos de extinguirse o de debilitarse. A un ritmo cada vez más acelerado, la historia asimila en un mismo proyecto de salvación el Capital y el Socialismo. Véase si no esa desconcertante identidad entre los dogmas y proyectos, entre los discursos y lemas de los partidos más dispares, de los Estados aparentemente más antagonicos: los USA y la URSS, sin olvidar la propia evolución de la China comunista.

Ya sabemos que el lenguaje propagandístico y la propia teorización de las contradicciones están sumamente codificados y que admiten pocas variaciones originales para su formulación dialéctica; pero el arrumbamiento de “ilusiones trasnochadas” y la degradación de la función utópica hacen presentir más sutiles coincidencias: la renuncia a la innovación.

La incapacidad de renovación ideológica

La renuncia a la innovación es evidente e irreversible en el seno de las ideologías revolucionarias clásicas. Prueba de ello es la condenación y persecución de la disidencia ideológica al interior de todas las organizaciones revolucionarias o simplemente reformistas, y el resignado acomodamiento de los militantes socialistas, comunistas, anarquistas, etc., al *statu quo* social y autoritario del actual modelo de sociedad de abundancia. Empero, lo que impide la aparición de lo *novum* no es la pura y sacralizada reiteración de lo establecido, sino, antes que nada, la renuncia al pleno e ilegal ejercicio de la función utópica, de la reivindicación cualitativa que ve en la destrucción del Poder la

posibilidad de emergencia del hombre libre. Y es en este sentido que las ideologías revolucionarias clásicas han sido más crudamente desmentidas: por la historia hasta nuestros días y por los propios militantes que han transformado las ideologías en campos de lucha por el Poder —ya sea en la conquista del Estado o de las estructuras de control de los partidos y organizaciones sindicales. De ahí que la sustancia que alimentaba y hacía posible la concepción y aparición de lo *novum*, la objeción y disidencia ideológica, sea ahora denostada más que antes: como “capricho sin sustancia”, y vista y perseguida con el mismo espanto que la herejía era vista y perseguida por las religiones. Uno de los rasgos más negativos y más comunes, de todas las militancias marxistas y anarquistas, radica en su incapacidad de razonar los análisis críticos y las innovaciones que, desde dentro o fuera de sus filas, ponen en evidencia la rigidez de sus dogmas, el absurdo de sus mitos y lo flagrante de sus insuficiencias o errores. Por ello sur reacción es netamente acrítica: excomunión, denigración, silencio. Y también por ello siempre han preferido el enemigo al disidente, el adversario al rebelde.

La prueba está hecha: con la ortodoxia —y no sólo en las organizaciones marxistas— surge la línea general, la planificación central, la autoridad, la disciplina, el poder político; desapareciendo la autonomía, la independencia, el autogobierno y, en una palabra, la libertad. Que no se nos diga que una cosa son las ideologías y otra los partidos, las organizaciones. Porque de dos cosas una: o bien son las ideologías las que se revelan incapaces de influenciar la praxis militante en el sentido de sus postulados emancipadores, fraterno, democráticos e igualitarios, o bien son las propias ideologías las que llevan en ellas mismas los gérmenes autoritarios que las minan internamente y que fatalmente acaban por corromperlas.

La desafección ideológica de las masas

Poco importa que sea una incapacidad o una inconsecuencia, puesto que de cualquier manera el resultado es el mismo: las ideologías no suscitan ya más entusiasmo en las masas y las estructuras sociales que de ellas se reclaman (los partidos, los sindicatos) huelen cada vez peor y se asfixia uno en ellas como en el mundo.

“¿Y qué diremos de la zarabanda de las siglas, de las divisiones y subdivisiones de conjuntos tanto más empeñados en diferenciarse unos de otros cuanto que son incapaces de inventar nada medianamente distinto de lo que

hay?”⁵⁹. Pues diremos que ni la desesperada búsqueda de un paradigma duro y puro (ayer: el modelo soviético; hoy: apenas ya los modelos chino, albanés, vietnamita, cubano), ni la enfatización de una “dudosa identidad con calificativos garantizadores de pureza de origen: Auténtico, Histórico, Ortodoxo, Radical, Verdadero...” los salva de la depreciación histórica, ni de ser considerados como auténticos frutos del *pathos* ideológico de una izquierda a la deriva. Confrontadas con la triste realidad de la revolución traicionada, en un lado, y de la revolución abandonada, en el otro, y, además, con su triste realidad interna, esas macroscópicas o microscópicas iglesias socialistas, comunistas o libertarias siguen (a pesar de que “siempre tuvieron razón” en sus previsiones) rectificando sus pronósticos y adaptando sus discursos en función de una Historia que sólo les asigna el rol de comparsas. Por eso no es de extrañar que ahora, en la Europa capitalista, se sientan bien instaladas en la legalidad del orden establecido, defiendan el expediente del Orden y del conformismo, de los Derechos del Hombre y de la Democracia, de la autoridad y del civismo, frente al sector de la juventud que rechaza tales valores llamándolos opresión e hipocresía, que los acoge con el sarcasmo y el desprecio, y que los impugna en su legitimidad, en su expresión y en sus fines⁶⁰.

Frente a la expansión económica, que al Este como al oeste se ha convertido en el criterio absoluto del éxito o del fracaso de toda política, y frente al mejoramiento del nivel de vida que ningún político olvida en sus escritos o en sus discursos, ¿qué es lo que proponen los ideólogos de esas iglesias que un día proclamaron y profetizaron la Revolución?

Las proposiciones de esas iglesias, que prometen la democracia sin discriminaciones para todas las clases sociales y que niegan a sus propios fieles la más elemental libertad de expresión cuando no aceptan ciegamente las consignas y el paternalismo de las burocracias dirigentes, de esos “estados mayores” que negocian y pactan por su cuenta el bienestar de todos, son invariablemente las mismas: la respuesta organizada de las masas (a través de los partidos y de los sindicatos, se entiende), el militantismo y el voto... Pero las masas se han cansado del militantismo y el voto sólo se ejerce de tarde...

⁵⁹ Fernando Savater, en la “Política como opio del pueblo”, de su libro *Para la anarquía*.

⁶⁰ Véase al respecto las tomas de posición de los grupos “Autónomos” en Italia, Francia y otros países.

El error fundamental, si error es y no intencionada trampa, quizás haya sido el concebir las ideologías para resolver los problemas por arriba, por intermedio de organizaciones globales o de máquinas gigantes que confiscan la iniciativa, la acción y hasta la palabra del individuo, que establecen un divorcio real entre éstas y las masas —aunque por efecto de una retórica absurda, que no comprenden pero que les seduce, las masas sigan dejándose manipular por aquellas.

Ciertamente, y sin ningún rubor, se sigue afirmando que la política sería otra cosa, y la acción política mucho más eficaz, si cada uno estuviera convencido y decidido a tomar en sus propias manos sus asuntos políticos, que nadie es más indicado para administrar sus intereses que uno mismo. Pero la realidad es otra: no hay más política que la que deciden y aceptan los aparatos, que la que hacen los profesionales de la política. El discurso y la praxis de las ideologías revolucionarias clásicas han quedado reducidos a una serie de argumentos y gestiones tendientes a asegurar la permanencia de los aparatos y de sus intereses, y ellas no son ya más portadoras de un proyecto de revolución violenta, jacobina u otra. Esa, y no otra, es la principal razón de la desafección ideológica de las masas y de la contestación juvenil que enarbola la nueva impugnación antiautoritaria.

La nueva impugnación antiautoritaria

No sabemos si, como dice Cioran⁶¹, “aunque la práctica de la historia sea esencialmente antiutópica, es cierto que la utopía hace marchar la historia, la estimula”. Pero, aunque no sea del todo verdad que “no actuamos más que bajo la fascinación de lo imposible”, si que nos parece posible afirmar “que una sociedad incapaz de dar a luz una utopía y de entregarse a ella está amenazada por la esclerosis y la ruina”. Así pues, el abandono de la utopía y del concepto ético de la revolución no podía por menos que conducir las ideologías revolucionarias clásicas a la esclerosis y la ruina. Por ello, la nueva impugnación revolucionaria antiautoritaria ha hecho de la reivindicación de la función utópica y de la consecuencia entre medios y fines, entre la palabra y la acción, su más urgente y vital razón de ser.

Más allá del marxismo y de sus múltiples y contradictorias interpretaciones —teóricas y prácticas-, los grandes interrogantes que hace surgir la sociedad

⁶¹ En la entrevista con E.M. Cioran, *Escribir para despertar*, publicada por Fernando Savater en el diario *El País*, del domingo 23 de octubre de 1977.

contemporánea han originado un considerable trabajo de reflexión crítica, al margen de toda ortodoxia, sobre la revolución en el mundo moderno y sus perspectivas históricas. Y, como podía esperarse, esta reflexión ha desembocado en una desconfianza generalizada, cada vez más grande, frente a los sistemas totalizadores y frente al Estado, democrático o totalitario, que es el proyecto y la realidad más acaba de la Totalidad autoritaria. Coincidiendo, además, este rechazo ideológico con la rebelión, al nivel de las vivencias cotidianas, de los grupos marginales del sistema que han visto al Poder manifestarse con toda crudeza y sin máscara para reprimir lo que más teme: la contestación concreta del Espacio y del Tiempo lineales que las clases dominantes han querido imponer unívocamente a través del Trabajo a las clases dominadas.

Desde Mayo 68, la nueva impugnación antiautoritaria se ha ido definiendo y afirmando cada vez más como un rechazo total de todas las formas de Poder. Y cada vez que, desde otras posiciones, se intenta reintroducir en el discurso o en el proyecto revolucionario la noción ética, es siempre el Poder el que resulta a fin de cuentas puesto en cuestión. La nueva impugnación antiautoritaria es, pues, esencialmente una impugnación ética, de la conjunción de la mala memoria y de la buena conciencia que da a la amnesia sobre la historia del socialismo traicionado, degenerado o caricaturizado, una tranquila arrogancia dogmática, sin ninguna garantía contra las recaídas en los calenturientos delirios de las frías ideologías revolucionarias.

Independientemente, pues, de que, como dice Castoriadis⁶², el destino histórico del marxismo puede resumirse “por lo esencial en este hecho masivo: el marxismo se ha convertido en la ideología, la religión laica oficial, de Estados que dominan, explotan y oprimen un tercio de la población del planeta”, es necesario reconocer que, dado el grado de intoxicación autoritaria actual, el destino histórico del anarquismo no habría sido muy diferente si hubiera llegado a imponerse como ideología hegemónica en algún rincón de la tierra. El interés y la originalidad más prometedora de la nueva impugnación antiautoritaria estriba, precisamente, en el reconocimiento de esta posibilidad de degeneración autoritaria, y en su intransigente propósito –al nivel de la teoría y de la práctica– de no hacer concesión alguna a la tentación autoritaria y de resistir firmemente a los riesgos del sectarismo, del dogmatismo y del

⁶² En una entrevista publicada en *Le Monde*, del 13 de diciembre de 1977.

burocratismo implícitos en todas las fórmulas organizativas experimentadas hasta el presente.

La revolución hoy

Cada vez más, la revolución se resume a cambiar el mundo para cambiar la vida; Pero no se cambia la vida si no se cambia el hombre. Y ¿cómo cambiar el hombre si el mundo no cambia verdaderamente?

Aparentemente, y la historia esta ahí para recordárnoslo, el problema es irresoluble... Y todavía más si escuchamos los últimos abortos dialécticos de ciertos representantes cualificados de las viejas iglesias ideológicas: “La revolución no puede ser más que democrática, legal, pacífica y gradual”. (Jean Elleinstein, miembro del comité central del PCF). “Las tentativas de actualización social de la moderna sociedad de consumo fracasarán. La mayoría, como la oposición, está fuera de la realidad. El viento que lleva la historia es la anarquía”. (Maurice Joyeux, de la FA.

Por ello la revolución hoy puede ya consistir en tomar plena conciencia de la extrema dificultad de cambiar el mundo y el hombre al mismo tiempo, de intentar una praxis autónoma en el seno de las masas para que éstas rechacen las concepciones tradicionales, religiosas, monacales de los partidos y las organizaciones pretendidamente revolucionarias. Para que renazca la utopía y la historia vuelva a ponerse en marcha en la dirección de un socialismo del que esté excluido todo grupo dominante.

Todos afirmamos que hay que devolver a los trabajadores y a los ciudadanos el poder que les ha sido confiscado. Que queremos la destrucción del Estado o, por lo menos, su extinción. Pues bien, comencemos por destruir los partidos y todas las organizaciones autoritarias que se reclaman de la revolución o, por lo menos, no les prestemos nuestra contribución.

(Abril 1978) en *El Viejo Topo*

La expulsión del compañero Cipriano Mera

En el punto IV («ANÁLISIS CRÍTICO DE LA ACTUACION DE LA CNT»), apartado 3 (“Exilio: funcionamiento y rendición de cuentas”), del «EXTRACTO DEL ORDEN DEL DÍA PROVISIONAL DEL V CONGRESO DE LA C.N.T.», que debe celebrarse en el curso del mes de diciembre del año en curso, se propone, en el capítulo de «conductas y responsabilidades», la «rehabilitación póstuma de compañeros expulsados, como Cipriano Mera».

Supongo que los militantes que, a través de sus respectivos sindicatos, han hecho esta proposición estarán al corriente del proceso de degeneración ideológica en el seno del «exilio confederal y libertario» que permitió, a los burócratas e inquisidores confederales, decretar la expulsión del compañero Cipriano Mera.

Supongo igualmente que estos militantes, al proponer la «rehabilitación póstuma», han querido rendir justicia a los compañeros expulsados por haber denunciado el inmovilismo y el proceder estaliniano del clan burocrático que convirtió el «exilio confederal y libertario» en la etapa más indigna y nefasta del historial confederal y libertario. Y, en el caso del compañero Mera, testimoniar póstumamente de su honestidad y de su entrega a la causa libertaria.

Si de aquellos polvos no hubiesen venido los actuales lodos no merecería la pena el reabordar una etapa y unos hechos que, con justificada razón, la CNT reconstruida mayoritariamente no ha querido asumir como legado orgánico del exilio, pese a las presiones y a las intrigas de los que *desde* el exilio pretendían (y pretenden todavía) seguir siendo los depositarios-propietarios de la legitimidad orgánica confederal y libertaria. En efecto, la CNT reconstruida hizo muy bien en no tomar en cuenta los líos del exilio para reconocer a unos y otros (expulsados y expulsadores) el derecho de reintegrarse a la Organización en el mismo plano de igualdad. Desgraciadamente, esta consecuente y libertaria actitud, ratificada por los diversos plenos celebrados hasta ahora, no sólo no ha dejado de ser combatida por todos los medios desde las trincheras del oficialismo exilado sino que la última ofensiva del sectarismo, inspirado por la gerontocracia de los organismos residuales del exilio, amenaza con sumir la CNT (con tan prometedor entusiasmo reconstruida en estos últimos años) en un nuevo y más catastrófico conflicto interno.

Así pues, y no sólo porque es probable que el próximo congreso de la CNT

aborde el caso de los compañeros expulsados en el exilio, y en particular el que concierne al compañero Cipriano Mera, sino también porque la confusión que se intenta hacer reinar actualmente en los medios confederales y libertarios lo exige, me creo en la obligación moral de salir al paso de las calumnias y falsedades propaladas *sotto voce* y públicamente⁶³ por los incondicionales de los organismos residuales del exilio para *justificar* la expulsión del compañero Mera.

En el libro *El anarquismo español y la acción revolucionaria. 1961-1974*, editado por *Ruedo Ibérico* a finales de 1975, señalé, en la nota número 5 del capítulo correspondiente al año de 1969, lo que sigue: «Entre las expulsiones que levantaron más indignación, y que acabaron provocando la retirada y la marginalización de varias Federaciones Locales, debe señalarse la del incansable y probo militante libertario Cipriano Mera. Lo más bochornoso del caso es que el pretexto (la recepción de una cierta cantidad de dinero) había sido ventilado públicamente en el Congreso de la CNT celebrado en 1965 en Montpellier. Además de que el compañero que realmente había recibido dicha cantidad, y que había justificado plenamente el uso de la misma, escribió en diversas ocasiones al S.I. esgleísta para responsabilizarse de dicha recepción y empleo de fondos orgánicos.»

Esta nota completaba un párrafo (página 272) en el que yo reconocía que era «difícil saber si, a los treinta años de exilio, aún habría sido posible contrarrestar el proceso de desánimo y la hemorragia militante», y que no cabía la menor duda de que «la actitud de la gerontocracia inmovilista, que aún proseguía a tambor batiente su campaña de expulsiones en el seno de la organización confederal, continuaba siendo uno de los factores más desmoralizadores y disgregadores».

Pues bien, en esta nota, no consideré necesario ser más explícito al hablar del «compañero que realmente había recibido dicha cantidad» por cuanto de sobras era sabido por la militancia que ese compañero era yo. Tanto porque en el Congreso de 1965 en Montpellier me presenté en persona para acusar recibo de dicha cantidad (5.000 francos nuevos), como por el hecho de que

⁶³ Apenas hace un año que la C.I.R. ha editado un libro, titulado: «ELEMENTOS PARA LA COMPRESION CORRECTA DE 40 AÑOS DE EXILIO CONFEDERAL y LIBERTARIO», en el que se publican - unilateralmente, claro está- algunos de los documentos «oficiales» en los que tras calumniarnos, al compañero Mera y a mí, se comunica la «sanción» orgánica de aquél.

en la documentación orgánica y en los documentos públicos difundidos por la FAI para calumniarnos se daba mi nombre. En efecto, en el último de ellos que llegó a mis manos, el informe-declaración final del «pleno intercontinental de regionales de la Federación Anarquista Ibérica en el exilio», enviado «a toda la MILITANCIA CONFEDERAL y LIBERTARIA y a los MOVIMIENTOS AFINES DEL MUNDO» en 1972, se incluía una nota, la N° 4, para «informar» sobre los «aspectos sórdidos de materiales orgánicos que en su tiempo fueron entregados a distintos compañeros que después se negaron (poniendo obstáculos formulistas) a devolver»:

«(4) Concretamente se trata: a) de un material de impresión del cual GOMEZ PELAEZ era depositario; cuando la organización se lo pidió multiplicó los inconvenientes y las mentiras para, al cabo de tres años, entregar un montón de chatarra. b) de 5.000 francos nuevos que MERA afirmaba poseer de la cuenta del D.I. y que se esfumaron a la hora de la verdad entre él y ALBEROLA. c) de una documentación recogida por PEIRATS en nombre de una Comisión nombrada por un Congreso del Exilio para un mandato preciso de investigación. Hoy no quiere devolver esta documentación, de un interés muy relativo, si no es a un Congreso en el Interior.»

Como, además de falsear la verdad y de informar parcial y tendenciosamente se ha buscado hacer una amalgama (indecorosa al mismo tiempo que absurda) con las posiciones orgánicas e ideológicas de los compañeros «marginados», es necesario aclarar los hechos primero y después responder a la calumnia poniendo en evidencia las verdaderas razones que han empujado a los calumniadores a adoptar una actitud tan antilibertaria y tan nefasta para nuestro movimiento.

En cuanto a las acusaciones contra los compañeros GOMEZ PELAEZ y PEIRATS no creo que haya nada a aclarar, puesto que los propios acusadores se desmienten a ellos mismos al reconocer que el primero entregó lo que se le reclamaba y el segundo consideraba que esa documentación debía ser devuelta a un congreso en España. Además, sólo en el caso de «material de impresión del cual GOMEZ PELAEZ era depositario» tuve una intervención personal, al participar en el traslado de dicho material de Toulouse (en donde estaba arrinconado) a París, en donde se debía ponerlo en estado de marcha para confeccionar la propaganda confederal destinada al Interior por cuenta del D.I.

Ahora bien, en el caso de los 5.000 francos nuevos, que esa gente dice que «a

la hora de la verdad» se esfumaron entre el compañero Mera y yo, si que es necesario aclarar los hechos públicamente para que, de una vez para siempre, quede en evidencia la calumnia de esos tartufos contra el compañero Cipriano Mera. He aquí pues los hechos reales que esos tartufos (lo repito porque me parece indigno de libertarios el mentir conscientemente para tratar de hundir a un compañero con el que se discrepa ideológicamente) han ocultado deliberadamente para que su calumnia tuviese alguna credibilidad: *Esos 5.000 francos nuevos me fueron entregados por el secretario de coordinación del S.I. Marcelino Boticario, poco antes de traspasar su cargo al nuevo secretario de coordinación nombrado en el congreso de la CNT exilada de 1963, para que pudiéramos volver a México los dos compañeros que habíamos sido requeridos orgánicamente para incorporarnos al D.I.*

Para comprender las razones de ese gesto del S.I. saliente hay que explicar lo siguiente: «Antes del congreso de octubre de 1963, el secretario general del S. I. Dimisionario, Roque Santamaría, había hecho mención a la impugnación presentada por el D.I. contra los dos miembros del mismo que habían dimitido y que eran los representantes máximos de la corriente inmovilista. La referencia hecha por Santamaría, en su circular «a la militancia confederal», del 28 de mayo de 1963, no era, lo suficientemente clara y comprensible para que las Federaciones locales se dieran por enteradas. Tampoco abordó esta grave cuestión en la sesión reservada de dicho Congreso. Los dos dimisionarios del D.I. (Germinal Esgleas y Vicente Llansola) fueron elegidos en ese Congreso para ocupar los principales cargos del nuevo S.I.; su elección planteaba un problema de incompatibilidad por haber sido aprobada por el Congreso la gestión del D.I. y ratificados los acuerdos a cuya aplicación se habían opuesto los dos dimisionarios.»⁶⁴.

Sin entrar en el análisis de la manera en que los inmovilistas se habían podido apoderar del S.I. (elegidos por una mayoría que sólo en virtud de los artificios del escrutinio nominal podía considerarse como tal) en esos momentos cruciales para el movimiento libertario español (además de la represión en España, en donde acababan de ser agarrotados Joaquín Delgado y Francisco Granados, las autoridades francesas habían procedido a la detención de 21 jóvenes libertarios y a la de los compañeros José Pascual y Cipriano Mera que apoyaban la posición de la FIJL), es necesario recordar que Cipriano Mera y

⁶⁴ «*El anarquismo español y la acción revolucionaria. 1961-1974*». pág. 123.

yo habíamos impugnado orgánicamente a los dos miembros dimisionarios del D.I., Germinal Esgleas y Vicente Llansola, por su actitud contra los acuerdos orgánicos de la Comisión de Defensa.

De ahí la maniobra para apoderarse nuevamente del S.I.; pues su objetivo era cargarse al D.I. y parar la acción antifranquista consecuente con los acuerdos unánimes de las tres ramas del Movimiento Libertario. Además, como ya lo afirmé en otra ocasión, los sabotajes, las calumnias, las ignominiosas maniobras y presiones de los inmovilistas no habrían logrado dar al traste con el D.I. y su actuación si no hubiesen contado tan oportunamente con el silencio del secretario general del S.I. saliente, Roque Santamaría, quien facilitó, con su mutismo y su actitud -sin duda, por el temor a que se declarara fuera de la ley a la CNT exilada-, aquellos propósitos: «El concurso de circunstancias expuesto fue facilitado por cuantos, aun afirmando ser opuestos al inmovilismo, prefirieron sacrificar la continuidad de la acción a renunciar a su «representatividad histórica» o a sus mediocres ambiciones en el marco del exilio legalizado, en particular quienes, estando en pleno ejercicio de los cargos del Secretariado Intercontinental, escamotearon los medios necesarios para la acción antifranquista inmediatamente después de la muerte de Francisco Granados y Joaquín Delgado»⁶⁵.

Pues fue el secretario general del S.I. quien impuso, con la complicidad del representante de la FAI, la paralización de la acción en una reunión del organismo idóneo (Comisión de Defensa) celebrada días antes de la ejecución de los dos jóvenes libertarios. Justificando su actitud como un «compás de espera», para evitar la suspensión del Congreso de la CNT exilada por las autoridades francesas, y prometiendo volcar todos los medios, para la continuidad de la acción antifranquista, inmediatamente después de celebrado dicho congreso.

Precisado lo anterior, es fácil comprender el porqué la entrega de esa cantidad (para que pudiéramos volver a México...) aclaró definitivamente (para nosotros) la actitud del compañero secretario general saliente. Se trataba, simplemente, de incitamos a renunciar al planteo del problema orgánico que dicho compañero había escamoteado en el congreso: pasar por alto las renunciaciones de Esgleas y de Llansola en el D.I. y su posterior candidatura y aceptación del «nombramiento» para ocupar los cargos de secretarios general y

⁶⁵ *Op. Cit.*, pág. 124.

de coordinación del S.I., después de que ese mismo congreso había aprobado la gestión del D.I. y ratificado su continuidad. Al mismo tiempo se podría «explicar» la paralización de la línea de acción con nuestro regreso a México.

Fue por tales razones que aceptamos los 5.000 francos nuevos y, en vez de utilizarlos para nuestra vuelta a México (sólo volvió, tiempo después, uno de los dos compañeros que había sido requerido de México, y eso gracias a una cantidad que le fue prestada por gente amiga), decidimos dedicarlos a la continuidad de la acción, puesto que nosotros no habíamos renunciado y los acuerdos nos obligaban a ello, como fue explicado en el congreso de la CNT exilada celebrado en Montpellier en 1965, y como los hechos posteriores lo confirmaron.

Así pues, no sólo es una calumnia de baja estofa el involucrar al compañero Cipriano Mera en este asunto de los 5.000 francos nuevos «que se esfumaron a la hora de la verdad...», sino que esta calumnia es doblemente indigna, puesto que Esgleas y sus incondicionales estaban perfectamente al corriente de los hechos (tales que los he descrito) y que, en dos ocasiones, les hice llegar cartas puntualizadoras que, claro está, jamás dieron a conocer a la militancia. Y eso sin tomar en consideración el hecho de que era normal y regular que, por lo menos, se nos proporcionara los medios para volver a México después de habernos hecho venir.

¿Por qué, entonces, recurrir a una tal calumnia contra un compañero, Cipriano Mera, cuya honestidad ha sido siempre ejemplar? La respuesta es simple: había que justificar la expulsión de los compañeros a como diera lugar y, en el caso del compañero Mera, no sólo era urgente expulsarlo sino que, dada su conducta irreprochable, no había otro pretexto a explotar. Pretexto que, además de ser totalmente falaz, utilizado contra el compañero Mera (que pese a su avanzada edad seguía trabajando como albañil en París) es mil veces más despreciable. Sobre todo si se toma en cuenta que se utilizaba para mantener en los cargos remunerados a Esgleas y compañía, que siempre han vivido de la organización.

En efecto, toda esta campaña de calumnias, intrigas y maniobras del clan esgleísta no tenía otro objetivo que facilitar la marginación orgánica de los compañeros del D.I. que les habían impugnado: por su consciente e indecoroso sabotaje de los acuerdos de lucha que ellos mismos habían propuesto al redactar la ponencia que dio lugar a la constitución del D.I. Es decir, para marginar (expulsar) a todos los militantes (o Federaciones locales) que se

oponían a su inmovilismo y derrotismo, a su desvergonzada demagogia y a las prácticas estalinianas que habían introducido en el seno de la organización confederal y de la organización específica⁶⁶. De ahí que, pese a los años

⁶⁶ Además de las múltiples maniobras e imposiciones antiorgánicas, de las calumnias, amenazas y agresiones empleadas para apoderarse y guardar los cargos (y las cuotas, claro está) de las dos «ramas hermanas», también es al nivel del lenguaje que puede apreciarse esta deformación autoritaria. La lectura de las mociones y declaraciones de estos burócratas «libertarios» es aleccionadora: «(...) La persistencia y contumacia en esa actividad marginalista, sean cuales fueron los pretextos que se invocaron, es atentatoria a la misma existencia de la Organización y socavaría su cohesión y solidez si consiguiera adquirir predicamento y desarrollo, constituyendo un obstáculo constante al desenvolvimiento normal de ésta. Por el daño que causa y que puede ocasionar la actividad marginalista, consideramos que no puede quedar en la irresponsabilidad ni exenta de sanción (...) Los casos de marginalismo deben ser enjuiciados y sancionados desde la escala local por la F.L. de la pertenencia del encartado. Las sanciones individuales serán aplicadas según la gravedad y naturaleza del caso de apreciación marginalista (...) Las FF.LL. que proceden alentando marginalismos contrarios a nuestra trayectoria, deben quedar separadas de nuestra Organización, hasta que acepten los acuerdos y decisiones de la CNT, teniendo en cuenta que son la expresión del federalismo funcional y de base militante (...)» Moción aprobada sobre el 4º Punto, apartado b), en el Pleno intercontinental de Núcleos, Burdeos, 15-17 Agosto.

«(...) Ahora bien: En nombre de las ideas anarquistas, en nombre de la tan «manoseada» ética anarquista, el atrabiliario concierto de descontentos y amargados debe cesar. De lo contrario, crecerá la convicción en los hombres sencillos y decididos de nuestra Organización, de que dicha acción es concertado combate contra las ideas y contra el principio anarquista, dirigido desde afuera, desde enfrente (...) Crecerá así la leyenda del «anárquico anarquismo», integrado por grupos dispersos e ilusionados, incapaces de organización coherente (...) Endosen su triste responsabilidad, cantores de la inconsecuencia, cuantos laborando en trabajo de zapa orgánica, colaboran directa o indirectamente con la reacción política, económica y autoritaria interesada, en primer lugar, en la destrucción de las organizaciones del anarquismo y del anarcosindicalismo, avivando diferencias para mejor disgregar (...) Fuera, al margen de nuestras organizaciones, del pacto colectivo de responsabilidad que nos une, desligados del mismo. abusarán quizá de un nombre y de unas apelaciones. Pero no podrán ya engañar a nadie (...) El anarquismo ibérico, desembarazado de obstáculos internos, prosigue su combate, y seguirá adelante, reafirmando una vez más el dictamen elaborado por su Pleno extraordinario de 1963». (De la «Declaración de la FAI al Movimiento Anarquista Internacional», de 1971).

Como puede verse, se termina con un ¡Viva! al dictamen «sobre la responsabilidad militante» de 1963 que sirvió para «legalizar» todos los desmanes orgánicos del clan burocrático esgleista. Afortunadamente que los burócratas *de* las organizaciones resi-

transcurridos y a su vergonzoso balance final, esos burócratas del exilio confederal y específico sigan intentando justificar su abyecta y nefasta conducta con esas viejas calumnias y amalgamas⁶⁷.

duales del «anarquismo ibérico» no disponían del poder para «sancionar» como sancionan las burocracias del «socialismo real», puesto que sus anatemas y conminaciones no difieren en nada de las que, por ejemplo, han empleado recientemente los dignatarios comunistas chinos para acusar de «lacayos del imperialismo y de la burguesía», que no buscan más que a «atacar y denigrar la dictadura del proletariado», a cuantos en Occidente y en China se han conmovido y han protestado por la condena a 15 años de cárcel del joven disidente («marginalista», dirían nuestro burócratas) Wei Jingsheng, director de la revista paralela («marginalista») *Tansuo* (Exploraciones).

⁶⁷ En el caso del compañero Mera, por ejemplo, los redactores de la declaración: «A toda la militancia confederal y libertaria y a los movimientos del mundo», aprobada en el pleno «intercontinental de regionales de la FAI en el exilio» de 1972, tras reconocer que Mera había condenado la operación cincopuntista «desde un principio», agregan, para que la calumnia quede: «Pero, por consideraciones tácticas o por odios personalistas, no quiso sincerarse ante la Organización reunida en Congreso, por lo tanto vulneró de manera gravísima los principios elementales de toda vida orgánica que imponen, de forma imperiosa, que todo, absolutamente todo, quede supeditado a la salvaguardia de los intereses básicos de la Organización, siendo que un Congreso es su suprema instancia». Olvidando intencionadamente el hecho más gravísimo de que Germinal Esgleas; que era entonces el secretario general del S.I. y que fue quien presentó al congreso al «notorio agente franquista» Royano, no sólo no se sinceró ante la Organización, ya que nada informó entonces de lo que Rayano tramaba, sino que, además, exigió del Congreso que no le hiciera a éste ninguna pregunta... En lo que a mí concierne, no pudiendo mezclarme en la tan explotada «operación cincopuntista», los redactores de la citada declaración, mordiéndose la lengua, tratan de calumniarme por el viejo procedimiento de la amalgama fácil...: «Ya sabemos lo fácil que es hacer amalgamas y presentar todo tipo de crítica como parte de un complot, pero si se realiza la fusión concreta de grupos tan opuestos en cuanto a tácticas y principios, en torno a un proyecto común, ¿quién tiene la culpa? Nadie puede creer que sumando la posición radicalísima de acción violenta contra el Estado franquista defendida por ALBEROLA, al reformismo de toda la vida de MANENT y al colaboracionismo verticalista de los amigos de RAMONIN, se pueda crear o defender a una Organización como la CNT. Desde el punto de vista revolucionario, estas tres tendencias se excluyen mutuamente de manera radical. Lo que implica lógicamente que el motivo de su reunión - que creemos circunstancial- no es revolucionaria ni sincera». La falta de escrúpulos y el cretinismo patológico de los incondicionales del inmovilismo esgleista les lleva a denunciar una «reunión» de «tendencias que se excluyen de manera radical» (que jamás existió ni pudo existir, como lo saben muy bien), por el hecho de que los compañeros Manent y Ramonín fueron igualmente marginados; mientras que, en el caso

Para terminar, y para precisar más claramente el porqué considero que de aquellos polvos vinieron estos lodos actuales que están malogrando los ímprobos esfuerzos realizados para reconstituir la CNT y un movimiento libertario digno de ese nombre, ratifico lo que ya ha escrito en otra parte: «El Congreso de octubre de 1963 abrió las puertas a la crisis orgánica, ideológica y generacional más grave de toda la historia de la CNT y del anarquismo español en general. Por sus consecuencias, en el terreno de la acción antifranquista, ayudó a dar un golpe mortal a las perspectivas unitarias de la oposición antifascista y del exilio, al enterrar la única tentativa verdaderamente seria de movilizarlos contra la Dictadura».

Lo ratifico, tanto porque ello explica las «razones» por las cuales los inmovilistas hicieron todo lo posible por sabotear y cargarse al D.I. como porque, igual ayer que hoy, el propósito de esa gente era y es -como decía Cipriano Mera- el de «llevar al Movimiento, por la aplicación de métodos bolcheviques de imposición y corrupción burocrática, a su estado actual de desconfianza interna y descomposición orgánica».

Prueba de ello, de esta terca voluntad de minar la desconfianza interna y acelerar la descomposición orgánica, son los últimos maniobres de la gerontocracia exilada para llevar al seno de la CNT reconstruida las prácticas estalinianas que acabaron reduciendo el exilio confederal y libertaria a unos simples y miserables aparatos burocráticos: «gestores» de cuotas y de infundios.

No sé si el V Congreso de la CNT próximo a celebrarse sabrá poner un alto a estos maniobres y restablecer la confianza interna; pero, en lo que a mi concierne, estoy convencido de que sólo lo logrará si en él se hace un análisis serio e imparcial de todos los conflictos internos que han jalonado estos cuarenta años de bancarrota ideológica y revolucionaria.

A diferencia de los que, comprometidos en estos maniobres, tras falsificar la verdad no tienen ningún empacho en afirmar que su objetivo «es informar,

sorprendente de la reunión en la cumbre (las instancias dirigentes confederales y específicas) de un LIARTE, cuyo reformismo y colaboracionismo de toda la vida es de todos conocido, con un ESGLEAS...», nada encuentran de anormal ni de contrarrevolucionario e insincero.

solo y *únicamente informar*»⁶⁸ «para la comprensión correcta de 40 años de exilio confederal y libertario», yo me he limitado a dar los «elementos para la comprensión correcta de la expulsión del compañero Cipriano Mera.

París, septiembre 1979.

(1979) en *Historia Libertaria*

⁶⁸ En el preámbulo del libro, al que hemos hecho mención al comienzo de este trabajo, y en el cual se agrega que «para ello nos ha parecido que la mejor manera de conseguirlo era presentar a la opinión militante una selección de documentos recopilados en este volumen, ellos no son todos, por desgracia ha habido abundante «literatura» en ese sentido, no han faltado los discursos, los manifiestos, las declaraciones ni las tomas de posición». Es decir: que la mejor manera de informar («sólo y únicamente de informar») es presentar «una selección de documentos recopilados... » dejando de lado, claro está, toda esa abundante «literatura», etc., que podría testimoniar de la unilateralidad de su «información». Por eso, al final, en lo que ellos llaman «A MODO DE CONCLUSION», escriben, esta perla de supercalibre: «No hemos dado todos los documentos que podíamos dar. Hemos dado los que hemos considerado indispensables, pero existen muchos más, y sepan todos que nuestra historia escrita, como la otra, nos la haremos nosotros mismos; lo que equivale a decir, que no dejaremos que nos la deformen, por interés o conveniencia ». A buen entendedor. .. ¡Se ha visto acaso algún Estado o Partido que permita a «otros» el escribir la Historia!

El anarquismo y las nuevas corrientes antiautoritarias

Sólo soy verdaderamente libre cuando todos los seres humanos que me rodean, hombres y mujeres, lo son igualmente. La libertad de otro, lejos de ser un límite o la negación de mi libertad, es su condición necesaria y su confirmación.

M. Bakunin

La existencia de corrientes antiautoritarias ajenas al anarquismo (en tanto que ideología o en tanto que movimiento) no es un hecho nuevo. Desde las primeras resistencias al Estado, “como mentira y realidad”, la impugnación de la autoridad no ha cesado de engendrar formas diferentes de pensar y de vivir el antiautoritarismo, es decir: la libertad.

Lo sorprendente hoy no es que esta diversidad interpretativa y experimental de resistencia al Estado, a la autoridad en todas sus manifestaciones, siga renuente a definirse por una ideología y un Movimiento, el Anarquismo (con A mayúscula), que, contrariamente a lo que podía esperarse por la acumulación de pruebas teóricas y prácticas en contra, no renuncia a considerarse esencialmente como “un sistema de valores”⁶⁹, sino, que los anarquistas no saquen de esta renuncia las conclusiones que se imponen: que ni la ideología anarquista es el *súmmum* del pensamiento antiautoritario, ni el Movimiento anarquista ha sido y es en la praxis el más consecuente de esa resistencia al ideal de Estado —en el seno de la sociedad y en nosotros mismos. En efecto, el cuestionamiento más radical del Poder y del Orden proviene actualmente de individualidades y grupos independientes, generalmente marginados de la vida política y sindical, que cuestionan inclusive la ideología en tanto que tal, y que, en consecuencia, rechazan la sistematización de la libertad erigida en Doctrina.

⁶⁹ Del “Documento programático de los Grupos Anarquistas Federados”. Los GAF constituyen la más joven, la más pequeña y la menos ortodoxa de las tres Federaciones nacionales del movimiento italiano.

Desde principios de los años 60, y todavía más desde mayo del 68, asistimos al desarrollo de un vasto proceso de “contestación” del autoritarismo implícito o subyacente en las Ideologías y en los Movimientos que se habían dado por fin la construcción de una sociedad sin clases, sin Estado, sin explotados ni explotadores, sin dirigentes ni dirigidos. No es de extrañar pues que este proceso de impugnación del autoritarismo (que no quiere reconocerse y definirse como tal) ahonde el abismo que separa las nuevas corrientes antiautoritarias (que no sólo no se consideran “sistema de valores” sino que ven en todo sistema una limitación de la libertad y una fuente de sectarismo ideológico) de esa vieja concepción (y práctica) del anarquismo como Ideología y Movimiento.

Pues si bien es cierto que en ese vasto campo del antiautoritarismo teórico y práctico actual pululan pájaros de muy diversos colores y hasta algunas que otras aves más o menos rapaces, con pretensiones y actitudes igualmente sectarias y dogmáticas, no es menos cierto que en el seno del Anarquismo con A mayúscula (es decir: el Anarquismo “oficial”, con sus Federaciones nacionales e internacionales exclusivas, sus rituales orgánicos, sus anatemas y expulsiones, etc.) el “sistema de valores” en vigor ha pervertido la noción misma de libertad, que es indisoluble del derecho a la disiden

Haciendo del anarquismo un “sistema de valores” (contrariamente al concepto de libertad bakuniniano) se llega fácilmente a la institucionalización de un Anarquismo autoritario: tan nefasto como a su manera lo son el Anarquismo folklórico y el Anarquismo demagógico.

Contra el anarquismo autoritario

En los momentos en que la disidencia (y su represión por los aparatos de partido y de Estado) se ha convertido en el fenómeno político (y revolucionario) más generalizado y más característico de nuestro tiempo, provocando en el seno de los Movimientos marxistas una crisis sin precedentes, el aberrante Anarquismo autoritario se encierra todavía más en sus viejos y anquilosados “reductos orgánicos” y no encuentra otro enemigo al que dar la batalla que el “enemigo interno”: todo aquel que no se resigne al entierro del anarquismo por aquellos que, al convertirlo en Doctrina y al reducirlo a unas siglas y a una bandera, lo mataron.

Como las demás ideologías, el anarquismo devenido ideología aspira al absoluto y a ser verdad universal, contradiciendo sus orígenes y su razón de ser:

pensamiento y praxis de la resistencia al autoritarismo de los otros y al nuestro propio, medio para la anarquía (relaciones humanas sin autoridad) y no fin en sí mismo, porque entonces se convierte en vía única, en dogma, en Autoridad.

Aunque parezca una perogrullada, hay que reconocer que el principal enemigo de la libertad no es el autoritarismo de los otros sino nuestro propio e inconfesado autoritarismo. Sobre todo cuando uno se cree el depositario, el guardián y el representante más cualificado de la ortodoxia. Y ¿cómo concebir una ideología sin ortodoxia, sin guardianes de sepulcros?

Sin remontarnos a los múltiples resbalones autoritarios de un Bakunin, con sus referencias a una “disciplina de hierro” o a una “dictadura invisible”, ni a sus sociedades secretas que debían ser “el motor de la revolución” (Bakunin, al menos, fue toda su vida un luchador, un revolucionario consecuente con la rebelión), y sin hacer hincapié en la “ejemplar” experiencia de la participación gubernamental de los anarquistas españoles durante el periodo de la guerra civil, la tenaz persistencia del sectarismo ideológico (exteriorizado como signo de “pureza”) en las relaciones entre los grupos anarquistas (con siglas y banderas) es un irrefutable testimonio de la existencia de este aberrante y nefasto anarquismo autoritario que confunde libertad con exclusividad, y anarquía con poder “orgánico” (sobre la Organización).

Creo llegada la hora de pronunciarse por un anarquismo antiautoritario, para la anarquía y no para el Anarquismo (secta, torre de marfil o grupo de presión), porque actualmente, como dice Fernando Savater, “la distinción rebasa en importancia el simple juego de palabras o la sutileza escolástica”, y porque, además, Anarquismo (con A mayúscula) suena hoy “indefectiblemente a uno de esos métodos o caminos políticos, más o menos constituidos, que se concretan en ‘partidos’, de los que uno ‘es’ o ‘puede hacerse’, en los que uno se ‘encuadra’ o en los que se ‘milita’, hasta el día feliz en que lleguen a triunfar y prevalecer sobre los restantes”⁷⁰.

Contra las certezas y los mitos

Hoy, el problema crucial para el anarquismo es el de la impostura, el no ser (efectiva y consecuentemente) un anarquismo antiautoritario, antidogmático, antidemagógico y antiburocrático. El no estar abierto a todas las corrientes

⁷⁰ Fernando Savater, *Para la anarquía*, Tusquets Ed.

tes y a todas las praxis antiautoritarias. El no haberse liberado de ídolos y de complejos de persecución. El no saber vivir sin dioses ni amos. En otras palabras: el no ser verdaderamente un movimiento (con m minúscula) de reflexión y praxis antiautoritarias, para la anarquía y no su propia negación.

Para defender el anarquismo autoritario se invoca el “peligro reformista” (¡como si el momificarlo fuera su salvación!) y se inventan miles de pretextos para presentar a los que lo repudian como contrarios a la organización de los anarquistas, cuando a lo que son contrarios, a lo que se oponen es a la Organización (con O mayúscula) que no tolera la discrepancia, la diversidad, la espontaneidad y el pensar y actuar en base a nuestro propio entendimiento. Más peligroso que el “reformismo” es el inmovilismo. El primero sólo adormece o engaña al funcionar como espejismo. El otro, en cambio, paraliza y conduce inevitablemente a la muerte. Y en cuanto a los otros pretextos, todos sabemos ahora que el dilema no está entre la espontaneidad y la organización sino que el verdadero problema a resolver consiste en encontrar una forma de organización que no combata, que no mate la espontaneidad, que se nutra de ella y la defienda como algo esencial para la conquista de la libertad: la nuestra y la de los demás. El dilema está en organizar la lucha contra la muerte sin sacrificar la vida, en afirmar ésta sin mutilarla de lo único que la hace digna de ser vivida: la libertad; pues sin libertad tampoco hay conocimiento.

No se trata de defender el individualismo a ultranza, el marginalismo total, la evasión social o el gamberrismo, que, además de que no resuelven el problema que plantea el autoritarismo ni sirven tampoco para hacer emerger y defender reales islotes de libertad en este universo dominado por la racionalidad autoritaria, constituyen otras tantas trampas para caer en las certezas tranquilizadoras y en los mitos desmovilizadores. La más peligrosa de todas las certezas es hoy la certeza de estar en la “justa línea”, de poseer los derechos de propiedad (de exclusividad) de la Revolución, sea ésta de izquierda o de derecha, marxista o libertaria.

Si no queremos caer en la impostura que reprochamos a los demás (sobre todo a los marxistas, que en nombre del Socialismo han construido *gulags* y avalado toda clase de *moncloas* con el capitalismo occidental) debemos proclamar bien alto que el anarquismo, tal que nosotros lo queremos, no existe en ningún lado, y mucho menos codificado en una declaración de principios o en unas normas orgánicas, que, además, son (al parecer) intocables.

Pese a la tenaz persistencia de los viejos topos ideológicos (como por ejemplo el de “la lucha de clases como motor de la historia”, para los marxistas, y el no menos célebre “anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía va la historia”, para los libertarios), que tanto en el campo marxista que en el anarquista han servido y sirven de último soporte y consuelo para una fidelidad doctrinal cada vez más endeble, hay que rendirse a la evidencia y reconocer que el anarquismo y el socialismo (con libertad) aún están por inventar, que todas las teorías y proyectos elaborados hasta el presente sólo son válidos a título de aproximaciones, de tentativas de explicación y de realización, y que todo el mundo puede y debe contribuir a esta invención; pues tanto el anarquismo como el socialismo sólo alcanzarán su plenitud cuando sean capaces de expresar y resolver las inquietudes y los problemas de todos los seres humanos.

Las certezas y los mitos siempre han conducido a la humanidad al despeñadero.. La historia está llena de ejemplos aleccionadores al respecto. Toda certeza acaba inevitablemente convirtiéndose en escolástica, condenando y persiguiendo la herejía y, al final, perdiéndose entre los montones de “verdades” y vanidades que la innovación ha vuelto caducas.

Por un anarquismo abierto, libre y fraternal

Si para los comunistas era justificable la estrategia de la sospecha y la caza de brujas en los tiempos en que había una deificación de Marx, un culto de Lenin, una sacralización de la experiencia soviética y un hechizo bajo la magia de Stalin, para los anarquistas -que no reconocen ni dioses ni amos- no puede serlo en ningún momento. Y menos ahora que los propios comunistas occidentales, los eurocomunistas, aceptan la disidencia -aunque un tanto forzados por las circunstancias, es verdad.

El anarquismo, si quiere verdaderamente ser para la anarquía y aprovechar ese “cambio de mentalidad” que, en España y otras partes, ha permitido el desarrollo de “este tipo de movimientos que ataca a las estructuras de la vida cotidiana, de la tradición de la familia, de la iglesia, de todas esas cosas, que es por donde hay mucho que hacer y donde hay gente que ya vive, o intenta vivir, de una manera diferente”⁷¹, debe ser un anarquismo abierto, libre y

⁷¹ Como lo define Carlos Semprún Maura en una entrevista que le hicieron los amigos de *Ajoblanco*, aunque no estoy de acuerdo en atribuir, como él lo hace, a la CNT la responsabilidad de haber “barrido y frenado” este tipo de movimiento. Me parece que

fraternal, que no haga de la sospecha una estrategia⁷², de las siglas un coto cerrado y de la libertad una palabra vacía de contenido –sobre todo, el fraternal.

Si el anarquismo (particularmente el español) sigue pretendiendo proyectarse a través de un movimiento de masas debe buscar o dejar que la iniciativa y el impulso vengan siempre de la base, de los individuos, de las masas. Debe estar abierto a todas las nuevas corrientes antiautoritarias que no estén encaminadas a obtener del Estado una determinada concesión sino a despojarlo de su poder en un punto determinado, concreto y alcanzable ya hoy. Debe servir para unir, en el más total respeto de la diversidad de las corrientes, de las opiniones y de las conductas, a todos cuantos hagan de la resistencia al ideal del Estado su ideal y su praxis cotidiana.

Después de tantos extravíos, de tantos errores y fracasos, ¿quién puede todavía osar reivindicar en exclusiva la verdad? Es cierto que, como el marxismo, también el anarquismo considerado como “ismo”, como doctrina, ha dispensado a muchos de pensar, creyendo poseer la brújula que les permitía encontrar en toda circunstancia el Norte. Pero esta actitud religiosa (“la verdad nos ha sido revelada en las Escrituras”) del militante convencido, del Militante con M mayúscula y pañuelo distintivo al cuello, ya no es posible sin caer en el más grotesco ridículo.

Nos encontramos inmersos en un contexto geopolítico que vuelve más vanas que nunca las veleidades de este tipo y que constriñe, a todo grupo o movi-

es una excusa pueril el afirmar que “los rebeldes y marginados –como queramos llamarlos- antiautoritarios, que se han hecho la ilusión de que en la CNT podría hacer algo”, no lo han hecho porque “en vez de organizar actividades, se han pasado la vida organizando la organización”. Todos sabemos que los que han querido (de verdad) organizar actividades, si no han podido hacerlo dentro de la CNT lo han hecho fuera. Que se diga que la CNT no las ha favorecido, de acuerdo; pero, hacerla responsable de todas nuestras insuficiencias y de nuestra pusilanimidad des, además de excesivo, lamentable: ¡los “rebeldes y marginados” necesitarán todavía un tutor...!

⁷² Como la FAI parece querer hacerlo hoy, si nos atenemos a las declaraciones públicas de “uno de sus principales dirigentes” (Juan Ferrer, en la revista Cambio 16, del 25 de junio de 1978, “sospecho que se está creando una especie de euroanarquismo con la finalidad de ‘desmontar’ a los actuales grupos anarquistas”) y si observamos ciertas prácticas de “limpieza orgánica” patrocinadas por determinados grupos *específicos* (FAI) en el interior de la CNT.

miento interesado en inventar otra realidad que la que vivimos, a que ésta sea una audacia histórica: tanto en sus análisis como en sus praxis. Si el deseo es verdaderamente cambiar la actual realidad y que la nueva no sea una retórica revolucionaria (con o sin etiqueta libertaria), no hay que contentarse con una “plaza” en el espacio político destinado a la Oposición.

Así pues, la audacia puede consistir hoy en reintroducir, en el interior de los grupos revolucionarios (y más si se dicen libertarios), la práctica de una crítica y de una acción cotidianas sin discriminaciones, sin anatemas o petulantes paternalismos. En dejar un poco de lado la fácil denuncia ideológica del Estado, el Capital, la Religión, los Partidos, etc., y tratar de comprender lo que hay aún de tentador en la tentación autoritaria, para explicar por qué el autoritarismo recluta en tan gran número y por qué aparece y reaparece en el interior mismo de los discursos y las praxis (individuales o comunitarias) que pretenden negarlo y combatirlo.

Si no somos capaces de tamaña audacia, no nos extrañemos los anarquistas de que, todo y habiendo conservado más o menos intacta la *virginidad* revolucionaria, el anarquismo, en tanto que ideología, sea cuestionado tanto como lo son las ideologías autoritarias, y, en tanto que movimiento, no logre atraer ni asumir plenamente ninguna de las grandes corrientes de la disidencia y de la contestación antiautoritarias actuales.

(Septiembre 1979) en *Ajoblanco*

Violencia y transformación social

El uso de la violencia para transformar la sociedad ha dado lugar a numerosos y apasionados debates en el seno de los movimientos revolucionarios. Para los libertarios, esta cuestión ha sido siempre de una gran importancia. No sólo por las posibles derivas de la violencia en terror, en terrorismo, sino porque el recurso a ella pone en causa la necesaria consecuencia entre medios y fines que siempre nos ha parecido fundamental. No obstante, la perpetuación de la dominación y la explotación y circunstancias coyunturales muy particulares nos han obligado a recurrir a ella. Lo que no quiere decir que el dilema ético haya dejado de interpellarnos, y no siempre a posteriori.

Por estas y otras razones, ligadas a su permanente actualidad, la cuestión de la violencia seguirá siendo objeto de debate en nuestros medios. Prueba de ello lo es este número de *Polémica*, al que me han invitado a colaborar y para el que he considerado oportuno comenzar mi contribución con lo que ya dije en los años ochenta sobre el «terrorismo» en la EHSS (Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales) de París. Aclaro que, en 1979, yo estaba asignado a residencia en Francia, y que decidí, con la intención de sortear esta medida administrativa que me impedía salir al extranjero, matricularme en la EHSS para hacer un doctorado en Cine e Historia. Y fue así que, tras obtener el diploma y al finalizar los cursos de DEA, los profesores del seminario sobre «*Terror y terrorismo: desde la Revolución francesa hasta hoy*» me pidieron un texto de introducción para el debate, sobre «*Terrorismo e ideologías revolucionarias*», que debía clausurar dichos cursos en 1983.

Empiezo, pues, como empecé entonces, recordando que «*el fenómeno del terror, el terrorismo, lo encontramos permanentemente en la historia, de la misma manera que las ideologías revolucionarias - como expresión del deseo profundo del hombre a la justicia y a la libertad - han estado también presentes y, sin duda, lo seguirán estando en la vida política y social*». El problema, porque problema hay, es que en muchas ocasiones – ¡demasiadas ya! – la ideología revolucionaria ha servido para legitimar el terror, empañando el significado de la idea misma de Revolución. Es por ello que insistí e insisto en que «se puede y se debe hacer un análisis menos maniqueo del terrorismo que el que generalmente se hace, por razones políticas, inclusive en los medios académicos. Y, por supuesto, del que hacen los medios de comunicación, ya sea por intereses partidarios o comerciales». Es, pues, esencial «tomar en consideración la gran complejidad del *fenómeno terrorista* y utilizar elementos de análisis más precisos para abrir la investigación y la reflexión histórica a perspectivas menos reductoras que las desarrolladas hasta nuestros días». Desgraciadamente, la falta de rigor analítico y de objetividad al analizarlo es muy frecuente. Pocos son los que se esfuerzan en definir los conceptos y los criterios de especificidad aplicables a este fenómeno extremando el rigor epistemológico. Ni siquiera para precisar el sentido ético de la objetividad: de dónde se habla. Lo reconozcamos o no, la subjetividad no es siempre involuntaria. Pues bien, estas puntualizaciones – que entonces iban dirigidas a un auditorio de estudiantes y de profesionales de la historia – me parecen también válidas para abordar en nuestros medios la cuestión de la violencia y la transformación social. Es evidente que la significación de los hechos no es

siempre la misma para todos. Nosotros debemos también reconocerlo y abordar esta cuestión sin anteojeras ideológicas: no sólo por honestidad intelectual, sino también para ser consecuentes con nuestro ideal de justicia y libertad para todos los seres humanos.

Es, pues, necesario tomar en consideración todos los factores, subjetivos o no, que contribuyen a que los hechos sean lo que son, como también la intencionalidad y los objetivos perseguidos por los protagonistas de estos hechos. Es decir: evadirnos del caos terminológico creado por el lenguaje orwelliano de todos los que tienen interés en vaciar las palabras de su carga ética y su sentido ontológico. No hay que ser maniqueos con las palabras ni con los hechos, ni calificar de *terrorismo* sólo la violencia de los otros. En otras palabras: debemos ser extremadamente escrupulosos en el uso de ciertos términos y conceptos que el Poder (del color que sea) ha cargado de una connotación peyorativa muy particular. Sobre todo en estos momentos, cuando vemos a las grandes potencias que gobiernan los destinos del planeta convirtiendo el Terrorismo en el Gran lobo del hombre - occidental, por supuesto. Aunque sin olvidar que, como siempre, todos los Estados descubren o inventan su particular enemigo.

Y es necesario proceder así porque ha quedado suficientemente probado que las víctimas y los verdugos pueden intercambiar papeles y puestos. Además de que, con demasiada frecuencia, los protagonistas de las luchas sociales esconden sus verdaderas intenciones. De ahí que sea tan necesario aplicar nuestras definiciones a los unos y a los otros en función de lo que hacen y no sólo en función de lo que dicen o dijeron querer hacer... Los criterios, las definiciones, no deben variar según a quienes se apliquen. No se puede aceptar un galimatías semántico. La coherencia debe ser conceptual, ética: ¡al pan, pan, y al vino, vino, aquí y en China!

Por supuesto, hay que considerar la especificidad, el contexto y, en muchos casos, matizar... Pero eso no debe servir para adaptar el análisis y el debate a la conveniencia o a la ideología personal. Por lo tanto, lo primero es ponerse de acuerdo sobre la significación, la función y el alcance de ciertos conceptos y términos. Sólo esta actitud ética y esta coherencia conceptual y semántica nos permitirán ir más allá de las diferencias ideológicas y políticas, para hacer, a pesar de ellas, una reflexión realmente productiva sobre la violencia y la transformación social.

Violencia legítima y violencia ilegítima

Planteada en el seno de una polémica partidista, esta cuestión suscitará – no cabe la menor duda - las mismas discusiones que suscita el definir cuándo una acción es o no es terrorista. De ahí la frecuente tentación de pensar en la imposibilidad de llegar, para hablar de la violencia y del terrorismo, a una definición aceptada por todos. Sin embargo, cuando lo hacemos, todos partimos de conceptos que hemos elaborado o que hemos asumido previamente.

Recuerdo, a propósito de esa «imposibilidad», que ya en 1983 hice esta observación a los historiadores presentes en la conferencia, a quienes recordé, además, que incluso habían elaborado una tipología sobre el terrorismo. Una tipología en la que se encontraba toda una serie de variantes de lo que para ellos recubría la violencia terrorista: desde el «terror» de la Revolución francesa hasta los simples actos de revuelta individual, pasando por el «activismo» de la Resistencia, de la OAS, de los nacionalistas, de la extrema izquierda y de la extrema derecha, las guerras de descolonización, las luchas de «liberación nacional», las guerrillas, etc. Yo no sé si eran o no conscientes de la contradicción; pero lo que sí sé es que la tipología se hizo y no se cuestionó, a pesar de seguir sosteniendo la imposibilidad de llegar a una definición general del terrorismo.

El verdadero problema es que, respecto a la violencia y al terrorismo, hay generalmente posiciones a priori, de tipo ético y político, que impiden el acuerdo. Además de una especie de miedo fantasmagórico a definirnos, porque ello implica poner en causa nuestros propios comportamientos. Como ocurre también con todas las palabras que nos implican personalmente: justicia, verdad, amor, etc. Sin embargo, yo creo que, con un poco de buena voluntad y – claro está – con mucha honestidad intelectual, el acuerdo es posible. No es un problema que requiera muchos conocimientos, una gran especialización. Para pronunciarse, basta con situarnos sucesivamente en la posición del que ejerce la violencia o el terrorismo y en la del que soporta sus consecuencias. Si hacemos esto, enseguida veremos que la legitimidad o ilegitimidad de la violencia se nos aparece evidente, y que depende exclusivamente de lo que la motiva. Es decir: del objetivo perseguido con ella.

Todas las acciones humanas, inclusive las consideradas puramente fisiológicas, tienen un origen, una causa; pero también una motivación, un objetivo. Las «puramente» fisiológicas sacan su legitimidad de la causa, pues el objeti-

vo está implícito en ella; puesto que, salvo en los casos de violencia patológica, el «objetivo» es exclusivamente responder a lo que provoca la reacción violenta. Cualquiera de nosotros sabe esto y juzga en consecuencia: no es lo mismo utilizar la violencia para comer, porque se tiene hambre, que utilizarla para hartarse sin tener ya hambre, únicamente para que no pueda comer otro que si la tiene. Aquí ya hay otra motivación que la de satisfacer una necesidad vital, legítima, de todo ser humano. Hay una intencionalidad que nada tiene que ver con una necesidad vital personal, sino la de impedir que otro ser humano pueda satisfacerla. En un caso así es suficiente con verificar si tal es la intención para calificarla de ilegítima: ¡aquí y en China! A condición, claro está, de que se parta del principio de que todo ser humano, por el simple hecho de serlo, tiene el derecho de existir y de realizar plenamente su humanidad. ¡Sí, el derecho de todo ser humano, de todos los seres humanos!

¿Acaso no es este principio el que fundamenta nuestra ética y la de la civilización en la que vivimos? Entonces, ¿por qué no considerarlo como referencia moral incuestionable para valorar y calificar de legítimas o de ilegítimas las acciones humanas, individuales o colectivas? Cuando estas acciones trascienden lo biológico y se sitúan dentro de la esfera de la convivencia tienen, necesariamente, una dimensión ética, y por ello hay que juzgarlas por su intencionalidad – aunque la intención, el objetivo, no sea siempre evidente. De ahí la necesidad de descubrir, antes de juzgar la acción, su objetivo, de cernirlo y valorarlo a la luz de los principios éticos que todos reconocemos como derechos humanos. Un reconocimiento que, incuestionablemente, es universal aunque muchas veces sólo sea formal.

Me parece, pues, muy razonable el tomar en consideración la dimensión ética de la acción humana para diferenciar bien lo que es violencia terrorista de la que no lo es. No es lo mismo luchar por la libertad y la dignidad del hombre, de todos los hombres, que negárselas para dominarlos y explotarlos. Y eso a pesar de que la historia nos ha mostrado que muy frecuentemente las víctimas se transforman en verdugos, y que también muy a menudo el discurso de la rebelión disimula su verdadera intención.

Los libertarios sabemos esto y que el Poder es, en toda circunstancia, la dominación del hombre por el hombre, incluso el «poder revolucionario». Como sabemos también muy bien que el Poder, cuando no puede imponer su dominación por medios «pacíficos», no tiene ningún escrúpulo en recurrir a la violencia, al terror para imponerla. Es por esto que rechazamos el Poder y

lo combatimos en todas sus formas.

Mi experiencia: la resistencia libertaria al franquismo

Todos sabemos lo que fue el franquismo y cómo se mantuvo durante tantos años. Los libertarios luchamos, como pudimos, contra la dictadura. La resistencia libertaria al franquismo comenzó el mismo día que terminó la guerra y no paró hasta que el pueblo español recuperó las libertades llamadas democráticas. Los nombres de miles de libertarios represaliados, presos o fusilados, y los numerosos comités confederales o específicos desmantelados por las fuerzas represivas franquistas lo atestiguan. La lucha se inició y se prosiguió en la medida de nuestros medios, que no eran muchos, intentando oponer a la violencia represiva, incalculablemente superior en hombres y armamento, nuestra violencia resistencial, en muchas ocasiones puramente testimonial.

¿Se pueden equiparar las dos violencias? ¿Respondían a las mismas motivaciones? ¿Tenían la misma intencionalidad, el mismo sentido y objetivo ético? Yo creo que no, y no sólo por la desproporción entre las dos, sino precisamente por su objetivo. No, no es lo mismo utilizar la violencia para aterrorizar a un pueblo y mantenerlo sometido, que utilizarla para que ese pueblo pueda recuperar la libertad de expresión, de reunión y de organización. En lo que concierne al franquismo, su intencionalidad era manifiesta, no daba lugar a dudas, estaba presente en todos sus discursos y actos: imponer su voluntad, mantener su dominación y permanecer en el Poder reprimiendo toda oposición. En cuanto a la nuestra tampoco se podía dudar: se recurría a la violencia solamente para reclamar libertad y en ningún momento tuvo por objetivo el Poder. Y es en esto que la violencia antifranquista libertaria se diferenciaba de la franquista y de la ejercida por otros grupos antifranquistas, que también reclamaban libertad pero que aspiraban al Poder. Por tanto, sólo por mala fe o por ignorancia se pueden equiparar esas violencias.

Los que aspiran al Poder quieren mandar e imponer sus ideas. Para conquistarlo no reparan en conseguirlo por la violencia, sólo depende de la relación de fuerzas. Lo importante, para ellos, es llegar al poder y mantenerse el mayor tiempo posible en él: por la represión y el terror si es necesario. Aceptan la democracia cuando ésta les permite conseguir su objetivo o cuando no hay condiciones para alcanzar el poder por medios violentos. Su violencia es siempre opresiva, negadora de la libertad del otro. Por eso, aunque se pretendan democráticos, su intención es ser hegemónicos en todos los terrenos:

en el ideológico, en el político, en el económico y hasta en el cultural. Nuestras divergencias con ellos son pues enormes, fundamentales. De ahí que me parezca legítimo introducir esta diferencia en el debate y exigir que sea tomada en consideración antes de equiparar todas las violencias.

Además, en lo que concierne a la violencia de los libertarios contra la dictadura franquista, puedo afirmar que siempre se veló por mantener la máxima coherencia entre medios y fines. No sólo rechazábamos organizarnos jerárquica y militarmente, sino que estaba totalmente excluida toda forma de funcionamiento que pudiese derivar en «profesionalización». Los que participaban en la acción lo hacían de forma voluntaria. No se sacrificaba el imperativo ético que conforma la ideología libertaria a la «eficacia». Las acciones eran de auto defensa o testimoniales: para reaccionar frente al terror franquista y aportar nuestra solidaridad a los que sufrían la represión por reclamar la libertad para todos los españoles. Por ello la violencia en nuestras acciones era más bien simbólica, estaba reducida a su mínima expresión, pues no se quería hacer víctimas, salvo en la persona del dictador. No tenía por objetivo aterrorizar, sino denunciar la represión de que el pueblo era víctima, alentarle a resistir para crear, con los demás sectores antifranquistas, una dinámica resistencial capaz de provocar la caída de la dictadura.

Es posible que los hubiese que soñaran con entrar victoriosos en Madrid e imponer la Revolución por las armas. Pero de lo que estoy seguro es que, para la mayoría de nosotros, hacía ya mucho tiempo que habíamos superado ese mesianismo. No nos considerábamos una vanguardia revolucionaria. Sabíamos que la transformación social no se impone, que ella sólo se consigue con la afirmación y generalización del deseo de justicia y libertad en el seno de las sociedades humanas. Tal era nuestro propósito y sigue siéndolo.

La historia está llena de ejemplos que demuestran cómo se pervierte el ideal revolucionario a través del ejercicio del Poder, cómo la violencia revolucionaria se ha vuelto terrorista y ha acabado engendrando monstruos totalitarios. Todas esas experiencias han terminado en fracasos estrepitosos, y en lugar de transformación social lo que ha habido al final es regresión. Ninguna de esas experiencias ha producido el «hombre nuevo». Al contrario, los pueblos que las han vivido y sufrido han quedado desarmados, moral y socialmente, para hacer frente a las castas «revolucionarias» transformadas en mafias empresariales. Del capitalismo de Estado se ha vuelto al capitalismo más salvaje, a la religión y al nacionalismo más patrioter. Contrariamente a lo

que decía buscar, el mesianismo revolucionario ha contribuido decisivamente a la consolidación de la explotación capitalista a la escala planetaria y al descrédito de la idea de transformación social.

El balance no puede ser más catastrófico y desolador. ¡No lo olvidemos!

(Enero 2005) en *Polémica*

¿Lenguas en Guerra?

Con motivo de la Cumbre Mundial de la UNESCO en Túnez, cuyo tema central era la Sociedad de la Información, el director general de esta Institución, Koichiro Matsuura, se preguntaba si no estamos ya «en los albores de una nueva era: la de las sociedades del conocimiento». En efecto, los profundos cambios de la ciencia en el siglo XX y el extraordinario desarrollo de la técnica (en particular los espectaculares progresos de las nuevas tecnologías) no sólo permiten preguntárselo, sino que parecen hacer ineluctable el surgimiento de tales sociedades. Pero, por ahora, nada prueba que será un conocimiento realmente compartido.

Al contrario, lo que podemos constatar es que la emergencia de la sociedad de la información ha agrandado –en vez de haber reducido– la profunda brecha cognitiva que separa los países del hemisferio norte de los del hemisferio sur y, al interior de ellos, a las masas desfavorecidas de las que tienen acceso a la cultura. Además, el encanijamiento del pensamiento político actual, en España y en el mundo, obliga a dudar de la capacidad y voluntad de la clase política para hacer posible un día una sociedad del conocimiento participativa y fraterna. De ahí que sólo podamos anunciar el futuro, como lo hizo Matsuura, en forma de pregunta: «¿Será el siglo XXI testigo del auge de sociedades en las que se comparta el conocimiento?». Lo que sí está fuera de toda duda es que la universalidad del conocimiento supone imperativamente su accesibilidad para todos, y que ese debería ser el objetivo de todos. Lamentablemente estamos muy lejos de que lo sea y, para que un día pueda serlo, será necesario coincidir antes en la necesidad de acabar con las desigualdades sociales, nacionales, urbanas, familiares y culturales, así como entre sexos y las lingüísticas, que también son barreras a la comunicación y por ello al acceso de todos al conocimiento. En este sentido, el libro *Lenguas en guerra* –sin interrogantes– de Irene Lozano, que ha sido galardonado con el premio Espasa de ensayo de

2005, me parece que llega en un momento muy oportuno. No sólo por ser un sustancioso estudio sobre la función del lenguaje como medio de comunicación, sino también por ser una fundada y valiente denuncia de la utilización de las lenguas como arma política en las actuales confrontaciones lingüísticas. Es pues por ello que no dudo en recomendar su lectura; ya que, además, estoy firmemente convencido de que el propósito de la autora no es otro que el de luchar contra el sectarismo que se manifiesta hoy, *«especialmente en lo que atañe a las lenguas»*, con gran virulencia y despropósito. Cómo no coincidir con ella en la denuncia de este sectarismo separador, que impide que cada grupo comparta las preocupaciones de los demás. O cuando afirma que el *«guerrear de las lenguas»* carece totalmente de sentido, puesto que *«es mucho más lo que nos une que lo que nos separa»*. De ahí la idea de una Gramática Universal chomskiana, basada en que existen *«principios fundamentales comunes a todas las lenguas»*.

Principios anteriores *«a todas las condiciones arbitrarias o fortuitas que han dado origen al nacimiento de las distintas lenguas que dividen al género humano»*. Cómo olvidar que *«miles de años antes de que se inventaran las naciones, el lenguaje ya posibilitaba al ser humano la comunicación, el intercambio y el conocimiento del mundo»*. Es verdad que no es fácil hoy en día convencer de ello a los que animan las trifulcas autonomistas, pues desde hace mucho tiempo se han forjado mitos —el de la identidad, de los rasgos distintivos propios a cada lengua, sobre todo— que les hacen ser *«impermeables a los desvelos de las luces»*. ¿Cómo convencer de su error *«a los persuadidos de que las lenguas conforman peculiares visiones del mundo»* y son forjadoras *«del carácter, del espíritu de los pueblos, y por ello, a la postre, son el fundamento de nacionalidades de ocasión»*? ¿Cómo convencerles de lo irracional de una creencia que saca precisamente *«su fuerza de la irracionalidad y la visceralidad»*? Pues bien, a pesar de saber que *«es inútil oponer la razón a los mitos, infinitamente más poderosos que ella»*, la autora de *Lenguas en guerra* persiste en no renunciar a tratar de convencer, de *«convencer al infiel»* —utilizando los términos irónicos de Ortega de hace ya tres cuartos de siglo—. Pero, al mismo tiempo, nos advierte de que no tiene la pretensión de ser neutral, que su *«ensayo huye de la equidistancia, una palabra dotada de sentido en el lenguaje matemático, pero resucitada con desacierto para la explicación de los problemas sociales»*. En realidad, lo que ella quiere es ser fiel al consejo de Virginia Wolf de, más que *«esperar decir la verdad»*, explicar cómo se ha llegado *«a profesar tal o cual opinión»*. Ahora bien, es evidente que, además de ser este libro un trabajo de reflexión

sobre el lenguaje y las lenguas, el propósito de la autora es mostrar que, *«por más que se las adorne con ropajes grandilocuentes y se las convierta en arietes de aspiraciones políticas, las lenguas llevan grabada en su esencia un propósito mucho más noble, el de servir al conocimiento y a la comunicación humana»*. En síntesis: un ensayo riguroso, pero a la vez ágil y ameno, para explicar –con argumentos racionales– el porqué es necesario *«disipar las tensiones entre lo local y lo global»* y *«resolver el dilema de salvar las lenguas pequeñas al tiempo que se extienden las grandes»*. Y ello porque hay razones fundadas de pensar que, dentro de un siglo, desaparecerá el 90% de las 6.000 lenguas habladas hoy en el mundo, y porque, siendo lo esencial para los seres humanos el poder comunicarse y entenderse en una convivencia integradora y no excluyente, debemos tratar de hacer posibles las sociedades del conocimiento participativas y fraternales que la evolución de la humanidad nos permite, a pesar de todo, intuir y desear. Nuestro interés está en preservar la diversidad lingüística y, al mismo tiempo, favorecer el desarrollo de lenguas que ya vinculen a grupos importantes de la población humana. Éstos han sido siempre los objetivos de los libertarios, y por ello nunca se han dejado seducir por los discursos nacionalistas que utilizan la reivindicación *«de la lengua como adormecedor de reivindicaciones laborales»*. Siempre defenderemos el derecho de cada uno a hablar la lengua que quiera, sea la «propia» o una escogida; pero eso no nos hará renunciar a disponer, además, de una que nos permita comunicarnos con el mayor número posible de seres humanos. Y no sólo por convicción internacionalista, sino también por interés práctico y porque las «normalizaciones lingüísticas», como todas las «normalizaciones» y «unificaciones» oficiales, son odiosas y reductoras de las libertades. De ahí que digamos, con Agustín García Calvo (*Del lenguaje*, Editorial Lucina): *«¡Qué envidia haber nacido hablando una de esas lenguas que van cambiando al pasar de un vallecito a otro y que no tienen más ley que la que la gente quiere!»*

(29/VII/2009) en *Polémica*

La Fe en la Revolución...

¿Hay que lamentarse o felicitarse por la actual pérdida de Fe en la Revolución? ¿La revolución es un acto de fe o una lucha permanente por la igualdad y la libertad? Nos guste o no, la Fe en la Revolución ha reculado enormemente en el mundo y esto es fácilmente comprobable, inclusive entre las masas

laboriosas que más soportan la brutal explotación capitalista. Pues hasta los que continúan proclamándose hoy Revolucionarios lo hacen con un tal convencimiento que es difícil saber si lo hacen por fidelidad a un pasado nostálgico o por aparentar un determinado radicalismo.

Y se puede decir o aparentar, porque, en ningún caso, sus conductas son la prueba de una praxis, de una acción real de demolición del orden capitalista imperante; pues, en el mejor de los casos, cuando tales proclamaciones no son demagógicas, de pura fachada, ellas expresan sólo los deseos de transmutar en realidades la retórica revolucionaria. Aunque en general sólo se hacen para dejar constancia de que no se ha renunciado al ideal manumisor, de que no se ha sucumbido al encantamiento reformista...

La pérdida de la Fe en la Revolución es pues incontestable, y más que al espejismo del bienestar material alcanzado a través de las luchas reformistas o de la integración mayoritaria del proletariado a la ideología del consumismo capitalista, esa desafección parece provenir más bien del desencuentro de esa Fe con la realidad de la Revolución. O, por lo menos, de la realidad de la Revolución tal como, hasta hace poco, ésta había sido pensada e intentado realizar. Pues, querámoslo o no, tanto marxistas como anarquistas habíamos pensado y creído que la Revolución era, debía ser, una forma social igualitaria impuesta irremediamente por la fuerza.

De ahí la diferencia entre Revolución y Reformismo, entre los que se proclamaban “revolucionarios” y aquellos a los que se consideraba “reformistas” por querer avanzar más lentamente... El viejo dilema entre el ahora y el mañana... con el trasfondo de la necesaria violencia revolucionaria para vencer a la violencia del Capital y el Estado. La Fe en que la Revolución sólo es posible con la victoria del Proletariado sobre el Capitalismo en esa guerra social, política y a veces militar, que la inconciliable disparidad de intereses mantiene abierta entre estas dos clases. Es en tal disyuntiva histórica que marxistas y anarquistas coincidíamos en la misma Fe en y por la Revolución, sin darnos cuenta de que, en la denuncia del Reformismo, del posibilismo político y social, unos y otros nos contradecíamos: los marxistas por participar en el parlamentarismo y los anarquistas en el sindicalismo.

Las causas...

Claro que tanto unos como otros creíamos resuelta tal contradicción con simplemente proclamarse revolucionarios... o con intentar hechos insurrecciona-

les en determinadas situaciones... Y, cuando estos hechos les fueron favorables, con proclamar la Revolución: en Rusia en 1917 y en España en 1936.

Pero hoy sabemos lo que nos deparó la historia después. Cómo y en qué han acabado las Revoluciones triunfantes, las que se impusieron por la fuerza y se erigieron luego en sistemas dictatoriales, cuando no descaradamente totalitarios. Y esto es así porque esas praxis, esas acciones que se pretendieron o que, en algunos pocos casos, se siguen pretendiendo ser una Revolución, no sólo no cambiaron la relación de sometimiento y explotación, en el seno de esas sociedades, sino que, además, se demostraron incapaces de autocrítica y, en consecuencia, incapaces de poder evitar el volverse *Ancien Régime*... Un siglo de Revoluciones triunfantes, habiendo pretendido todas, sin ninguna excepción, haber instaurado el socialismo, cuando no el comunismo, y acabado restaurando el capitalismo en beneficio de la burocracia transformada en nueva oligarquía. Y muchas de ellas, por no decir todas, tras haber impuesto el terror como forma de gobernar y controlar la población, una población convertida en asalariada del capitalismo de Estado. Ante tal fracaso del ideal revolucionario confrontado con su praxis histórica, ¿cómo seguir teniendo fe en la Revolución? Claro que se puede argüir, como explicación, el hecho de que todas esas experiencias partían ya contaminadas con el virus del autoritarismo y el exclusivismo ideológico, de que todas ellas fueron comenzadas o acabaron protagonizadas por un Partido único, cuando no por un Caudillo. Y que, en tales condiciones, era inevitable que se acabara confiscando y sometiendo el impulso revolucionario de las masas a las ansias de poder del Caudillo o de la élite que pretendía y pretende encarnar la Revolución. Claro que es legítimo argüir esto; pues es evidente que esta orientación autoritaria, jerárquica, fue determinante para que todas esas experiencias revolucionarias no pudieran pasar del capitalismo de Estado al verdadero socialismo o comunismo con libertad. Como es igualmente evidente que, al considerar como única propiedad sagrada la del Estado, es el derecho de propiedad que se hace de nuevo central y la propiedad estatal se convierte en el paradigma de todos los derechos fundamentales. Y que en tales condiciones sea la clase que detenta el poder y gestiona el Estado la única en aprovecharse del valor que el trabajo del pueblo produce. ¿Cómo pensar pues que esta clase pueda tener interés alguno en renunciar a los privilegios adquiridos? Al contrario, ella hará todo lo que esté en su poder para evitar que el pueblo pueda conseguir la socialización de los medios de producción; pues es evidente que preferirá, como así ha sido, la reconstitución del orden burgués históricamente hegemónico. Y

aquí está el principal fallo de la profecía marxista. Ahora bien, que esto haya sido así porque el “modelo” revolucionario seguido fue el marxista, es sin duda cierto; pero eso no quiere decir que si se hubiera seguido el “modelo” anarquista, tanto en la etapa insurreccional como en la post insurreccional, los resultados habrían sido fundamentalmente diferentes. No sólo porque no es legítimo suponerlo y aún menos afirmarlo, sin experiencias históricas probatorias, sino porque, impuesta la Revolución anarquista también por la fuerza, se habrían creado inevitablemente las condiciones de la jerarquización de la lucha y de la gestión del triunfo revolucionario, como ya comenzó a verse en la incipiente y malograda “revolución española”.

Necesidad de reconsiderar...

El problema es pues la Revolución concebida como un parto con fórceps, como el resultado de una lucha armada y un triunfo militar... La conquista de los Palacios de Invierno o la derrota del capitalismo por una huelga general revolucionaria, con el pueblo armado desarmando a la policía y al ejército. Esos proyectos elaborados para construir el devenir de la historia... Sueños de otro tiempo, que se han ido a dormir en los cajones de los que escriben la Historia, y de los que nadie o casi nadie se atreve hoy a mencionar siquiera. Y ello a pesar de que el capitalismo vuelve, cómo antes, a mostrar cínicamente sus entrañas, a presentarse como lo que realmente es: un sistema de explotación y dominación injusto, brutalmente injusto y absurdo, además de destructor del planeta.

¿Cómo pues no tomar en consideración esta inédita situación? Por primera vez, en la historia de las luchas contra la explotación y la dominación, la alternativa no ha sido tan brutalmente evidente, tan clara y urgente: o salimos del capitalismo o seguiremos en la barbarie y avanzando hacia el abismo...Pues, con este sistema, además de la continuidad de la explotación y dominación capitalistas hay ahora el peligro de nuestra propia desaparición como especie. Y, sin embargo, es este modelo productivista y consumista el que siguen aplicando, en complicidad con las transnacionales capitalistas, hasta los que pretenden gobernar hoy en nombre del “socialismo”. De ahí pues la necesidad y la urgencia de reaccionar antes que sea demasiado tarde para impedir que se realice tan terrible perspectiva, y, para ello, es necesario y urgente reconsiderar la idea misma de Revolución. No sólo para evitar nuevos fracasos sino también para hacer posible la multiplicidad de las resistencias y la creación de espacios comunes de libertad y creatividad.

Algo que ya está a la obra, pues en estos espacios de resistencia y creatividad se encuentran ya anarquistas y marxistas denunciando los fracasos de esas Revoluciones que no quisieron o no supieron socializar los medios de producción y la fuerza de trabajo, que se quedaron en la sacralización del Estado y con ello contribuyeron a consolidar la ilusión, generadora de impotencia, de una supuesta efectividad global del poder capitalista. Marxistas y anarquistas cuestionando la idea de la excepcionalidad del Estado como trascendencia de la sociedad, tanto en la base del poder actual del capital como en la del futuro poder revolucionario. No sólo por su inoperatividad probada sino también porque es una fórmula segura de generar sometimiento, derrotismo y pasividad. Y porque, además, el Estado y lo público son también formas de expropiación de la libertad y lo común; pues, sea privada o pública, la propiedad es y será enemiga de la libertad y lo común.

Transformar la obediencia en desobediencia...

Ha costado comprenderlo y admitirlo; pero es obvio que, en tales condiciones, es mejor no tener Fe que tenerla. Y tanto más si ella es ciega e incondicional; sobre todo, tratándose de la Revolución. Esa Fe, obligatoriamente religiosa, que nos empuja a considerar como enemigos, y a oprimirles y hasta matarles, a todos aquellos que no piensan como nosotros. Esa Fe que se expresa en frases aparentemente inocuas y bellas, como “la magnificencia y sublimidad del compromiso revolucionario”; pero que pueden acabar traduciéndose en actos terribles... Y de ello hemos tenido demasiados ejemplos a lo largo de este siglo de Revoluciones triunfantes, y todas, absolutamente todas, finalmente desvirtuadas, fracasadas. Además, la revolución no debe ser un acto de Fe, ni siquiera para construir un paraíso terrenal. Y mucho menos si este paraíso debe surgir de un cataclismo... Ya en un artículo anterior he recordado como Heward Zinn nos advertía: “¡Cuidado con tales momentos!”

Y lo traigo a colación porque, en efecto, yo también considero que el cambio revolucionario, que la revolución debemos comenzarla ahora mismo, empezando por deshacernos de las relaciones autoritarias en cada instante y lugar de la vida cotidiana, rompiendo la lógica de la obediencia que el poder, toda forma de poder, tratará de imponernos. Resistiéndole, practicando la desobediencia y dando el ejemplo de cómo deseamos vivir; pues son estas acciones, inclusive “las más pequeñas acciones de protesta en que participamos”, las que se convierten “en las raíces del cambio social”.

Es pues este desafío, radical y permanente al estado de cosas impuestas por el sistema dominante, el que prepara desde hoy el cambio revolucionario de mañana. Un cambio que no se anuncia con fanfarrias ni proclamas, y mucho menos con movilizaciones encuadradas por líderes y lemas. Un proceso que no es una creación *ex nihilo* sino de metamorfosis de la sociedad, que se hace presente en todas partes y en ninguna, impulsado por gentes con dignidad y coraje que defienden conscientemente sus formas propias de vida. Es la insurrección de las conciencias que afirman su voluntad de existir libremente, sin relaciones de obediencia o de mando, en la igualdad y la autonomía, y sin la cual la revolución no sería más que una Utopía mesiánica y el revolucionario un acólito rezando incansablemente en las brumas teológicas de la Fe en la magia decisoria del Poder.

(3/III/2010) en *alabarricadas* y otras webs

El anarcosindicalismo y las derivas autoritarias

Un análisis objetivo de estos cien años de actuación del anarcosindicalismo español muestra lo nefasto que ha sido para su desarrollo el no saber evitar derivas autoritarias en su seno. En otras palabras: el no conciliar los principios con las prácticas, tanto en el plano individual como en el colectivo, para garantizar el derecho a la discrepancia y la autonomía de acción.

Esta es la razón por la cual acepté la invitación a comentar, en el marco del centenario del anarcosindicalismo, el "Dictamen sobre el punto 7, apartado a)", del IX Pleno Intercontinental de Núcleos, de la CNT exiliada en Francia, celebrado en Toulouse el mes de agosto de 1958. Pues, efectivamente, ese Dictamen ("Actitud a tomar con quienes obran en perjuicio de la Organización desde su propio seno") evidencia tal incapacidad y la tendencia a recurrir al autoritarismo para acabar con las voces discrepantes e imponer una voz única en la Organización. Lo que ha ocurrido desgraciadamente en numerosas ocasiones y no sólo en el contexto orgánico de los años 50-60; puesto que aún hoy no hemos logrado inmunizarnos totalmente contra tales derivas en el seno de las organizaciones que siguen reclamándose del anarcosindicalismo.

De ahí el interés de ver lo que dice ese Dictamen que pretende conciliar "el contraste de opiniones divergentes en el seno de la Organización confederal,

deseable y necesario como factor estimulante para el estudio de los múltiples problemas que se nos plantean", con el hecho de "que no hay Organización posible sin que sus componentes actúen animados de un mínimo de consecuencia con las decisiones que normativa y federativamente se adopten por el conjunto". Pues, como podemos constatarlo, desde el enunciado del por qué de tal dictamen, ya se comienza por priorizar las decisiones orgánicas (se supone que "mayoritarias") al derecho a la discrepancia y al contraste... Es decir: que se deben acatar las decisiones adoptadas "normativa y federativamente" aunque se discrepe de ellas o se las considere inconsecuentes con el ideario anarcosindicalista.

En realidad, más que intentar conciliar las discrepancias, ese dictamen justifica la exclusión, del conjunto orgánico, de los disidentes; pues, tras afirmar "que estando organizados es elemental que los afiliados acepten libre y espontáneamente las conclusiones nacidas de la libre discusión, sin perjuicio de continuar manteniendo sus opiniones discrepantes, si las tuviere, en los lugares normales, o sea, en sus correspondientes Federaciones Locales", se dice: "en consecuencia, toda opinión discrepante, que se manifieste al margen de la Organización, es un atentado flagrante a la integridad de la misma, de sus intereses permanentes y de la responsabilidad y propia estima del militante". No es pues de sorprender que el Dictamen concluya incitando a las Federaciones Locales "a tomar las medidas pertinente para la conservación de la Organización" y "a velar por estas premisas, sancionando, si fuere necesario, de la manera más justa y objetiva, posturas negativas que contribuyan a la disgregación moral o física de la Confederación Nacional del Trabajo".

Ante una prueba tan fehaciente de la mentalidad autoritaria e inquisitorial de ciertos sectores del anarcosindicalismo de entonces, ¿cómo no interrogarse ante tal incapacidad para aceptar la discrepancia y actuar libertariamente, anárquicamente, en el seno de organizaciones que se pretendían encarnar ese ideal? ¿Cómo explicar y admitir tal imposición normativa y represora en una organización cuya razón de ser es, precisamente, poner fin al mundo de la autoridad, para que pueda nacer un mundo sin Poder?

Es evidente que tal mentalidad y actuación resultan normales y consecuentes en organizaciones que no contestan la autoridad, que tienen por principio de funcionamiento el autoritarismo y como objetivo el Poder; pero, ¿cómo justificarlo y admitirlo en organizaciones que luchan por la libertad y la autonomía plenas de los individuos y los pueblos?

Es verdad que, en esos momentos, el Pleno de 1958 se veía confrontado a un reclamo de unidad -surgido desde las bases- para superar la escisión en el seno del anarcosindicalismo español que duraba desde 1945, y que fueron los que no deseaban la unidad los que, para evitarla, introdujeron en la "normativa orgánica" el arbitrario concepto/norma de "responsabilidad militante". Argumento/excusa que permitía, a los que tenían la representación de la Organización, la expulsión de los discrepantes a su línea. Esto es verdad, pero, desgraciadamente, no fueron los únicos en recurrir luego a esos procedimientos para imponer sus líneas de actuación o para pugnar por los cargos de la Organización; pues, por paradójico que pueda parecer, también en nuestro medios libertarios han existido y existen pugnas por el control de las organizaciones, comportamientos autoritarios y sectarios con ánimo de ejercer la hegemonía ideológica y orgánica de forma permanente y absoluta sobre los demás.

Me parece pues lógico concluir este comentario recordando el deber que tenemos, los que pretendemos ser anarcosindicalistas, de esforzarnos en conciliar, consecuentemente y en todo momento, principios y prácticas para evitar las derivas autoritarias que tan nefastas han sido en el pasado para el desarrollo de nuestro movimiento. Debemos ser conscientes de ese imperativo ético libertario del respeto a la discrepancia y del derecho a la libertad de acción; pues nada es más antinómico al ideal anarcosindicalista que la negación de la autonomía individual y colectiva. No debemos olvidar que el aporte más prometedor del anarquismo al proceso de emancipación humana ha sido, precisamente, el de la desobediencia ante toda forma de autoridad y, en consecuencia, la de fundar la convivencia social en el libre acuerdo. La unidad es importante; pero ella debe fundarse en un consenso libre y no en la primacía de la institución- Organización sobre la conciencia y voluntad de los organizados para promover experiencias autónomas y unitarias en el terreno de las luchas contra la dominación y la explotación.

(julio-agosto 2010) en *Rojo y Negro*

El anarcosindicalismo, cien años después...

Si nos fijamos por el número de lecturas (en este momento más de 1668) y de comentarios (35 ya), el artículo del compañero Jesús García, “El anarcosindicalismo ibérico tras el X Congreso”, ha tenido la virtud de suscitar mucho interés sobre lo que deberían ser, para los anarcosindicalistas de la CNT, las “propuestas para el siglo XXI”. Artículo y propuestas que podríamos suscribir cuantos nos identificamos con el anarcosindicalismo. Y digo podríamos suscribir porque, efectivamente, para todo anarcosindicalista consecuente con los principios del sindicalismo antiautoritario debería ser obvio que, “con o sin siglas detrás, los anarcosindicalistas, los libertarios que llevamos nuestros anhelos al mundo de la lucha económica y de clases, tenemos antes que nada una obligación: dejar a un lado todas las muchas veces estériles disputas y centrarse en una lucha que por común requiere de todos los brazos y de todos los cerebros”. Y no sólo porque nuestra “fuerza numérica es la que es” y porque “no vienen tiempos fáciles” sino también porque no es “esperando que el Sistema y sus acólitos se derrumben por sus contradicciones” que el anarcosindicalismo logrará -como se dice en uno de los comentarios- “ganarse a los trabajadores y al pueblo” para “la revolución social y destruir el Estado”, lo que, no lo olvidemos, “es nuestro objetivo”.

No obstante, no todos los anarcosindicalistas comparten esta opinión y los hay -como se puede constatar tras la lectura de algunos comentarios- que, en vez de participar en una lucha común frente a la actual ofensiva del capitalismo (privado y de Estado) contra los trabajadores, prefieren llevarla sólo “con las organizaciones amigas, como son la FAI, la Cruz Negra anarquista, FIJA, Grupos Anarquistas, los CSOA y demás organizaciones libertarias”. Y no -según dice uno de ellos (“ciquitraque”)- por “una cuestión de pureza ideológica, ni de dogmatismos” sino por una “una cuestión de coherencia con nuestras tácticas, principios y finalidades”. O sea que la única manera de ser coherente sería quedarse entre libertarios y, en consecuencia, negarse a actuar con el resto del pueblo, inclusive con el “pueblo en la calle”, como se dice en otro de los comentarios. Así pues, la propuesta de acción contra la actual ofensiva del Capital y el Estado debe concretarse -según estos compañeros- sólo con organizaciones ideológicamente afines; pues hacerlo con organizaciones que -según ellos- no lo son implicaría no ser coherentes con los principios, tácticas y finalidades del anarcosindicalismo. Inclusive en el caso de organizaciones que también se reclaman del anarcosindicalismo.

Pues bien, si una tal objeción puede comprenderse hacia aquellas organizaciones sindicales cuyo objetivo no es luchar por una sociedad sin explotación ni dominación, que se conforman o se sienten bien con la actual “paz social”, ¿cómo justificar esa actitud aislacionista con organizaciones sindicales que también pretenden, como la CNT, luchar contra el Capital y el Estado? Claro que se puede argüir que su anarcosindicalismo es sospechoso... Pero ¿se es más coherente con las “tácticas, principios y finalidades” del anarcosindicalismo simplemente por que se esté contra las “subvenciones” y los “liberados”? Yo no lo creo, pese a que también esté contra las “subvenciones” y los “liberados” -no sólo por cuestión de principios sino también por razones de eficacia. En efecto, nunca he creído que las “subvenciones” y los “liberados” permitan hacer más organización y más intervención sindical. Siempre he pensado que esto depende fundamentalmente de la voluntad y el compromiso de los militantes. No obstante, no por ello me considero ser más coherente con los principios, las tácticas y los objetivos del anarcosindicalismo que aquellos que, por considerar que es la única manera de poder tener hoy una presencia sindical efectiva, no están contra las “subvenciones” y los “liberados”.

Creo pues que el problema que se nos plantea hoy, a cuantos nos consideramos y nos proclamamos anarcosindicalistas, no es tanto el de la “coherencia” sino el de cómo podemos ser más eficaces en las luchas sociales actuales para que éstas no se limiten únicamente a las cuestiones materiales y laborales y también sirvan para luchar contra el Capital y el Estado. De ahí que sea esencial analizar estas dos cuestiones, la de la coherencia y la de la eficacia, desde la realidad de lo que ha sido el anarcosindicalismo desde su fundación y cómo éste ha intentado conciliar la voluntad y el objetivo de resistencia y la voluntad y el objetivo de construcción de una nueva sociedad.

Pues bien, por mi parte y aun sin entrar en analizar la incoherencia de una “coherencia” que sólo sería posible en el aislamiento (total y permanente), inclusive del mundo del trabajo (pues es en él que está el pueblo), lo honesto es reconocer, de entrada, que no se es coherente con los principios, tácticas y finalidades del anarcosindicalismo cuando se acepta trabajar por un salario y se defiende los derechos de los asalariados. Y este es el caso, hoy como ayer, de la mayoría de los afiliados a los sindicatos de la CNT. Pues es indiscutible que la aceptación del salario implica automáticamente el reconocimiento de la instancia económica que lo da. Pero también es un hecho que, hoy como ayer, la CNT considera que el ser asalariado no implica necesariamente la adhesión ideológica al sistema de explotación, el capitalismo. Como también

considera que se puede luchar contra este sistema aunque se defiendan los derechos de los trabajadores en el marco de la legalidad que el sistema impone. Es decir: que no hay incoherencia si se considera que la coherencia radica en el hecho de la no aceptación ideológica del sistema y en lo que se hace para luchar contra él.

Es pues desde este pragmatismo revolucionario que la CNT ha forjado su historial de lucha desde que trabajadores asalariados la fundaron para luchar por sus derechos de asalariados y, al mismo tiempo, para luchar también por la abolición del salariado. Y es desde esta realidad histórica y social que se puede y se debe valorar si se es más coherente, con los principios, las tácticas y lo objetivos del anarcosindicalismo, participando en las luchas actuales, para defender nuestros derechos de trabajadores, o quedándonos al margen de ellas. Participando, por supuesto, con nuestras convicciones y, claro es, a la condición de no ser esas luchas, ya sea por su modo de planteamiento o por responder a objetivos corporativos, contrarias a los intereses del conjunto del pueblo (trabajador).

Me parece pues que es a partir de este análisis que debemos analizar también la existencia de tres organizaciones (CNT, SO, CGT) que se reclaman del anarcosindicalismo e intentan, cada una a su manera, llevar adelante la voluntad y el objetivo de resistencia al capitalismo y la voluntad y el objetivo de construcción de una nueva sociedad. Organizaciones que hoy parecen dispuestas a participar en acciones comunes para intentar tumbar la “reforma laboral” impuesta por el actual gobierno y oponerse a todas las medidas anti-sociales que este gobierno quiere aún imponer. Pero también es a partir del mismo análisis que, además de apoyar el encuentro de la CNT, SO y CGT en las luchas seguiré colaborando con las tres en todo lo que pueda serles útil; pues me parece que en las circunstancias actuales puede ser positivo para los anarcosindicalistas disponer de esas tres opciones sindicales. No sólo porque ninguna de las tres opciones ha probado ser la más eficaz para la defensa de los trabajadores y la promoción del ideal manumisor sino también porque, al día de hoy, no es en nada negativo que las tres sigan existiendo y guarden su autonomía. A la condición, claro es, de que no se disputen y de que las tres hagan lo máximo por que sus respectivas opciones sindicales sigan cumpliendo su cometido anarcosindicalista: de resistencia al capitalismo y de afirmación y difusión de la aspiración manumisora. Fraternalmente,

(13/I/2011) en *alabarricadas*

Los anarcosindicalistas en la coyuntura actual

Cuando acabamos de ver cómo sigue adelante el Plan de Ajuste impuesto por el poder económico neoliberal con la complicidad del Gobierno socialista y de los sindicatos mayoritarios, ¿cómo no estar de acuerdo con las decisiones de las tres organizaciones que se proclaman anarcosindicalistas para encontrarse en la calle y oponerse conjuntamente a los designios del Capital y el Estado? ¿Cómo no apoyar tales decisiones si me parecen responsables y consecuentes con la coyuntura actual y con el ideal anarcosindicalista?

Esto es (en resumen) lo que manifesté en mi anterior artículo, solidarizándome con el de Suso, y cuál no sería mi sorpresa al leer algunos comentarios críticos y opuestos a tales decisiones. Una oposición justificada en nombre de la coherencia con los “principios, tácticas y finalidades” del anarcosindicalismo.

Nunca he querido dar lecciones a nadie y siempre he dudado de lo bien fundado de los que pretenden darlas. Sobre todo en lo tocante a la coherencia ideológica. Y ello porque, sí, como dijo Bakunin, “mi libertad comienza donde comienza la libertad del otro”, no veo en nombre de que Constitución o Libro sagrado se puede limitar la autonomía de cada anarquista o anarcosindicalista para intentar ser coherente con ese principio. El único que nos define verdaderamente como antiautoritarios. Un principio ético que sólo la práctica de cada uno puede servir para valorar si lo somos.

Dicho esto y dado que esos comentarios, opuestos al encuentro -en el terreno de las luchas sociales actuales- de las organizaciones que se reclaman del anarcosindicalismo, pretenden justificar tal oposición en la necesidad de coherencia entre “principios, tácticas y finalidades”, que suponen no mantienen los otros, me permito pues hacer a continuación algunas reflexiones al respecto. Y, puesto que algunos parecen haberlo olvidado, comenzaré por recordar que, al constituirse la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en 1910, sus principales objetivos son los de “desarrollar entre los trabajadores el espíritu de asociación, haciéndoles comprender que sólo por estos medios podrán elevar su condición moral y material en la sociedad presente”, y el de “apresurar la emancipación económica de la clase trabajadora a través de la expropiación revolucionaria de la burguesía”. Dos objetivos que reflejan la intencionalidad de su corpus ideológico, surgido del encuentro y fusión -en la teoría y en la acción- de dos convicciones, dos voluntades y dos tradiciones: la

del asociacionismo obrero revolucionario y la del apoliticismo anarquista. Una conjunción natural, lógica y consecuente, tanto en la radicalidad como en el pragmatismo. Radicalidad y pragmatismo que algunos han querido y quieren pautar a través del “célebre” y voluntarista tríptico programático de “principios, tácticas y finalidades”. Esa especie de trinidad laica y revolucionaria que algunos la consideran como las “Tablas de la Ley”, y cuya interpretación sectaria —ya sea en el sentido de la “pureza” o del “posibilismo”— ha acabado provocando innúmeras escisiones en el seno de la CNT a lo largo de estos cien años.

La vigencia de los “principios, tácticas y finalidades” de la CNT

Sabemos que la historia del anarcosindicalismo español está marcada por un conflicto-lucha de preeminencia teórico-discursiva entre las dos convicciones, voluntades y tradiciones que, desde la fundación de la CNT, están al origen de su corpus ideológico. Un conflicto-lucha de preeminencia provocada por los diferentes modus operandi de las dos ideologías que desde entonces inspiran el actuar de esta organización obrera: la sindicalista, operando sobre lo concreto de la realidad económica, y la anarquista, sobre la subjetividad de la conciencia en la convivencia humana. Modus operandi que, en la práctica, se hacen presentes a través de una dualidad operativa y una dualidad temporal; pues, efectivamente, luchar por intereses materiales inmediatos y aspirar a la emancipación (que en todos los casos de figura no puede ser más que a largo plazo) implica necesariamente situar la lucha en dos temporalidades diferentes y actuar con dos perspectivas también diferentes. En el primer caso, las temporalidades del hoy y la del mañana, y, en el segundo, las perspectivas de mejorar las condiciones de vida dentro del sistema en vigor y la de luchar para destruirlo.

No es pues de extrañar que este conflicto-lucha por la preeminencia ideológica haya generado permanentemente problemas y enfrentamientos internos por la orientación programática y por el control burocrático de la organización. Problemas y enfrentamientos camuflados, consciente o inconscientemente, detrás del falso dilema de “coherencia” o “eficacia”, pese a ser obvio que sólo subjetiva y sectariamente se puede pretender ser más “coherente” o más “eficaz” que los otros. Y más entre antiautoritarios. Salvo, claro está, cuando también entre ellos prima el Yo sobre el Nosotros. De ahí que también debería ser obvio que en el caso de la temporalidad y en el de la perspectiva, la coherencia no puede ser concebible sin la eficacia y viceversa.

¿Qué sentido tendría y para qué serviría una coherencia ineficaz o una eficacia que no fuese coherente con la finalidad? La coherencia entre medios y fines no es sólo un principio ético, es también el fundamento mismo de la eficacia. Pues es evidente que el referente de tal coherencia es el principio ético que la funda; por lo que, en todo momento y circunstancia, el referente de la coherencia para los anarcosindicalistas no puede y no debe ser otro que el comportamiento antiautoritario.

En consecuencia, si el referente ético es el comportamiento antiautoritario, sólo puede haber y hay coherencia entre “principios” y “tácticas” cuando éstas son utilizadas para conseguir las “finalidades” a través de comportamientos antiautoritarios. Tanto si las “finalidades” son mejorar las condiciones de vida dentro del sistema en vigor como si son las de luchar contra este sistema. O sea, que sólo se puede hablar de coherencia en las vivencias cotidianas del *etos* y en la contingencia de la finalidad. Es decir: cuando nuestro comportamiento es antiautoritario en las vivencias cotidianas y en la contingencia de la lucha por la finalidad emancipadora. Tal es la coherencia, entre el ideal y la praxis sindical, que los anarcosindicalistas españoles se han esforzado en conseguir y mantener en los momentos más fructíferos de su historia.

Ideal y praxis sindical

Pues bien, a pesar de esta permanente tensión por la coherencia entre ideal y praxis sindical, el hecho es que los anarcosindicalistas españoles logran consolidar su organización, la CNT, y hacer de ella un referente ético y revolucionario para la clase trabajadora en la lucha contra todas las formas de explotación y dominación del hombre por el hombre. Y ello no sólo en España sino en el mundo.

Gracias pues al entusiasmo y a la integridad moral de esos luchadores, en los conflictos por mejorar las condiciones de vida de los explotados y oprimidos de cualquier signo, el anarcosindicalismo consigue impregnar de valores anarquistas a la clase trabajadora y a una buena parte de la sociedad española de su tiempo. Y esto es posible porque esos anarcosindicalistas no piensan en ningún momento que su intervención, junto a personas de otro pensamiento (pero igualmente explotadas), pueda poner en causa su identidad. Al contrario, están convencidos de que tal fraternización la potencia, puesto que los valores por los que luchan no son sólo para ser vividos por un grupo de anarquistas convencidos sino también por cualquier persona con aspiraciones de justicia y libertad.

Esos luchadores son conscientes de que los “principios, tácticas y finalidades” del anarcosindicalismo tienen un basamento ético, igualitario y antijerárquico: tanto en su funcionamiento asambleario horizontal como en su proyección emancipadora, el comunismo libertario. Pero también son conscientes de la necesidad de adecuar su acción a las condiciones de lucha de cada etapa: tanto por la capacidad del capitalismo para hacer frente a las exigencias obreras como por la adhesión o no de las masas a la lucha por la emancipación. Por ello adaptan las tácticas a las circunstancias sin renunciar a los principios y a las finalidades; pues saben que lo primordial, lo verdaderamente decisivo es conservar la capacidad de indignación, el deseo y la voluntad de luchar por la emancipación.

No, no lo olvidan, son plenamente conscientes de que ser asalariados y verse obligados a defender sus derechos dentro del marco laboral del sistema es contradictorio -en teoría- con sus finalidades de abolición del Capital y el Estado, de construcción de una sociedad comunista libertaria. No lo olvidan cuando, para atender prioritariamente el presente, adaptan su acción sindical a la nueva organización del trabajo impuesta por el Capital e incorporan las Federaciones de Industria en su estructura orgánica. Ni cuando se ven obligados a luchar por la reincorporación de los despedidos en sus puestos de trabajo. No, no lo olvidan; pero tampoco olvidan su aspiración a un mundo sin explotación. La prueba de ello, de la coherencia con la voluntad emancipadora, la dan el 19 de julio de 1936 e inmediatamente después, al poner en marcha las colectividades en todas las zonas en donde el Capital y el Estado ha desaparecido.

El anarcosindicalismo español hoy

Sabemos cómo se frustra esa experiencia y el por qué, pese a ello, sigue siendo la más avanzada de todas las tentativas por construir un socialismo verdaderamente igualitario y antijerárquico. Sabemos también cómo se desarrolla el proceso de reconstrucción de la CNT tras la muerte de Franco y el por qué, desde entonces, hay en España tres organizaciones que se reclaman del anarcosindicalismo. Pero lo importante es que, después de 30 años de incomunicación, un prometedor proceso de reencuentro de ellas en las luchas sociales está ahora en marcha. Un proceso que puede revigorizar el anarcosindicalismo español y centrar de nuevo su acción en la coherencia y la eficacia del luchar...

Como el de ayer, el anarcosindicalismo de hoy vuelve a caracterizarse por la

firme voluntad de conjugar su propuesta de resistencia, frente a las imposiciones del Capital, con su propuesta de construcción de una sociedad sin explotación ni dominación. Voluntad y, al mismo tiempo, esfuerzo por tener siempre un pie en la realidad presente sin renunciar a la aspiración manumisora. Voluntad de coherencia con el ideario; pero también de coherencia, de fidelidad al compromiso solidario con los trabajadores. Una voluntad y una práctica coherente con su discurso, que la distingue del sindicalismo institucional representado por los sindicatos mayoritarios... Ese sindicalismo, de CC OO y UGT, que pretende ser independiente de los partidos políticos; pero que, además de preconizar la colaboración de clases, firma pactos con la Patronal y los Gobiernos de turno en perjuicio de los trabajadores.

En tales condiciones, ¿cómo no apoyar tal proceso de encuentro en las luchas contra la Patronal y el Gobierno “socialista”? Un proceso que, además de mostrar la madurez ideológica de los anarcosindicalistas españoles, constituye una prueba concreta de su firme voluntad de “seguir haciendo un frente común para combatir los recortes sociales” y mostrar a los trabajadores que existe un “sindicalismo más combativo” para luchar por los “derechos laborales que hoy nos pretenden arrebatar”, como lo precisa Pako Millán, militante de la CNT-Cataluña. Un “frente común” que se quiere mantener, “pese a las discrepancias” y “diferencias estructurales de peso” que, según Millán, separan aún a la CNT de la CGT y Solidaridad Obrera; pero que puede truncarse... Pues los hay ya que intentan justificar, en base a tales “discrepancias” y “diferencias”, su oposición a ese encuentro y “frente común”... De ahí la necesidad y urgencia de interrogarse sobre la pertinencia de tales “discrepancias” y “diferencias” para saber si son realmente de peso y justifican esas oposiciones...

¿“Discrepancias” y “diferencias estructurales de peso”?

Yo no creo que estas “discrepancias” y “diferencias estructurales” sean de mucho “peso”. No sólo porque me parecen sin fundamento sino también porque las trayectorias de las tres organizaciones que se pretenden anarcosindicalistas no son muy diferentes. Además, las tres han hecho y hacen todo lo posible por ser consecuentes con la voluntad de resistencia y la voluntad transformadora del anarcosindicalismo. Tanto para defender los derechos laborales de los trabajadores como para crear o apoyar espacios sociales de convivencia libertaria: ateneos, escuelas racionalistas, etc. Inclusive en la incitación y desarrollo de actividades productivas autogestionadas para comenzar a experimentar ya en el presente las bases de la convivencia libertaria

futura.

La realidad es que, salvo casos aislados, la gran mayoría de los anarcosindicalistas de las tres organizaciones se siente parte del pueblo y no separa su lucha por emanciparse de la lucha por la emancipación de todos. Pocos son los que en estas organizaciones se creen ser élite o vanguardia. Aunque, con eso no quiero decir que en el pasado no han sido suficientemente perseverantes en sus obsesiones elitistas o vanguardistas como para llegar a crear y mantener durante mucho tiempo ambientes sectarios y dogmáticos. Al extremo de impedir toda posibilidad de crítica interna y de diálogo y acercamiento con los militantes de las otras organizaciones. Por eso tiene hoy tanta importancia analizar objetivamente la realidad de estas “discrepancias” y “diferencias estructurales”. No sólo porque no parecen ser realmente de peso o, al menos, de suficiente peso, como para justificar un enfrentamiento tan duro y un aislamiento tan prolongado, sino también porque no es la separación que permitirá superarlas y salir de la impotencia transformadora.

Es verdad que la participación en las “elecciones sindicales” y el tener “permanentes liberados” es una cuestión importante en la estrategia sindical actual. Se puede estar a favor o en contra; pero, en todo caso, esa cuestión, esa “táctica”, debe ser analizada seria y objetivamente desde el punto de vista de la coherencia con las “finalidades” del anarcosindicalismo; pero también de la eficacia para alcanzarlas. No desde una pretendida coherencia ideológica que sólo se aplicaría para tal opción táctica; pues sería una hipocresía y pura demagogia pretender que ella implica colaboración con el sistema y que no la hay cuando se acepta trabajar por un salario, cuando se lucha contra la deslocalización de las empresas o se recurre a asesorías jurídicas para reclamar los derechos legales conculcados a los trabajadores, para luchar contra los despidos, etc., etc., como se ha señalado en alguno de los comentarios. Es obvio que, trabajar para una empresa privada no impide luchar contra el Capitalismo, como trabajar en los servicios públicos (sanidad, enseñanza, seguridad social, etc.) tampoco impide luchar contra el Estado. Lo decisivo, para luchar contra el Capitalismo y el Estado, es no renunciar a esa lucha y hacer todo lo posible por mantener, en todo momento y circunstancia, un comportamiento antiautoritario.

Lo importante hoy: la acción

Yo no creo que el actual modelo de intervención sindical posibilite el cambio social. Yo también pienso como Alfonso Álvarez, actual secretario general de

la CNT, que “mientras la dinámica de los comités y las elecciones sea una práctica aceptada mayoritariamente entre el conjunto de los trabajadores será difícil romper con la actual situación”. Que “lo importante no es llamarse de una u otra forma”, que “lo importante es la acción que se ejerce”. De ahí que considere, hoy por hoy, secundario la participación de algunos anarcosindicalistas en “la dinámica de los comités y las elecciones”. No sólo porque no sé si tal participación les permite tener una presencia sindical mayor y una mayor eficacia en las luchas sino también porque muchos de esos anarcosindicalistas me parecen sinceros en sus intenciones de luchar por la defensa de los trabajadores. Lo que sí considero realmente importante y urgente es, como lo precisa Álvarez, “la unión de los trabajadores en la calle, en los tajos, en las luchas, en torno a las cuales trabajadores de distintas organizaciones van confluyendo (en piquetes, en ocupaciones, etc.)”; puesto que es evidente que “ahí es donde se puede establecer la solidaridad y a la vez el debate en torno a prácticas y luchas concretas”.

No me parece pues justificada la oposición a esta búsqueda de “unión de los trabajadores en la calle, en los tajos, en las luchas...” Las “discrepancias” y “diferencias estructurales” me parecen nimias ante lo que se nos viene encima... Más bien creo que las causas de la oposición son otras... Las mismas que contribuyeron a dividir la CNT durante la “transición” de la Dictadura a la Democracia, facilitando la continuidad institucional y a las clases privilegiadas poder preservar sus privilegios. Claro que tampoco debe olvidarse esa absurda y perniciosa tendencia a concebir el anarquismo como una doctrina casi religiosa y la pretensión de algunos de erigirse en sus exégetas. Un exclusivismo que acaba por convertirse en obsesión excluyente y aislacionista, anulando toda capacidad de autocritica y de puesta en causa de las convicciones propias, sólo las de los demás. Un comportamiento incomprensible e inaceptable en personas que se pretenden partidarias de la libertad y la autonomía para todos. Incomprensible, porque la coherencia anarquista es la negación de toda forma de autoridad, e inaceptable, porque en momentos tan cruciales para la clase trabajadora, como lo son los actuales, la unión de los explotados y oprimidos es más necesaria que nunca. Una unión en la acción, que no obliga a renunciar a la identidad organizacional actual ni a la aspiración emancipadora del anarcosindicalismo, y que quizás nos obligue a una franca y leal emulación en la defensa de los derechos de los trabajadores y en la búsqueda de nuevos caminos hacia el mundo que anhelamos.

(2/II/2011) en *alabarricadas*

La crisis del paradigma emancipador, la miseria de los discursos perentorios y la utopía...

¿Cómo poner fin a la alienación sin poner fin a lo que la produce?

Nos encontramos hoy ante una extraña y muy preocupante paradoja. La realidad de los hechos muestra que el capitalismo sigue siendo un sistema fundamentalmente injusto, depredador y dilapidador de recursos materiales y humanos. No obstante, en el imaginario colectivo de los pueblos, el capitalismo sigue siendo considerado como el más eficiente sistema económico para conseguir el *bienestar* de la humanidad.

La irracionalidad de nuestra época, la concentración y confusión sin precedentes de la propiedad y del poder, la aberrante explotación de las riquezas del planeta y su inicuo reparto, además de la multiplicación de alienaciones, son, incontestablemente, el resultado de la hegemonía capitalista en la organización y gestión de la economía planetaria. Como también es de su responsabilidad que millones de seres humanos sigan condenados a "sobrevivir" en la pobreza más extrema y que millones de trabajadores (aún "activos") se vean ahora amenazados de volver a ella por la "salida de la crisis" que los "mercados" están imponiendo a los pueblos. Una *crisis* que está, además, agravando los terribles peligros ecológicos que este sistema hace pesar sobre la humanidad. Sin embargo, a pesar de tal panorama y de tal perspectiva, el capitalismo sigue teniendo el viento en popa y es, más que nunca, el paradigma de la "eficacia económica"... ¡Hasta para los regímenes que pretendían combatirlo y ser una alternativa más eficaz y justa!

Ante tal paradoja, ¿cómo negar la crisis del paradigma emancipador, de ese socialismo que debía poner fin a la explotación del hombre por el hombre y contribuir a la emergencia de una sociedad pacificada, de abundancia, igualdad y libertad? ¿Cómo -ante un resultado tan negativo de casi dos siglos de luchas por la emancipación- seguir encerrados en nuestras convicciones y esperanzas revolucionarias?

Nos guste o no, esto es así, y de nada sirve lamentarlo o buscar excusas de mal pagador. Al contrario, lo que se impone es encontrar y reconocer las causas de esa sorprendente e ilógica paradoja. ¡Saber por qué un sistema tan

injusto, irracional y amenazador es considerado, hasta para sus víctimas, como el único capaz de aportar *prosperidad* y *bienestar* al ser humano! Y, para saberlo, parece lógico comenzar por reconocer lo nefasto que ha sido y es fundar el *bienestar* (el "vivir bien") de los seres humanos en la posesión de bienes materiales, ese fetichismo de la mercancía que invade todos los poros de la sociedad: tanto porque condiciona decisivamente su vida y les incita a supeditar todo a conseguir tal objetivo, como porque incluso les hace olvidar o minimizar la explotación de que son víctimas para poder alcanzar tal *bienestar*.

Admitir pues que esto es decisivo en la adhesión -consciente o inconsciente- de las masas explotadas al capitalismo y en la perennidad de este sistema. Admitirlo y comprender la importancia de dar a la vida otro sentido que el de poseer bienes materiales. La necesidad y urgencia de cambiar el paradigma civilizador capitalista y de fundar el *bienestar* en placeres que no sean alienantes y que inciten a compartir en vez de competir con los otros. En el placer de satisfacer las necesidades biológicas y de ejercer las funciones cognitivas (para satisfacer la curiosidad de saber y la necesidad de relación con sus semejantes) han permitido al hombre (por lo menos desde el *homo habilis*) llegar a serlo. Es decir: preferir compartir a poseer. No sólo porque la posesión de bienes extrínsecos (materiales) lleva a la gente a no sentirse jamás satisfecha -por la obsesión del "cada vez más..." que engendra este mundo injusto, irracional y amenazador- sino también porque son los bienes intrínsecos (el conocimiento, la generosidad y la sociabilidad) los que hacen posible el reconocimiento -sincero y leal- de nuestros semejantes y la cohesión social, verdaderamente voluntaria.

¿Cómo, pues, persistir en el absurdo de combatir al capitalismo sin cambiar su paradigma civilizador y de seguir centrando las luchas sociales y el cambio revolucionario en reivindicaciones esencialmente materiales? ¿Cómo pretender poner fin a la alienación sin poner fin a lo que la produce? ¿Cómo no ver lo nefasto de tal absurdo? Y eso pese a ser archiconocidos los efectos de la adhesión de la gente a ese sistema y los mecanismos psicológicos que la producen.

Ahora bien, es verdad que, aún siendo decisivo, esto no es suficiente para explicar la paradoja de la adhesión de la clase explotada al capitalismo, de la resignada aceptación de tal sistema por los que son sus principales víctimas. De ahí la necesidad de preguntarse si no ha sido también decisiva la desilu-

sión producida por los fracasos de todas las tentativas de sustituirlo por otro modelo económico, pese a haber conquistado el Poder y a haberlo ejercido durante muchos años. Y ello no sólo para encontrar una explicación exhaustiva de la paradoja sino también para poder superarla.

Es pues necesario reconocer que el fracaso de las experiencias del *socialismo real* ha sido también decisivo en esa paradójica "adhesión" de la gente al capitalismo. No sólo porque se ha visto lo que era ese "socialismo" (un simple capitalismo de Estado que, al reemplazar la propiedad privada por la estatal y dejar la plusvalía del trabajo en manos de la burocracia, seguía explotando a los trabajadores) sino también porque su fracaso no podía quedar sin efecto sobre las masas que confiaban en tales experiencias para emanciparse.

¿Cómo habría podido quedar sin efecto alguno el fracaso de la praxis de una ideología -la del "socialismo" de empresas estatales y planificación autoritaria- que no sólo pretendía ser la alternativa al capitalismo sino la ciencia del devenir humano? Una ciencia que debía iluminarnos para saber cómo y cuándo construir una sociedad sin explotación, de igualdad y abundancia. ¿Cómo considerar pues ese fracaso, la vuelta al capitalismo en todos los países en los que ese "socialismo" se instauró (y hasta, en Rusia y China, al imperialismo), un simple avatar de la historia? Además, ¿cómo no seguiría decepcionando y generando resignación la praxis política, de los partidos que gobiernan con programas de "izquierda" o que se pretenden "socialistas" (como en China, Cuba, Venezuela, Bolivia, Ecuador, etc.), reducida al desarrollismo capitalista y al autoritarismo más o menos autocrático? Aunque a algunos duela reconocerlo, es el capitalismo el que ha quedado triunfante sobre las ruinas de ese "socialismo" de Estado que pretendía ser todo lo contrario de la economía de mercado y ha acabado reinstaurándola. ¿Cómo negar un tal fiasco revolucionario y la responsabilidad del "socialismo" autoritario en la rehabilitación ideológica del capitalismo, en que éste aparezca ahora como el mejor de los sistemas económicos imaginables o, por lo menos, como el más apto para permitir el acceso a la *prosperidad* del consumismo? Y ello pese a mostrarse cada día más injusto, para la repartición de riquezas, y más devastador y peligroso para la propia supervivencia de la especie humana.

Las razones para inquietarse son pues muchas y realmente serias. No sólo porque las masas laboriosas se resignan a ser explotadas sino también porque esa misma resignación ha contagiado a la mayoría de cuantos aún se pretenden revolucionarios. Basta con ver lo que son hoy las luchas sociales y

las reivindicaciones sindicales o políticas. En el mejor de los casos: defensa de los puestos y horarios de trabajo, del nivel de salario y del tiempo efectivo laboral, o pedir políticas de empleo, desarrollistas o tímidamente ecologistas... Es decir: a un tímido conservadurismo social... Hasta los sindicatos y partidos "progresistas" han renunciado al "Estado de bienestar" y se conforman con tratar de evitar "recortes" y mantener el *status quo* social actual. Y no digamos de las políticas de los regímenes que aún se reclaman del socialismo de Estado, cuyo principal objetivo es mantenerse en el Poder para proseguir el saqueo de los recursos naturales en complicidad con las transnacionales. Y, por supuesto, en beneficio exclusivo de éstas y de las nomenklaturas (las nuevas burguesías) de esos regímenes. Se mire por donde se mire, es la misma resignación, el mismo retroceso revolucionario. Aunque esto no quiere decir que la aspiración revolucionaria no continúe presente en el pensamiento de cuantos siguen creyendo en el viejo paradigma emancipador o que la retórica revolucionaria no siga coloreando los discursos de cuantos se autoproclaman revolucionarios: sea para creer serlo o para justificar sus apetencias de poder...

La miseria de los discursos perentorios

Claro que aún los hay sosteniendo discursos "revolucionarios", repitiendo con fervor las palabras "cambio", "revolución", "poder popular"... Creyendo, sin duda, suficiente pronunciar tales palabras para que el acontecimiento que ellas anuncian se ponga en marcha... Claro que aún quedan especímenes de esta clase, capaces de repetir ritualmente tales palabras sin darse cuenta de la poca o nula receptividad que ellas encuentran. Del poco o nulo efecto que ellas producen. Sí, claro que aún los hay incapaces de ver lo que el mundo es hoy o voluntariamente ciegos ante él, y que por ello siguen pronunciando palabras mágicas... Creyendo, sin duda, que ellas tienen un carácter "performativo" y que, en consecuencia, ellas son capaces de crear por si solas el acontecimiento que se supone significan. Por eso, parafraseando a Foucault, podemos decir que jamás ha parecido tan vertiginoso el divorcio entre las bellas y buenas palabras y las cosas y acciones feas. Y no sólo en la praxis de la clase política profesional.

No es pues de extrañar que lo esencial del debate político actual sea la dene-gación, esa extraña y perniciosa ceguera consentida, común a la izquierda "reformista" y a la "revolucionaria", que permite evacuar las cuestiones de fondo: el desarrollismo, la representación y la repartición. Esas cuestiones de

las que depende realmente nuestro porvenir y que la denegación escamotea: sea transformando el debate en disputa religiosa, entre "gentiles" reformistas y "malvados" revolucionarios, o reduciéndolo al uso de prótesis lingüísticas más o menos "cultas". Es decir: a esa tonta y calamitosa moralización del debate que, al impregnarlo de la idea de pecado y traición, solo prima los cánticos consoladores y las propuestas insustanciales, o a esa estéril polémica -no menos tonta y calamitosa- entre especialistas cultos y estetas del lenguaje que, por similares razones, se reduce a concurso de oratoria y cultura. Es pues obvio que se debería abordar esas cuestiones más seriamente, lejos de los enfrentamientos ideológico/clericales y de los discursos perentorios o excesivamente "cultos". No sólo para facilitar un debate equitativo, amplio y racional, sino porque debería interesarnos a todos saber por qué está en crisis el paradigma emancipador y en qué es necesario renovarlo y cómo se puede hacer tal renovación.

Ahora bien, aunque esta convicción se necesaria para que un tal debate pueda comenzar y se desarrolle convenientemente, también me parece también necesario tener bien presente la imprevisibilidad de la marcha del mundo y que éste se ha vuelto más complejo e indescifrable que lo era antes. De ahí lo aconsejable de evitar los discursos perentorios y de mostrarse categórico: no sólo porque lo perentorio es lo propio de los de los políticos de nuestra época sino porque la complejidad del mundo debe incitarnos a más modestia. Tener pues en cuenta que, al volverse confusas las convicciones, las palabras se vuelven más tajantes... Como si se quisiera paliar, con la violencia de la expresión, la fragilidad del contenido.

Deberíamos esforzarnos pues en no asestar afirmaciones por no tener la paciencia de razonar con argumentos convincentes o, al menos, lógicos, justos. Perder la mala costumbre de la precipitación, que no se reduce a una cuestión de lenguaje sino que procede de una denegación colectiva más profunda: de un rechazo inconsciente de ver que el mundo cambia y que es necesario observarlo, sin prisas y con mucha atención, curiosidad e interés. No caer en la tentación de imitar a políticos y comunicadores, que no paran de denegar la realidad con sus juicios anodinos y su verbo alto y fuerte. Esa denegación que no corresponde a nada; pero que evidencia lo que reprime su inconsciente. Dejarles pues a ellos el privilegio de pronunciar esos discursos "denegadores", que se extenuan rápidamente tras ser pronunciados, y ser conscientes de que las instituciones tradicionales que representan (partidos, sindicatos, medios de comunicación, líderes de opinión e intervinientes "yo lo

sé todo", etc.) sólo reflejan un mundo viejo en vías de hundimiento... Un mundo que ya no existe más y del cual sólo la imagen sobrevive a su desaparición: "como la luz de las estrellas apagadas que aún nos llega del fondo del universo a pesar de que ellas han dejado de existir, de haber pasado a ser nada..." Considerar pues a estos "yo lo sé todo" como lo que son: viejos comediantes del espectáculo político-mediático, incapaces de admitir que este mundo ya no es suyo y de comprender la complejidad de lo que está sucediendo, del mundo en vías de surgimiento... Una incapacidad que explica el por qué no logran hacer entrar esta realidad en sus estructuras de análisis y categorías ideológicas, ya gastadas por el tiempo, y el por qué su discurso sólo es denegación de lo que su inconsciente rechaza e intenta reprimir desesperadamente...

Pero esto no significa que, cuantos no queremos ser confundidos con tales comediantes y no denegamos la realidad, no debemos reconocer que estamos, como ellos, programados para pensar en base a las condiciones cognitivas y saberes (*epistémé*) de la época. Y ello a pesar de nuestros intentos por liberar, con la lógica de la negatividad, nuestro pensamiento de las limitaciones que le imponen aquellas condiciones y la conciencia de no estar a la altura de la situación. La prueba es que tampoco nosotros hemos logrado desentrañar la complejidad del mundo emergente, ni hacer entrar convenientemente las luchas y las dominaciones nuevas en nuestras estructuras de análisis y categorías ideológicas: sea para potenciar unas o combatir eficazmente las otras.

Este extraño hiato, esta fisura entre el *blablablá* cotidiano y las nuevas realidades, indica, en falso, las razones de nuestra profunda perplejidad y la enormidad del cambio: no sólo de época sino de paradigma civilizador. Aunque, en verdad, quizás no se debería hablar de tiempo, de "época", sino de mil y un sismos invisibles que, desde hace un par de décadas, han transformado más el mundo que éste se transformó en el curso de las diez precedentes. Así pues, ante un tal estado de metamorfosis permanente de la realidad, de un mundo en continua mutación, ¿cómo perseverar en comportamientos y discursos perentorios? La complejidad misma de esa metamorfosis, de esa mutación, deberían incitarnos a la modestia; pues es evidente que, para desentrañarlas, tenemos mucho a ganar con la adopción de comportamientos y discursos más modestos, más reflexionados, menos perentorios. Sobre todo si queremos analizar seriamente las causas de la crisis del paradigma emancipador y encontrar métodos de lucha más eficaces para combatir el capitalis-

mo y conseguir que un día se vuelva realidad la utopía de una sociedad igualitaria y libertaria. Esa sociedad en la que todos los seres humanos podrán satisfacer sus necesidades, materiales y culturales, y decidir en común las normas de la convivencia social.

La renovación del paradigma emancipador

Si se comparte tal aspiración y se quiere realizar un tal análisis, se debe comenzar por admitir la crisis del paradigma emancipador y que ésta nos afecta y concierne a todos los explotados y dominados. Aunque, por razones evidentes, es a cuantos seguimos denunciando y combatiendo la explotación y la dominación que debería concernir de manera más directa y acuciante. Es decir: tanto a los que aún siguen creyendo que, para acabar con el capitalismo e instaurar el socialismo, sigue siendo necesaria la toma del poder, como a los que siguen considerando que se puede conseguir eso sin pasar por el poder –aunque, entre éstos, los hay que siguen creyendo ineluctable, *in fine*, una confrontación violenta con el capitalismo para el triunfo de la Revolución... Y eso a pesar de que, después del “siglo de los extremos” y sus calamitosas experiencias, esa palabra perdió su encanto emancipador y quedó identificada con una violencia cuyo desencadenamiento suscita, muy justamente, temores hasta en el seno de la clase explotada. ¿Cómo pues seguir “entonándola sin someterla a examen, como si nada hubiera pasado, sin volver a sopesar su significado”? Tras haber sido desacralizada, ¿cómo recaer de nuevo en la creencia?

Parecería pues lógico que este análisis, esta reflexión, interese a las dos grandes corrientes del movimiento emancipador. Esas corrientes, de pensamiento y acción, que, desde la Primera Internacional, intentaron cambiar el rumbo de la historia y poner fin al sistema capitalista a través de sus respectivas praxis revolucionarias. No sólo porque ni el marxismo ni el anarquismo no han podido conseguir su objetivo emancipador hasta el día de hoy sino también porque son muchas las consecuencias a sacar del fracaso de sus tentativas por conseguirlo y de la difícil y complicada situación del mundo de hoy. Pues, se diga lo que se diga para explicar y justificar esos fracasos, el desarrollo del capitalismo contemporáneo ha probado que no es la propiedad privada de los medios de producción y de intercambio la que le ha permitido triunfar y mantener los hechizos del capital y sus prodigios místicos sobre las masas laboriosas. Lo que está en el origen de tal hechizo y que ha permitido al capitalismo intensificar sus formas de dominación es el hecho de que también los

movimientos emancipadores (partidos y sindicatos) han fundado el *bienestar*, el "vivir bien" de la gente, en la posesión de bienes materiales, y que hasta el paradigma emancipador haya quedado reducido, en la práctica de sus reivindicaciones y luchas, a un objetivo tan hechizador...

Pero esto no quiere decir que la fragmentación esas reivindicaciones y luchas, los enfrentamientos fratricidas y los estrepitosos fracasos de las experiencias revolucionarias, que han acabado restableciendo el capitalismo, no hayan contribuido también a que éste haya podido conservar y consolidar su hechizo y haya podido extender su dominación al planeta entero. Claro que esto ha sido también decisivo; pero, como lo comienzan a reconocer muchos en esos dos campos del movimiento emancipador, lo más urgente es cuestionar el hechizo por la posesión de bienes materiales para superar la crisis del paradigma emancipador. Pues sólo así se podrá renovarlo consecuentemente y conseguir que la abolición del orden establecido tenga realmente como horizonte "una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno sea la condición del libre desarrollo de todos". Es decir: una emancipación que tenga como base la libertad, y que ésta no sea -como dijo un marxista heterodoxo- "un placer solitario".

Es evidente pues que esta renovación implica necesariamente el cuestionamiento del poder: tanto de su conquista como de su ejercicio para "consolidar la Revolución y avanzar hacia el Socialismo". Pero también de ese poder que no se nombra, pero que se ejerce para imponer ideas y propuestas que se consideran las más justas, las más pertinentes y consecuentes con la ideología.. Y no sólo se debe cuestionarlo por sus resultados históricos, que han sido negativos, sino por una cuestión de coherencia entre lo que se busca y lo que se hace. Es decir: por estar archi-probado que es imposible de llegar a la libertad a través de la autoridad, de imponer el socialismo desde arriba, de hacer felices a los hombres contra su voluntad. Y también porque, aún siendo hoy en día un lugar común decir que el derecho de decidir debemos ejercerlo todos, la verdad es que no es así. Y no sólo no es así en los grupos y organizaciones que, por "razones" de eficacia revolucionaria, siguen funcionando más o menos piramidalmente sino también en las que se pretenden absolutamente horizontales, asamblearias y alérgicas a toda forma de poder; pues hasta en las organizaciones anarquistas y libertarias no se es siempre consecuente con tal principio de democracia directa. De ahí la necesidad de que esta reflexión, este análisis comience por el cuestionamiento del actual paradigma civilizador impuesto por el capitalismo; pues, además de ser el fundamento y

lo que da fuerza a este sistema, también condiciona de manera muy decisiva nuestra conducta en todos los dominios de nuestra vida personal y social.

La historia humana ha sido, y sin duda seguirá siéndolo, la obra de los humanos y en gran parte de las vanguardias ideológicas; pero todo parece indicar que el protagonismo de éstas está decreciendo y que son las “multitudes” humanas las que -de más en más- están marcando el rumbo del futuro hacia una mayor y auténtica participación de éstas en las decisiones... Los movimientos sociales más recientes, como el que ha reunido a cientos de miles de “indignados” en las principales capitales del planeta, parecen responder más a esa exigencia de horizontalidad y asambleísmo, y ser más propicios a la inclusión de todos y en su participación en las decisiones. Además de que éstas tienen un carácter más ético y menos ideológico que el de las vanguardias ideológicas, las que aún siguen prisioneras de los esquemas teóricos de sus ideologías. Y eso pese a que la Revolución, como paso del mundo viejo al nuevo, ya no parece posible pensarla como una ruptura sino como un proceso... Un proceso que, para hacer posible *in fine* una sociedad verdaderamente igualitaria y libertaria, deberá ir construyendo -paso a paso- espacios de igualdad y libertad que ayuden a cambiar los comportamientos humanos y así hacer emerger un nuevo paradigma civilizador que privilegie lo humano sobre el desarrollo económico. De ahí pues la necesidad de cuestionar todo lo que en la teoría y en la práctica del marxismo y del anarquismo ha contribuido a la perennidad del capitalismo e impedido la eclosión de la utopía implícita en el paradigma emancipador común a estas dos ideologías. Necesidad y urgencia de salir, además, de la ideología para poder hacer un análisis objetivo, científico, de la realidad y basar nuestra acción en el conocimiento de lo que la realidad es y no en lo que deseáramos que ésta fuera.

(13/IX/2012) en Kaosenlared y otras webs

La independencia, ¿para qué?

En el artículo *El estado propio y la independencia de los Países Catalanes*, el compañero Jordi Martí Font nos dice que no defiende un "independentismo de derechas". Ese independentismo que, "*aunque se llame a sí mismo "transversal" (...) es el responsable de haber sacado a la calle la mayor manifestación independentista de la historia de las cuatro provincias*". Y al que acusa de "*hacer pactos con el PP que dejarán la mayoría de la población de esta tierra mítica que dicen que quieren liberar en la miseria*". Es decir: "*dejar a la gente*

sin sanidad, ni educación de calidad, proteger los bancos que nos roban con participaciones preferentes o cualquier otro invento, proteger a "la Caixa" y sus montajes empresariales de la desobediencia ciudadana, rebajar los salarios de la mayoría por -dicen y mienten- salir de la crisis -robo- o aplaudir a la policía cuando abre la cabeza a la gente que lo único que hace es ejercer el derecho de ciudadanía y protestar..." Y para que no quede ninguna duda del por qué no defiende este "independentismo de derechas" nos precisa que *"una parte importante de los patrocinadores de la manifestación han hecho esto mismo en los últimos años y en los últimos meses y semanas y no se ve por ninguna parte ninguna intención de cambio".*

Obviamente, desde el pueblo y la izquierda anticapitalista, ¿cómo se podría defender un tal independentismo? Y ni siquiera, *"si hablamos de dinero"* o del *"expolio fiscal del Principado descabezado por parte de España"*. Pues, como lo señala Jordi, aunque este "expolio" sea *"insoportable para una cierta burguesía y para el resto de gente"*, como esa burguesía nos dice, *"para este 'resto de gente' es mucho más lesivo notar cómo las grandes fortunas reciben la protección de leyes, jueces y policía"* mientras *"los trabajadores y trabajadoras, las personas que vivimos de nuestro salario cuando tenemos trabajo (que a pesar de que nos quieran hacer pensar lo contrario, seguimos siendo mayoría) sufrimos un robo constante para muchos de los que se quejan de este 'gran atraco' cada uno de los días de nuestra vida, tanto por parte del Estado como de los encargados de la finca principatina que salen como el que más acumulando dinero que nunca reparten como no sea con los suyos"*. Efectivamente: *"Para nosotros, salarios bajos, pocos impuestos a los ricos y no persecución de los ladrones que se saltan hasta sus normas (Millet y compañía continúan disfrutando de una vida regalada mientras las prisiones que gestionan desde Barcelona están llenas a rebosar de "pequeños delincuentes")"*. *Todo ello, para que el insulto a la inteligencia sea más grande, bien acompañado por la desaparición de las condiciones mínimas de bienestar social que cualquier ser humano necesita: casa, sanidad, transporte, cultura, educación..."*

¿Cómo se podría defender un tal independentismo? Es lógico pues que Jordi no lo defienda y que lo denuncie: pero el problema es que, aún siendo *"mayoría"* los trabajadores y trabajadoras, los explotados y explotadas, es ese independentismo el que gobernaría en el Principado si éste llegara a la Independencia. Y, si no fuese así, si gobernara el independentismo de "izquierda" (ése que ya ha gobernado), el resultado sería más o menos el mismo para los

trabajadores y trabajadoras. No creo pues que Jordi pueda siquiera pensar que sería este "independentismo", por mucho que se diga de "izquierda", el que pondría fin a la explotación en el Principado; pues él sabe muy bien que el objetivo político y social de este independentismo *"no es el camino de la igualdad económica, del reparto de dinero y la defensa de los derechos sociales existentes pensando siempre en su extensión"*.

Claro que se debe *"separar a la gente que de buena fe"* que *"participó en las movilizaciones últimas de las personas que intentan dirigir el proceso y en buena parte lo consiguen repitiendo lo del 'Primero la independencia y luego ya veremos' mientras no dejan de robar a las clases bajas y medias derechos y protección social desde una evidente opción de clase, de derechas en este caso"*. Pero, ¿cómo impedir que esta gente, pese a ser -como lo piensa Jordi- "mayoría", sea recuperada por los que dirigen el proceso y convocan y controlan tales manifestaciones? Y, peor aún, ¿cómo impedir que esta gente vote por la opción independentista de "derecha" o por la otra de "izquierda" que también tiene como *"nervio de la nación"* el expolio fiscal, el Barça y la Moreneta? Además de que las dos opciones independentistas tendrán siempre como argumento ese manido *"Primero la independencia y luego ya veremos"*. Está pues clarísimo que Jordi no defiende este independentismo; pero lo que no queda claro, al menos para mí, es el independentismo que él defiende. Lo que realmente quiere decir cuando dice *"que nuestra casa sea los Países Catalanes y que este sea nuestro marco mental siempre, sin apriorismos de nombres ni de mapas pero sí con la voluntad firme de ejercer de catalán (con nombres y formas diversas) en toda la nación"*. Pues, independientemente de que éste sea -como él parece creerlo- *"un objetivo factible"*, yo no veo cómo *"nos puede hacer ir más allá"* el hecho de considerar los *"Países Catalanes"* como *"nuestra casa"* y que este sea *"nuestro marco mental siempre"*. Y aún menos el *"ejercer de catalán"* con *"una voluntad firme"* en *"toda la nación"*.

No, no veo cómo se podría *"ir más allá"* con un *"proceso"* que normalmente debe culminar en la posibilidad para *"las cuatro provincias de convertirse en un estado"*. Pues, efectivamente, ¿cómo se podría *"ir más allá"* con un estado, cuando Jordi mismo reconoce que *"el estado no asegura nada, que hay estados que son puras colonias"*? ¿Qué se ganaría pues con tal Independencia? Los que la quieren para mandar, sí saben lo que ganarían; pero, ¿qué ganaría el pueblo?

Estoy convencido de que Jordi desea otra Independencia; pero, el problema,

es que tampoco queda claro cuando afirma que "*debe ser la sociedad civil organizada la que construya la independencia*" y no "*una mayoría simple de votantes que gane un referéndum*". Porque la "*mayoría simple de votantes*" expresará inevitablemente lo que piense y desee esa "*sociedad civil organizada*". Salvo que la sociedad civil sea, para Jordi, la representada por los "indignados" del 15M y por cuantos se definen con ese claro y contundente "no nos representan" espetado a todos los integrantes de la clase política catalana y española. Sin olvidar -por supuesto- a los "independentistas" de viejo o nuevo cuño

Si esto fuese así, yo también diría -como lo dice él- que "somos nosotros el sujeto activo que debe hablar a la hora de pedir la libertad de la tierra y de la gente". Pero no sólo en Cataluña, en España y en Europa sino en todo el mundo; pues es obvio que los explotados y dominados somos el "sujeto activo" de la lucha contra la explotación y la dominación capitalista en cualquier territorio. Esta es la única independencia que permitirá conquistar "la libertad de la tierra y de la gente" y no el independentismo nacionalista, en el territorio que sea.

(25/IX/2012) en el *rojoynegro.info* y otras webs

La anarquía : ¿un poder o un antipoder?

En la sección "Análisis", de la web alasbarricadas, colgué un comentario al artículo "El poder en la anarquía" preguntando cómo su autor, Adrián Tarín, podía llegar a la conclusión de que la anarquía "es también un poder -y no un antipoder". Luego leí un comentario-nota, firmado por los responsables de la web regeneraciónlibertaria, invitándome "a escribir una respuesta (al texto de Adrián) para ser publicada en el portal" de Regeneración Libertaria. Como prometí, aquí va mi respuesta:

Una "curiosa" tesis...

Como se puede comprobar leyendo su texto⁷³, para Adrián los anarquistas abordan *"las cuestiones acerca del poder... desde la oposición al concepto"* y no lo hacen *"desde la comprensión científica del término"*. De ahí que él defienda, desde su personal aproximación *"a la teoría del poder"* (?), *"la compatibilidad del mismo con la anarquía"* y que concluya tal aproximación, tal análisis, afirmando que la anarquía *"es también un poder -y no un antipoder"*.

Por supuesto, Adrián no pretende que la anarquía sea un *"macropoder"*, un *"poder negativo"* como el de Estado, ni que debamos renunciar a combatir el poder *"negativo"* de éste. No, no pretende -como Foucault- *"disminuir la importancia y eficacia del poder de Estado"*; pero también cree *"que al insistir demasiado en su papel exclusivo, se corre el riesgo de no tener en cuenta todos los mecanismos y efectos de poder que no pasan directamente por él"*.

Lo curioso es que, por el hecho de constatar que *"existe poder fuera del Estado"*, Adrián se plantee esta pregunta: *"¿puede la anarquía ser un poder?"* Y digo "curioso" porque él debería saber que la anarquía es la negación de toda forma de poder, no sólo el que pasa por el Estado. Además, es "curioso" porque él ha puesto un poco antes esta otra cita de Foucault: *"Asimismo, sería preciso saber hasta dónde se ejerce el poder, mediante qué relevos y hasta qué instancias, a menudo ínfimas, de jerarquía, control, vigilancia, prohibiciones, coacciones. En todo lugar donde hay poder, el poder se ejerce (...)* no

⁷³ <http://www.regeneracionlibertaria.org/el-poder-en-la-anarquia>

sabemos quién lo tiene exactamente, pero sabemos quién no lo tiene". Efectivamente, los anarquistas sabemos quién tiene el Poder y quién no lo tiene; además de saber quién no lo quiere... Es pues sorprendente que Adrián olvide esto y quiera atribuir poder a quienes, en principio, no sólo no lo tienen sino que, además, no lo quieren. ¿Por qué tal empeño?

La confusión...

Sí, ¿por qué tal empeño en equiparar lo que es antinómico? ¿No será porque, al definir el "macropoder" como "negativo" y el "micropoder" como "positivo", Adrián aborda *"las cuestiones acerca del poder... desde la oposición"* entre los conceptos de "negativo" y "positivo" sin hacerlo *"desde la comprensión científica"* de estos términos? Tal parece ser el origen de la "confusión" de Adrián y la explicación a sostener una tal aporía. Y ello a pesar de atribuir - muy curiosamente- tal confusión a los anarquistas: *"reconocer el poder como algo positivo o negativo", "liberador o represor", "destructivo o productivo"*. Salvo si Adrián piensa en los "anarquistas" que, para participar en el ejercicio del poder, defienden esa hipócrita falacia que llaman *"poder popular"*.

Es sorprendente que Adrián crea a los anarquistas (los que no han renunciado a luchar contra el poder) incapaces de integrar el macropoder y el micropoder en sus análisis, y, en consecuencia, de ver que el poder se sostiene y es aceptado porque, como dice Foucault, "no pesa sólo como potencia que dice no, sino que cala de hecho, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos". Es decir, porque es también "una red productiva".

Sí, es sorprendente, porque Adrián debería saber que los anarquistas, además de tomar en cuenta que el poder funciona como "red productiva", saben, con Foucault, que "si el poder no tuviese por función más que reprimir, si no trabajase más que según el modo de la censura, de la exclusión, de los obstáculos, de la represión, a la manera de un gran superego, si no se ejerciese más que de una forma negativa, sería muy frágil".

Pero lo más sorprendente es que Adrián no se dé cuenta del por qué el poder es, además de censura-exclusión-represión, también una "red productiva". Y eso pese a que él mismo reconoce que, *"de hecho, si el poder descansase sólo en la figura de la represión más palpable, la de las balas y las porras, éste sería un poder fácilmente subvertible"*.

Así pues, si el poder se traviste en "red productiva" sólo para mantenerse como lo que es realmente, censura-exclusión-represión, ¿qué sentido puede tener considerarle como algo "constructivo", "positivo" y "creador"? ¿Se puede disociar lo que es consustancial?

La anarquía, ¿un poder o un “micropoder”?

El problema con Adrián es que, tras reconocer que el poder sólo es "*constructivo*", "*positivo*" y "*creador*" para no ser "*frágil*" y "*subvertible*", persista en que la anarquía "*es también un poder -y no un antipoder*". Pues tampoco aclara si es un "*micropoder*" o también un "*macropoder*". No, no hay nada claro, sólo afirmaciones perentorias. Ni siquiera cuando trata de argumentar su tesis con reflexiones contradictorias sobre la "*construcción del consenso*"; pues también -para él- el "consenso" buscado por los anarquistas, a través de su propaganda, es "*para ejercer su dominio sobre los (discursos) de los demás*". O cuando habla del poder como "*consenso hegemónico*" ejercido "*de manera colectiva*"; pues es evidente que este "consenso" no tiene nada que ver con el que buscan los anarquistas: un consenso no impuesto (física o culturalmente) sino basado en la libertad de disenso y de experimentación.

¿En qué consiste pues ese "*poder libertador, positivo y creador manifestado en la propia dinámica libertaria y en cada pequeño paso que sirva para edificar la anarquía*" del que habla Adrián? ¿Qué clase de poder es éste? Todas las citas aportadas por Adrián confirman que el poder político, el Poder es dominación: ya sea impuesta por la fuerza o a través del "consenso" obtenido gracias a las múltiples formas de la sumisión voluntaria de los dominados propiciada por el "*micropoder*". ¿A cuento de qué persistir en afirmar que "*la anarquía es poder*"?

Finalmente, Adrián ha dado la respuesta al contestar a uno de mis comentarios en *alabarricadas*. No sólo confesando que para él "*la manera de ejercer el poder de manera colectiva y no como una dominación autoritaria es a través del poder popular*", sino afirmando compartir lo que piensan y dicen los defensores del llamado "*poder popular*" en un artículo, *Anarquismo y poder popular*⁷⁴, en el que se pretende que con tal denominación se consigue "*socializar el poder y evitar que éste se convierta en el privilegio de unos pocos*".

¿Socializar el poder?

Que Adrián quiera ejercer el poder es su problema. No es el primero ni será el último en desearlo; pese a creerse anarquista... Pero, ¿por qué no decirlo claramente? Hay muchos socialistas y comunistas que también dicen ser anarquistas en el fondo de ellos mismos; pero que, a pesar de lo que enseña la historia, creen que a través del Poder se puede ir hacia una sociedad más

⁷⁴ <http://agitacao.wordpress.com/2009/02/27/anarquismo-y-poder-popular/>

justa y libre... De ahí que militen en partidos que aspiran a "conquistar" el Poder. Lo que es coherente; pues no se esconden detrás de una denominación tan vaga como esa de un "*poder popular*" que se pretende "*horizontal*" y "*anarquista*"; pero que aspira a ser reconocido por el Poder (ver a los "*anarquistas*" del "*poder popular*" llamando a votar por Chávez en Venezuela) y a ser parte de él si las circunstancias lo permiten.

Por eso, más allá de la retórica hay los hechos de la vida cotidiana y lo que la lengua dice a cada uno desde que la usamos. Deberíamos pues evitar toda clase de confusión y utilizar la palabra Poder (con mayúscula) para significar imposición... y poder (con minúscula) para dar a entender la capacidad de hacer... por ser las acepciones más comunes y las que todos sabemos reconocer y diferenciar.

Pero, más allá de la semántica, deberíamos saber si Adrián se reconoce en el "*Poder Popular*" que hay en Cuba. Pues, si "*socializar los medios de producción*" es dejarlos en manos de los que los utilizan sin que haya nadie por encima de ellos para decidir lo que deben hacer, eso no se ha hecho en Cuba. Como tampoco se ha intentado "*socializar el poder*", para "*evitar que éste se convierta en el privilegio de unos pocos*". Al contrario, el "*Poder Popular*" es el mecanismo institucional que ha permitido a los hermanos Castro de tener el privilegio del Poder en exclusiva durante ya más de cincuenta años.

Así pues, si "*ejercer el poder de manera colectiva*" significa para Adrián que nadie -ni dentro del colectivo ni fuera de él- tenga el privilegio de decidir por los demás, ¿por qué no reconoce que tal es el consenso al que aspiran llegar los anarquista y no el consenso "*hegemónico*" que impera en donde el Poder se camufla detrás de esa institución hipócrita llamada "*Poder Popular*"? Y en ese caso, ¿por qué no decirlo claramente?

Sobre las "pequeñas manifestaciones de poder"...

Adrián nos dice que incluso diría "*que la asamblea puede ser considerada una manifestación de poder en según qué circunstancias*" y que también ve "*pequeñas manifestaciones de poder*" en "*todos esos procesos de actividad anarquista cotidiana (consensos, asambleas, propaganda)*".

Sí, claro que los hay con la pretensión de ser "anarquistas" pese a ser autoritarios en sus praxis privadas o públicas, en comportarse en las asambleas autoritariamente y tratar de manipularlas para imponer sus propuestas o sus intereses, como en cualquier partido político. Sí, claro que sí, e incluso los hay creyendo sinceramente que la anarquía deberá imponerse... Pero, ¿tiene algún sentido creerse anarquista y ser autoritario? ¿Son esos casos los que

sirven de ejemplo para definir lo que es ser anarquista, lo que es o debe ser el anarquismo?

Adrián nos dice que la suya *"es una postura difícil de defender, compleja, sujeta a críticas"* y que, *"posiblemente"*, le *"cueste una etiqueta de autoritario difícil de salvar"*; pero que cree *"que las ciencias sociales en este caso"* le *"proporcionan más argumentos para pensar así que para pensar que el anarquismo lo que busca es que no haya poderes"*.

Efectivamente, no sólo es indefendible una tal postura desde un punto de vista ideológico y político sino que tampoco las ciencias sociales le proporcionarán *"más argumentos"* para seguir pensando que el anarquismo busca que haya poder y no *"que no haya poderes"*; pues también en las ciencias sociales las palabras tienen un sentido y no se puede caprichosamente atribuirles otro que el que ellas tienen: ya sea por razones etimológicas o por el uso que se hace de ellas. Sí, Adrián, también en las ciencias sociales el sentido de la palabra poder (con minúscula o con mayúscula), como concepto político, es el de "dominio, imperio, facultad y jurisdicción que alguien tiene para mandar o ejecutar algo". De ahí que los anarquistas luchen contra el poder, como Poder político o como autoridad para mandar; pues aspiraran a la libertad: para ellos y para los demás.

Claro que se pueden tener dudas sobre cómo conseguir un consenso que permita llegar a la anarquía sin tener que imponerla por la fuerza. Claro que es más simple pensar y actuar como lo hacen los adeptos a las ideologías autoritarias, aunque tampoco esa simplicidad les haya permitido alcanzar los objetivos manumisores que esas ideologías presuponen. Lo lógico es pues dejar de pensar la anarquía como "ismo", como ideología, y comenzar a pensarla como actitud de convivencia sin autoridad, como conducta basada en el ejercicio de la libertad sin más límite que el de respetar la libertad de los (y las) demás. No sólo porque es más consecuente defender la libertad cotidianamente sino también porque es más eficaz para que la sociedad pueda avanzar hacia la libertad y la igualdad en todos los campos de la actividad humana. Un avance amenazado de más en más por el Poder hegemónico del Capitalismo y por las diatribas entre los diferentes "ismos" que pretenden combatirlo; pese a que, al día de hoy, ninguno puede pretender haber conseguido su objetivo.

(15/X/2012) en *alabarricadas* y otras webs...

Socialismo, populismo y revolución...

América Latina: la utopía sacrificada

(Del castro-guevarismo al neoliberalismo: 1956-1996)

Casi es una perogrullada decir que estos últimos cuarenta años han sido cruciales para el movimiento revolucionario latinoamericano y el porvenir de la emancipación en América Latina: no tanto porque el movimiento revolucionario no lograra durante esos años cambiar decisivamente el curso de la historia, sino sobre todo porque los problemas arquetípicos de la pobreza y la violencia son hoy aun mas graves que lo eran ayer.

Quien puede negar que en el curso de esos cuarenta años, de lucha armada y de experiencias políticas reformistas y revolucionarias frustradas, tanto la izquierda legal y reformista como la izquierda armada fueron derrotadas en sus respectivas tentativas de conquistar el poder y hacer la revolución. Salvo en Cuba y Nicaragua; pero ya hemos visto en lo que acabo la revolución nicaragüense y como esta acabando hoy la cubana. No obstante, asumidas críticamente, esas derrotas pueden contribuir a enriquecer la experiencia de los pueblos latinoamericanos y a inmunizarlos contra nuevas ilusiones de carácter estatalista.

Por todo ello nos parece primordial el estudio de este periodo: tanto para comprender la realidad actual de los pueblos de América Latina, como para comprender el por que del retroceso revolucionario que tan negativamente esta hipotecando su devenir. Y también por ello nos parece necesario y urgente invitar a hacer ese estudio a todos cuantos de buena fe siguen creyendo aun en una Revolución (la cubana) que, al instaurar un poder revolucionario ultracentralizado y ultracentralizador, acabo sacrificando la utopía que la había animado.

Una evidencia se impone hoy a todos: con la agonía de la Revolución cubana y el triunfo del neoliberalismo en todo el continente esta llegando a su fin un periodo crucial para la historia de la emancipación en América Latina. Jamás - desde aquel lejano y mítico 2 de diciembre de 1956, cuando los 82 expedicionarios del Granma desembarcan en Cuba para comenzar la lucha guerrillera contra el dictador Batista - el movimiento emancipador se ha encontrado en América Latina tan desarmado como lo está hoy: política, social e ideológicamente. Comenzado en 1956 con las primeras luchas guerrilleras, que permitieron al castrismo conquistar el poder y después al guevarismo conver-

tirse en modelo revolucionario, este periodo esta acabando con la vuelta del capitalismo a Cuba y la total desmovilización del movimiento revolucionario latinoamericano.

La democracia representativa (aunque siga controlada por los sectores oligárquicos), la economía de mercado (el "sueño americano") y los sentimientos (oportunistas o sinceros) pro-USA no habían alcanzado nunca una tal fuerza y extensión en un continente en el que, hasta no hace mucho, una parte importante del pueblo explotado y humillado había depositado su fe en otro ideal: la transformación revolucionaria de la sociedad.

Es verdad que el fiasco político, económico y social de los regímenes impuestos en nombre de la doctrina marxista y su rechazo por los pueblos que los han sufrido, o que aun los sufren, han puesto espectacularmente al descubierto la perversión de la utopía revolucionaria comunista y han hecho perder en el mundo entero la fe en el Socialismo redentor. Pero también es verdad que esta desilusión no ha tenido en ninguna otra parte consecuencias tan funestas como en América Latina. Tanto porque la "democratización" instaurada durante el último decenio parece haberse enraizado durablemente en la mayoría de los países de esta zona, como porque esta no ha aportado solución al grave problema de la pobreza, de la injusticia, de las abismales disparidades sociales y de la brutal violencia cotidiana, que se erigen de nuevo en realidades insoslayables.

La desilusión de las masas latinoamericanas es tal actualmente que estas aceptan esa situación con pasividad y fatalismo. Por ello el movimiento revolucionario ha quedado reducido a una presencia puramente testimonial, incapaz de ejercer influencia alguna en el curso de los acontecimientos. Ciertamente, durante estos cuarenta años, América Latina se ha "modernizado" y "occidentalizado" pero no lo suficiente como para que los términos de cambio social y de reforma política tengan el mismo sentido para sus pueblos que el que esos términos tienen para los pueblos de los países desarrollados. Un abismo separa la "modernidad" de los pueblos latinoamericanos de la Modernidad del Primer Mundo. En lo esencial, los debates y los desacuerdos que durante esos años han polarizado las sociedades socialmente dislocadas y económicamente subdesarrolladas de América Latina continúan. Lo que hoy ha cambiado es la forma en que se plantean esos debates y esos desacuerdos, pero en modo alguno las causas que los provocaban. La "modernización" de América Latina ha sido conseguida hasta ahora, que duda cabe, a

costa de que los ricos se enriquezcan aun más y los pobres se empobrezcan también más.

Por ello, aun sin descartar por principio la hipótesis de que las políticas neoliberales puedan producir a la larga un efectivo crecimiento económico y reducir las terribles desigualdades en esta región, lo que si se puede comprobar hoy es que, a corto y mediano plazo, esas políticas agravan la fractura entre ricos y pobres, exacerbando el resentimiento de los pobres -cada vez más pobres- hacia los ricos - cada vez más ricos -. De ahí que la amenaza de explosión de la cólera popular sea una espada de Damocles suspendida permanentemente sobre la vida cotidiana en estos países, que ella sea casi inevitable, quizá no en todas partes, pero si aquí y allá, mañana o un poco mas tarde. Como en Chiapas, con la insurrección del "ejército zapatista", y en las barriadas pobres de Caracas, Bogotá, Buenos Aires, con los motines del hambre. Esto significa pues que, ante ese "peligro" o la posible incapacidad de los gobiernos "democráticos" actuales para evitarlo, la resaca de la "ola democratizadora", que desde los años ochenta comenzó a recubrir el continente, puede comenzar de un momento a otro. Que la ola autoritaria, que en las dos décadas anteriores arrasó a todo el continente, puede volver a arrasarlo y recomenzar la "guerra sucia" para impedir preventivamente o para reprimir brutalmente esas explosiones de cólera popular. Que es pues un deber revolucionario hacer desde ya todo lo necesario para que el desespero, la cólera popular no acabe una vez más en un baño de sangre. Que si de nuevo miles de hombres y mujeres recomienzan el combate revolucionario contra el imperialismo y los aparatos del Estado burgueses o "revolucionarios", hay que obrar de manera tal que su coraje y sacrificio no sean vanos, como lo fueron los de las generaciones que les han precedido en la lucha. Que es pues urgente y de capital importancia preguntarse y saber hoy el por qué ese formidable movimiento revolucionario que no ceso de proclamar la "lucha armada", en oposición a las posiciones de los partidos populistas clásicos e inclusive del propio partido comunista, para combatir al imperialismo y a la oligarquía acabó en tan tremendo fracaso. Y en el caso del castrismo y el sandinismo triunfantes es importante saber por que sus Revoluciones sacrificaron la utopía e instauraron el culto al poder, el reinado de la burocracia omnipotente y la corrupción, para acabar devorando a sus propios hijos y apadrinando el retorno del capitalismo.

Todos sabemos hoy que tanto la izquierda armada, como la izquierda pacífica y reformista han sido derrotadas en sus respectivas búsquedas del poder, y

que allí donde lograron conquistarlo o bien lo han perdido o bien se aferran grotescamente a él, aunque para guardarlo tengan que vender a "su" pueblo a las multinacionales del capitalismo internacional.

Después de tantos fracasos "reformistas" y "revolucionarios", todos sabemos por qué ya no es posible soñar en que tal vez una 'nueva izquierda' pueda triunfar y poner en marcha su proyecto reformista allí donde las otras fracasaron. Y aunque ella emane de los movimientos plurales y populares en plena proliferación hoy. Como tampoco es posible pretender que Fidel sigue encarnando una revolución que pretendió poner fin a una dictadura para devolver al pueblo su libertad y forjarse su propio destino.

Por supuesto, tenemos que seguir siendo solidarios del pueblo cubano; pero hay que negarse a ser cómplices de los nefastos errores políticos y éticos de los dirigentes castristas, que, después de confiscar la revolución y eliminar a compañeros fieles a ella, quieren sacrificar todo un pueblo a sus ambiciones personales o a su obsesión "enfermiza" de mantenerse en el poder. Debemos saber que solidaridad no quiere decir complicidad; que una cosa es ser solidarios con el pueblo cubano, en su lucha para reconquistar su libertad y poder - por fin - forjarse su propio destino, y otra el ser cómplices de unos dirigentes que no tienen ningún escrúpulo en seguir proclamando "Socialismo o muerte", mientras a espaldas del pueblo deciden la "dolarización" y negocian con los grupos financieros internacionales la reintroducción de la explotación capitalista en Cuba.

Hay que tenerlo pues bien claro y atreverse a decirlo en alta voz: solidarizarse actualmente con Castro es comprometerse con sus crímenes y su política de entierro de las conquistas revolucionarias, y es desolidarizarse del pueblo cubano cuyos sufrimientos actuales son el resultado de la irresponsabilidad y megalomanía de un Caudillo que, desde sus inicios, confiscó una revolución prometedora.

Hay que recordar, hay que tener bien presente que la solidaridad - para los revolucionarios en particular - es un principio, una norma de conducta esencial; pero que ella no debe ser incondicional. Que ella debe responder a una ética basada en la defensa del derecho de todos los humanos a la vida y a la libertad, y que esta ética no tiene nada que ver con la razón partidaria o la razón de Estado. Y que por ello la única solidaridad legítima y eficaz para los pueblos oprimidos y explotados de Latinoamérica será aquella que sepa ir más allá de los mitos y tomar en cuenta las realidades concretas actuales de

las luchas emancipadoras o de los movimientos de desespero y cólera de las masas oprimidas y explotadas.

Para que la reconstrucción del movimiento revolucionario latinoamericano sea posible, y para que en el futuro no tengamos que lamentar de nuevo la actual desmovilización de los pueblos, es necesario, urgente, denunciar los errores políticos (tácticos y estratégicos) cometidos por la izquierda reformista y por este movimiento, así como su inconsecuencia ética y revolucionaria al sacrificar el ideal revolucionario (la utopía) a la conquista y al disfrute del Poder. El daño ocasionado, en América Latina y en el resto del mundo, por este falso revolucionarismo, erigido en doctrina científica, es enorme. Gracias a él, el capitalismo, que estaba a la defensiva, se ha vuelto conquistador y aparece hoy como la única alternativa histórica: pese a la miseria que sigue generando y al futuro amenazador que nos promete. Por ello es tan necesario y urgente poner en evidencia la falsedad del primero y la permanente y consustancial injusticia del segundo, al que la única alternativa - por difícil y utópica que hoy parezca - no puede ser otra que la del contrapoder del pueblo organizado libremente: sin burocracias ni aparatos represivos, sin amos ni jefes. Aunque lejana, ¡esa es la alternativa!

(23/1/1997) en *Libre Pensamiento*

El castrismo, una desilusión anunciada

En 1959, el triunfo de la rebelión contra la dictadura de Batista despertó grandes entusiasmos entre las masas oprimidas de Cuba y del resto del continente. No sólo porque parecía probar la eficacia de la lucha insurreccional contra las dictaduras, sino también porque los “barbudos” parecían encarnar un socialismo con faz humana. No es pues de extrañar que el “castrismo” y la “Revolución cubana” se convirtiesen en un nuevo y prometedor paradigma revolucionario.

Sí es verdad que Fidel Castro sigue detentando el Poder, que continúa siendo uno de los jefes de Estado más mediáticos y que su presencia en las reuniones internacionales es aún hoy un “acontecimiento” folclórico y mundano. Pero, en uniforme militar o en frac, Fidel ya no es más que la caricatura del Comandante barbudo que, en discursos interminables, predicaba “su” fe revolucionaria a las masas. Con los años, y al institucionalizarse cada vez más

la Revolución, el castrismo comenzó a perder su aura revolucionaria y Fidel a mostrar la ambición de poder que realmente le animaba, a convertirse en lo que es hoy: este viejo y vanidoso Caudillo latinoamericano que tan satisfecho aparece en las “fotos de familia” de los que mandan en el mundo.

Desde entonces han pasado más de cuarenta años, y Cuba se ha convertido en un “Paraíso turístico” (barato) para la clientela de las agencias de viajes de los países desarrollados. Aunque, claro es, aún pueden verse y leerse en la isla murales y carteles con los sempiternos lemas revolucionarios (“Vencéremos”, “Patria o muerte”, “El deber del revolucionario es defender la Revolución”, “Viva el Che”, etc.), y, por la radio y la televisión oficiales (las únicas), aún pueden escucharse las mismas diatribas de entonces contra el “imperialismo”, contra el “bloqueo”, etc.

Sí, siguen la demagogia y la retórica revolucionaria; pero, ¿quién las toma aún en serio? ¡Nadie! En Cuba, porque el pueblo está cansado de ellas y porque los problemas de la supervivencia cotidiana lo tienen continuamente absorbido en resolverlos. Y en el exterior, porque hace mucho tiempo ya que las masas se han desinteresado del castrismo y de su pretendida Revolución, y que la burguesía sabe que esa retórica revolucionaria es sólo eso: ¡retórica!

Se pueden “encontrar” excusas, pero el hecho es que la Revolución cubana ha defraudado, que no es hoy más que una amarga decepción para todos aquellos que un día creyeron sinceramente en ella. Y aún más para los que, por “deber revolucionario”, se creyeron obligados a seguir defendiéndola a pesar de que era cada vez más evidente su transformación en una vulgar Dictadura.

Sí, hace ya mucho tiempo que el mito se vino abajo, que nadie cree en esa Revolución, que nadie va a Cuba para verla a la obra... Es tan evidente el fiasco, la estafa revolucionaria que fue el castrismo, que en la publicidad turística para Cuba ya sólo se hace referencia a sus playas, al sol y a las mulatas y mulatos... Por eso sólo van ahora a Cuba los turistas y los representantes de las multinacionales. Los turistas: ¡en búsqueda de exotismo barato! Y los hombres de negocios: ¡para invertir y explotar las riquezas del país, montando empresas mixtas con la nomenclatura castrista!

No es de extrañar pues que, aparte los que aún creen en mitos revolucionarios y los despistados de buena fe, para quienes el antiyanquismo justifica todo, sólo sigan “confiando” en ese Régimen los burócratas de la Revolución

y los inversores interesados en el actual proceso de reestructuración capitalista de Cuba. El mismo que se puso en marcha, en Rusia y países satélites, al desplomarse el “telón de acero” y comenzar la liquidación del “socialismo”. Aunque lo “inédito”, en Cuba, es que el abandono de la ortodoxia revolucionaria marxista (el estatalismo económico y la dolarización) se produce sin que se haya abandonado oficialmente el mito revolucionario, y en vida y gobierno del Jefe Máximo que juró que la Revolución castrista ¡no abdicaría jamás de sus postulados anticapitalistas!

Como todos los regímenes dictatoriales, la ambición del castrismo era y es su permanencia en el Poder. Esa fue (y es) su principal preocupación. En principio, las dictaduras –del color que sean– se proponen durar por lo menos lo que dure en vida el dictador. Por ello son incompatibles con cualquier forma de libertad ciudadana. El sistema económico les es indiferente; pues ni el capitalismo privado ni el de Estado cuestionan la jerarquía del Poder dictatorial. Además, con un poco de cinismo, siempre hay acomodos posibles entre la retórica revolucionaria y el capitalismo. Lo único que sí debilita inexorablemente al Poder es la libertad. Por eso, la reintroducción del capitalismo en Cuba no va acompañada de la más mínima liberalización política y social.

Para Castro, lo importante ha sido siempre mantenerse en el Poder, hasta la muerte. ¡Como Franco! Esta era (y es) su preocupación y no la Revolución. De ahí su cínico pragmatismo económico y el que hoy, ni a él ni a los castristas, no les plantee problema de conciencia alguno la existencia de dos clases sociales en la Cuba “revolucionaria” actual: la de los que tiene acceso al mercado del dólar, y que por eso son ricos (los jefes del régimen y todos aquellos que directa o indirectamente participan en las empresas mixtas, en el turismo o tienen familiares en Estado Unidos), y la de los que tienen que sobrevivir con sus magros salarios pagados en pesos cubanos, y que por eso son pobres. Y el colmo es que éstos, que son los más numerosos, ni siquiera pueden protestar o rebelarse contra tal discriminación; pues si lo hacen son acusados de contrarrevolucionarios y perseguidos. Es verdad que, según el credo castrista, “la Revolución acabó con la explotación y a la dominación del hombre por el hombre en Cuba”. Entonces, ¿por qué protestar o rebelarse, o querer hacer huelga y crear sindicatos independientes del “poder revolucionario”? Pues, según esta cínica dialéctica, es el “bloqueo” norteamericano el responsable de las actuales injusticias y no la Revolución. Y en cuanto al no respeto de los derechos humanos, tampoco es la Revolución la responsable, pues ésta vive asediada, y por eso se defiende por todos los medios... Eviden-

temente, sólo los incondicionales al castrismo pueden tragar tales pretextos. La verdad es que el castrismo no tolera ninguna forma de “disidencia” política, sindical o cultural. ¡Como el franquismo: Partido único y Sindicato único a las órdenes del Poder!

El mimetismo con el franquismo y los regímenes dictatoriales es tal que el castrismo ni siquiera se ha diferenciado de ellos en instituir un descarado culto al Comandante (el “Generalísimo”). Al contrario, los mecanismos para rendir culto a Fidel e imponerlo como líder de la oposición a Batista fueron puestos en marcha ya antes de la victoria insurgente. Y eso me consta, porque me tocó vivirlo de cerca. Aún recuerdo el último de los actos de apoyo a la lucha del pueblo cubano que organizamos, en 1958, en el Ateneo Español de México. Acto en el que tuve que intervenir enérgicamente para que pudiera acabar su intervención el representante del Directorio Revolucionario Estudiantil, al que los castristas presentes querían acallar gritando: “¡Fidel! ¡Fidel! ¡Fidel!”. Sólo porque este joven mulato, que acababa de llegar clandestinamente a México desde La Habana, había enfatizado que la lucha contra la dictadura no debía servir para promocionar nuevos caudillos. ¡Y eso pese a que era uno de los estudiantes que habían participado en el asalto al Palacio de Gobierno en el que estaba parapetado Batista! ¡Y también a pesar de que los “barbudos” y el propio Fidel no paraban de proclamar que luchaban contra Batista para acabar con la dictadura, que no luchaban por el Poder y que su único objetivo era conseguir la libertad para el pueblo cubano!

Por supuesto, yo no era tan ingenuo como para creer a pies juntillas en la sinceridad de tales proclamas, pues bien sabía que la ambición de las fuerzas políticas (todas) es la de ser hegemónicas. Pero es verdad que, entonces, me parecía imposible pensar que, después de la caída de Batista, los “barbudos” no respetasen la libertad de los ciudadanos, que la lucha por el Poder no transcurriese por los cauces democráticos tan reclamados desde la oposición.

Poco importa ahora saber si entonces Castro era sincero, cuando afirmaba que no ambicionaba el Poder; puesto que, tras la huida de Batista, el castrismo impuso su hegemonía sin contemplación alguna, excluyendo del Poder hasta a las otras fuerzas que habían participado en la lucha contra la dictadura. Como tampoco tiene interés el saber si ya era marxista, pues está claro que el marxismo sólo fue (y es) para él una útil caución ideológica para “justificar” y “legitimar” el acto de apropiarse el Poder para siempre. Para el castrismo, el “socialismo” sólo fue (y es) una máscara ideológica para “justificar”

y “legitimar” su hegemonía totalitaria sobre la sociedad cubana. Ahora bien, hay que reconocer que el marxismo-leninismo es el sistema autoritario más eficaz para conseguir ese fin. De ahí que, a pesar de la ambigüedad de la posición de los comunistas frente a la dictadura de Batista, el castrismo no tuviera ningún escrúpulo en aliarse (fundirse) con ellos.

En realidad, el castrismo no pensó en ningún momento, ni siquiera al comienzo de lo que se llamó Revolución cubana, en democratizar la acción política, en acabar con el sistema de explotación y de dominación para construir una sociedad libre e igualitaria. Tal voluntad existió, pero sólo en los sectores más críticos de la sociedad cubana y en algunos “barbudos” que

habían tomado las armas contra la dictadura por amor de la libertad y no para encaramarse en el Poder. No obstante, eso fue suficiente para que en los primeros momentos se expandiera por la isla un alegre romanticismo revolucionario y que se pusieran en marcha algunas experiencias más o menos autogestionarias, más o menos utópicas... Pero, al consolidarse la hegemonía castrista, comenzó la puesta al paso de las masas y la represión de toda tentativa de acción autónoma en los ámbitos económico, social y cultural. Entonces, como en la Unión Soviética, todo comenzó a ser controlado desde arriba por la burocracia y los aparatos represivos, transformándose la Revolución en el Estado totalitario que desde hace más de cuarenta años planifica la economía, la cultura, la política y la vida cotidiana del pueblo cubano.

A partir de ese momento, la llamada “Revolución cubana” no fue más que eso: ¡totalitarismo soviético exportado a Cuba! Inclusive sus famosos “logros”, en los campos de la educación y de la salud, se copiaron de los sistemas en vigor en la Unión Soviética, y sólo fueron posibles gracias a la ayuda masiva que ésta prodigaba al régimen castrista para servirse de él como peón en su política de expansión planetaria.

O sea que, para alcanzar tales “logros”, el pueblo cubano tuvo que “aceptar” una nueva dependencia y soportar de nuevo una dictadura. Es por ello que hoy, tras más de cuarenta años de dictadura, de privaciones sin fin para la mayor parte del pueblo y de reintroducción del capitalismo, la corrupción y la prostitución en Cuba, es tan indigno justificar a ese régimen sólo porque instituyó una “política de masas” para la educación y la salud. ¡Cómo si esta política no existiese en otros países sin que a los ciudadanos se les prohíba el derecho a ejercer sus libertades! Además, ¡cómo se pueden encontrar, excu-

sas al no respeto de los derechos humanos en Cuba, después de que tantos pueblos sometidos a esa clase de regímenes mostraran –cuando pudieron hacerlo– que la libertad no tiene precio, que es irrenunciable!

Sí, es bien sabido que reclamar la libertad para sí y negarla a los demás no es la única paradoja de los revolucionarios totalitarios. Que ésta es la principal especificidad ética de cuantos se consideran la vanguardia del proletariado, de todos aquellos que aspiran a mandar en su nombre y que no tienen reparos en menoscabar su integridad y sus libertades. De ahí que la “Revolución cubana” haya sido, como antes lo fue la “Revolución rusa”, un mito útil para que esta clase de “revolucionarios” trate de justificar lo injustificable.

Es verdad que el intervencionismo de los Estados Unidos en aquellos años, respaldando descaradamente a las dictaduras militares en América Latina, daba validez al aura libertadora inicial de la Revolución cubana y a la misión continental que, por megalomanía o por oportunismo político, Fidel le había atribuido. Además de que la creación, en La Habana, de una especie de Ministerio (el Departamento Manuel Piñeiro), para la exportación de la Revolución, parecía confirmar esta intención, reforzando así el poder de persuasión de la retórica antiimperialista castrista. No es pues de extrañar que el vanguardismo castrista encandilara durante varias décadas a una buena parte de la juventud urbana y universitaria de clase media del continente, y que ésta emprendiera la lucha heroicamente y sin pensar en las consecuencias (previables) de esa opción en sus respectivos países.

Sea lo que fuere, y por muy heroicas que hayan sido esas luchas, el hecho es que la exportación de la Revolución castrista provocó la derrota y el sacrificio estéril de una generación irremplazable de jóvenes revolucionarios, hipotecando el porvenir de las luchas sociales en América latina por muchos años; puesto que, hasta en Nicaragua, el sandinismo ha tenido que ceder el Poder a la burguesía, y en Cuba es el Poder castrista el que se está convirtiendo en burguesía.

La responsabilidad del castrismo en esta debacle humana y revolucionaria es pues enorme. No tanto por haber incitado a la juventud latinoamericana a tomar el camino de la guerrilla para “repetir” la epopeya de la Sierra Maestra, sino por haberla abandonado en los momentos decisivos. –inclusive en los casos en que la responsabilidad del castrismo era más directa, por haberla financiado o armado.

Para Castro, sólo contó (y cuenta) su gloria personal, su longevidad como Jefe de Estado. Su conducta muestra que, hasta cuando exaltaba y recuperaba demagógicamente el sacrificio de esa juventud, no pensaba más que en su salvación y continuidad en el Poder.

Su megalomanía y ambición de Poder son tan excesivas que, para satisfacerlas, lo ha sacrificado todo: la Revolución, sus compañeros, el propio Che, etc. Sin ninguna clase de remordimientos, de escrúpulos, con un cínico pragmatismo y una prepotencia caudillista a toda prueba. Basta con ver lo satisfecho que está cuando puede reunirse, pavonearse y fotografiarse con los demás Jefes de Estado, con el Papa, el rey Juan Carlos, Aznar, Fraga (el ex ministro franquista) y hasta el banquero Rockefeller.

No es pues paradójico que el régimen castrista se haya convertido en uno de los puntales de la estabilidad política continental. Esto es obvio; sin embargo, aún los hay, en algunos sectores residuales de la izquierda “revolucionaria”, dispuestos a tragar ruedas de molino y a creer en el mito de la Revolución cubana, a no darse cuenta de lo nefasto que han sido y son la dictadura castrista y su demagógica retórica revolucionaria para el porvenir de una auténtica revolución en América Latina.

Quizás por ello valga la pena recordarlo de nuevo.

(Primavera 2002) en *Libre Pensamiento*

Noam Chomsky, bufón de Chávez

Contrariamente a lo que muchos piensan, la capacidad de creer en falacias y aceptar ciegamente una ficción, por fantástica y grotesca que ésta sea, no es atributo de tontos e ignorantes. El famoso ensayista Noam Chomsky nos acaba de mostrar que también intelectuales cultivados, inteligentes y perspicaces pueden volverse crédulos y aceptar conductas y actuaciones políticas a todas luces demagógicas, falaces y autoritarias. Creerlo o por lo menos simularlo.

Claro que no es nada nuevo ver a un intelectual de alto rango caer en tal contradicción. Ya con la Unión soviética y la China maoísta tuvimos el irracional fenómeno de los “compañeros de viaje”... Esos intelectuales que creyeron - muchos de ellos de buena fe- en la instauración del “socialismo” y la cons-

trucción del “hombre nuevo” en esos países, hasta que los hechos les obligaron a darse cuenta de lo que realmente eran esos regímenes. No obstante, aunque en muchos casos tales extravíos no estén motivados por la búsqueda de algún tipo de recompensa y parezcan sinceros, puras fatalidades antropológicas, es lógico preguntarse el por qué y el cómo de tales conductas. Y aunque lo más fácil sea pensar que es simplemente por el efecto de creencia, que ningún ser humano –inclusive el más racional– puede permanentemente evitar, en el caso de Chomsky no es posible olvidar que él combatió ese efecto de creencia en el pasado.

Por eso es obligado preguntarse: ¿cómo un hombre, aparentemente capaz de razonar, de analizar críticamente lo que sucede en el mundo, puede viajar hoy a Venezuela para loar el “socialismo del siglo XXI” sin apercebirse de la mentalidad castrense de su inventor, el Comandante Chávez, ni del populismo grotesco de su llamada “revolución bolivariana”? ¿Cómo puede cometer Chomsky el mismo error que cometieron, en el pasado siglo, famosos intelectuales de la época, unos loando a Stalin y otros, años más tarde, alabando a Mao y su “Pequeño Libro rojo”? Ellos por haber creído que en Rusia y en China se estaba construyendo el “verdadero comunismo”, y él por creer ahora que en Venezuela se está creando “un nuevo mundo, un mundo diferente”. ¿Cómo ha podido olvidar que después todos esos intelectuales se vieron obligados a hacer un mea culpa por la ceguera ideológica que les había impedido ver lo que había detrás del discurso revolucionario estalinista y maoísta? Ese totalitarismo, responsable de la muerte de millones de gentes, que inspiró a Castro para imponer desde hace cincuenta años en Cuba una dictadura de la que Chávez es un devoto admirador.

Pero lo sorprendente en el Chomsky de estos últimos años no es sólo esta aparente amnesia histórica sino que haya sido sensible a los elogios de ese castrense histriónico: “Te doy la más calurosa bienvenida (...) ya era hora de que nos visitaras y que el pueblo venezolano te viera y oyera directamente” y le haya agradecido sus “amables y generosas palabras”. Además de la bufonada de decir Chomsky lo “emocionante” que le resultaba “ver hombres que han inspirado esta situación”.

Lo más sorprendente de esta conversión a la fe mesiánica, parecida a conversiones célebres a la fe católica (las de Baudelaire, Peguy, Claudel, etc.), es que el milagro llega tras producirse el derrumbe del “socialismo real” de inspiración soviética y la instauración del capitalismo en China por el Partido comu-

nista que Mao dejó en el poder. Pues, a diferencia de aquellos jóvenes intelectuales “idealistas”, que loaron a Stalin o a Mao antes de producirse estos importantes y significativos acontecimientos históricos, Chomsky los ha podido observar en vida y por eso es más incomprensible el hecho de que ahora parezca haberlos olvidado. Sobre todo que los fracasos del mesianismo revolucionario confirmaron de manera indiscutible sus profecías.

Es verdad que desde hace ya un buen momento estamos asistiendo a la instrumentalización de Chomsky en muchas direcciones. Y ello pese a que su posición ética, sus referencias ideológicas y su actuación política están a las antípodas de lo que defienden y adoran muchos de estos que hoy pretenden tenerlo de guía. Y esto es fácil de verlo simplemente leyendo sus libros. Salvo que el Chomsky de hoy no sea el mismo que escribió: “Estamos en un período de corporativización del poder, consolidación del poder, centralización. Se supone que eso es bueno si eres un progresista, como un marxista leninista. De los mismos antecedentes proceden tres cosas importantes, fascismo, bolchevismo y tiranía corporativa. Todas surgen más o menos de las mismas raíces hegelianas.” (Chomsky. *Class Warfare*, p. 23). Y no digamos lo que escribió más tarde a propósito del país salido del golpe de Estado bolchevique de octubre de 1917, que, para Chomsky, era responsable de la eliminación de las estructuras socialistas emergentes en Rusia: “Son los mismos brutos comunistas, los brutos estalinianos de hace dos años, que dirigen ahora los bancos” y que son “los gestores entusiastas de la economía de mercado”. Y de ahí su pesimismo: “Los que intentan asociarse a organizaciones populares y ayudar a la población a organizarse por ella misma, los que apoyan a los movimientos populares de esta manera, simplemente no podrán sobrevivir en tales circunstancias de poder concentrado”. (Chomsky. *Comprendre le pouvoir*, pp. 7-11).

¿Cómo es posible pues que él cometa hoy la misma equivocación cometida entonces por los “compañeros de viaje” pro-chinos -que habían conocido la ceguera comparable (y reconocida) de la generación que les había precedido, -la de los viejos estalinistas pasados tardíamente a la autocrítica- pese a que él fue un testigo crítico de tal ceguera?. ¡Lo grave, en el caso de Chomsky, es que de nada le han servido esas experiencias a pesar de haberlas conocido y denunciado! Con Chomsky tenemos pues que interrogarnos también sobre el misterio de esa extraña cohabitación de la inteligencia más aguda y la credulidad más obtusa en un mismo espíritu humano. Y tanto más que, en aquellos tiempos, él fue uno de los que más contundentemente criticaron la ceguera

en que habían caído muchos de sus colegas intelectuales que constituían con él lo más granado de la inteligencia occidental: los Sartre y otros grandes filósofos, historiadores, sociólogos, periodistas o universitarios de primer plano. Misterio hay, puesto que raros fueron los intelectuales que después no tuvieron que confesar haberse equivocado y reconocer que Chomsky había tenido razón al poner en evidencia la ceguera que les había inducido a cometer ese gravísimo error de apreciación en el pasado. ¿Cómo ha podido Chomsky olvidar esto? Es verdad que tampoco la ceguera de los antiguos estalinistas -mil veces confesada y analizada en artículos, entrevistas y libros- sirvió de lección a los jóvenes maoístas occidentales, puesto que a una distancia de 20 años de intervalo reprodujeron el mismo tipo de extravío. Y con el mismo orgullo y fatuidad de sus predecesores. Pero lo primero en estos fue la adhesión ciega a lo que se presentaba como revolución emancipadora. En Chomsky sucede lo contrario: primero fue la denuncia, el análisis objetivo, racional, rigurosamente crítico, y después la ceguera...

El antiimperialismo miope

Cierto es que el antiimperialismo USA de Chomsky le llevó ya a una relativa discreción a propósito del autoritarismo creciente de los sandinistas durante su ejercicio del poder en los años 1980 en Nicaragua y de la dictadura castrista desde hace varias décadas. Y ello pese a que entre las víctimas de esta última se encuentran personas con muchos puntos en común con los militantes antiimperialistas pro cubanos del resto de América Latina.

¿Será pues este obstinado antiimperialismo, el hecho de que para él lo principal es denunciar las injusticias que prevalecen en los USA así como las injusticias generadas por este país a la escala del planeta, lo que le lleva a posicionarse de manera tan desconcertante con lo que pasa en el continente americano? Efectivamente, aunque Chomsky se sigue considerando “anarquista-libertario”, está claro que para él las consideraciones ideológicas deben pasar a un segundo plano y que se debe establecer una especie de graduación entre las injusticias según el grado de peligrosidad planetaria de los blancos contra los que se dirige la crítica. El problema es que este relativismo político permite a muchos marxistas-leninistas, populistas y políticos, cuya única preocupación es la conquista del poder, su ejercicio y su conservación, a ampararse sólo de los argumentos antiimperialistas de Chomsky en lugar de preocuparse por la ayuda a aportar a la población para organizarse por ella misma. Y es un verdadero problema porque Chomsky no hace ni dice nada para

disuadirles de hacerlo. Al contrario, manteniéndose con tanta perseverancia en esta inmoral discreción y dejándose fotografiar al lado de los Castro y los Chávez se hace -aunque sus elogios sean discretos y de conveniencia- cómplice de las bufonadas y de las derivas autoritarias, dictatoriales, de estos nuevos oligarcas.

Desgraciadamente, esta obstinación en mantener tan maniquea discreción (por considerar menos peligroso el acceso al poder de estos populistas que los destrozos que causa el imperialismo yanqui en el mundo) no es sólo ineficaz para impedir tales destrozos (estos populistas siguen haciendo negocios con las multinacionales del imperio) sino que contribuye a desmovilizar a los pueblos y a hacer aún más difícil la tarea de los que si luchan contra la dominación planetaria del Capital y el Estado.

Es posible que, dada su edad, Chomsky no pueda reconocerlo: pero es imposible pensar que no sea consciente de la distancia que le separa de todos aquellos que recogen sus argumentos contra el imperialismo yanqui y que, en cambio, se muestran muy reticentes, por interés o comodidad, a denunciar las formas de dominación de esos populistas pretendidamente revolucionarios.

(Noviembre-Diciembre 2009) en *El Libertario* de Venezuela

Populismo y emancipación

Un lector de *alabarricadas*, que está "*montando un proyecto teatral acerca de la figura de Salvador Allende*", me ha hecho saber que le "*gustaría conocer (mi) visión acerca del proceso chileno y la figura de Allende*", así cómo la comparación que yo puedo hacer de "*los Castro, Chávez, Lula y Morales*" con Allende. Aunque con retraso a lo prometido, aquí va pues mi respuesta:

Comenzaré por precisar que mi visión, acerca de los procesos políticos y sociales abanderados por esos dirigentes de la "izquierda latinoamericana", se fundamenta en razones de índole moral, por el desfase entre los discursos revolucionarios de esos dirigentes y sus praxis gubernamentales, y de índole política y social, por ser praxis populistas que aborregan a los pueblos e hipotecan el cambio social a los designios de esos Jefes providenciales. Razones surgidas del análisis objetivo de más de un siglo de historia política y social de

la Humanidad y no simplemente de la interpretación teórica de los postulados anarquistas: *sólo la libertad puede engendrar libertad y la autoridad engendra tiranía.*

Veamos pues cuáles son las razones que me han llevado a considerar la actuación política y social de esos Jefes providenciales tan nefasta para la emancipación de las masas explotadas: tanto para las de sus países como para las del resto del mundo.

La primera de estas razones es el fracaso de todas las experiencias históricas similares que les han precedido. Fracasos producidos tras haber conquistado el Poder y, en algunos casos, tras el ejercicio del mismo durante largos periodos de tiempo. No creo necesario enumerar y explicitar estos fracasos porque me parece obvio que cualquiera que mire la historia sin ojeras ideológicas partidarias puede constatarlos: no sólo en América latina sino en todo el resto del mundo. Todas las otras razones surgen lógicamente al analizar las causas de estos fracasos que, en general, son consecuencia de la centralización decisoria y la personalización del Poder. De ahí que mis críticas a los Castro, Chávez, Lula, Morales, etc., como a Allende, sean el resultado del análisis de sus trayectorias militantes que les han permitido convertirse en Jefes providenciales y también del militantismo "revolucionario" de las masas que les han seguido o les siguen incondicionalmente. Militantismo siempre al servicio de una ambición personal en los líderes y militantismo siempre obediente e incondicional en las masas que han aceptado y encumbrado a estos Jefes máximos.

Es ese militantismo verticalista el que inevitablemente ha conducido al culto de la personalidad y al reforzamiento de la alienación de las masas. Inclusive en los casos en que ese populismo, pretendidamente revolucionario, se ve obligado a mantener las estructuras "democráticas" del Poder burgués y a renunciar, provisionalmente, a instaurar el "socialismo" (capitalismo de Estado); pues también en esos casos contribuye a la alienación de las masas: tanto frente al Poder como frente al Capital. Y esto es así porque la alienación en los explotados y dominados se *produce al hacer creer a éstos que no lo son: ya sea al hacerles creer que el Poder es suyo o que un día lo será... si continúan apoyando incondicionalmente al Jefe. De ahí que se pueda calificar de populistas a todas esas experiencias, pues se fundan y legitiman por la conquista y el ejercicio de un Poder que se pretende haber sido conquistado y ejercerse en nombre del pueblo y para el pueblo. Aunque en ocasiones lo

hagan también en nombre de la nación y de la patria y al servicio de ellas - pues hace ya mucho tiempo que dejaron de hacerlo en nombre del proletariado, de la clase trabajadora o de los obreros. Populismo de "izquierda"; pero populismo, puesto que inclusive cuando pretende respetar las reglas de juego de la democracia parlamentaria es un movimiento al servicio de un jefe carismático que aspira a ejercer una hegemonía de carácter paternalista y totalitaria: en nombre del pueblo y sobre el pueblo.

Qué más desearía yo que poder observar, en estos populismos revolucionarios a la obra, hechos concretos que den crédito a la esperanza en un desarrollo diferente al que llevó al fracaso a los populismos revolucionarios anteriores. Pero, por más que observe sin *a priori* la realidad actual de esas praxis, todo indica que están bien instaladas en el mismo proceso de perversión ideológica y de fiasco revolucionario que las que les han servido de modelo. Fracasos que han contribuido decisivamente a la expansión y consolidación del sistema capitalista de explotación y dominación, además de convertir en paradigma de la representación política a la Democracia burguesa como única garante de los derechos humanos. Y ello pese a las "crisis" sucesivas de este sistema que no ha parado de agravar las injusticias y de provocar conflictos bélicos y catástrofes ecológicas.

Tal es el balance catastrófico de ese populismo, pretendidamente revolucionario, que ha culminado su cínica involución ideológica en el "capitalismo-socialista" chino tras asumir, descarada y brutalmente, el desarrollismo capitalista. Desarrollismo cuyo ideal es la explotación máxima del trabajo asalariado con el mínimo de protección social y sindical. A esto ha quedado reducida la vía populista al "socialismo" en el mundo de hoy: a la alianza sagrada, gracias a la burocracia, entre el Capital, el Estado y los Sindicatos para explotar impunemente a los trabajadores. De ahí que las transnacionales sigan invirtiendo en esos países pretendidamente socialistas o en vías de serlo...

No son pues razones ideológicas las que me han llevado a establecer tal balance sino una rigurosa observación del acontecer político-social en este último siglo de historia al menos. Observación y análisis que obliga, si se tiene un mínimo de honestidad intelectual, a sacar esta conclusión: toda manifestación de Poder implica dominación y ésta es indisociable de la explotación. Además de esta otra: la transformación del Poder en un aparato de dominación, inclusive el que se constituye tras una lucha de liberación, no depende de la voluntad de dominar de quien lo ejerza sino que es una consecuencia

inevitable de toda forma de relación social estructurada jerárquicamente. De ahí que todas las tentativas por instaurar el socialismo desde el Poder hayan sido -pese a sus diferentes especificidades- simples populismos con retóricas revolucionarias, y que todas las que triunfaron hayan acabado privatizando el Estado y restaurando el capitalismo privado.

La particularidad más significativa y la más nefasta de este moderno populismo "revolucionario" es este sincretismo Estado-Capital bajo el aura del Socialismo estatista, y nada permite afirmar que las tentativas de instaurar uno más democrático, como decía pretenderlo Allende, habrían podido evitar caer en el burocratismo sincrético y habrían podido abrir las puertas a un futuro más radiante...

No lo viví de cerca, pero me parece que también Allende encabezaba un proceso simbólico-político en el que los conceptos de Pueblo y Patria se fundían -no sólo retóricamente-con el de Revolución; pero, además de lo que podía significar para él el término de Revolución, es indiscutible que esa fusión era también para él, como para los Castro, Chávez, Lula y Morales, sinónimo de un todo deificado en torno a su persona y a un imaginario social de la soberanía popular centrada en el Jefe. Es por ello y por ese final trágico-épico que figura en el Panteón de la izquierda populista continental y mundial, aunque en ocasiones ésta le ponga bemoles a su "verdadera" identidad revolucionaria...

Diré, para terminar y contestar al lector de *alabarricadas*, que hay diferencias en las maneras de hacer política y gobernar de los Castro, Chávez, Lula y Morales, y entre cada uno de ellos y Allende; pero que existe un común denominador entre ellos: el de querer ser protagonistas de la historia futura sin romper con la del pasado. Es por eso que no creo en la posibilidad de avanzar a través de ellos y de sus experiencias hacia la emancipación de los pueblos. Al contrario, creo que constituyen rémoras en el avance hacia ella, pues en su apogeo infunden el sometimiento en las masas y al quedar al descubierto su superchería propagan en ellas la desesperanza y la desmovilización. Fraternalmente.

(29/VI/2010) en *alabarricadas*

Por la necesidad y la urgencia de la crítica

Mi última contribución, "*Populismo y emancipación*", contestando a un lector de *alabarricadas* que me había pedido mi opinión sobre los Castro, Chávez, Lula y Morales en relación con Allende, ha suscitado los comentarios de una lectora (anonim@) y de un lector (Víctor T), en los que se me reprocha el criticar (en "todos sus artículos recientes") sólo "a las figuras de izquierda que en diversas maneras han aportado a la movilización de la clase trabajadora y de los pobres", según anonim@, y el no denunciar, según Víctor T, "los abusos europeos y franceses hacia latinoamérica". Lo curioso es que no se cuestiona lo fundado o no de mi crítica a esas "figuras de izquierda" sino únicamente el no extenderla a la derecha ("Ya no se critica ni a Europa, ni a USA ni a los peces gordos"). ¿Será porque la comparten?

Sea lo que sea y por considerar legítimo el derecho a la discrepancia y necesaria la crítica, comenzaré por agradecerles sus comentarios y decirles que lean, en Google, el artículo "*La verdadera amenaza: el totalitarismo capitalista*", que escribí para *EL Libertario* (de noviembre/diciembre 2004); pues creo que a través de dicho artículo podrán darse cuenta de lo fundado o infundado de sus reproches (sobre mi "mutismo" critico ante todo lo que de cerca o de lejos sirve al capitalismo) y quizás también del por qué considero tan necesario hacer la crítica de la retórica pseudorevolucionaria y de la actuación política de esas "figuras de izquierda" que, según yo, contribuyen consciente o inconscientemente al desarrollo y consolidación del proyecto hegemónico mundial del Capital.

Claro que a anonim@ y a Víctor T puede parecerles secundario lo ocurrido en la Unión Soviética y en China -sólo para referirnos a las "revoluciones anticapitalistas" más paradigmáticas. Pero, por lo menos, deberían reconocerme el derecho de que a mi no me lo parezca, y que, al contrario, lo considere de gran trascendencia para el futuro del movimiento emancipador en todos los continentes. No sólo por ser ejemplos indiscutibles de la falacia emancipadora del marxismo-leninismo sino también de su connivencia y confabulación con los que mandan en el mundo. De ahí que para mi sea tan necesario comprender y denunciar las causas del fracaso de esas experiencias; pues estoy convencido de que ellas han contribuido -tanto o más que las experiencias social-demócratas y las políticas de la Derecha- a extender y consolidar el totalitarismo capitalista por todo el planeta. Además de que no son sólo esas

dos experiencias, pretendidamente anticapitalistas, las que han fracasado y acabado nuevamente restableciendo el capitalismo, sino todas las intentadas en base a las concepciones inevitablemente autoritarias del marxismo-leninismo.

¿Son aún necesarios más fracasos para ver la diferencia entre los discursos revolucionarios y las realidades políticas, económicas y sociales de estas "figuras de izquierda"? ¿Por qué se debería criticar y denunciar a los Blair, Zapatero, Alain García y ahora también a Lula como cómplices del capitalismo, nacional y transnacional, y en cambio no a los Castro, Chávez, Evo, Correa y Ortega? ¿No son coincidentes sus políticas económicas y sociales? ¿No criminalizan todos ellos los movimientos sociales que les reclaman más justicia y más derechos? ¿Hay realmente diferencias entre ellos en la manera de ejercer el Poder y en los resultados? ¿No es el capitalismo hoy un imperio planetario y los Estados nacionales sus servidores, inclusive aquellos que aún pretenden combatirlo?

¿Es mentira esto? ¿Es propaganda imperialista o es el fiel reflejo de la realidad? ¿De qué serviría ocultarlo? ¿Qué ganaríamos tapándonos los ojos o mirando hacia otro lado? Yo también habría deseado que el desarrollo y el final de esas experiencias hubiese sido otro, que realmente hubiesen desembocado en el socialismo igualitario y libertario que sus promotores nos anunciaban y prometían. O por lo menos en formas sociales cercanas o avanzando hacia tal objetivo. Pero no es lo que ha sucedido o lo que está sucediendo: ni en las experiencias que, tras largos periodos de control exclusivo del poder por el partido "revolucionario" y de "socialismo real" (en realidad simple y puro capitalismo de Estado), han vuelto o están volviendo al capitalismo puro y simple, ni en las que ese partido o sus Jefes están ejerciendo más o menos hegemoníicamente el poder, tras ganarlo en la competición electoral propia de las "democracias parlamentarias", y aplicando políticas productivistas en asociación con las transnacionales capitalistas. Y no ha sucedido ni sucederá porque estas experiencias, que yo he calificado de populistas, no cambian la condición de explotación de los trabajadores ni les aportan mejoras substanciales para salir de la pobreza. Además de su incapacidad o falta de voluntad para evitar la devastación del medio ambiente y la aculturación de las poblaciones indígenas en la mayoría de estos países.

Yo no creo que se pueda negar el catastrófico balance de más de un siglo de marxismo-leninismo, de socialismo estatista. Creo que debemos reconocer

esta evidencia y que ello no implica renunciar a la emancipación ni caer en el derrotismo o en la desmovilización. Al contrario, sólo reconociéndolo se podrá comprender el por qué han fracasado hasta hoy todas las tentativas de acabar con la explotación del hombre por el hombre y sólo así se podrán sacar enseñanzas útiles para el futuro... Creo pues que hacerlo es un deber revolucionario, y que debemos hacerlo sin sectarismos ideológicos, sin intereses partidarios, con el fin de no volver a extraviarse por senderos que conducen a callejones sin salida a los explotados y dominados.

Por supuesto, no se trata de pretender detentar la verdad, de dar lecciones o de imponer rutas... Simplemente, honestamente, de ver lo que no ha funcionado y no funciona, pues esto será de gran ayuda para poder iniciar nuevas experiencias y tratar en ellas de no repetir lo que ha fallado.

¿De qué nos serviría empeñarnos, por fidelidad doctrinal o creencias mesiánicas, en no ver lo que hay detrás de los líderes carismáticos, de los Mesías...? Y esto es válido para todos los líderes y todos los Mesías, sean de Derecha o de Izquierda, inclusive para los que se presenten con la etiqueta anarquista. Y no sólo porque el Poder es y será siempre dominación del hombre sobre el hombre sino porque no hay autoridad que no implique obediencia, sometimiento, y porque no es con la obediencia y el sometimiento que se conseguirá la libertad para todos.

¡Siempre se ha dicho que "la emancipación de los trabajadores será la obra de los trabajadores mismos", y siempre se ha visto que si las personas no deciden por sus propias vidas son otros que lo hacen por ellas! ¿Por qué olvidarlo ahora? Si hay una lección a sacar de más de un siglo de socialismo autoritario es que si los trabajadores no gestionan ellos mismos la economía y la sociedad será de nuevo una élite, una burocracia, la que lo hará en su lugar y para su exclusivo beneficio.

Además, si debemos considerar que estas "figuras de Izquierda" en el Poder (el Poder que dicen ejercer los Castro, Chávez, Lula, Morales y todos los que gobiernan o han gobernado antes en nombre de la Izquierda revolucionaria, como los Lenin, Stalin, Mao, etc., o los que lo han hecho en nombre de la Izquierda reformista, como los Blum, Largo Caballero, Allende o los actuales Zapatero) no pueden, no pudieron, poner en obra sus programas en razón del entorno internacional desfavorable, ¿qué sentido puede tener pues luchar por conquistar ese Poder si lo único que les permite es ser diferentes en la retórica discursiva?

Hoy sabemos el por qué el capitalismo no ha sido derrotado y por qué han sido esas "alternativas" populistas las que más han contribuido -tanto en su variante reformista como en la revolucionaria- a imponerlo como imaginario del progreso y la convivencia "democrática"...Por lo menos en el imaginario de las grandes masas... Y ello pese a seguir produciendo enormes y graves injusticias, a hacer pesar sobre la humanidad la amenaza de su propia destrucción y a seguir verificándose, día a día, su falaz concepto de libertad. Es pues por ello que no tenemos el derecho de seguir engañándonos, de seguir creyendo en mitos y de esperar que el fin de la explotación y la dominación lo encontremos por los caminos del capitalismo o del socialismo estatista (simple capitalismo de Estado).

Hoy más que nunca debemos tener presente aquello de que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de ellos mismos. De ahí la necesidad y la urgencia de denunciar y combatir a todos los que, en nombre de la libertad capitalista o de la libertad revolucionaria, nos quieren confiscar la nuestra.

(29/VII/2010) en *alabarricadas*

Retórica y praxis revolucionarias...

(Respuesta fraternal a las objeciones de Karina y Ana)

El número de lecturas y la serie de comentarios hechos a mi artículo, "*Por la necesidad y la urgencia de la crítica*", me parecen una buena indicación del interés por los debates en torno a las retóricas y las praxis revolucionarias actuales. ¿Cómo pues conformarse con lo dicho -por unos y otros- y no tratar de seguir avanzando en un tema tan crucial y polémico? Sobre todo que los comentarios -salvo el del que se esconde tras un supuesto Julián G. para insultar y calumniar- reflejan un interés real por el tema y parecen expresar sinceras convicciones o dudas. Lo intentaré pues a partir de los comentarios de Karina y los de Ana. Los de Karina porque, a pesar de algunas interpretaciones y afirmaciones perentorias, me parecen reflejar bien esas "convicciones" y esas "dudas", y los de Ana porque me parecen resumir las "dudas" de Karina y plantear la necesidad de explicar "cómo se llevan a cabo en los casos concretos" las "propuestas anarquistas"...

Consideraciones previas

No estar de acuerdo en todo no me parece ser un crimen ni manifestar tal desacuerdo es hacer el juego al enemigo. Espero coincidamos pues en que

discrepar es un derecho inalienable y que ejercerlo ha contribuido a que la humanidad supere sus periodos más sombríos y progrese en el respeto de los derechos humanos.

Dicha esta obviedad, ¿cómo podría pensar que Karina es "una pesada" por no haberle parecido suficientemente convincentes mis explicaciones y que, por ello, haya insistido reiteradamente en dejar constancia de su insatisfacción? ¿Cómo podría pensarlo, tras defender yo el derecho y la necesidad de la crítica al discurso y a la acción política? No, no me han molestado ni me molestarán sus críticas puesto que ella dice haberlas hecho "con respeto y sin ánimo pendenciero". Incluso cuando, pese a las referencias que le he dado sobre mi anticapitalismo y antiimperialismo, me atribuye un silencio, "ante los poderes centrales", que no se corresponde en absoluto con lo que es o ha sido realmente mi actuación militante.

La verdad del argumento

En efecto, la retórica y la praxis revolucionarias deben ser juzgadas a la luz de lo que dice el discurso y de la práctica que le sigue; pues, como bien dice Ana, "la razón no la da ni la fuerza, ni el número, ni el éxito... La razón la da la verdad del argumento". Y es precisamente la verdad de los argumentos de nuestra crítica al populismo "revolucionario" la que nos da razón. No sólo porque la praxis de ese populismo contradice flagrantemente su retórica revolucionaria sino también porque detrás de nuestra crítica hay una praxis consecuente o, por lo menos, que intenta serlo. Una praxis transparente y verificable, que sí permite confrontar los discursos con sus prácticas, con las biografías. Una confrontación tanto más importante si los discursos y las praxis son de personas que se pretenden y se proclaman urbe et orbi revolucionarias.

Evidentemente, yo no digo ni pretendo que cuantos se proclaman "anarquistas" lo sean o que actúen como tales. Como en todos lados, también entre los anarquistas los hay que dicen una cosa y hacen otra... Inclusive los hay con un "anarquismo" reducido al folklore de las banderitas rojo y negras u otros símbolos supuestamente ácratas. Como otros con conductas sectarias, autoritarias... No obstante, me parece que la mayoría de los militantes anarquistas intenta serlo auténticamente y que sus prácticas, sus biografías, testimonian de una lucha permanente contra la explotación y la dominación, contra los que Karina llama los "peces gordos" del capitalismo. Además, tampoco pretendo que los anarquistas seamos los únicos en llevar esa lucha; pero, lo reconozca o no Karina, nada hay más antinómico con el capitalismo que el

anarquismo. No sólo desde el punto de vista teórico sino de la práctica. La historia está ahí para probarlo, y si se consultan las biografías de la mayoría de los militantes anarquistas, desde antes inclusive de los Sacco y Vanzetti hasta el día de hoy, se podrá constatarlo. Y, en mi caso, estoy seguro de que Karina no me habría acusado de guardar silencio ante esos "peces gordos" si hubiera conocido mi trayectoria militante... No sólo porque, por no guardarlo, he tenido que pasar algún tiempo en sus cárceles sino también porque siempre he tratado de ser solidario con los y las que han luchado contra las oligarquías y los imperialismos... Lo que no me ha impedido, claro es, denunciar sus desvíos autoritarios cuando éstos se han producido y vuelto insoportables. Pero siempre dando la cara...

La importancia de dar la cara...

Es en este sentido que creo va el comentario de Karina cuando afirma, tras reconocer la importancia de la crítica, que "es muy importante cómo se hace, de dónde la hace y quién la hace". Y tiene mucha razón en considerar importante dar la cara en los debates de ideas; pues sólo así se puede saber si lo que se afirma es consecuente con lo que se hace. Lo que, evidentemente, no es posible hacer cuando las afirmaciones o las denuncias son hechas desde el anonimato...

Firmar únicamente con un nombre propio (Karina, Ana, Pepito o Julián G.) sólo permite identificar los comentarios, pero no saber lo que hacen o han hecho sus autoras o autores ante los "peces gordos"... Entonces, ¿qué valor pueden tener las afirmaciones o acusaciones hechas desde la interpretación beligerante, fruto de la ignorancia, como es el caso de Karina, o de la mala fe, para calumniar y difamar, como es el caso del que fue llamado al orden por el moderador?

Coincidirá pues Karina en la necesidad y el deber ético de situar el debate en el plano de los argumentos y no en el de las descalificaciones, y en que, para conseguirlo, no hay que tener miedo a dar la cara...Se trata, como lo ha dicho Ana, de dejar de lado las diatribas para que sea la verdad de los argumentos la que permita saber quién tiene razón o dónde ésta está: tanto para saber si la crítica es justa como para saber si debe hacerse o no hacerse pública para no desmoralizar a las masas, tal como lo teme Karina.

¿Ignorancia o beligerancia?

Es con este objetivo que yo he intervenido y lo seguiré haciendo, pues sólo así

podremos confrontar seriamente nuestros argumentos, ver lo fundado o infundado de nuestros acuerdos o nuestras discrepancias y hacer del debate un arma útil para avanzar en la lucha contra la explotación y la dominación. Una lucha que a pesar de nuestras divergencias, tácticas o estratégicas, nos es y debe ser común. De ahí que, al formular y avanzar nuestros argumentos, sea tan importante, tan fundamental, no confundir ignorancia con beligerancia: tanto para que los argumentos correspondan a constataciones y no a interpretaciones beligerantes o a intereses ideológico-partidistas, como para que la beligerancia sea de clase, únicamente contra los que nos explotan y dominan.

Se tenga o no conciencia de ello, el verdadero, el único enemigo de los explotados y dominados es el que les explota y domina. Y no deberíamos ignorarlo ni perderlo de vista; pues desde tiempos inmemoriales el enemigo de los explotados y dominados hace todo lo posible por dividirlos y enfrentarlos, para aparecer con otra careta, para no ser reconocido o para justificarse y así poder perpetuarse.

El interés de los explotadores y dominadores es conseguir que los explotados y dominados no se unan contra los que les explotan y dominan, y que por ello busquen condicionarlos en la obediencia beligerante y en la ignorancia... Y para eso se inventaron y sirven las creencias religiosas, las patrias y los partidos...

¿Quién desmoraliza...?

El enemigo es el Poder y Karina sabe que, desde entonces hasta el día de hoy, el Poder ha sido eso o ha acabado siéndolo. De ahí la importancia de conocer y no olvidar la historia, de no ignorar lo que pasó y de no cerrar los ojos ante lo que está sucediendo... Y de ahí también el deber revolucionario de informarse y de aportar información sobre ello, de poner en evidencia las contradicciones entre las retóricas y las praxis revolucionarias: tanto en las de ayer como en las de hoy.

¿Hay otro modo de contribuir a despertar la conciencia de los alienados sobre lo que les aliena? ¿Es preferible callar y hacerse cómplices de la alienación? ¿Hay algo más desmoralizador que, a posteriori, saberse engañado, traicionado? Sólo desde la ignorancia o la beligerancia ideológico-partidista se puede considerar menos desmoralizador el engaño y la traición que su crítica y denuncia. Sin embargo, eso es lo que Karina parece pensar... Pues, efectivamente, aunque dice compartir muchas cosas de las que yo he dicho, sobre el po-

pulismo "revolucionario" y los "salvadores providenciales", y que está de acuerdo con Julián Contreras cuando éste le dice "que las medidas que toman los gobiernos también pueden desmoralizar al pueblo y sembrar el desánimo", sin embargo persiste en considerar desmoralizadora la crítica que hacen los anarquistas, y en particular la que yo hago "a ultranza a gobiernos tercermundistas".

Y la razón, según ella, es que los anarquistas no comunican bien y yo meto "en el mismo saco" a todos los gobernantes al "decir que Lula, Blair, Zapatero, García, Evo, Chávez, son todos iguales". De ahí que llegue a decir que, para ella, esto "es o mucho sectarismo o mucho desconocimiento", y que "ignorar estas diferencias es fundamental y ahí está una falacia de su (mi) argumento".

La falacia del mal menor...

Falacia es no decir que lo que considero "iguales" (yo digo "coincidentes") son "sus políticas económicas y sociales", así como sus políticas de criminalización "de los movimientos sociales que les reclaman más justicia y más derechos". Además, el creer y decir, como lo cree y afirma Karina, que esos gobernantes son "diferentes" no invalida el hecho de que sus políticas sean antisociales, criminalizadoras de los movimientos reivindicativos de los trabajadores.

Repito: "¿Hay realmente diferencias entre ellos en la manera de ejercer el Poder y en los resultados?" ¿Ha puesto alguno de ellos fin a las injusticias y a la explotación de los trabajadores? Pues es evidente que si la respuesta fuese afirmativa, si se considera que las hay y son fundamentales, no deberíamos criticar la política de Zapatero porque la de Aznar fue peor y la de Rajoy puede serlo. Con esta "lógica" (la de Karina, no la mía), ningún gobernante debería ser criticado, pues siempre puede haber o habido uno peor, y criticarlo podría desmoralizar al pueblo o, por lo menos, a sus electores... Además, hasta en los peores se puede encontrar siempre algo "positivo", y si eso les eximiera de toda crítica, ¿cómo criticar al capitalismo y sus gestores si también éstos se atribuyen logros en educación, en salud, en seguridad social, etc.?

Es pues esta lógica, la del mal menor, la que nos obligaría a cerrar los ojos y a no criticar la socialdemocracia. No porque su gestión del capitalismo no sea consecuente con el programa socialdemócrata sino simplemente porque la gestión de la derecha sería o podría ser aún más antisocial y antidemocrática.

La crítica es necesaria, pero...

Karina debería ser consciente de lo ilógico de su lógica; pues, aunque diga que "no basta criticar sino que hay que ofrecer propuestas" y que si la crítica anarquista o de izquierda no las da, "entonces solamente contribuye a desmoralizar al pueblo y a pensar que no hay más que el capitalismo salvaje", ella no deja de reconocer que "la crítica anarquista puede y debe ser una contribución" y que "es necesaria para desarrollar una propuesta nueva para cambiar las cosas". Inclusive llega a decir que la considera "el mejor antídoto para los excesos autoritarios de la izquierda" aunque no deje de insistir en condicionarla: "pero siempre y cuando sea comunicada de mejor manera, con un lenguaje que evite generalizaciones y exageraciones peligrosas..."

Así pues, el problema no es, para Karina, la crítica sino su "lenguaje", la "manera" en que ella es comunicada o "por lo menos críticas como las de Alberola." De ahí que, a pesar de afirmar que "los anarquistas tienen un rol mucho más importante que jugar en el mundo moderno", nos insista en presentar "propuestas claras y viables" y nos incite a "explicar bien" nuestros conceptos... Pues, según ella, utilizamos conceptos "muy abstractos" y propuestas como "autogestión", "socialismo libertario", "libertad", etc., que considera "demasiado amplias"... A lo que Ana agrega que "hay que explicar cómo se llevan a cabo en los casos concretos"...

¿La viabilidad de la "crítica" condicionada...?

Claro que la crítica "no es suficiente si no es acompañada de actos y propuestas viables" y que no se debe "conducir el debate desde la 'verdad' y desde el 'conocimiento'" -es decir: desde la 'verdad' revelada y el 'conocimiento' auto-suficiente. Pero, todos y todas debemos respetar este imperativo deontológico; pues es muy frecuente ver "la paja en el ojo ajeno sin ver la viga en el propio".

Ahora bien, el problema es ¿cómo juzgar los actos y las propuestas para saber si son viables? Pues es evidente que juzgar es una acción subjetiva y que sólo a posteriori se puede saber si los actos y las propuestas han sido viables o el por qué no han podido serlo. De ahí que esa condición de viabilidad sea inviable: tanto por depender de la subjetividad como de la temporalidad.

¿Qué clase de crítica sería una crítica condicionada por la subjetividad y la temporalidad? La crítica, para serlo, debe ser libre, y sólo -como dice Ana- le da razón la verdad de los argumentos aportados. Una verdad cuya veracidad

sea obvia y verificable. Y esta es la verdad de la crítica anarquista a la actuación política del populismo "revolucionario": tanto por denunciar la contradicción (flagrante o disimulada) entre la retórica populista "revolucionaria" y su praxis como porque su objetivo no es volver al pasado, al capitalismo, sino incitar a los que siguen estando alienados en esas experiencias a seguir luchando por su verdadera emancipación.

La propuesta anarquista

Claro que esta incitación a la lucha, que para mí como para muchos anarquistas más es suficiente como propuesta, puede parecerles insuficiente a Karina y a muchos más... De ahí que Karina nos reproche el no explicar suficientemente "lo que significa el anarquismo", pues "la mayoría no sabe que es el anarquismo y nadie tiene por que saberlo". Pero, el anarquismo ¿debe ser explicado? ¿Deben los anarquistas decir a la gente cómo emanciparse y organizarse?

Yo no lo creo y tampoco creo que la función del anarquismo sea hacer propuestas... El anarquismo no es, no debe ser una religión o una ideología, y mucho menos una iglesia o un partido que si tienen programado el funcionamiento de la sociedad -por supuesto, un funcionamiento autoritario, clasista, al que todos deben someterse.

Para los anarquistas, emanciparse de la explotación y la dominación, significa poner fin al Poder de unos sobre otros, decidir por si mismos y liberar la imaginación de todos y todas en beneficio de todos y todas. Es una propuesta que sólo puede decirse con el ejemplo: no aceptar ser mandado y no querer mandar. Eso es lo único que les decimos, que podemos decirles a los demás; pues es evidente que tanto en la lucha contra el actual sistema de dominación y explotación como en la experimentación de formas sociales nuevas, no jerárquicas e igualitarias, no debemos imponer ni admitir propuestas que no hayan sido pensadas y aprobadas por todos y todas.

La propuesta anarquista no requiere ser explicada para saber cómo se lleva a cabo en los casos concretos, puesto que, para transformarla en acción, basta con sentir el deseo y la conciencia de la libertad. Un deseo que debe sentirse, instintiva y reflexivamente, que no se puede imponer y, además, que sería inútil querer imponerlo. Se comprende pues que los y las haya que aún necesitan jefes, dirigentes, mentores y proyectos acabados de sociedad para luchar, y que, por ello, consideran la propuesta anarquista insuficiente y utópi-

ca. Pero, ¿de qué serviría hacerles una propuesta menos "insuficiente", menos "utópica", más "concreta", si no sienten el deseo de ser libres o si dudan de su capacidad de serlo? ¡De serlo, para decidir por ellos mismos!

Ser anarquista es adoptar una actitud, un comportamiento, una conducta rebelde, opuesta a toda forma de autoritarismo. Por eso es tan absurdo, tan ridículo decir, pretender que son, que somos pocos... Todo o toda rebelde, iconoclasta, lo es aunque no lo sepa, aunque no lo reivindique. Ellos y ellas han sido y son el acicate que ha hecho y hace avanzar la historia hacia horizontes de libertad, de igualdad, de fraternidad. Por eso podemos hacer nuestro el apotegma camusiano: "A decir verdad, todavía no hemos salido de la humillación. Mas el mundo gira, la historia cambia y un tiempo se acerca, de ello estoy seguro, en que ya no estaremos solos". Fraternalmente

(25/VIII/2010) en *alabarricadas*

Transparencia y consecuencia en la lucha anti-capitalista y antiautoritaria

Desde mi primer artículo para esta sección ("Opinión") traté de dejar bien claro el por qué había sido y seguía siendo primordial para mi la lucha contra el capitalismo. Y, por si hubiesen algunas dudas, precisaré que es tanto por razones éticas e ideológicas (el rechazo de toda forma de explotación y de dominación) como porque la continuidad de este sistema, que hoy condiciona directa o indirectamente el funcionamiento de todas las sociedades humanas, se ha convertido en una verdadera y grave amenaza para nuestra propia supervivencia.

Dicho esto, ¿cómo habría podido cerrar los ojos ante esas falsas alternativas al capitalismo que, pese a sus retóricas revolucionarias, continuaban funcionando bajo los mismos criterios productivistas y las mismas relaciones jerárquicas capitalistas? ¿Debería haberme callado ayer, cuando era evidente que acabarían restaurando el capitalismo, y debería hacerlo ahora, tras haber quedado probado que todas esas "alternativas" conducen inexorablemente a la restauración del capitalismo más salvaje? ¿Acaso no es lo que hemos ido constatando a lo largo de estas últimas décadas?

En efecto, tras casi un siglo de luchas revolucionarias por la conquista del

Poder y de revoluciones victoriosas, ¿qué es lo que estamos obligados a constatar? Que tras conquistarlo y pretendido haber instaurado el socialismo o el comunismo, ese "socialismo" o "comunismo" no eran más que capitalismo de Estado. Y de ahí que en ninguna de esas experiencias se procediera a la socialización de lo estatal, a dejar en manos de los trabajadores el poder de decisión y la autogestión de la sociedad. Concretamente: para poner fin a la explotación y la dominación. Ni lo hicieron ni lo intentaron, ni en lo económico ni en lo político. Al contrario, todas ellas mantuvieron el salariado y el ordeno y mando de las burocracias, y de ahí que coexistieran pacíficamente y comerciaron con los países capitalistas y acabaran siendo abiertamente sociedades capitalistas.

Cómo no ver pues a dónde conduce la lucha por el Poder y lo antinómico que es su ejercicio con toda tentativa revolucionaria de acabar con él. Claro que lo mismo se puede decir y he dicho del ejercicio del Poder por parte de los socialdemócratas. De ahí que se deban incluir y yo haya incluido en este balance negativo las experiencias hechas desde la óptica socialdemócrata; puesto que todas ellas han acabado también en fracasos "reformistas" y han contribuido al reforzamiento y expansión del capitalismo.

Ahora bien, es verdad que del fracaso de las alternativas supuestamente anarcosindicalismo hayan sido más eficaces para poner fin a la explotación y la dominación capitalista. Es obvio que no; pues ni siquiera la experiencia revolucionaria libertaria de 1936 en España permite llegar a una tal conclusión. Además, ¿cómo habría podido llegar a ella cuando el capitalismo sigue siendo, hoy por hoy, hegemónico en el mundo y no sea avizora aún su muerte? Sí, ¿cómo podría pretender tal inepticia, cuando tampoco el anarquismo y el anarcosindicalismo han mostrado ser capaces de cambiar el rumbo actual de la sociedad de clases? Además de que tampoco están, en tanto que movimientos sociales, exentos de críticas; pues es indiscutible que en su propio funcionamiento interno no han sido siempre consecuentes con sus postulados ideológicos, con su ética antiautoritaria que debería preservarles de toda forma de sectarismo y dogmatismo. Lo único que afirmaba y continuo afirmando es la vigencia y pertinencia de la crítica anarquista al paradigma del cambio social a través del Poder, ya sea por la vía "reformista" o la "revolucionaria". Y que esa crítica me parecía más necesaria que antes: no sólo porque, dado el nivel de desarrollo tecnológico alcanzado, la injusticia de la explotación capitalista es cada vez más inadmisiblesino también porque el funcionamiento paranoico del capitalismo (privado o de Estado) con el medio

ambiente es cada vez más grave y pernicioso. Claro que se puede polemizar en torno a este balance y a la conclusión que yo saco de él. Es verdad que todo es opinable; pero los hechos son lo que son y no creo que mi manera de interpretarlos sea parcial... ¡Qué más quisiera yo que éstos fuesen diferentes, que esas "alternativas" lo hubiesen sido realmente y que el capitalismo estuviese ya en plena agonía! Pero no es así, y por eso sigo considerando primordial luchar contra él y todo lo que contribuye a justificarlo y mantenerlo.

¿Cómo se me puede negar, desde posiciones anticapitalistas y antiautoritarias, el derecho a continuar la crítica de ese falso anticapitalismo que tanto ha contribuido a la actual vitalidad del capitalismo? Además de que no lo he hecho desde el anonimato sino a cara descubierta, desde la transparencia y la consecuencia. Dos condiciones que me parecen importantes para un debate sobre el pasado de las luchas sociales, por la igualdad y la libertad, y aún más para hablar de lo que estas luchas podrían o deberían ser hoy. Y lo he hecho a sabiendas de que al hacerlo en tales condiciones me exponía más a los ataques impertinentes de los dos "extremos" de la polarización política e ideológica en la que nos quieren encerrar los incondicionales de esos "extremismos"; pues, es bien sabido que los dos consideran al que los critica el "amigo" o "cómplice objetivo" del otro. Es por eso que, en nuestro caso, el de los que nos situamos en el campo del anticapitalismo y el antiautoritarismo, no veo que sentido tendría el proceder interesadamente, subjetivamente, a tal crítica, pues lo que nos interesa es comprender el por qué el mundo está como está... ¿De qué nos serviría hacerlo? Y más, opinando desde la transparencia y la consecuencia; pues es obvio que, para comprender el por qué estamos como estamos, es necesario incluirse en el proceso. Además, no tengo nada a "vender"... Los anarquistas no buscamos votos ni cargos... ¿No he dicho que no tenemos nada a proponer salvo a proponer una lucha colectiva contra lo que no nos gusta para hacer posible lo que deseamos: la libertad de decisión para todos? Sé que diciendo lo que pienso, dando mi punto de vista sobre lo que ha sido el discurrir de la historia que me ha tocado vivir, que estamos viviendo, seré objeto de ataques malintencionados y calumnias. ¡Qué remedio, es el precio de no callarme, de ejercer mi conciencia crítica y de tratar de contribuir a profundizarla y expandirla! Y por ello debo seguir haciéndolo, desde la transparencia y la consecuencia, para dejar bien clara mi posición en la lucha anticapitalista y antiautoritaria de hoy en día. Esto fue lo que prometí y lo que voy a intentar hacer aquí, prosiguiendo el debate iniciado a través de esta sección.

El capitalismo hoy...

La forma en que la "liberalización" de los mercados se ha desarrollado y se desarrolla hoy por todo el mundo prueba que el capitalismo no ha renunciado a su proyecto de expansión y hegemonía planetaria, y que su objetivo sigue siendo el de acrecentar los beneficios de las empresas sin importarle los desastres enormes que tal proceder provoca. Lo que no debe sorprender, puesto que estos desastres hacen parte de su estrategia expansionista y desrollista desde hace varias décadas.

En realidad, la idea de aprovechar las crisis y los desastres naturales no es nueva, tiene raíces históricas profundas, pero el hecho es que esta estrategia se ha convertido cada vez más en el modus operandi del capitalismo global. Un modus operandi adaptado, por supuesto, a las retóricas de los regímenes políticos donde opera el Capital; pues, para él, lo que importa es alcanzar los objetivos desarrollistas-productivistas que se ha fijado. Y esta estrategia ha funcionado; puesto que, hasta en los países que se reclaman del "socialismo", los Estados comparten la explotación del patrimonio nacional con los actores privados internacionales.

Nunca antes el capitalismo había conseguido una tal complicidad e impunidad en la implementación de su estrategia de expansión y dominación planetarias. Complicidad e impunidad que ha provocado un cambio radical en la relación de fuerzas entre Capital y Trabajo. Una relación cada vez más favorable al Capital. Y ello tanto en el plano nacional como en el internacional. De ahí que esta relación de fuerzas cada vez más desfavorable para el Trabajo se haya traducido en la cada vez más injusta repartición de la riqueza producida. Sólo en los países emergentes progresan los salarios de los trabajadores progresan, y ello por la necesidad de desarrollar el consumo interno. En cambio, en los otros, estancan o retroceden... Y no hablemos del retroceso en cuanto a derechos laborales y a prestaciones sociales. Lo sorprendente, lo paradójico de este retroceso es que se está produciendo gracias a la gestión política de la crisis producida por el capitalismo. Una "crisis" que para algunos probaba el "agotamiento" de tal sistema. Y ello pese a que han quedado bien en evidencia las intenciones de los responsables de ella: enriquecerse cada vez más a expensas del empobrecimiento de la mayoría. Y cuando el deterioro del medio ambiente provocado por tal sed de enriquecimiento es también cada vez más evidente y catastrófico, y su costo ecológico más difícil de asumir para la humanidad. ¿Cómo negar pues este resultado y no tomar en consideración

esta inédita, paradójica y difícil situación en la que nos encontramos y en la que debe continuarse la lucha contra el capitalismo contemporáneo? Sí, ¿cómo negarlo? Pero también ¿cómo resignarse y no preguntarse el por qué se ha llegado a tal derrota de la clase trabajadora? Y no sólo por culpa del consumismo...

El anticapitalismo hoy...

Por supuesto hay -como siempre- muchas "explicaciones" y hasta "propuestas" para resistir... Inclusive las hay llamando retóricamente a hacer la revolución; pero la realidad es que el anticapitalismo ha quedado reducido hoy a un simple y puro lema ideológico. No es sólo el hecho de que en la práctica seguimos todos cogidos en la trampa que nos ha tendido el sistema capitalista (el trabajo asalariado) sino también el hecho de que una inmensa mayoría no ve la posibilidad o no siente por el momento muchas ganas de salir de ella. Y eso sin hablar de los interesados en que la situación no cambie por miedo a perder sus privilegios; pues en la pirámide del Capital hay desgraciadamente muchos escalones y por ello hay explotados que lo defienden por creerse y ser, en cierta medida, también privilegiados...

Lo reconozcamos o no, la clase trabajadora esta hoy a la defensiva y por ello el sindicalismo ("reformista" o "revolucionario") es incapaz de cuestionar e impugnar el capitalismo, limitándose, en el mejor de los casos, a intentar preservar los puestos de trabajo y evitar los recortes salariales (privados o públicos). Y esto es así porque, aunque a algunos les cueste reconocerlo, todas las alternativas socialistas-estadistas triunfantes se han demostrado, hasta el día de hoy, incapaces de producir la abundancia (ni siquiera de lo realmente necesario) y de poner fin a la explotación y la desigualdad que implica el mantenimiento del salariado. Una incapacidad (no siempre involuntaria) que ha contribuido de manera decisiva al descrédito del socialismo como instrumento emancipador y a la revaloración del capitalismo como factor de progreso...

No obstante, es indiscutible que el anticapitalismo aparece hoy como la única posición racional frente a la perpetuación de la miseria, al incremento de la desigualdad en el mundo y al sin sentido civilizatorio. Es decir: la única crítica y el único combate que pueden llegar a ser un día una verdadera alternativa a la injusticia y al caos y despilfarro productivistas del capitalismo. Caos económico y despilfarro energético y humano que, de más en más, nos están conduciendo a un desastre planetario de consecuencias incalculables. O sea

que no es sólo por sus "valores" (apropiación de la plusvalía del trabajo, deseo ilimitado de poseer riquezas, crecimiento ilimitado y competición individualista que implica la guerra de uno contra todos) que este sistema debe ser combatido sino también por los efectos catastróficos de la primacía de estos valores para el porvenir de la humanidad: tanto en el plano de la convivencia como de la propia existencia. De ahí la necesidad de afirmar y preservar, en este combate, los valores del antiautoritarismo (la libertad, la igualdad y la solidaridad); pues, sin ellos, el anticapitalismo queda reducido a reclamo populista o consigna antiimperialista de las viejas o nuevas oligarquías nacionales, las que reciclan rápidamente y sin vergüenza alguna los valores del capitalismo. Sin la intención, la firme voluntad de poner fin a la explotación del hombre por el hombre, el anticapitalismo no puede conducir más que al "socialismo" (capitalismo) de Estado. Y ya hemos visto a dónde nos conduce éste. Es por ello que cuantos queremos poner fin a la explotación del hombre por el hombre nos reclamamos del anticapitalismo y del antiautoritarismo.

El combate anticapitalista y antiautoritario hoy...

Claro que no basta, que no es suficiente reclamarse del anticapitalismo y del antiautoritarismo, que es necesario transformar de la manera más consecuente posible las palabras en hechos, no reducir este combate en otra retórica más. Que tenemos el deber de que este combate sea la expresión de una intensión, de una voluntad de cambiar esta sociedad autoritaria y de clases, y, en la medida de lo posible, producir cambios que vayan en la dirección del cambio que deseamos.

Esto es obvio; pero también lo es que el contexto no nos es favorable, que además de tener que afrontar una polarización política (coincidente no obstante en el principio de autoridad), que nos es violentamente hostil, debemos hacerlo sólo con nuestras fuerzas. Pues es evidente que sólo traicionándonos podríamos establecer alianzas... o contar con apoyos de los que combatimos. Queda, es verdad, la masa de los explotados y oprimidos que, en principio, debería sentir como suyo este combate. Pero ya hemos descrito más arriba en qué condiciones se encuentra ella tras las múltiples traiciones de que ha sido objeto y de sus renovados desengaños ante esperanzas fallidas. Sí, queda esta masa, esta mayoría de víctimas del capitalismo que, no obstante, no siempre se lo consideran o no siempre están en condiciones de rebelarse y de intentar cambiar su suerte. Sin embargo, quizás nunca antes las condiciones han sido tan favorables para que esta masa tome conciencia de su explota-

ción y opresión; pues nunca antes se contó con tantos e incuestionables ejemplos de lo que no debe hacerse si de verdad se quiere poner fin a esa explotación y opresión.

Esta es la situación en la que nos encontramos y de ahí que debemos adecuar nuestras intervenciones en función de nuestras fuerzas, de lo que tenemos enfrente y, sobre todo, de las perspectivas de encontrar si no apoyos por lo menos una máxima receptividad para nuestras acciones. En otras palabras: creo que debemos ser suficientemente lúcidos para no hacernos ilusiones excesivas; pero que no debemos cejar en seguir haciendo la crítica de todas las manifestaciones impositivas del capitalismo y de todo aquello que contribuya a su consolidación y perpetuación; pues sólo así hay posibilidad de despertar y desarrollar la conciencia crítica de los que sufren la explotación y la dominación. Y en este camino no creo que debemos negarnos a caminar con cuantos, de buena fe, denuncien y combatan los desmanes del capitalismo o los de las alternativas autoritarias aunque éstas se pretendan anticapitalistas. Ya sea en actos de protesta, en manifestaciones callejeras, en huelgas, en campañas de solidaridad, etc., y con organizaciones no gubernamentales, grupos o individualidades que defiendan los derechos humanos y sean independientes de Partidos, Iglesias o Estados. Y siempre y cuando, además de ser de buena fe e independientes, no se dejen manipular por las instituciones y los incondicionales del Poder, de cualquier Poder.

Esto es pues lo que podemos y lo que creo debemos hacer los anarquistas, los libertarios, los anticapitalistas, los antiautoritarios. Y no creo que haciéndolo haya riesgo de dejar de ser lo que pretendemos ser. Mientras seamos consecuentes con los principios igualitarios y antijerárquicos no puede haberlo; pues ese riesgo sólo podría existir si, de antemano, ya hubiésemos renunciado a ellos. Si ya hubiésemos desertado del combate contra el capitalismo y el "socialismo" autoritario.

Sobre *Provea*, el *GIRSC* y el "reformismo"...

Dicho lo anterior, que vale para explicar mi posición en los casos de *Provea* y del *GIRSC*, sólo añadiré que la primera es una ONG que vela por la protección de los derechos humanos y las libertades desde mucho antes de llegar Chávez al Poder y que la reunión del *GIRSC* (Grupo Internacional de Responsabilidad Social Corporativa) en Madrid, en mayo de 2006, tenía por objeto exigir a las empresas españolas operando en Cuba la aplicación de los mismos derechos laborales de los trabajadores españoles para sus trabajadores cubanos en la

isla. Que quede pues bien claro que, para mí, es un deber el denunciar toda violación de los derechos humanos, se produzca donde se produzca, y que me siento solidario de todos aquellos que hacen tales denuncias sean las que sean las víctimas. Como también lo es el denunciar la privación de derechos laborales (en particular el derecho a hacer huelga) a los trabajadores cubanos y el expresarles mi solidaridad frente al Estado-patrón que en Cuba, pese a pretenderse socialista, les explota y sojuzga.

Creo que el "reformismo" tuvo sentido en etapas anteriores de la historia; pero no actualmente. En esas etapas, el sentido de tal palabra era claramente progresista: mejorar por etapas progresivas las condiciones de trabajo y de existencia de los trabajadores y, en general, de todos los seres humanos. Pero eso era ayer, un ayer ya bastante lejano; pues ahora, y desde hace ya algunas décadas, el Capital y los Estados utilizan esa palabra para hacer tragar medidas de retroceso económico, laboral y social para los trabajadores e inclusive para justificar restricciones a la libertad de los ciudadanos. Ahora bien, si nos referimos al sentido del "reformismo" desde el punto de vista programático en los movimientos sociales y en particular en el campo de acción del sindicalismo, es necesario hablar entonces de las dos perspectivas desde las que se planteaba el cambio social: la "reformista" y la "revolucionaria". La primera con una propuesta de cambio gradual y la segunda con una propuesta de cambio radical. Pero, si nos atenemos a lo que han devenido los movimientos sociales y el sindicalismo hoy en día, debemos reconocer que hasta los que siguen sin archivar la revolución son reformistas en la práctica. Claro que éstos siguen pretendiéndose retóricamente revolucionarios; pero en sus praxis no son menos reformistas que los otros; puesto que, si quieren tener una existencia significativa entre los trabajadores, no les queda más remedio que reivindicar mejoras inmediatas, cuando no oponerse a la pérdida de derechos adquiridos, de conquistas logradas y a salvaguardar puestos de trabajo. Es decir: limitarse a una acción defensiva y dejar para las calendas griegas el poner fin al sistema de explotación y dominación del Capital.

No obstante, no creo que sea lógico deducir de lo anterior que esta dinámica sea fatalmente inexorable ni que sea ilegítimo e inconsecuente desear mejorar las condiciones de vida a base de reformas progresivas; pues es evidente que sin ese deseo no habría sido posible desear la revolución. Además, me parece indiscutible que la dinámica social a la obra depende en todo momento de la relación de fuerzas Capital-Trabajo como también el deseo de cambio radical del sistema. Y, en consecuencia, ella puede cambiar; puesto que la

relación de fuerzas, como se ha visto en múltiples ocasiones en la historia, es coyuntural y sus fluctuaciones no son debidas sólo a condiciones económicas y políticas sino muchas veces a estados psicológico-comportamentales "imprevisibles". Pues no debemos olvidar que el deseo de libertad ha estado siempre presente en la historia.

(20/IX/2011) en *alabarricadas*

“Memoria histórica”...

‘Memoria histórica’ y ruptura institucional con el franquismo

Por primera vez en veinticinco años de “Democracia”, un Tribunal se ha pronunciado en favor de las víctimas de la represión franquista, anulando el Auto del Tribunal Supremo que denegaba la revisión del Consejo de Guerra que condenó a muerte en 1963 a los anarquistas Francisco Granado y Joaquín Delgado. Esta decisión es histórica porque prueba que la Justicia franquista (la “legalidad de la época”, según el Supremo) puede ser cuestionada judicialmente, obligando al gobierno socialista a tener que legislar la rehabilitación moral y jurídica de todas las víctimas de la represión franquista. Lo que significa necesariamente la puesta en causa institucional de la legalidad franquista.

La recuperación de la memoria

El proceso de recuperación de la memoria histórica, que desde hace algunos años está en marcha, es un proceso imparable que ha hecho posible la Resolución del Congreso de los Diputados del 20 de noviembre de 2002 condenando “el golpe de Estado militar de 1939” e instando a “la rehabilitación moral de todas las víctimas de la Guerra Civil y de la posterior represión franquista”. Un proceso que está a punto de culminar, tras la decisión del Consejo de Ministros de crear una Comisión Interministerial para estudiar “la situación de las víctimas de la Guerra Civil y de la posterior represión franquista”, en un Proyecto de Ley para “su completa rehabilitación moral y jurídica”. En otras palabras: la anulación de las sentencias pronunciadas por los tribunales franquistas “contra todos los que luchaban por las libertades y la democracia”. Una exigencia asumida actualmente por todos los partidos políticos, excepto el PP. Una exigencia que, aunque haya sido muy tardíamente asumida, se ha convertido en el eje y objetivo prioritario del proceso político de recuperación histórica, tal como lo proponían el “Grupo pro revisión del proceso Granado-Delgado” y CGT. Efectivamente, desde el año 2000 comenzaron a constituirse asociaciones para recuperar la memoria de los vencidos de la Guerra Civil y las víctimas de la dictadura franquista, que la “Transición a la Democracia” había asfixiado al imponer la amnesia histórica sobre ese trágico pasado al mismo tiempo que imponían también la impunidad para los responsables de los crímenes franquistas. Estas asociaciones sólo querían, al principio, recuperar la memoria, pero después todas han comenzado a exigir

también justicia... La “Transición” había instituido la “Democracia” y permitido a los partidos antes proscritos participar en el proceso electoral; pero no significó, a pesar de la Ley de amnistía y la Constitución, una ruptura institucional con la legalidad franquista. Prueba de ello es que, veinticinco años después de haber sido aprobada la “Constitución de la Democracia”, el Tribunal Supremo continúa rechazando los Recursos de revisión presentados por las familias de los republicanos ejecutados por el régimen franquista, como lo ha hecho el pasado 18 de junio con las familias de setenta y dos republicanos de Figueres ejecutados al final de la Guerra Civil. Y eso a pesar de las Resoluciones del Congreso de los Diputados de 20 noviembre 2002 y de 2 junio 2004, que ratificaban la de 2002 y pedían al nuevo Gobierno que se tomen las medidas necesarias para que todas las víctimas de la represión franquista sean rehabilitadas e indemnizadas.

¿Una segunda “Transición”?

Es verdad que el gobierno socialista ha creado esa Comisión Interministerial, presidida por la vicepresidenta del Gobierno, que debe presentar el “Anteproyecto de Ley para regular las medidas que resulten precisas cara a lograr “la completa rehabilitación moral y jurídica” de todas las personas que, “por su compromiso con la democracia, fueron objeto de actuaciones represivas desde el inicio de la Guerra Civil hasta la plena restauración de las libertades”. Pero, casi treinta años después de la muerte del Dictador y a pesar de las precauciones semánticas (no se habla de “dictadura franquista”, por ejemplo), no es tan seguro que este Anteproyecto de Ley contemple la anulación de todos los juicios realizados por los tribunales represivos de la dictadura franquista.

El 15 de octubre último, coincidiendo con el 64º aniversario de la ejecución del presidente de la Generalitat (republicana), Lluís Companys, el Consejo de Ministros ha ordenado a la Comisión Interministerial estudiar prioritariamente la rehabilitación moral y jurídica de Companys. Pero, pocas horas después, la vicepresidenta ha explicado que, desde un punto de vista técnico, el problema es muy complicado puesto que hay que tener en cuenta exigencias constitucionales y garantías jurídicas, etc., agregando que el Consejo de ministros no había fijado una fecha precisa a la Comisión para dar cuenta de sus trabajos... Además, hay que tener en cuenta también que, como ya se puso en evidencia en la votación para la histórica decisión del Tribunal Constitucional, la mayoría de los magistrados del Tribunal Supremo y al menos dos

del Constitucional que votaron en contra afirmaron que “la Constitución no tenía efectos retroactivos” y que “no es aplicable a los actos del poder anterior a su entrada en vigor”, lo que continuaba considerando la “legalidad” franquista intocable. Sin contar, claro está, la oposición del PP, que también defiende esta posición.

La batalla se desarrollará pues en dos frentes: en el judicial y en el político. De ahí la actual lucha por los nombramientos de magistrados en todas las instancias del poder judicial y la táctica de oposición frontal del PP hacia el gobierno socialista. La pelea y el enfrentamiento van más allá del interés personal por el cargo o por la vuelta al poder. Lo que en el fondo está en juego es, a corto o lejano plazo, la continuidad institucional: la continuidad de la propia monarquía. La “Transición” consiguió darle a ésta una cierta legitimidad institucional a pesar de ser la continuidad de la dictadura franquista; pero, al ponerse en causa la legalidad de ésta, quedará roto el “pacto de la Moncloa” y se planteará la necesidad de darle un nuevo contenido a la legalidad de la actual Democracia. De ahí que la cuestión de la remodelación autonómica se vaya radicalizando de más en más. Esto no quiere decir, claro está, que estemos ya en vísperas de un cambio... La relación de fuerzas parece bastante equilibrada y puede ser que el statu quo se mantenga. Pero no cabe la menor duda de que estamos entrando en una nueva etapa de nuestra historia y que el gobierno socialista y los grupos parlamentarios de la actual mayoría no podrán evitar que la ruptura institucional con el pasado franquista se plantee. ¿Asumirán plenamente esta responsabilidad política? No es seguro, pero es evidente que para obligarles a asumirla tendrán antes que asumir la suya los grupos que luchan por esta ruptura.

La anulación de los juicios franquistas parece pues muy cercana. Debemos felicitarnos de ello; pero sin dejar de mantener la presión para conseguirlo. Es evidente que, a pesar de todo el trabajo realizado y los resultados conseguidos, aún será necesario hacer muchos esfuerzos más para obligar a Zapatero a cumplir la palabra dada, para que la sociedad española, catalana, vasca, etc., se libere de ese lastre fascista y pueda comenzar a crear las bases de una sociedad verdaderamente plural y solidaria.

(Otoño 2004) en *Libre Pensamiento*

La guerra no ha terminado

A partir de enero, entramos en el 75º aniversario de la II República española, y el 70º aniversario de la resistencia popular al golpe de Estado y de la revolución española. Las fricciones en torno a la apertura de fosas comunes, fruto de la represión contra los derrotados, en torno al Archivo Histórico de Salamanca, o la aparición de textos revisionistas avalados por la ‘derechona’, nos indican que la memoria es también un espacio de confrontación política. Con el fin de fomentar la reflexión colectiva, iniciamos este debate.

DIAGONAL

Treinta años después de la muerte de Franco y del comienzo de la llamada “transición a la Democracia”, la rehabilitación moral y jurídica de las víctimas de la represión franquista sigue aún pendiente. Comencemos pues por no olvidarlo y centremos nuestra reflexión y esfuerzos en lo esencial de la batalla por la memoria y la dignidad. Y no sólo porque, a unos pocos meses del “75º aniversario de la II República española” y del “70º aniversario de la resistencia popular al golpe de Estado y de la revolución española”, aún no se ha conseguido esta rehabilitación, sino también porque la ‘derechona’ sigue oponiéndose a ella y el Gobierno socialista pretende contentar a los dos bandos de la Guerra Civil.

Memoria y ‘derechona’

No olvidemos además que no sólo es la ‘derechona’ la que sigue considerando a los que se enfrentaron al golpe de Estado contra la República e intentaron realizar una revolución como los vencidos de aquella guerra que enfrentó a las dos Españas. Sino que también los socialistas parecen considerarlo. De ahí que la ‘derechona’, pese a reivindicarse actualmente democrática, no quiera perder el estatus de vencedora y por ello se opone con tanta violencia (verbal, por el momento) a que este estatus cambie.

Prueba de esta convicción es el discurso paternalista y las actitudes prepotentes de sus jefes. Según ellos, ya hicieron bastante concediendo en 1977 la “amnistía” a los vencidos. Para ellos, aunque el PP haya aceptado en 2002 “condenar” el golpe militar de 1936, su victoria es para siempre... Ésa es la

convicción de cuantos integraban ayer e integran hoy la ‘derechona’. Su guerra no fue política, fue clasista. Los de ayer la hicieron para defender sus privilegios y los de hoy siguen dispuestos a hacerla para conservarlos.

La prueba de que la guerra no fue para ellos política, sino clasista, lo es lo bien que se han acomodado al régimen parlamentario. Como también lo prueba lo bien que se han acomodado a la Monarquía los que defendían una República clasista. De ahí que coincidieran en esa “transición”, de la “Dictadura a la Democracia”, que garantizaba a los vencedores sus privilegios y la impunidad, y dejaba a los vencidos en la indefensión y el olvido. Es por ello que la ‘derechona’ sigue oponiéndose a la rehabilitación jurídica de los vencidos, y por lo que reacciona tan amenazadoramente cada vez que se intenta reducir su poder y sus privilegios de clase.

Olvidos

En tales condiciones es normal que la batalla por la memoria no sea hoy exclusivamente histórica, sino fundamentalmente ética. Es decir: política, social, cultural. Son dos Españas, dos concepciones de la sociedad, del devenir de la humanidad, las que se enfrentan en esta batalla. Una tiene como objetivo la perennidad de la sociedad de privilegios, el de la otra es hacerlos desaparecer para que una sociedad más justa sea posible. Son dos concepciones totalmente opuestas, incompatibles, puesto que la primera ni siquiera acepta reformas... El único ‘reformismo’ que acepta es el de la marcha atrás, el de reducir las conquistas sociales logradas tras años de lucha. Dígase lo que se diga, y aunque en las dos haya heterogeneidad de posiciones, la guerra entre ellas sigue...

Una batalla de todos

Esto, que debería ser obvio a la hora de intervenir en la batalla de la memoria histórica, se olvida fácilmente. Sin embargo, eso es lo que determina la oposición de la ‘derechona’ a la rehabilitación de las víctimas del Franquismo, y también lo es del miedo a concretarla institucionalmente que está mostrando el Gobierno socialista. No olvidemos que la izquierda institucional no reivindicó por voluntad propia esta rehabilitación, que hubo que forzarla a hacerlo.

El proceso de recuperación de la memoria histórica comenzó hace muchos años. En 1989, la familia de Julián Grimau presentó un recurso de revisión del Consejo de Guerra que lo condenó a muerte y ni los socialistas que gobernaban ni la izquierda la apoyaron. En 1998, las familias de Francisco Granado y

de Joaquín Delgado presentaron un recurso de revisión en el mismo sentido y los libertarios comenzamos una campaña para rehabilitar su memoria y la de todas las víctimas de la represión franquista.

Es verdad que en el año 2000, con la apertura de las primeras fosas comunes, este proceso de recuperación de la memoria se actualizó más y contribuyó a que surgieran nuevos grupos o nuevas asociaciones para recuperar la memoria ocultada por la “transición”. No debemos pues olvidar que fue todo esto lo que hizo posible que, poco a poco, se actualizara la exigencia de anulación de las sentencias franquistas forzando al Gobierno socialista a constituir la Comisión Interministerial de “Memoria Histórica”.

Es por todo ello que nos parecen improcedentes las actuales “fricciones en torno a la apertura de fosas comunes”. No creemos que se deba competir para saber qué Asociación es la más eficaz o la más consecuente... La batalla de la memoria, de la justicia y de la dignidad no está ganada, y cuantos reivindican de una manera o de otra- la memoria de víctimas de la represión franquista deben tener su lugar en ella. Todos son, somos, necesarios para ganarla.

No comencemos pues con polémicas que nos dividirán y debilitarán. Lo importante, lo urgente es que todos los que queremos ganar esta batalla unamos nuestros esfuerzos para obligar al Gobierno socialista a anular todas las sentencias pronunciadas por los tribunales represivos de la dictadura franquista. Es posible que “las direcciones de los partidos políticos de la izquierda institucional” tengan miedo a que alrededor de la memoria “se construya un movimiento popular que recupere y haga suyos los ideales de revolución social”, como lo ha afirmado José M. Carreño en DIAGONAL; pero lo que sí es seguro es que ese movimiento está hoy muy lejos de construirse, y más si un Partido tiene la pretensión de hegemonizarlo. Sin embargo, lo que sí está a nuestro alcance es obligar al Gobierno de Zapatero a que plante cara a la ‘derechona’ y lleve a término el proceso institucional de recuperación de la memoria histórica y de rehabilitación, moral y jurídica, de las víctimas de la represión franquista. Éste debe ser nuestro objetivo prioritario. Y más en estos momentos en que el portavoz socialista en el Congreso, Ramón Jáuregui, acaba de pedir al PP “consenso en esta materia” y prometido que “lo haremos de una manera que no reabra heridas ni viejas divisiones, sin afanes vengativos”.

Movilicémonos pues todos para impedir que los socialistas rebajen el reco-

nocimiento a los que lucharon por las libertades democráticas (que hoy son constitucionales) y caigan en la infamia de querer ser equidistantes entre fascistas y demócratas.

O. Alberola/A. Martín: *GRUPO PRO REVISIÓN DEL PROCESO GRANADO-DELGADO*).

(07/04/06) en *Diagonal*

El combate por la memoria de la libertad

El autor, destacado miembro del Movimiento Libertario Español en la lucha antifranquista, valora el reciente y nuevo rechazo del Supremo a revisar la condena a muerte de los anarquistas Granado y Delgado.

DIAGONAL

La decisión -por tres votos a dos- de la Sala de lo Militar del Tribunal Supremo, denegando el recurso de revisión contra la sentencia del consejo de guerra sumarísimo que en 1963 condenó a muerte a los anarquistas Joaquín Delgado Martínez y Francisco Granado Gata, no ha sorprendido. La afinidad ideológica con el franquismo del presidente de la Sala, Ángel Calderón, y de los magistrados Agustín Corrales y Javier Julián, ponente del auto, era bien conocida. Es verdad que la singularidad jurídica del caso Granado-Delgado, al existir el “elemento de prueba nuevo” (eximiéndoles de los hechos que les habían sido imputados) permitía esperar de esta Sala la rigurosa aplicación de la Ley Orgánica 2/1989 Procesal Militar y que no vulnerara una vez más el derecho a la tutela judicial -como ya se lo reprochó el Tribunal Constitucional en 2004, obligando a la Sala Militar a retrotraer las actuaciones judiciales al momento probatorio que ella había desechado en 1999. Pero no ha sido así y la mayoría de la Sala no ha querido considerar como verosímiles los testimonios de Sergio Hernández y de Antonio Martín declarándose autores de los atentados, ni mi propio testimonio, como coordinador de las acciones realizadas en aquellos años por Defensa Interior, pese a que la policía y la prensa franquistas me atribuían tal responsabilidad. La ideología fascista de estos tres magistrados ha quedado una vez más en evidencia, pues no sólo consideran como “legalidad de la época” a la dictadura franquista sino que no han

hecho nada para verificar la credibilidad de nuestros testimonios.

Como ha escrito el catedrático de Derecho Constitucional Marc Carrillo, “esta decisión evidencia que algunos sectores del Poder Judicial muestran una impotencia estructural para garantizar los valores del Estado de derecho. Incluso cuando, como en este caso, las normas procesales le facilitan el terreno para una actuación revisionista de un pasado ominoso, que a los miembros de una institución democrática como la judicial, cabe pensar que debería repeler”. Aunque lo más grave es que tal carencia de ‘civismo democrático’ siga prevaleciendo, 31 años después de muerto Franco, en la mayoría de las instituciones del Estado. Véase si no el tímido proyecto de ley presentado por el Gobierno socialista para rehabilitar a las víctimas de la represión franquista y la violenta oposición del PP y de los poderes fácticos a tal rehabilitación.

Y eso pese a que el artículo 87 de la Constitución autoriza al Gobierno y al Parlamento a presentar tales iniciativas legislativas. Una ‘iniciativa’ que sólo ofrece reparación ‘simbólica’, sin consecuencias normativas, de una injusticia que desde hace 30 años deshonra a la democracia y a la Constitución. Durante la Transición, se justificó este vergonzoso ‘olvido’ por la necesidad de dar paso al Estado de derecho. Ahora, que hasta el PP habla de un “Estado de derecho consolidado”, sería lógico y consecuente cerrar aquella “anormalidad jurídica” y ética. Pero ya hemos visto el resultado del debate sobre las “enmiendas a la totalidad” del proyecto de ley presentado por el Gobierno el 14 de diciembre en el Congreso. Ni siquiera consenso para aprobar un acto de justicia cívica hacia los que lucharon por la libertad y así poner fin a tantos años de vergüenza y cobardía. En tales condiciones, y se recurra o no al Tribunal de Estrasburgo para el caso Granado-Delgado, el combate por la memoria de la libertad debe continuar...

El objetivo primero de este combate era acabar con la amnesia histórica impuesta por los que pactaron la Transición y, con ello, poner en evidencia la vergonzosa responsabilidad de las fuerzas políticas en mantener durante tantos años la inconsecuencia política y ética de una democracia que reconocía y aún reconoce como legales las sentencias de los tribunales represivos de la dictadura franquista. El de ahora es mantener viva esta memoria y obligar a los partidos ‘progresistas’ a poner fin a la hipoteca con el Franquismo.

(4/1/2007) en *Diagonal*

Lo que no pública *EL PAÍS*

No ignorábamos las dificultades que encontramos los libertarios para que los medios de comunicación se hagan eco de nuestras denuncias ; pero no creíamos que *EL PAÍS* se negara a publicar una carta enviada a la sección “Cartas al Director”, en la que se alerta y se denuncia la incomprensible e infame discriminación de que son nuevamente objeto en la Ley de “memoria histórica” las víctimas de la represión franquista que perdieron la vida entre 1939 y 1968 por luchar por la libertad, en relación con las que la perdieron entre 1968 y 1977.

En esta ocasión no se trataba y no se trata sólo de las víctimas libertarias sino de TODAS las que militaban en los diferentes sectores de la oposición antifranquista. ¿A qué ha tenido miedo *EL PAÍS* ? ¿Por qué este periódico que ha publicado tantos artículos sobre esta Ley no se ha dignado siquiera a informar sobre tan escandalosa discriminación? He aquí la carta :

Señor Director :

En el Reportaje que su diario ha publicado bajo el título “Claves para entender una ley histórica – Respuestas a las principales dudas sobre la aplicación de la norma que honra a las víctimas del franquismo” se dice, en respuesta a la pregunta “¿Quién puede pedir las nuevas ayudas ?”, que “desde 1977 se han elaborado varias medidas para resarcir a las víctimas del franquismo” y, “sin embargo, había algunos colectivos de víctimas que se han quedado fuera” y que ahora sí “están incluidos en esta ley”, a los cuales, se precisa, se dedican seis artículos.

Curiosamente se habla de dos de ellos, pero no se hace mención al que concierne a un colectivo vergonzosamente dejado fuera del resarcimiento a las víctimas del franquismo: el de las viudas o viudos de las personas ejecutadas que no habían sido resarcidas por no haber hecho el tiempo mínimo de prisión exigido por la normativa que regulaba las ayudas a los ex presos del franquismo. En este colectivo figuran Lluís Companys, Joan Peiró, Julián Grimau, Francisco Granada y Joaquín Delgado entre otros muchos antifranquistas ejecutados durante la Dictadura entre el 1 de abril de 1939 y el 1 de enero de 1968. Esta fecha es importante porque, aunque hay en esta Ley un artículo que fija una “indemnización de 9.616,18 euros” para el “cónyuge supérstite de quien, habiendo sufrido privación de libertad por tiempo inferior a tres años como consecuencia de los supuestos contemplados en la Ley 46/1977, de 15 de octubre, hubiese sido condenado por ellos a pena de muerte efectivamente ejecutada”, se comete con estas víctimas una vergonzosa discriminación, puesto que en la Ley se ha inclui-

do un colectivo nuevo, el de los familiares de "las personas fallecidas en defensa de la democracia durante el periodo comprendido entre 1 de enero de 1968 y 6 de octubre de 1977", que recibirán una indemnización de 135.000 euros si pueden demostrar que su familiar murió en ese periodo. ¿No cree usted que esta vergonzosa e infamante discriminación, que oficializa esta Ley entre las víctimas de la represión franquista al introducir "muertos de primera y de segunda" (como les ha reprochado a los socialistas el representante del PP en la Comisión Constitucional), no debe ser silenciada por su periódico?

Atentamente - Octavio Alberola

(29/X/2007) en rojoynegro.info

Carta al poeta Juan Gelman

La prensa nacional del día 24 de este mes de abril dio amplia información sobre el acto de entrega del Premio Cervantes celebrado el día anterior en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares, en presencia de los Reyes, el Presidente del Gobierno, el Ministro de Cultura, la Presidenta de la Comunidad de Madrid, el Rector de esa Universidad, el Director del Libro, además de autoridades diversas, personalidades, escritores, amigos y público en general.

El premiado, el poeta argentino Juan Gelman. al que la dictadura argentina impuso en 1976 el exilio, habló en su discurso de lo que fue esa dictadura y también de la recuperación de la memoria histórica en España. El diario El País tituló su reportaje "Gelman arremete contra el olvido" y, en el texto de su reportaje, el periodista José Andrés Rojo incluyó algunas de las frases del discurso del poeta argentino celebrando que España estuviera empeñada en rescatar su memoria y afirmando que estaban equivocados quienes vilipendian este esfuerzo. Sin embargo, ni el periodista ni el diario El País hicieron mención alguna a que entre los presentes había muchos que vilipendian este esfuerzo y que no es el empeño de las instituciones españolas, ni tampoco el del actual Gobierno, el luchar contra el olvido y el hacer justicia a las víctimas de la represión franquista.

Ante ese silencio decidí enviar, a la sección "Cartas director", una carta agradeciendo al Sr. Gelman de haber dicho lo que dijo; pero diciéndole también

que quizás ignoraba que en España, pese a la reciente Ley aprobada, el Estado establecido por la Democracia instaurada en 1978 seguía reconociendo como legales las sentencias pronunciadas por los tribunales represivos de la Dictadura. Y como me lo suponía, El País no sólo no la publicó sino que ni siquiera la hizo figurar –como en casos anteriores sobre este tema- en la lista de “cartas recibidas”. Como muestra de la censura a que *El País* somete las cartas que denuncian esta vergüenza, aquí va el texto de la carta que ese diario no se atreve a publicar:

¡Gracias Sr. Juan Gelman !

Sí, gracias Sr. Juan Gelman por haber dicho lo que muchos españoles quisiéramos poder decir y ser escuchados como usted lo ha sido. Sí, gracias por haber dicho que están equivocados los que “dicen que no hay que remover el pasado”. Y por haberlo dicho a los que vilipendian este esfuerzo de memoria y nos “dicen que no hay que remover el pasado, que no hay que tener ojos en la nuca, que hay que mirar hacia adelante y no encarnizarse en reabrir viejas heridas”.

Gracias, además, por haberles dicho que “las heridas aún no están cerradas” y que “su único tratamiento es la verdad” y “la justicia”, y que “sólo así es posible el olvido verdadero”.

Y, por último, gracias por haber celebrado que España esté “empeñada en rescatar su memoria histórica, único camino para construir una conciencia cívica sólida que abra las puertas al futuro”. Aunque, y quizás usted no lo sepa Sr. Gelman, este empeño no es el de las instituciones españolas, el del Estado de la Democracia instituida en 1978.

Sí, Sr. Gelman, en España aún hoy la Justicia de la Democracia sigue reconociendo validez jurídica a las sentencias pronunciadas por los Tribunales represivos de la Dictadura. Y esto lo sabían muchas de las personalidades que le escucharon y le aplaudieron en el Parainfo de la Universidad de Alcalá de Henares.

No obstante, gracias por haber dicho lo que dijo y por haber proclamado, en poeta, su amor “a una justicia para todos que no es”.

(Diciembre 2007) en la web memorialibertaria.org

Los libertarios y la "Memoria Histórica"

Nadie o casi nadie ignora que el tema de la llamada "Memoria Histórica" se ha vuelto, desde hace algunos años, de actualidad en los medios informativos nacionales. Aunque esta "actualidad" no significa que el tema les interese realmente y mucho menos que quieran convertirlo en un verdadero debate público. La verdad es que, más allá de su interés por "cubrir la actualidad informativa" y justificar su "neutralidad informativa", la mayoría de estos medios lo ha enterrado rápidamente.

Esta me parece ser una de las razones por las que el tema no apasiona a la inmensa mayoría de los españoles, aunque la excusa sea que "hay hoy muchos otros temas más urgentes y más vitales" para ellos y el conjunto de los españoles. Y, efectivamente, tienen razón; pues no es sólo en lo que concierne a la situación laboral y al ejercicio de las libertades democráticas sino inclusive en lo que concierne a la degradación del medio ambiente, por culpa de un sistema de desarrollo capitalista que pone en gran riesgo nuestra propia supervivencia, que deberíamos preocuparnos y movilizar nuestra acción.

Y ya se supondrá que no me refiero a todos esos españoles (y españolas, por supuesto) que pasan de todo y sólo se preocupan de lo que ellos llaman "vivir bien" sino a cuantos manifiestan, de una u otra manera, preocupaciones sociales y militan en partidos, organizaciones o sindicatos que se pretenden de izquierda, incluyendo los libertarios. Ciertamente que debemos preocuparnos y movilizar nuestra acción en todos esos frentes; pero la cuestión es que esas situaciones más urgentes y más vitales no han surgido de la nada, y que si las analizamos seriamente descubriremos que en gran medida son consecuencia del pasado y de lo que ese pasado sigue condicionando nuestro presente.

Conocer lo que fue ese pasado me parece pues imprescindible para comprender cómo se ha llegado hasta aquí y por qué es tan difícil hoy luchar contra el Estado y el Capital. De ahí que, en tanto que libertarios, no me parezca antinómico preocuparse y movilizar nuestra acción en todas esas luchas y, al mismo tiempo, hacerlo también para recuperar la memoria histórica de lo que fue la lucha revolucionaria contra el fascismo durante los tres años de guerra y los cuarenta de dictadura franquista. No, no creo que sea una pérdida de tiempo y de energías el recuperar esa memoria del olvido o la deformación en que el Estado y todos los autoritarios han hecho todo lo posible por encerrarla.

Y no sólo para que las nuevas generaciones puedan conocer el por qué y el cómo de la lucha de los libertarios en ese pasado, y así rehabilitar a cuantos tuvieron que soportar represión por ello, sino también para poner en evidencia lo que fue la Transición y lo que es la Democracia surgida sin discontinuidad institucional de la Dictadura. ¡Una Democracia que treinta años después sigue aún validando las sentencias franquistas! Estos objetivos son los que creo hemos perseguido todos los libertarios que hemos participado en este proceso de recuperación de la memoria histórica. Inclusive cuando, al principio del proceso, se apoyó la presentación, por las familias de Francisco Granada y de Joaquín Delgado, de un Recurso de Revisión del consejo de guerra que en 1963 condenó a muerte a nuestros dos compañeros.

No se pretendía obtener la revisión de ese juicio sino utilizar el Recurso como medio para denunciar y evidenciar la vergonzosa contradicción de esta Democracia que seguía y sigue aún reconociendo legalidad a los tribunales represivos de la Dictadura. Y es por ello que denunciamos y continuamos denunciando la cobarde e infame Ley de “Memoria Histórica”. No por que los libertarios creyéramos poder obtener justicia a través de las leyes sino porque esa Ley evidencia la cobardía y la infamia de que son capaces los que nos gobiernan, aunque se llamen socialistas. Esa Ley es cobarde e infame porque, entre otras cosas, no anula las sentencias franquistas y porque establece una escandalosa discriminación entre las víctimas de la represión que perdieron la vida antes de 1968 y las que la perdieron después. No es sólo porque los políticos han demostrado una vez más su inconsecuencia ideológica que los libertarios debemos denunciarlos sino porque es un deber ético no hacernos cómplices de tal cobardía y de tal infamia.

(13/IV/2009) en *alabarricadas*

El Quico Sabaté y Joaquín Delgado

Texto escrito para un número de El Pèsol Negre en ocasión de los “50 años de la muerte del Quico Sabaté y en homenaje a todas las personas que han luchado y luchan por la Idea”.

Al Quico no le conocí personalmente, fue a través de Joaquín Delgado, a principios de 1958, que supe de su detención en Francia y de su intención de

recomenzar el combate contra el franquismo. Pero fue al conocer la noticia de su muerte en Sant Celoni, en enero de 1960, que me sentí más preocupado por su combate contra el franquismo y me consideré con el deber moral y político que teníamos de proseguirlo cuantos en el exilio nos seguíamos proclamando antifranquistas.

Antes, a finales de 1957, procedente de México y con documentación falsa, yo había estado viajando durante dos meses por España tras pasar por Toulouse, en donde me había entrevistado los compañeros del Secretariado Intercontinental (SI) de la CNT en el exilio, los que me habían dado la misión de establecer contactos en diferentes regiones de la península, inclusive en Portugal. A la vuelta, tras informar al SI de los resultados de mi misión, di charlas en varias Federaciones Locales de la CNT exilada en Francia. El tema estaba centrado en la lucha en curso del pueblo cubano contra la dictadura del general Batista. Una de ellas se desarrolló en Grenoble, y allí conocí a Joaquín Delgado, militante de la FIJL y de CNT, que me habló de la disposición de muchos jóvenes a participar en la lucha antifranquista y de sus relaciones con el Quico Sabaté, que se encontraba detenido en Francia, tras haber sido abatido Lluís Facerías meses antes en España.

Terminadas las charlas en Francia fui a Inglaterra, en donde contacté con compañeros de la CNT y de la FIJL, con quienes compartía el mismo entusiasmo por la lucha de los guerrilleros cubanos y el ejemplo que éstos nos daban a los antifranquistas. A finales del mes de marzo regresé a México y allí seguí «militando» en la CNT y en la FIJL locales, al mismo tiempo que seguí colaborando con grupos de exiliados cubanos comprometidos en la lucha en la isla, y, en particular, con el Movimiento 26 de Julio, que, desde la Sierra Maestra, dirigía Fidel Castro. Meses después, el triunfo final de los «barbudos», el 1 de enero de 1959, sobre la dictadura de Batista nos permitió vivir momentos de entusiasmo y de esperanza a cuantos luchábamos contra regímenes dictatoriales en el mundo.

A partir de ese momento, Joaquín Delgado me escribió más regularmente sobre el ambiente del exilio en Francia y de sus contactos con el Quico, que tras salir de la cárcel, quería reanudar las acciones en España. También me hablaba del proceso de reunificación de la CNT, tanto en el exilio en Francia como en el interior de España. Proceso que también en México comenzaba a posibilitar el reencuentro entre compañeros antes escindidos, y a mí con Juan García Oliver, que había sido solicitado por Juan Pintado, secretario de coor-

dinación del SI, para respaldar un atentado contra Franco en San Sebastián. Es por ello que yo insistía a Joaquín Delgado en que tratara de convencer al Quico para esperar a que culminase el proceso de reunificación y se pudiera contar con la organización confederal para recomenzar la acción en condiciones más favorables. Delgado estaba de acuerdo en ello, pues participaba en esos momentos en misiones de contacto en el interior por cuenta del SI para culminar la reunificación de la CNT. Pero, desgraciadamente, Joaquín no consiguió convencer al Quico de desistir de su proyecto y de esperar...

Estábamos a finales de 1959 y yo participaba con otros jóvenes libertarios en el Movimiento Español 1959 (ME59), que se había constituido en México poco después del triunfo castrista. El ME59 estaba integrado por jóvenes exiliados españoles (socialistas, republicanos, comunistas y libertarios), y su sector más radical lo integrábamos los jóvenes libertarios y los republicanos. Por eso, al conocerse la noticia de la muerte del Quico Sabaté, estos dos grupos decidieron incendiar las oficinas de la embajada oficiosa de la dictadura franquista en la ciudad de México, además de otras protestas públicas... La prensa mexicana informó ampliamente de la acción; pero eso no aminoró nuestra rabia por la impotencia para evitar el asesinato de nuestro compañero y por nuestra incapacidad para responder consecuentemente al franquismo.

En lo que me concierne, hacía ya algunos años que yo me sentía en sintonía con cuantos luchaban activamente contra las dictaduras (en 1956, tras el desembarco de Fidel Castro en una playa cubana para iniciar la lucha guerrillera, habíamos constituido en México el «Frente antidictatorial latinoamericano» en el que yo representaba a las Juventudes Antifranquistas) y por ello defendía esa línea de acción en el seno del Movimiento Libertario Español. No es pues de sorprender que, tras la desaparición del Quico, yo defendiera esa línea en el Congreso de la CNT de 1961 en el que se “selló” su reunificación y se aprobó por unanimidad la constitución del organismo secreto DI (Defensa Interior). Esa me parecía la manera más consecuente de hacer efectiva la acción a la que, en condiciones más difíciles, se habían entregado los Quico Sabaté, Facerías y cuántos jóvenes libertarios habían perdido la vida o pasado muchos años en las cárceles franquistas por intentar organizar una oposición activa a la dictadura.

Como a Sabaté, a Delgado y a tantos otros, a mi también me parecía inaceptable quedarse con los brazos cruzados, aplaudir a los que luchaban contra

las dictaduras en otros países o contra el yugo colonial, y resignarse a esperar a que Franco muriese de viejo y los franquistas decidieran poner fin a la represión. Mantener en el exilio la ficción de los partidos y las organizaciones sindicales, pronunciarse repetidamente contra el régimen franquista y conformarse, con que todo eso quedase en palabra, me parecía una consecuencia imposible de asumir.

Es por ello que entonces consideré y sigo considerando plenamente justificado el combate de los Facerías, Sabaté y tantos otros jóvenes compañeros, que intentaron poner de pie una resistencia activa al franquismo en los difíciles años de la posguerra, que no fue su culpa el no haberlo conseguido y que esta responsabilidad incumbe a las organizaciones antifranquistas en su conjunto y, en particular, a las libertarias por no haberles apoyado consecuentemente. Un apoyo que, además de ser un deber, habría permitido a estos abnegados luchadores dedicarse enteramente a las actividades resistenciales y evitado correr riesgos inútiles en actividades de supervivencia.

Es por ello que a la hora de recordar a cuantos, como el Quico Sabaté, perdieron la vida en ese combate contra el fascismo español, no se debe olvidar el inconsecuente proceder de los que en el exilio no supieron o no quisieron respaldar esa voluntad de lucha que, consecuentemente respaldada, quizás habría hecho posible poner fin al franquismo antes de que Franco pudiese dejar “todo atado y bien atado”.

Por supuesto, en el caso de Sabaté, como antes con Facerías, etc., se podrán argüir toda clase de “razones” (orgánicas) para justificar esta falta de respaldo de los que en el exilio podían aportarlo; pero la verdad es que, como se pudo constatar después con el DI, ya sea por cobardía, acomodamiento o compromisos de otro orden (políticos o presiones policíacas), los que asumían la responsabilidad de las organizaciones exiliadas no estaban dispuestos a asumir consecuentemente la lucha activa contra la dictadura franquista. Y eso a pesar de que, en el caso del DI, este organismo había sido aprobado por unanimidad en un congreso confederal y luego ratificado por el conjunto del MLE (CNT-FAI-FIIL), además de haber quedado integrado por compañeros de prestigio y de probado historial revolucionario.

La verdad es que, comenzada la acción y evidenciada la intención de abatir al dictador, la reacción de los responsables de la CNT exiliada, frente a la represión franquista y a las presiones de las autoridades francesas, fue la misma que habían manifestado ya antes con los Facerías, Sabaté y otros luchadores

de la idéntica valía. Es decir, la de echar marcha atrás, dejando abandonados a los que se habían tomado en serio los acuerdos orgánicos y se habían comprometido consecuentemente en la lucha.

Así sucedió en 1963 tras la ejecución de Francisco Granado y Joaquín Delgado. Una vez más, el exilio prefirió seguir esperando y esperó doce años más a que Franco muriese en la cama y comenzara esa transición, «atada y bien atada», que más de treinta años después sigue manteniendo legales las sentencias pronunciadas por los tribunales franquistas contra los que luchaban por las libertades que hoy se pretende son constitucionales.

Cómo pues no tener presente esta cobardía moral, política, histórica, al momento de recordar lo que fue el combate del Quico Sabaté. Y cómo no asociar en este recuerdo a Joaquín Delgado, a Francisco Granado y a tantos otros compañeros que también perdieron la vida o pasaron muchos años en las cárceles franquistas por haber intentado abatir a Franco y hacer nuevamente posible el ejercicio de la libertad para el pueblo español.

(5/1/2010) en *El pèsol negre*

¡Gracias señor Zapatero!

Sí, gracias por lo que usted, con sus gobiernos y la ayuda de su partido, el PSOE, ha hecho en estas dos legislaturas por la memoria histórica y la rehabilitación de las víctimas de la dictadura franquista. Sin olvidar también lo que ha hecho por preservar las conquistas sociales que tantas luchas y sacrificios costaron en el pasado.

Gracias, pues, por lo bien abonado que le deja usted el terreno a Rajoy y su partido, el PP, para proseguir consolidando esta Democracia de injusticia social y de amnesia que Franco dejó "atada y bien atada". Una Democracia que, gracias a sus medidas de "estabilización", ha provocado un recorte de un 4,4% de los ingresos medios de los hogares en 2010, llevando el porcentaje de españoles que viven por debajo del umbral de la pobreza hasta el 21,8%. Es decir, según la "Encuesta de condiciones de vida" del Instituto Nacional de Estadística: ¡un avance de un punto porcentual desde 2009! Una Democracia que sigue validando vergonzosamente, más de 30 años después de la muerte del Dictador, todas las sentencias pronunciadas por los tribunales

represivos de la Dictadura contra los que luchaban por las libertades que hoy son sarcásticamente constitucionales.

Gracias señor Zapatero por irse tan satisfecho de haber aprobado esta Ley cobarde, de Memoria Histórica, que ni siquiera ha servido para anular las sentencias del presidente catalán Lluís Companys y la del poeta Miguel Hernández. Esta Ley tan infame que ha introducido y legalizado la discriminación al establecer, entre las víctimas del franquismo, dos categorías, al conceder a la familia de las que perdieron la vida desde 1936 hasta 1968 una reparación de un monto 14 veces inferior al concedido a la familia de las que la perdieron después de 1968 hasta 1978. Una Ley que tampoco ha servido para "transformar" la basílica del Valle de los Caídos en ese espacio que ustedes dijeron sería de "reconciliación en el mejor espíritu de la Transición", puesto que la Comisión de expertos nombrada por su Gobierno ha decidido entregar, después del 20N, el "informe" que debía estar listo este mes. Una más de sus cobardías... Así, Franco sigue y seguirá en el Valle de los Caídos; puesto que no será Rajoy quien decida realizar tal exhumación. Pero el colmo de la cobardía y de la hipocresía -de usted, de su gobierno y de su partido, el PSOE- es la forma vergonzosa en que ustedes han actuado con Stuart Christie. Sí, ese represaliado por el franquismo a quien -como usted sabe- se le comunicó el 1 de diciembre de 2009, por carta de la Oficina para las víctimas de la Guerra Civil y de la Dictadura (OVGCD), que su expediente estaba "completo" y no se iba "a requerir más documentación (el hecho alegado es la prisión y está justificada)", además de precisarle que "el plazo para adoptar una resolución termina el 10 de enero de 2010, por lo que ha de esperar a recibir la correspondiente notificación", sin que al día de hoy -casi dos años después- haya recibido tal "notificación" (Certificación expedida por el Ministerio de Justicia que "acredita haber sido injustamente condenado por consejos de guerra ilegítimos" durante la dictadura franquista).

Sí, señor Zapatero, el colmo de la cobardía y de la hipocresía porque ni usted, ni la vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega, ni el vicepresidente Alfredo Pérez Rubalcaba, ni el Ministro de Presidencia Ramón Jáuregui se atrevieron a contestar a las cartas de Stuart Christie, en las que les pedía una explicación y su intervención por el irresponsable y extraño comportamiento de la OVGCD. Pero lo hicieron sirviéndose de Carlos García de Andoin, Director Adjunto del Gabinete del Ministro de Presidencia, para comunicarle, el 7 de febrero de 2011, que del Ministerio de Justicia les habían informado "que están efectivamente recabando documentación al respecto para proceder a

realizar la resolución a su petición", además de incitarle a confiar "en que en próximas fechas se le comunicará, como es el proceder habitual en estos casos."

Y ¿qué ha pasado desde esa fecha, señor Zapatero, se le ha comunicado a Stuart Christie "la resolución de su petición"? Usted sabe que no, que, como en el caso del Valle de los Caídos, ustedes han decidido dejar también este "caso" en manos del gobierno que salga del 20N (es decir: del señor Mariano Rajoy y su partido, el PP). Y ello pese a que, en el "caso" de Stuart Christie, está probado que fue represaliado por el franquismo, como lo atestigua la prensa de la época de su detención, en 1964, y todos los documentos del consejo de guerra y carcelarios hasta su indulto en 1967. Documentos todos en posesión de la OVGCD.

Señor Zapatero, ¿por qué Stuart Christie no ha recibido aún la Certificación del Ministerio de Justicia? ¿Qué razón hay para dejar este caso para después de las elecciones? ¿Por qué dejarlo en manos del señor Rajoy? Si es por cálculo lectoral, se equivocan. Al contrario, son estas canalladas con las víctimas de la represión franquista, como las cometidas con los trabajadores, las que les pasarán factura el 20N

Gracias pues, señor Zapatero, por todo lo que usted, sus gobiernos y su partido, el PSOE, han hecho en estas dos legislaturas para que la derecha franquista pueda continuar sin complejos su descarada política antisocial y su cobarde e infame "rehabilitación" de las víctimas del franquismo.

(28/X/2011) en *Kaosenlared* y otras webs

Garzón y la Democracia «atada y bien atada»

Como bien señalan Rafael Cid ("Más allá de Garzón (y su entorno)") y Carlos Taibo ("Garzón: ¿un héroe antifascista?"), son muchas las razones que deberían incitarnos a la prudencia antes de sumarnos a la actual movilización en defensa del juez "estrella" de la Audiencia Nacional. Y, entre ellas, la que me parece justificar aún más nuestra prudencia es la que, tanto a Cid como Taibo, les preocupa más: la posibilidad de que se trate de una operación jurídico-mediática montada para que la opinión olvide la responsabilidad del Gobierno socialista y de la clase política en su cobarde y vergonzoso renunciamento a anular las sentencias franquistas.

Cid : *“Desde luego es difícil creer que estas acciones de repulsa, que socavan la credibilidad de un puntal del Estado de Derecho como es el Tribunal Supremo, no respondan en segunda instancia a una planificación política. Cualquier agit-pro en la sociedad de la información y de la imagen tiene delante o detrás una agenda oculta y un think tank. Y en el caso que nos ocupa, el retorno de los brujos de la prospectiva lectoral, el marketing político y los sondeos de opinión buscan, en mayor o menor medida, fidelizar a la opinión publicada.”*

Taibo : *“Aunque los protagonistas bien intencionados de la solidaridad con Garzón parezcan ignorarlo, es muy grave que el debate sobre la memoria histórica haya quedado engullido por una discusión relativa a si un juez prevenció o no. Lo diré de otra forma: ya no se discute, hablando en propiedad, sobre la memoria y sí sobre Garzón. Pese a que las explicaciones conspiratorias me han gustado siempre poco, no me resisto a sugerir que algo hay, en la trastienda, de inteligentísima y ocultatoria operación.”*

No obstante, pienso que Cid tiene razón al incitarnos, al final de su artículo (*Con Garzón o sin él*), a aprovechar la ocasión (*“Galgos o podencos, la ocasión la pintan calva”*) para desmontar *“la falacia de la modélica transición”* e intentar derogar *“las sentencias del franquismo”*. Pues, se piense lo que se piense de este juez y del enorme cúmulo de intrigas que rodean sus actuaciones, es obligado reconocer que ha sido su peculiar forma de abrir y cerrar la investigación de este caso la que ha puesto públicamente en evidencia la pervivencia del franquismo judicial y ha reactualizado el debate público sobre lo que quedó a medio hacer, o se hizo mal, en la *“transición”* de la Dictadura a la Democracia.

Efectivamente, es indiscutible que han sido el protagonismo de Garzón y su *“impericia procesal”* las que han llevado a la derecha franquista a quitarse la careta y a recomenzar la *“guerra civil”* en la dehesa judicial con la intención de impedir cualquier tentativa de cambiar el ordenamiento jurídico que les protege y les exime de toda responsabilidad en los crímenes del franquismo. Un ordenamiento que, según pretenden, quedó blindado con la Ley de amnistía de 1977 y que ha servido al juez Varela para encausar a Garzón, aun a riesgo de escandalizar a amplios sectores de la opinión pública, nacional e internacional, y de provocar las reacciones de los colectivos memorialistas y las movilizaciones de estos últimos días. Movilizaciones en las que, por primera vez, participan también sindicatos, políticos e intelectuales y artistas de la

izquierda “progresista” para impedir que la ultra derecha consiga sentar en el banquillo de los acusados a Garzón. Reacciones y movilizaciones tardías, pues han pasado treinta y cinco años desde la muerte de Franco, y, al fijarse como objetivo exclusivo la defensa de Garzón, más bien parecen ser instrumentalizadas o por lo menos recuperadas por el Gobierno y el PSOE para engullir el debate sobre la memoria histórica y la rehabilitación judicial de las víctimas del franquismo en “una discusión relativa a si un juez prevaricó o no”.

No olvidemos el por qué nos encontramos en una tal situación...

Pese a lo tardías de estas reacciones y movilizaciones, no creo que sea el momento de lamentarlo, aunque otro gallo nos cantaría si se hubieran producido antes: tras comenzar la andadura de la Democracia parida por los pactos de la “Transición” o cuando algunas víctimas de la represión franquista comenzaron a pedir justicia... Desgraciadamente no fue así y los años no pasaron en balde (sobre todo para los familiares mayores de las víctimas de la represión franquista) y ahora quizás sea ya tarde para reparar esa injusticia... Por ello es necesario recordar cómo comenzó el proceso de recuperación de la “memoria histórica” y la ausencia de reacciones y movilizaciones (sindicales, políticas y culturales) cuando la viuda del comunista Julián Grimau presentó en 1989 en el Tribunal Supremo un recurso de revisión contra la sentencia del Consejo de Guerra que en 1963 condenó a muerte a su marido. Y eso que también entonces el Gobierno era socialista. O cuando en 1998 los familiares de los jóvenes anarquistas Francisco Granado y Joaquín Delgado, también condenados y ejecutados en 1963, recurrieron ante el Supremo para pedir la revisión de la sentencia “por existir un elemento nuevo”...

No, no se debe olvidar lo que costó sensibilizar a los partidos políticos sobre esta materia pendiente de la “Transición” y conseguir que algunos de ellos comenzaran -¡por fin a partir del año 2000!- a comprometerse y apoyar el recurso de revisión del caso Granado-Delgado y los que otras familias (de Puig Antich, de Peiró, etc.) habían presentado en el Supremo. Como tampoco se debe olvidar que no fue hasta entonces que comenzaron a surgir y actuar las Asociaciones para la recuperación de la “memoria histórica”... Ni que, pese a ello, aún en 2003 estuviéramos solos (los libertarios) en una concentración pública en la Puerta del Sol de Madrid para exigir al Tribunal Constitucional que anulara las sentencias franquistas, sin que se sumaran al acto los manifestantes por la República que en ese mismo momento recorrían calles cercanas.

Es necesario no olvidarlo porque eso permite comprender el por qué no fue hasta finales de 2007 que se aprobó la cobarde e infame Ley de “Memoria Histórica” y aún en 2010 no se ha conseguido poner fin al deshonor de una Democracia que sigue validando las sentencias pronunciadas por la dictadura franquista. Una Dictadura surgida de un golpe de Estado que el Congreso de los Diputados condenó por fin el 20 de noviembre de 2002; pero sin efecto, puesto que en abril de 2010 aún debemos movilizarnos para que un juez no sea sentado en el banquillo de los acusados por haber abierto y cerrado una causa para investigar desapariciones forzadas durante el franquismo.

Una reacción tardía pero necesaria...

Pues bien, aunque la reacción que se está produciendo sea tardía, yo también creo como Cid que ella es necesaria y que debemos apoyarla. Y ello porque, a pesar de los fortísimos intereses políticos y hasta personales que están en juego en el enjuiciamiento del juez de la Audiencia Nacional, no debemos permitir que la derecha se salga con la suya. Pero, sobre todo, porque la reacción unitaria en contra de este enjuiciamiento puede servir para abrir un nuevo frente en la lucha por la recuperación de la memoria histórica y la rehabilitación de las víctimas de la represión franquista. Decimos “puede servir” porque ello dependerá del objetivo que se fije a las actuales movilizaciones; pues sería un error que éste sólo fuese la defensa de Garzón y que no se aprovechen las movilizaciones para exigir la anulación de las sentencias franquistas. Para exigirlo a quienes tienen la responsabilidad y potestad políticas, además del deber moral de hacerlo, pues son los grupos parlamentarios los que constitucionalmente “representan la soberanía de la nación”. Y al decir grupos parlamentarios nos referimos a los Partidos, que son los que marcan la pauta del poder legislativo, el único facultado para anular y aprobar leyes.

No olvidemos que es gracias a esa cobarde e infame Ley de “Memoria Histórica”, aprobada por esos Partidos y sus Grupos parlamentarios, que la Justicia española puede seguir escamoteando el pronunciarse clara y definitivamente por la anulación de las sentencias pronunciadas por los tribunales franquistas. Ese “oprobio” que, según declaró recientemente la nieta del poeta Miguel Hernández, “*aún pesa como una losa*” sobre las víctimas de la represión franquista. Aunque también debemos reconocer que, si esto es así, lo es por no haber sido capaces de unirnos antes para hacerlo desaparecer.

No nos desunamos y movilicémonos todos en la misma dirección...

Allá cada uno con su conciencia y esperemos que algunos no vengan ahora sólo para la foto o para hacer olvidar pasados dudosos. Es la hora de sumar, de unirnos para aprovechar esta ocasión y dar un paso definitivo hacia la completa rehabilitación moral, política y judicial de las víctimas de la represión franquista. Pero no nos equivoquemos otra vez de objetivo. No son los jueces los que tienen la posibilidad de hacerlo. Ellos sólo interpretan y aplican leyes. Son los políticos los que tienen la potestad y la obligación de promulgar leyes menos abyectas que las actuales (la de amnistía de 1977 y la de “Memoria Histórica” de 2007) para ser consecuentes con su pretendida profesión de fe democrática y hacer desaparecer ese vergonzoso baldón que “aún pesa como una losa” sobre la Democracia española. Ahora bien, no olvidemos que los políticos no lo harán si no se lo exigimos, si no los obligamos a hacerlo. Nuestro deber es pues, terminado el episodio Garzón, seguir unidos y movilizados para exigir se ponga fin a esa escandalosa injusticia histórica de la que aún son víctimas los que lucharon y padecieron la represión por defender las libertades que hoy se proclaman como constitucionales.

(24/1/2012) en *Kaosenlared* y otras webs

Garzón: un combate falso e inútil

Como era de esperarse, el Tribunal Supremo ha condenado al juez Garzón por haber ordenado las grabaciones entre los presos del caso Gürtel y sus abogados, y, como era de esperarse también, unos han aplaudido y “brindarán con champán” y otros han protestado airadamente.

Yo no haré ni lo uno ni lo otro. Demasiado sé lo que es la judicatura en todos los países y aún más la española, en la que impera un talante descaradamente ultra reaccionario. Claro que no todos los magistrados son de un talante tan rancio y carca; pero de algún modo hay que serlo para impartir “justicia” en una “democracia” tan “atada y bien atada” al franquismo y al capitalismo más inmoral. Además, en el caso concreto de esta sentencia, ¿cómo defender a un juez que, abusando de su poder, se permite intervenir las conversaciones de los presos con sus abogados?

Pocos y muy limitados son los derechos de la defensa para sentar precedentes de este tipo. Nada justifica una tal violación. Ni aún siendo delincuentes

de cuello blanco los perjudicados y por muy ligados al PP que estén. Como tampoco lo justifica el que otros jueces hayan hecho lo mismo antes y no se les haya encausado.

Seamos honestos y reconozcamos que la sentencia “*es procedente y adecuada a Derecho*”. Al “Derecho” en vigor. Aunque tal “adecuación” lo sea a un Derecho pervertido por los intereses de Estado y del Capital. Además ¿cómo ignorar que este Derecho está en total adecuación con lo que fue la “transición” de la Dictadura a esta “Democracia”? Ese turbio contubernio que se hizo para preservar los intereses y privilegios de los de arriba en uno y otro lado: tanto en el ámbito fáctico como en el constitucional y jurídico. Una “transición” (transacción) de fachada para hacer creer que el Derecho sería igual para todos. ¿Cómo sorprenderse ahora de que algunos magistrados, que no han tenido reparos en aplicar fielmente un tal Derecho, sean víctimas de haber olvidado la misión por la que estaban allí: perseguir a los de abajo y no a los de arriba?

Es difícil de saber si Garzón lo olvidó o si fue su celo represivo profesional el que le hizo rebasar los límites de sus prerrogativas. Pero, sea lo que sea, el problema ahora es que sus colegas del TS tienen las “manos limpias” para limpiarse la conciencia, en la otra causa que tienen incoada a este juez, por haber planteado tan mal la instrucción en el caso de los desaparecidos durante la guerra civil y el franquismo: perseguir a los responsables muertos y olvidar a los vivos (Fraga, etc.). Además de que la prepotencia de este juez ha servido en bandeja a la Derecha franquista el poder enterrar definitivamente la rehabilitación de las víctimas del franquismo por la vía judicial. Y ello no sólo por razones de Derecho, la existencia de la Ley de amnistía de 1977, sino porque la personalización a ultranza de tal rehabilitación, a través de Garzón, facilita a los políticos evadir su responsabilidad por permitir que esta Democracia siga validando las sentencias franquistas. Y eso más de 30 años después de la desaparición del Dictador y de múltiples legislaturas con gobiernos socialistas.

Desgraciadamente y sea cual sea el resultado de este otro juicio, el hecho es que la victimización de Garzón ha desplazado el combate, por la rehabilitación definitiva de las víctimas de la represión franquista y por la ruptura institucional con aquel régimen, a otro terreno que el político: al de la venganza personal. Y que, en consecuencia, ese combate sea falso e inútil. ¿Lo comprenderán todos los que hoy se movilizan en su defensa? ¿Llegarán a com-

prender que no debe proseguirse el combate en el terreno judicial sino en el político y a través de la movilización popular contra este sistema “atado y bien atado”?

(10/II/2012) en *Kaosenlared* y otras webs

El circo del acoso a Garzón ha terminado

Tras haber sido recientemente condenado a 11 años de inhabilitación por autorizar la intervención de las escuchas de la *trama Gürtel*, el circo del acoso jurídico contra Garzón ha terminado con la absolución del ex juez de la Audiencia Nacional en la causa que aún tenía pendiente en el Tribunal Supremo. Una absolución esperada por amplios sectores de la opinión pública nacional e internacional; pero que, como algunos lo temíamos, sólo servirá para que la magistratura española pueda proclamar su indefectible respeto a la Ley y su plena independencia en la toma de sus decisiones. Efectivamente, pese al circo jurídico-mediático en torno a este proceso, tras tal sentencia, ¿cómo negar que España es hoy un Estado de Derecho y que el Gobierno del PP respeta cualquier resolución dictada por un organismo jurisdiccional? Además, como lo están enfatizando los medios, ¿cómo negar que, con este proceso, "se ha dado a las víctimas la oportunidad de contar su historia delante de un tribunal"? Y ¿cómo impedir a nuestro flamante ministro de Justicia, Alberto Ruiz-Gallardón, que aproveche la ocasión para declarar que ninguna de las críticas (por supuesto "*injustificadas*") lanzadas contra el alto Tribunal por esta causa le ha hecho perder "*el prestigio que tiene ante los ciudadanos*"? Es así como quedan validadas de facto, aunque vulnerando la jurisprudencia en vigor hoy, todas las resoluciones anteriores de este Tribunal rechazando la revisión de sentencias franquistas. Inclusive las más injustas e ilegales que ni siquiera había respetado entonces el derecho en vigor: las sentencias a muerte pronunciadas contra Lluís Companys, Joan Peiró, Julián Grimau, Francisco Granada, Joaquín Delgado, Salvador Puig Antich, etc.

Como lo reconocen algunos juristas y colectivos de víctimas: "*no puede haber grandes celebraciones por la sentencia absolutoria de Baltasar Garzón por su investigación de los crímenes del franquismo*". Y es simple de comprender. No sólo es obvio que, con esta absolución, se ha cumplido un plan preconcebido y perfectamente calculado (este juicio que debería haber sido el primero ha

sido el último) sino que todo este circo judicial ha hecho perder mucho tiempo a las víctimas desde que Garzón decidió investigar... Y no digamos a lo que ha llevado su personal manera de instruir la causa y de cerrarla antes de serle definitivamente retirada.

En cuanto al tiempo transcurrido, éste ha sido fatal para la mayoría de las víctimas que aún estaban vivas; pues muchas de ellas han muerto en estos casi seis años transcurridos desde entonces. Pero lo peor es que se les hizo creer, pese a lo que dice y significaba la ley de "memoria histórica" de 2007, que este combate era el indicado, el más acorde con las leyes y con el momento político nacional e internacional para obtener justicia y reparación. El problema ahora es que no sólo se ha perdido mucho tiempo sino que, además de no haberse conseguido nada, estamos judicialmente peor aún... ¿Cómo hacer abstracción hoy de lo que esta sentencia absolutoria establece como precedente procesal y condenatorio? Es evidente que ya no se podrá ignorar deliberadamente lo atada y bien atada que está la vía judicial, tras haber quedado probado que Garzón incoó *"un procedimiento penal inviable"*, como lo ha emitido el magistrado discrepante José Manuel Maza. Atada y bien atada, y no sólo por la ley de amnistía de 1977 sino también por la de "memoria histórica" de 2007. Esto es también lo que dice clara y tajantemente la sentencia absolutoria de Garzón aprobada por los seis magistrados que han votado a favor de ella. Y ello pese a que sólo hayan considerado *"errónea, pero no prevaricadora"* la decisión de Garzón de declararse competente para investigar los crímenes del franquismo. Pues han estimado y escrito que *"el derecho a conocer la verdad histórica no forma parte del proceso penal"*, que el establecimiento de la verdad histórica es una tarea que *"corresponde al Estado a través de otros organismos y debe contar con el concurso de todas las disciplinas y profesiones, especialmente a los historiadores"*.

Lo único positivo, aprovechable de esta resolución absolutoria es que incluye un reconocimiento de las demandas de las víctimas del franquismo en cuanto a que *"no han concluido las actuaciones concretas en orden a la localización y recuperación de los cadáveres para su homenaje..."* Es de esperar pues que cuantos quieran proseguir el combate por la total rehabilitación (moral, política y judicial) de las víctimas del franquismo tomen consciencia de que esta rehabilitación depende de la voluntad de los legisladores; pues son ellos los "depositarios de la soberanía nacional", los únicos que tienen la potestad de anular leyes y promulgar otras... Son pues los diputados de la Democracia los responsables de que ésta siga validando las sentencias pronunciadas por los

tribunales represivos de la Dictadura. Una infamia y una cobardía políticas que permiten a la magistratura esquivar la responsabilidad moral de continuar validando la Justicia franquista. El protagonismo de Garzón ilusionó a muchos; pero esa personalización del combate por la verdad histórica y la justicia ha sido contraproducente y lo ha encerrado en un callejón sin salida. Es hora pues de denunciar a los verdaderos responsables de que siga esta vergüenza. Y tanto más que pronto harán 37 años de la muerte de Franco. Este era y sigue siendo el verdadero combate para que el proceso de recuperación de la memoria histórica pueda culminar con la plena rehabilitación de las víctimas del franquismo.

(28/II/2012) en *Kaosenlared* y otras webs

"Lo malo de lo bueno" de Savater

El filósofo, moralista y recientemente político "amateur" Fernando Savater ha irrumpido, en el debate sobre el Auto del Juez Baltasar Garzón, con un artículo publicado este lunes último (3-11-2008) en el diario El País, en el que acusa a Garzón de desbarrar y se pregunta si no estamos asistiendo al final de la "cortadura institucional" que permitió la transición de la Dictadura a la Democracia.

Esa Transición que, "con todos los altibajos que se quiera... dio notables frutos de prosperidad y regeneración de nuestra vida en común". Para Savater, inspirándose en un librito del psicólogo Paul Watzlawick (*Lo malo de lo bueno*), es necesario denunciar la tendencia a dar, a los problemas y los conflictos, "soluciones que no sólo eliminan el problema sino también todo lo que está relacionado con él". Y para hacérselo más comprensible lo ilustra con el chiste que dice: "la operación ha sido un éxito, el paciente ha muerto". Y, por si no lo hemos comprendido, Savater agrega que el mecanismo de esas soluciones "suele consistir en aplicar doble dosis de un remedio para duplicar su eficacia, desconociendo que medir la dosis forma parte también del remedio mismo: una aspirina puede aliviar nuestra jaqueca, pero kilo y medio de aspirinas no nos librárá para siempre de los dolores de cabeza, sino que nos producirá úlcera de estómago..."

Aplicando esta reflexión a la Transición, Savater concluye (ahora, porque en aquellas circunstancias no pensaba lo mismo) que podría decirse que la pruden-

te advertencia de Watzlawick "iluminó retroactivamente a los políticos y ciudadanos en aquel trance", porque "el comentado éxito de la transición estribó precisamente" en que "los remedios que tácita o explícitamente se convinieron tuvieron cuenta de la dosis y no se excedieron en ella, en contra de lo que algunos (entre los que, ay, debo incluirme) pedían con perentoriedad maximalista".

O sea que para el Savater de 2008, la Transición "fue toda una lección de cordura colectiva", porque "se procuró dar cauce a la ética de las consecuencias más que a la de los principios". Dicho más clara y cínicamente: se renunció a la justicia para hacer posible esta Democracia. Y ello fue así porque obviamente "pesó en aquella opción el miedo a poderes fácticos militares y civiles todavía vigentes". De ahí que Savater crea y afirme "que se hizo bien" porque el miedo a los poderes fácticos estaba fundamentado, y que por eso insista capciosamente: "¿Hubiera sido aconsejable azuzarlos en un sentido u otro hasta que pudieran desbocarse por instinto de conservación?"

Así pues, para él, se hizo bien en optar "prudentemente por cambiar el país" y en no intentar "cambiar fieramente de país..." Y, en apoyo de esta conclusión enumera, "con sus aciertos y errores", las medidas que la Transición permitió que se tomaran "en los terrenos políticamente más escabrosos, como las nacionalidades, las relaciones entre la Iglesia y el Estado, el Ejército y las fuerzas de seguridad, la pluralidad sin restricciones de partidos o la condonación de responsabilidades por los desafueros cometidos durante la dictadura (incluidos los actos de subversión terrorista)". Además de que "salieron de la cárcel los presos, volvieron los exiliados que así lo desearon, se repuso en sus cátedras a profesores represaliados, se modificó la legislación en cuestiones de buenas costumbres y orden público, etcétera."

Savater reconoce que este balance es "probablemente insuficiente" para "remediar los más señeros atropellos sociales y personales cometidos en el pasado inmediato"; pero, para él, los "aspectos menos satisfactorios se deben precisamente al esfuerzo por calmar resabios y dar cauce moderador al radicalismo, a fin de recabar complicidad con la democracia incluso de aquellos que - partidarios del antiguo régimen o antifranquistas- mayor rechazo mostraban ante ella". Es decir: que gracias a esta "cordura institucional" se consiguió esta Democracia. Una Democracia que nos ha permitido, "con todos los altibajos que se quiera y bajo la amenaza persistente del terrorismo y del golpismo (que funcionaron en más de una ocasión mancomunados)" alcanzar "notables frutos de prosperidad" y de "regeneración de nuestra vida en común".

¿De prosperidad para todos? Y de ¿qué regeneración habla Savater?, cuando se ve obligado a reconocer que "volvemos por donde salíamos", que "ya no basta que las creencias y prácticas religiosas sean respetadas en su ámbito propio igual que también en sus manifestaciones públicas, aunque siempre a título privado. Ahora se nos exige como necesario que la Iglesia mantenga intactos todos sus privilegios teocráticos de la época pasada y que incluso pueda decidir qué tipo de valores cívicos deben ser enseñados en la escuela, so pena de sublevar a la feligresía clamando contra la persecución religiosa". Entonces, en qué quedamos: ¿hay "retroceso" o el avance fue sólo un espejismo? ¿Para qué sirvió la "complicidad con la democracia" de los partidarios del antiguo régimen si treinta años después aún siguen oponiéndose a que "quienes buscan los restos de sus seres queridos ejecutados" puedan "darles digna sepultura". Y no se diga de su oposición a que se anulen las sentencias que la Dictadura impuso a los que luchaban por recuperar las libertades que hoy son constitucionales.

El autor de "Ética para Amador" afirma, con razón, que "no tiene pies ni cabeza" querer "zanjar el debate histórico con sentencias judiciales"; pero Savater "desbarra por completo", y precisamente en el terreno de la ética, al considerar que se hizo bien en "dar cauce a la ética de las consecuencias más que a la de los principios" para obviar este debate. Efectivamente, se renunció entonces a la justicia por temor a las consecuencias; pero, ¿hasta cuándo deberemos renunciar a ella y con qué cara diremos a las nuevas generaciones que luchen por ella? Además, Savater "desbarra por completo" cuando confunde el reclamar la rehabilitación de los que sufrieron la represión durante los cuarenta años de la dictadura franquista con pretender "imponer a posteriori la salomónica justicia que no se hizo en su día". Y también cuando afirma que no se busca "ya desenterrar los muertos de la Guerra Civil, sino desenterrar a la propia Guerra Civil para que ahora por fin ganen los buenos". ¡Acaso los herederos del franquismo no se han convertido ya en demócratas! Y desbarra porque él sabe muy bien en lo que quedará el auto de Garzón y todo este ruido mediático; pues él mismo se asombra de que "bastantes, pese a dudar mucho de la viabilidad jurídica del asunto (¿qué responsabilidades penales van a pedirse, y a quién, si el franquismo es declarado culpable? ¿guillotinaremos al Rey, establecido en el trono por el dictador?) y secretamente convencidos de que todo se quedará en agua de borrajas, traten de vendernos el encanto simbólico de todo este asunto". ¡Sí, en agua de borrajas, porque ni el propio Garzón quiere ir muy lejos!

Efectivamente, "no tiene pies ni cabeza tratar de zanjar un debate histórico con sentencias judiciales ni combatir a los historiadores falsarios desde un tribunal";

pero tampoco se zanja con el olvido. Además de que es impropio de un moralista predicarlo: "me gustaría ver irse también al olvido a los unos y los otros, como diría don Miguel, a quienes no olvidan porque su memoria viene de la ideología y no de la experiencia".

En verdad, más que impropio, es vergonzoso ver a Savater defendiendo el olvido con la excusa de que la buena memoria es la que proviene de la experiencia... Pero ¿de dónde sale la experiencia sino del conocimiento del pasado? ¡Qué paradoja, un moralista justificando una memoria consciente e interesadamente selectiva! Sí, es vergonzoso verlo defender una ética pragmática, realista en la España actual: "la de la crisis, el paro y la hostilidad centrífuga". No olvidar, porque la memoria viene de la ideología, es siempre nefasto; pero "el peor cáncer de la España actual" es la ideología de la praxis, la ética del acomodamiento a la realidad política, social y cultural de la sociedad capitalista de consumo que impera hoy en España y en el mundo.

(11/V/2008) en *Kaosenlared* y otras webs

Indignación y rebelión...

La verdadera amenaza: el totalitarismo capitalista

Sí, los “demonios del pasado”, en su forma totalitaria nazi-fascista o comunista, pueden volver... La falacia de la democracia formal no es un seguro contra su retorno. Por eso debemos estar alerta y ser solidarios con cuantos luchan contra los diferentes integrismos políticos y religiosos que renacen brutalmente en ciertas regiones del globo. Esta vigilancia y esta solidaridad son pues necesarias, pero sin olvidar que la principal amenaza para todos los pueblos del mundo es el totalitarismo capitalista, el totalitarismo del mercado oligárquico y monopolístico que se está imponiendo a través de la globalización de la economía capitalista y las políticas neoliberales. Globalización y políticas instrumentalizadas por los grupos financieros transnacionales. Grupos que han logrado tener más poder que los propios Estados nacionales, y cuya ambición es llevar a término, cueste lo que cueste, su proyecto de dominación mundial.

Esta amenaza es tanto más peligrosa por cuanto la “globalización”, el proyecto de dominación planetaria del Capital, es el resultado de una planificación llevada al grado más alto de la racionalidad capitalista y de una sistemática y permanente realización que cuenta para ello con medios técnicos colosales: los más poderosos y sofisticados que la humanidad ha conocido.

La amenaza totalitaria del pasado siglo provenía de ideologías autoritarias centradas en un Orden piramidal, un Orden construido y legitimado por el carisma populista de jefes ambiciosos y paranoicos. Su totalitarismo era fundamentalmente policíaco, represivo, y, en esa etapa de la historia, el capitalismo estaba aún al servicio de jefes de Estado y de imperios. Ahora, el capitalismo es el verdadero Poder, un imperio planetario absoluto, y los políticos y los Estados nacionales comparten su ideología y le sirven, incluso aquellos que aún pretenden combatirlo en China, en Cuba, en Venezuela, en Brasil, etc.

La ideología totalitaria del Capital ya no es por esencia policíaca, represiva, puesto que, para imponerse y reinar, no necesita necesariamente recurrir a dictadores o jefes de Estado autoritarios, a ejércitos conquistadores o poderosas fuerzas represivas. La generalización del consumo de masas (facilitada por la dialéctica reivindicativa materialista del movimiento obrero: ¡cada vez

más!), le ha permitido al capitalismo conquistar el subconsciente de los individuos, legitimarse y universalizar la ideología productivista-consumista. Es decir: que ya no es visto como la anomalía, la ley de la jungla, el robo, sino como la “norma inevitable del proceso económico”, el “productor de la plusvalía”, el “sujeto de la historia”... El Capitalismo ya no es más el despojo salvaje o la expropiación arbitraria de la acumulación primitiva, sino el Progreso... Es decir: ¡el Ideal, el Sueño, la Utopía de la Felicidad individual!

¿Cómo renunciar al progreso material? ¿Cómo descontaminarnos del virus del consumo? ¿Cómo imaginar otra vida que ésta que regula nuestra actual cotidianidad si nuestra aspiración es sólo obtener un pedazo cada vez mayor del “pastel”, si somos incapaces de poner radicalmente en cuestión el sistema que nos la impone? Debemos reconocer que nos es imposible renunciar a ese Progreso, a consumir, y que nos es difícil imaginar otro horizonte en tales condiciones. El hecho es que, por gusto o forzados, todos hemos adherido a esta realidad, y por ello nos parece inevitable, insuperable. Sobre todo después del estrepitoso fracaso de la alternativa que pretendía ser el socialismo marxista soviético.

La alternativa anarquista...

Es verdad que, desde la Primera internacional, los anarquistas no hemos cesado de denunciar este falso paradigma y mostrado el por qué el proyecto marxista (gestión de la sociedad a través del capitalismo de Estado) no es revolucionario ni anticapitalista. Así como tampoco hemos cesado de explicar el por qué la lucha exclusivamente reivindicativa del movimiento obrero lo conducía inexorablemente a un reformismo útil al capitalismo. Y, desgraciadamente, la historia no ha cesado de darnos razón : probando que el reformismo político y sindical era una trampa para la clase obrera, al igual cómo el marxismo real era su tumba.

Sí, los anarquistas hemos afirmado siempre –al menos teóricamente- que había que combatir por igual la lógica capitalista como la del Poder. Nuestro credo ha sido siempre destruir el Capital y el Estado para poder levantar una sociedad libre e igualitaria. Por eso hemos denunciado a los que pretenden construir esa sociedad “reformando” el capitalismo y a través del ejercicio del Poder. Y teníamos razón en hacerlo puesto que nuestras denuncias han sido corroboradas por los hechos, puesto que, a pesar de tantas tentativas reformistas y tantas conquistas del Poder por la clase obrera, el Capital y el Estado, la explotación y la opresión, están aún ahí...

Peor aún, el Capital ha impuesto su lógica por todas partes, la economía mundial está completamente regida por ella y todos los pueblos trabajan y consumen según esta lógica, sin concebir otra manera de vivir. Y en lo que concierne al Estado, aunque de vez en cuando los pueblos llegan a abatir algún gobierno, no pueden pasarse de él y acaban por meter otro en su lugar -muchas veces más represivo- perennizando las estructuras del Estado y, en consecuencia su opresión. Inclusive en los que los medios represivos son más sutiles porque pretendan ser la emanación de la Democracia. De grado o por fuerza, los pueblos se han finalmente adaptado, y nosotros también... De más en más las luchas reivindicativas se limitan a pedir trabajo o a defender los puesto de trabajo. Ya casi no se pide trabajar menos y ganar más. Inclusive las llamadas luchas “revolucionarias” no van más lejos de pedir leyes... para humanizar la explotación. En ningún caso se pone encausa el sistema o se intenta debilitarlo verdaderamente.

Al contrario, las luchas reivindicativas contribuyen, consciente o inconscientemente, a desarrollarlo, a consolidarlo. Al reivindicar derechos o mejoras se reconoce implícitamente la existencia y la perennidad del Capital y del Estado. Es decir: que la explotación y la dominación son inevitables...

Debemos reconocer esta evidencia y no taparnos los ojos. Pero no para sumirnos en el derrotismo, y aún menos para desmovilizarnos, sino para mirar la realidad con lucidez. Es decir: para sacar todas las consecuencias del por qué todas las tentativas de acabar con la explotación y la dominación del hombre por el hombre no lo han logrado. Para no olvidar el por qué el capitalismo no ha sido derrotado y no depositar la esperanza en las nefastas alternativas populistas que el Capital y el Estado no cesan de inventar. Alternativas populistas que han sido las que más han contribuido -tanto en su variante reformista como revolucionaria- a la consolidación del capitalismo como único horizonte para la convivencia humana en sociedad al perennizar la explotación y la opresión. Y esta lucidez es necesaria para no ilusionarse más con esas falsas soluciones, para encontrar y avanzar por otras vías que las que nos han llevado a este fracaso. Pues es evidente que si queremos construir una sociedad sin Capital y sin Estado, es decir sin explotación y dominación, hay que intentar otras vías que las seguidas hasta hoy. Sin olvidar que lo fundamental es ser consecuentes en todo momento con el antiautoritarismo que nos define, que es la condición sine qua non de la libertad, la justicia y la igualdad.

(Noviembre-diciembre 2004) en *El Libertario*, Venezuela

Davos-Belém: parches para el capitalismo

Frente a lo parches que en Davos han propuesto los que sólo quieren reformar el capitalismo, los propuestos por los “altermundialistas” en Belém no impedirán al capitalismo seguir en estado de marcha. Como era obvio, la “crisis” actual del sistema capitalista ha centrado los discursos y los debates en el Foro Económico Mundial de Davos y en el Foro Social Mundial de Belém. Lo curioso ha sido que en los dos Foros -que nacieron enfrentados y siguen pretendiéndose antitéticos- el diagnóstico de lo que huele a podrido dentro del sistema económico capitalista ha sido el mismo: el neoliberalismo, la preeminencia de la economía sobre la política.

En Davos, las élites que detentan el poder político y económico mundial se han visto obligados a reconocer que los excesos de los últimos años han llevado al colapso al sector financiero, y con él al conjunto de la economía. En otras palabras: que el neoliberalismo -ese cóctel de libre mercado y desregulación financiera en el comercio internacional globalizado- que hasta ayer defendían con uñas y dientes estas élites ya no es su fórmula mágica. Han perdido su fe en esa mezcla de globalización, innovación financiera y fundamentalismo de mercado y hasta entre ellos el Estado vuelve a estar de moda. De ahí que, tras un singular *mea culpa* y en busca de una cura para frenar el declive del sistema, esos banqueros, ejecutivos y políticos nos avancen ahora como remedio una exigencia de mayor regulación y aplaudan los planes de rescate que los poderes públicos han implementado para sacar del atolladero a la economía mundial. Llegando inclusive algunos de ellos a proponer un “mercado socialmente responsable” como alternativa al “todo mercado”. No es pues de extrañar que, ante el estupor de estas élites y el desencanto de la ciudadanía por ver en qué ha quedado el boom económico de los últimos años atribuido al triunfo del mercado sobre el Estado, los partidarios de la estatización de la economía y de la sociedad se hayan servido de Belém para vender su vieja receta, de “ruptura” con el sistema capitalista a través del capitalismo de Estado, o la nueva : reforzamiento del intervencionismo estatal para reformar el sistema neoliberal a través de un “capitalismo socialmente responsable”. Es decir : “un modelo de justicia social democrático y de acción comunitaria”, donde el papel del Estado sea “hacer respetar la diversidad y la dignidad de todos y de cada uno” -según declaró en Belém Pedro Zerolo, secretario de Movimientos Sociales de la Ejecutiva Federal del PSOE.

O sea que, frente a lo parches que en Davos proponen los que sólo quieren reformar el capitalismo, los propuestos por los “altermundialistas” en Belém no impedirán al capitalismo seguir en estado de marcha. Y eso a pesar de que el “futuro del capitalismo” haya sido el denominador común de la mayoría de las conferencias y debates de este Foro y de que no se puede considerar lo que ha pasado como un simple accidente, un paréntesis a reformar lo más pronto posible -como dicen los más “progresistas” que mandan en el mundo.

Desde hace mucho tiempo se sabía que el financiamiento de la expansión por un endeudamiento vertiginoso -para justificar beneficios no menos vertiginosos para algunos- conduciría a una crisis como la que estamos viviendo. Que un mundo que se ha vuelto loco y codicioso, indecente e irresponsable, no podía conducirnos más que a esta situación extremadamente grave y absurda. No sólo porque la recesión puede significar la miseria para millones y millones de trabajadores en el mundo sino por lo absurdo de esta injusticia, puesto que la riqueza existe y es su mala distribución la que provoca tales crisis y tragedias.

Una situación tanto más grave y absurda que, como sabemos, el capitalismo es irreformable y utópica la reglamentación de la esfera financiera para poner término a la especulación, a los paraísos fiscales, a los movimientos erráticos de capitales, etc. Y, además, porque igualmente sabemos a dónde conducen las “nacionalizaciones” y el “todo Estado”. No sólo por la ausencia de libertades sino porque allí también prospera la utilización abusiva e inicua de las posiciones de poder en provecho de quien las detenta.

El problema, en el contexto de la actual “crisis” económica del capitalismo mundial, es que, a pesar de que se ha llevado por delante (en las Bolsas) una cuarta parte de la riqueza mundial, los ricos saldrán de ella más ricos y los pobres más pobres. Y será así porque la riqueza se evalúa en dinero (dólares, euros, etc.) y porque es mayoritariamente la propiedad de unos cuantos.

Pero, sobre todo, porque nadie escapa hoy a la codicia y al consumismo con los que la ideología capitalista ha logrado contaminar nuestras mentes. Y ello a pesar de que muchos sigamos proclamándonos (y muy probablemente creyendo que somos) socialistas, comunistas, anarquistas. Lo más grave es que esta contaminación ideológica capitalista -que nadie en la izquierda quiere reconocer- va acompañada de otra, provocada por la pulsión autoritaria, que es tanto o más nefasta, puesto que sirve de excusa a la mayoría progresista en su lucha por el poder. Sin embargo, todos sabemos que la solución, para una convivencia plena y satisfactoria para TODOS, pasa por “la autogestión entre consumi-

dores y productores”, tanto en la esfera económica como en la política. En otras palabras: por la organización de la sociedad en base a principios realmente autogestionarios y democráticos.

Nadie, en la izquierda, lo ignora; pero eso no impide que en la vida cotidiana los practiquemos muy poco y que la mayoría, por gregarismo, siga instalada en sus sectarismos ideológicos. Inclusive aquellos que no paran de exigir una respuesta a la crisis del capitalismo con medidas que nos conduzcan “de verdad” al socialismo. Y en estas estamos, cuando salir del capitalismo no ha sido tan actual y tan necesario. No sólo porque la conmoción técnica y científica está provocando una ruptura en el desarrollo del capitalismo, que erosiona las bases de su poder y de su capacidad de reproducirse, sino porque esta salida puede producirse de forma civilizada o bárbara, y demasiado tarde para evitar una catástrofe ecológica. Por eso es tan lamentable que sigamos peleándonos por ismos, pues esta es la principal razón por la que la izquierda sólo es capaz de proponer parches al capitalismo, sea privado o de Estado.

Es evidente que otro gallo cantaría si todos los que nos proclamamos anticapitalistas, porque repudiamos toda forma de explotación y de dominación, fuésemos capaces de superar las más o menos artificiales divergencias ideológicas y crear un movimiento de resistencia y presión social para concienciar a los pueblos sobre los estragos humanos y medioambientales del capitalismo y sus servidores los Estados.

Sí, otro gallo cantaría, pues somos millones y millones los hombres y mujeres en el mundo que tenemos conciencia de la irracionalidad de este mundo globalizado y que estamos decididos a luchar por “otro mundo posible”. Sí, somos conscientes de ello ; pero desgraciadamente también tenemos conciencia de las “diferencias” que nos mantienen divididos y nos reducen a la impotencia. Además, sabemos que si no superamos estas “diferencias” y unimos esfuerzos seguiremos condenados a seguir proponiendo “parches” para el capitalismo o a tener que soportarlos. ¿Cómo salir de esta situación si cada uno sigue afirmando su “diferencia”? Yo no veo otra que referirnos exclusivamente a lo que, a pesar de las “diferencias”, nos identifica y nos une: la lucha contra toda forma de explotación y de dominación.

(2/IV/2009) en rojoynegro.info

Howard Zinn y la desobediencia

Para anunciar el fallecimiento del conocido historiador, dramaturgo, y activista político Howard Zinn, *Kaosenlared* en la Red ha reproducido las notas dedicadas por *AP* y *Cubadebate*, así como por GARA y La Jornada, a esta sentida desaparición y ha encabezado esta información y homenaje con el siguiente título: “Fallece el historiador, intelectual y activista norteamericano Howard Zinn... uno de los nuestros!!”

Efectivamente, *Kaosenlared* tiene razón en decir uno de los nuestros!! pues no cabe la menor duda de que Zinn lo era: no sólo por lo que denunció en sus escritos sino también por su historial de activista contra el *establishment* estadounidense y todas las formas de injusticia y opresión existentes en el mundo. Howard Zinn fue indiscutiblemente un defensor intransigente de los derechos y la dignidad del ser humano, y por ello encarnó tan fielmente al intelectual de izquierda comprometido con las luchas sociales de su tiempo. Un compromiso ejemplar que se manifestaba a través de una conducta coherente y consecuente, predicando y practicando la disidencia y la desobediencia ante el Poder -fuese cual fuese la forma en que éste se presentara. Consciente, además, de que el problema no era, “no es la desobediencia civil, sino la obediencia civil”. En otras palabras: los mecanismos psicológicos y políticos que inducen a los seres humanos a obedecer al poder que les somete. Ese condicionamiento a la obediencia, que Étienne de La Boétie llamó “la servidumbre voluntaria” y que a lo largo de la historia ha permitido la legitimación y perpetuación de todas las formas de autoridad, de poder, de sometimiento. Como para La Boétie, también para Zinn, la obediencia era y es el problema central en la lucha contra la injusticia y el sometimiento. De ahí que no se cansara de repetir “Nuestro problema es que la gente es obediente” y de celebrar a los desobedientes... Además de no haberse posicionado nunca como detentador de la verdad. No sólo porque pretender detentar la verdad es en verdad querer detentar el dominio sobre los demás sino porque no se puede acceder a ella que a través de la libertad, y para ello no se debe ser ni amo ni esclavo.

No es pues de extrañar que Zinn escribiera que, para el anarquista, “el cambio revolucionario” es “algo inmediato, algo que tenemos que hacer ahora mismo, donde estamos, donde vivimos, donde trabajamos”. Y que ello “implica empezar desde ahora mismo a deshacerse de las relaciones autoritarias y

crueles, entre hombres y mujeres, entre padres e hijos, entre un tipo de trabajador y otro tipo". Y que explicara el por qué esta acción es importante: "Tal acción revolucionaria no puede ser aplastada como una insurgencia armada. Ocurre en la vida cotidiana, en las esquinitas donde las manos poderosas pero torpes del poder estatal no pueden fácilmente alcanzar. No está centralizada o aislada, y por lo tanto no puede ser destruida por los ricos, por la policía, los militares. Ocurre en 100 mil lugares al mismo tiempo, en familias, en las calles, en los barrios, en los lugares de trabajo. Suprimida en un lugar, reaparece en otro hasta que está en todas partes. Tal revolución es un arte. Eso es, requiere la valentía no sólo de la resistencia sino de la imaginación". Y que nos advirtiera que "el cambio revolucionario no llega como un momento cataclísmico (¡cuidado -nos dice- con tales momentos!) sino como una sucesión interminable de sorpresas, caminando de manera zigzagueante hacia una sociedad más decente". Insistiendo en que "no tenemos que participar en grandes acciones heroicas para participar en el proceso del cambio"; puesto que "acciones pequeñas, multiplicadas por millones de personas pueden transformar el mundo".

Zinn está convencido de la eficacia de esta dinámica para "transformar el mundo" y por ello nos recuerda que "es un fenómeno registrado una y otra vez en la historia de los movimientos populares contra la injusticia por todo el mundo", cuando "suficientes personas ponen sus mentes y sus cuerpos" en esa causa común. Esto es lo que Zinn, en tanto que historiador, pero también en tanto que activista anarquista, enseñaba a sus alumnos y lectores. Cuando les decía que su objetivo era rescatar "las incontables pequeñas acciones de gente desconocida que llevan a esos grandes momentos", porque, "cuando entendemos esto, podemos ver que hasta las más pequeñas acciones de protesta en que participamos pueden convertirse en las raíces invisibles del cambio social".

Por ello resultan risibles ciertos esfuerzos y contorsiones dialécticas para presentarlo como un compañero de viaje del antiimperialismo populista actual. Antiimperialista, claro que Zinn lo ha sido, como todo anarquista lo es; pues combatir el imperialismo, el que sea, es la consecuencia lógica de combatir el autoritarismo y el Poder, de luchar por la anarquía... Como decía Zinn en la introducción al libro, *Anarquía y orden*, del anarquista inglés Herbert Read: "La palabra 'anarquía' perturba a la mayoría de la gente en el mundo occidental; sugiere desorden, violencia, incertidumbre. Tenemos buenas razones para tenerle miedo a estas condiciones, porque hemos estado viviendo en ellas

por largo rato, no en sociedades anarquistas (nunca han existido); pero precisamente en esas sociedades más temerosas de la anarquía, los poderosos estados-nación de los tiempos modernos. En ningún otro momento en la historia humana ha existido tal caos social...

Son estas condiciones las que los anarquistas desean anular para que el mundo pueda conocer otro tipo de orden por primera vez". La anarquía, otro tipo de orden, o más bien otro tipo de relaciones humanas y sociales, concebido - como lo concebía el anarquista inglés recientemente fallecido, Colin Ward- sin autoridad y técnicas burocráticas. Así, anarquía "es simplemente cualquier espacio social en el que las técnicas de mutualidad predominan; un espacio social en el cual la gente entra (y sale) libremente; se relacionan como iguales y hacen algo creativo para resolver un problema, satisfacer una necesidad o solo disfrutar de la creatividad en si misma. Por ello el objetivo del anarquismo es intentar empujar e impulsar a la sociedad en la dirección de mayor anarquía en este sentido".

Así pues, la anarquía, de hecho ya está en gran parte de nuestro mundo social, en esas "pequeñas acciones" que, como nos decía Zinn, "multiplicadas por millones de personas pueden transformar el mundo". Incluyendo, claro está, las diversas formas asociativas y mutualistas igualitaristas; así como en todos esos espacios sociales cooperativos autogestionados. Zinn tenía razón en decir: "Tener esperanza en tiempos difíciles no es sólo tontamente romántico. Está basado sobre el hecho de que la historia humana es una historia no sólo de crueldad, sino también de compasión, sacrificio, valentía, bondad. Lo que optemos por enfatizar en esta compleja historia determinará nuestras vidas. Si vemos sólo lo peor, eso destruye nuestra capacidad para actuar. Si recordamos esos tiempos y lugares, y hay muchos, donde la gente se ha comportado de manera magnífica, eso nos da la energía para actuar, y por lo menos la posibilidad de enviar este trompo de mundo a que gire en otra dirección. Y si actuamos, por más pequeña que sea la acción, no tenemos que esperar un gran futuro utópico. El futuro es una sucesión infinita de presentes, y vivir ahora tal como pensamos que deberían de vivir los seres humanos, en desafío de todo lo malo que nos rodea, es en sí un triunfo maravilloso". Efectivamente, Zinn era uno de los nuestros.

(23/II/2010) en *Kaosenlared* y otras webs

¿Qué hacer ante la ofensiva de la oligarquía?

En el artículo “Por Dios, por la Patria y el Rey”, Rafael Cid nos advierte de que, “aparte de las consecuencias sociales, en su mayor parte permisivas para el capital y lesivas para los trabajadores (¿causa y efecto?), la crisis está dejando otros flancos al descubierto como evidentes daños colaterales”. Y que estos flancos son “aspectos complementarios que más indisimulada que discretamente aparecen en la estrategia de la oligarquía para lograr esa refundación a mayor abundancia que la procurara posiciones de dominio y explotación todavía más flagrantes si cabe”.

Coincidimos con Rafa en la pertinencia de esta advertencia y en el balance devastador de la ofensiva desencadenada por la oligarquía, con la excusa de la “crisis” y el argumento falaz de que es “por nuestro propio bien”, en, por lo menos, los tres frentes “abiertos (autonomías, sindicatos y cajas de ahorro) y una sola trinchera (la involución democrática)”. Y todo ello “ante el silencio cómplice de partidos, sindicatos y usuarios...” Ofensiva que la oligarquía capitalista mundial está desarrollando en todo el planeta con el mismo objetivo que el buscado en España, aunque en cada país los frentes abiertos puedan ser diferentes...

Nada a añadir pues a este devastador y desolador balance, salvo decir que este balance sería muy diferente si los trabajadores hubieran decidido no ceder más, si se hubieran unido y pasado a la ofensiva declarando la huelga general indefinida como lo hicieron en otros tiempos... Más concretamente: si los trabajadores, en vez de resignarse y buscar soluciones individuales, reaccionaran y combatieran colectivamente en defensa de sus derechos.

Es verdad que, ante el panorama que tenemos delante nosotros, es casi imposible pensar que los trabajadores seamos capaces, al menos por el momento, de reaccionar y tomar tal decisión... No obstante, alguna esperanza debe quedar, pues, pese a un horizonte tan sombrío, Rafa ha terminado su artículo con esta pregunta que es al mismo tiempo una interpelación activa dirigida a nuestra conciencia de “usuarios” y militantes anarconsindicalistas: “¿cederemos nosotros también?”

Yo no sé si Rafa tiene aún tal esperanza y si ella es fundada; pero estoy convencido de que tenemos el deber de hacernos eco de su interpelación-llamamiento e intentar dar una respuesta que no sea ni retórica ni de circunstancia. Una respuesta que, además de ser consecuente con nuestro ideario, sea posible

asumirla plenamente; pues tal es muy probablemente la condición para que ésta sea eficaz : tanto para poner en marcha resistencias como para contribuir a la removilización de los explotados y dominados.

Ahora bien, ¿cómo intentar dar una respuesta sin tratar de comprender previamente el por qué los trabajadores nos hemos resignado a dejar la iniciativa en manos de la oligarquía en la confrontación social? Sí, ¿cómo pretender dar una respuesta a la altura de lo que está en juego hoy sin encontrar antes la explicación de esta cobarde e irracional desmovilización del que en un tiempo se llamó “el proletariado”?

No, no podemos contentarnos con no poner en duda el hecho de la desmovilización proletaria y ciudadana si no queremos continuar a ceder... Pues no creo que nos pueda ser de alguna utilidad reaccionar a ciegas, por simple deber... Al contrario, creo que es el ser lúcidos sobre las causas de esta resignación lo que nos puede ser útil para reaccionar.

De ahí que considere necesario y urgente realizar -por lo menos entre los que nos seguimos considerando anarcosindicalistas- un análisis serio, riguroso y sin complacencias del proceso político, social, económico y cultural que en estas últimas décadas ha permitido a la oligarquía económica consolidar sus posiciones y orientar la historia en función de sus intereses hegemónicos. Y eso pese a que, tras casi treinta años de hegemonía neoliberal y de fe ciega en las virtudes del mercado global y “desregulado”, hemos visto como, en pleno corazón del capitalismo, se producía una crisis sistémica de inédita y amenazadora gravedad.

Una crisis que, además de arrasar con los principales supuestos en que se sustentaba la hegemonía neoliberal -entre otros el de la superioridad del mercado libre como garante del progreso económico a escala nacional y planetaria-, ponía flagrantemente en evidencia las esencias depredadoras del sistema capitalista y el propio mito de la Propiedad, al obligar a las instancias públicas a socorrer las instancias privadas en quiebra o riesgo de quiebra.

Esto es lo terrible, lo inexplicable del actual derrotismo imperante en las filas de los explotados; pues quizás en pocas ocasiones anteriores habían sido más evidentes las contradicciones y los peligros que hace correr a la especie humana el sistema capitalista. Además de disponer hoy las víctimas, como nunca antes, de los medios de información suficientes para no ignorar esta evidencia.

Efectivamente, nunca antes hubo la posibilidad de estar todos informados para

ser conscientes de lo que nos amenaza... De ahí pues la obligación, el deber de preguntarse el por qué, pese a ser conscientes del peligro que representan para todos los seres humanos los designios del capitalismo, continuamos cediéndole.

Es verdad que el mundo es complejo, cada vez más complejo, y que de más en más se tiene la impresión de que su funcionamiento escapa a la voluntad humana. Por lo menos, a la voluntad de las mayorías, y que a éstas no les queda más remedio que aceptar y soportar las decisiones que se toman muy lejos de ellas. Sí, es verdad que la complejidad del mundo no ha cesado de acrecentarse en todos los dominios de la actividad humana y que ni siquiera el progreso de la ciencia ha contribuido a desentrañar esta creciente complejidad de la actividad y la convivencia humanas, de las cuales la historia es un testimonio coherente. Pues nada hay más coherente que la diversidad de los acontecimientos históricos, inclusive en su aparente incoherencia, y de ahí que esta coherencia, de la aparente incoherencia (con sus propios intereses) del actuar de la "clase" trabajadora actual, sólo pueda descubrirse con el estudio sin ojeras ideológicas de la historia. Sí, del estudio de la historia, pero también del análisis crítico de nuestras propias vidas...

Claro que con esto no quedará resuelto el problema que nos plantea la actual ofensiva del capitalismo; pues es obvio que no es suficiente con estudiar la historia para cambiar su curso. Pero me parece también obvio que sólo comprendiendo cómo hemos llegado hasta aquí podremos deducir o imaginar respuestas coherentes y consecuentes con nuestros intereses y aspiraciones. Por lo menos para tener conciencia clara del por qué, salvo focos aislados y reducidos de resistencia anticapitalista, el productivismo capitalista sigue siendo la base del desarrollo económico para todos los pueblos. Y esto gracias al fracaso del llamado "socialismo real" y a pesar de las políticas neoliberales que condujeron a la "crisis financiera" de septiembre de 2008 y a los planes de recortes salariales, del gasto social, etc. implementados por los gobiernos de "izquierda" y de "derecha" en el mundo.

Es de esta evidencia que me parece se debe partir si queremos encontrar respuestas racionales para no seguir cediendo, pues es necesario saber los límites de la conducción política del sistema capitalista mundial y no olvidar que la intervención estatal es un componente central de la reproducción capitalista. No sólo para no creer a los que vuelven a vendernos las quimeras de la emancipación a través de Estados socialistas (capitalismo de Estado) sino también para seguir denunciando la demagogia de los que gobiernan en las democracias ca-

pitalistas aunque repitan que el pueblo “ya no tendrá que pagar nunca más la factura de los errores de Wall Street” (Barack Obama, al anunciar la reforma financiera llamada “La Dodd-Farnk Wall Street Reform and Consumer Protection Act”, el 20/07/2010 en Washington).

Claro que, como Rafa, yo también terminaré preguntando: ¿Queremos y seremos capaces de hacer este análisis para darnos armas lúcidas y entusiasmos para no seguir cediendo ?

(22/VII/2010) en *rojonegro.info* y otras webs

Las huelgas y el cambio social...

En los tiempos que corren, de resignación generalizada ante los embates del Capital globalizado, es normal que el movimiento de rechazo a las "reformas" (claramente antisociales) propuestas por el gobierno francés, en sintonía con otros gobiernos europeos, despertara esperanzas y hasta celos de emulación fuera de Francia. Esperanzas, por creer que este movimiento podía servir de ejemplo para incitar a los demás pueblos a rebelarse, y celos, porque la continuidad del movimiento ponía en evidencia la resignación reinante en el seno de esos otros pueblos.

Es verdad que, visto de lejos, la amplitud y la relativa radicalidad de este movimiento protestatario podían incitar a creer que se estaba en vísperas de una explosión revolucionaria en el país galo. De ahí que suscitara espontánea admiración y enorme fervor... Admiración y fervor retóricos que aún continuaban manifestándose a través de múltiples formas de expresión; pero sin llegar a convertirse en solidaridad activa... Aquí mismo, en este espacio, aún podemos encontrar numerosas trazas de tal solidaridad retórica reducida a palabras, a frases más o menos sinceras de valoración y reconocimiento simbólico del espíritu combativo del "pueblo francés", etc. Pero, de actos de solidaridad efectiva, ¡nada! ¡Sólo deseos y esperanzas...!

De la euforia a la desesperanza...

No es pues de sorprender que, al ir pasando los días y perder fuerza el movimiento huelguístico en Francia, también en el exterior hayan perdido fuerza los entusiasmos y hayan cesado las alabanzas... Esos entusiasmos exagerados e injustificados y esas muestras de euforia retórica intrascendentes que, en

general, acaban luego produciendo frustración y desesperanza por no reflexionar antes sobre lo infundado de tales entusiasmos y euforias...

Por ello, y aunque sigan produciéndose alguna que otra movilización en Francia, debemos reconocer que los hechos demuestran lo excesivo y subjetivo de esos entusiasmos y esperanzas. Reconocer el enorme desfase entre esas reacciones admirativas y la realidad: tanto en el terreno de la lucha sindical como en el de sus consecuencias políticas y sociales. Desfase entre lo deseado y la realidad de los hechos, y no sólo fuera de Francia sino también en la propia Francia, en donde también los había que confundían la gimnasia con la magnesias, que tomaban sus deseos por realidades, sin apercibirse de los puntos flacos del movimiento y de la relación de fuerzas en el seno de la sociedad francesa. No tanto por disponer el gobierno francés de una holgada mayoría en el parlamento sino por el hecho de no haber, en el terreno político, alternativa a sus políticas neoliberales.

Sorprendentes pues estas súbitas ensoñaciones generadas por movimientos sociales que están dentro de la norma y la tradición del sindicalismo reformista. Sorprendentes, no sólo por su carácter reiterativo -cada vez pasa lo mismo- sino por no tomar en cuenta los efectos disuasorios del consumismo y del estado del bienestar en las actuales confrontaciones sociales con el Capital, además del carácter eminentemente corporativista de las reivindicaciones y de la gestión del movimiento por las burocracias sindicales. Lo que necesariamente debería haber incitado a plantearse la pregunta de hasta dónde se estaba dispuesto a ir...

Sí, sorprendentes, porque a estas alturas de la historia se debería ya saber, sea por experiencia o por conocimiento histórico, que un movimiento huelguístico como el francés podía y debía acabar como ha acabado, sin que por ello deba ser motivo de desesperanza y desmovilización. Al contrario; pues es obvio que -como lo ha dicho aquí Acratosaurio y nos lo dice el sentido común- no se consigue nada sin luchar, y que, lo consecuente no es desanimarse y renunciar sino tratar de comprender lo que este movimiento ha sido y las lecciones que de él podemos sacar para continuar la lucha.

Sobre la Huelga General en España

Lo anterior es también válido para lo sucedido en España con la "Huelga General de un día"; pues también aquí los hubo y los hay que se hicieron ilusiones con esa H.G. sin reflexionar suficientemente en lo que ella podía dar... No

sólo por culpa de de las mafias sindicales de CC OO y UGT sino también porque sus bases y la mayoría de la clase trabajadora española no estaba y no está decidida a luchar de verdad... ¡Ni siquiera en defensa de los derechos adquiridos!

Como en Francia, en España también los libertarios y aún más para los que se posicionan como anarcosindicalistas se vieron confrontados con el dilema de participar o no participar en el movimiento huelguístico. No sólo por lo que significa hoy la huelga reducida, en el mejor de los casos, a simple instrumento de defensa de derechos adquiridos en el marco de la sociedad de clases capitalista, sino también por su instrumentalización política. Aquí mismo, en este espacio de debate, se ha opinado suficientemente sobre ello y me parece que la mayoría de los que lo han hecho coinciden en que, pese a las reservas que los libertarios y los anarcosindicalistas podíamos y debíamos hacer a tal movimiento (tanto desde el punto de vista de sus objetivos como de su convocatoria y programación), nuestro deber era participar en él. Por supuesto, señalando y explicando el por qué de nuestras reservas y advirtiendo a los trabajadores y trabajadoras de los riesgos de manipulación y a dónde lleva el limitarse a movimientos tan dentro de la norma "reformista" socialdemócrata.

No creo pues que sea necesario insistir en la necesidad de denunciar las "ilusiones fáciles y cómodas"... Creo que todos los libertarios y anarcosindicalistas que han participado en esos dos movimientos han denunciado, de una manera u otra, el "activismo sin contenidos ni estrategia" revolucionaria, esa "cosmovisión específicamente izquierdista y socialdemócrata", y que lo han hecho a partir de contenidos anticapitalistas consecuentes. De ahí que la cuestión de participar o abstenerse no tenga sentido, pues tanto en un caso como en el otro, lo consecuente -además de defender las legítimas conquistas sociales de la clase trabajadora- era y es mantener y exponer, sin demagogia ni retórica, nuestro enfoque de la lucha contra el Capital y el Estado, que va más allá de conseguir mejoras materiales y laborales. Es decir: denunciar cuanto contribuye a la sumisión y facilita la explotación del hombre por el hombre en una sociedad, como la actual, que tiene por eje central de su funcionamiento valores economicistas injustos e irracionales.

Ante tal situación, me parece que nuestro deber, en tanto que libertarios, anarquistas o anarcosindicalistas, es proseguir nuestra obra de concienciación en cuanta ocasión se nos presente y a partir de nuestras convicciones éticas y

revolucionarias: igualitarias y antijerárquicas. Pero sin erigirlas en dogmas, en verdades absolutas, definitivas e inamovibles; pues, además de ser pretencioso y contrario al ideal anárquico el creerse depositario de la Verdad, eso significaría erigirnos en jefes o profetas.

Los pueblos son lo que son porque se les ha condicionado por la fuerza para serlo, no porque lo sean fatalmente. La lucha por la emancipación es la lucha contra tal condicionamiento, para que puedan ser autónomos y decidir su futuro por ellos mismos. Y esto implica no querer decidir por ellos. Es pues en esta lucha, que no ha cesado nunca, que continúa hoy y sin duda continuará mañana, que debemos seguir participando cuantos aspiramos a la libertad de decisión para todos.

(30/X/2010) en *alabarricadas* y otras webs

En marcha la criminalización de la protesta social

Con la excusa de atajar la posible violencia que se pueda producir en las protestas callejeras, que los recortes presentes y futuros provocaran inevitablemente, el Ministerio del Interior ha anunciado que está pactando con el Ministerio de Justicia el endurecimiento del Código Penal relacionado con el "orden público". A las doce medidas ya anunciadas para reprimir más duramente la "desobediencia contra la autoridad", se quiere añadir la propuesta del Secretario de Estado de Seguridad, Ignacio Ulloa, para que las asociaciones, partidos y sindicatos que convoquen manifestaciones "respondan penalmente" por el comportamiento de alguno de sus afiliados que cause "daños con relevancia penal" en el curso de tales acciones de protesta. Aunque desde la Secretaria de Estado de Seguridad se ha insistido en que el objetivo de este endurecimiento represivo no es el de socavar el derecho de manifestación de los ciudadanos sino el de "evitar la violencia que pueda producirse en el curso de manifestaciones de protesta no controladas por sus organizadores", los hechos prueban que no es la violencia que se quiere impedir sino la protesta social, que la gente salga a la calle como ocurrió el 29-M.

La prueba de ello es que se amenaza con extender esta responsabilidad a los padres y tutores de menores de edad que hayan cometido tales daños e incluir la "resistencia pasiva" en el "delito" de "resistencia activa"... Y en Cataluña, además de las brutales intervenciones de los Mossos d'Esquadra y de las

arbitrarias detenciones relacionadas con la huelga general del 29-M, se acaba de abrir una web de los Mossos para "identificar a personas sospechosas de haber protagonizado actos de violencia callejera durante esa huelga". Una cínica e indigna incitación a la delación ciudadana justificada por el director de la policía catalana, Manel Prat, con estas significativas palabras: "disuadir y prevenir".

Es la estrategia del miedo y la Generalitat la utiliza descaradamente para amedrentar a los ciudadanos e incitarles a que no organicen ni participen en actos de protesta ciudadana o en manifestaciones sindicales contra las políticas antisociales. Por eso el director de los Mossos no se ha andado por las ramas al afirmar su intención de ampliar la web "con nuevas carpetas de incidentes que se produzcan en un futuro", y al prometer "la máxima confidencialidad" a las personas que quieran aportar información sobre los presuntos "vándalos". Y menos aún al decir claramente cuál es su objetivo: "promover la participación ciudadana al 100%, al tiempo que queremos preocupación ciudadana al 0%".

Tras estas descaradas y amenazantes declaraciones, de autoridades que pretenden defender un régimen democrático, ¿cómo sorprenderse de que se encubran acciones policiales claramente lesivas de los derechos de los ciudadanos y se persiga con saña a los que protestan por la injusticia social? Sí, ¿cómo sorprenderse de que el Gobierno de Rajoy indulte a cinco Mossos d'Esquadra condenados por lesiones, tortura, maltrato y detención ilegal? Delitos por los que debían cumplir penas de inhabilitación profesional, varios años de prisión y multa, según reconocen fuentes del Gobierno, y que, tras la aprobación del real Decreto, estos agentes "volverán a reintegrarse en el cuerpo de Mossos y recuperarán su condición de funcionarios", puesto que el Consejo de Ministros les ha conmutado la pena de inhabilitación -que les impedía volver a ejercer- por la de suspensión...

Sí, ¿cómo sorprenderse de ello y que, pocos días después, se detuviera a la secretaria de organización de la CGT de Barcelona, Laura Gómez, y que la Jueza del Juzgado de Instrucción N° 23 de Barcelona le decretara prisión por su participación el 29-M en una teatralización, en la puerta de la Bolsa de Barcelona, en la que se quemaron simbólicamente unas cajas de cartón con papeles dentro. Una acción de protesta por la que el Ministerio Fiscal ha solicitado y la Jueza ha decretado "prisión provisional, comunicada y sin fianza, dada la gravedad de los hechos y evitar el riesgo de fuga, ocultar pruebas e

impedir que cometa otros delitos", a una mujer sin antecedentes penales, con domicilio fijo, trabajo fijo y una hija que vive con ella. ¡Unas consideraciones y baremos que esa Justicia no toma en consideración ni aplica a los banqueros y políticos investigados por la fiscalía anticorrupción!

¿Cómo no ver pues en todo lo anterior la prueba de la connivencia entre el Gobierno del Estado y el autonómico para criminalizar la protesta social? Laura, como todos los demás indignados detenidos o perseguidos, son las primeras víctimas del actual Poder autoritario y represor al servicio del Capital, que pretende acabar con los derechos y las libertades del pueblo trabajador mediante leyes liberticidas y una represión cada vez más brutal. Con ello, este Poder quiere intimidar a la ciudadanía para que ésta no haga causa común con los sindicalistas y los indignados que luchan, que no se resignan a vivir de rodillas. Por eso, hoy como ayer, cuando se luchaba contra la dictadura franquista, es necesario testimoniar activamente nuestra solidaridad con todas las personas que estén entre las garras de este Poder, que no tiene ningún escrúpulo en inscribirse cada vez más en la tradición fascista de la represión de la protesta social. Seamos pues solidarios y no permitamos que el Estado y el Capital nos desmovilicen.

(27/IV/2012) en *alabarricadas* y otras webs

Urge desembrollar el 25-S

El embrollo provocado por la iniciativa de la Plataforma ¡En Pie!, para "ocupar el Congreso" este 25 de septiembre, parecía haberse desembrollado tras la reunión de aquella Plataforma con otros grupos del 15-M en Madrid hace unos días; pero, al parecer, la constitución de la Coordinadora del 25-S, decidida en tal reunión para preparar la acción el 25-S, no ha sido asumida por la Plataforma ¡En Pie!, que sigue convocado en solitario y en base a sus objetivos: "manifestarse rodeando el Congreso de forma indefinida hasta conseguir la dimisión del gobierno actual, la disolución de las Cortes y de la Jefatura del Estado y la apertura de un proceso de transición hacia un nuevo modelo de organización política, social y económica".

Dada la importancia de esta acción para el 15-M y la cercanía de tal fecha, me parece de gran urgencia hacer todo lo posible por desembrollar tal embrollo y evitar así que esa iniciativa se transforme en un motivo de división entre los

"indignados". Este era el objetivo que, tras hacerse pública la constitución de la Coordinadora del 25-S, me incitó a escribir el texto que sigue :

Reflexiones sobre el 25-S y el 15-M

Tras provocar "mucho ruido y confusión", la convocatoria -por un Grupo del 15-M- a una manifestación para "Ocupar el Congreso" el 25-S, ha dado lugar a una reunión en Madrid de varios Grupos del 15-M en la que el grupo inicialmente convocante, la Plataforma En Pie, ha cedido el protagonismo de la preparación de tal movilización al colectivo de grupos allí reunidos, que se ha constituido en "Coordinadora del 25-S".

Esta iniciativa ha sido celebrada, desde diferentes sectores del 15-M, como una demostración del talante democrático que inspira el funcionamiento de este movimiento y de su voluntad y capacidad para corregir errores y contradicciones. Pero, por muy alentadora que sea esta decisión, me temo no sea suficiente para que el 25-S sea un "éxito" y el 15-M evite en el futuro esta clase de conflictos decisorios para proseguir más eficazmente y consecuentemente su camino contestatario.

Sea lo que sea, lo seguro es que la reunión de Madrid ha puesto fin, en lo inmediato, al embrollo organizativo y ha provocado numerosas reacciones entre los que de una manera u otra apoyan este movimiento de contestación y propuesta. Con lo que, por lo menos, ha tenido la virtud de incitar a reflexionar sobre el 25-S y las siguientes etapas del 15-M; pues es evidente que la continuidad del 15-M no depende sólo de su voluntad y capacidad para evitar que sus movilizaciones se ritualicen sino también de que éstas tengan consecuencias determinantes para la vida de las gentes en el presente, y, en el futuro, para cambiar de sistema...

Un cambio que no puede reducirse a "cambios" homeopáticos en el sistema actual de dominación y explotación; puesto que, para la mayor parte de cuantos se han identificado con el 15-M, tales "cambios" no cambian nada de esencial en este sistema. Para ellos y ellas, esto está suficientemente claro y de ahí su oposición a transformar el 15-M en un partido, en un sindicato o en un grupúsculo con veleidades vanguardistas; pues no sólo están hartos de la impotencia de éstos para cambiarlo o para reducir, por lo menos, sus efectos más injustos y nocivos, sino que son conscientes de que no se saldrá de la situación actual de impotencia y resignación sin provocar una toma de conciencia colectiva de la necesidad y urgencia de ese cambio. Y por eso quieren que el 15-M

sea un instrumento idóneo para conseguir tal concienciación y que la gente se atreva a decidir por si misma.

Claro que este anhelo no ha podido impedir que, desde el principio, los haya habido y los haya aún, en el 15-M, con otro objetivo, el de transformarlo en partido o en correa de transmisión de su partido, organización, sindicato o grupúsculo. Pero es indiscutible que la inmensa mayoría de los "indignados" y de los colectivos y asambleas deliberativas, que han hecho posible la existencia de este movimiento, no comparte tal objetivo. Al contrario, en todas las ocasiones que se presentan, ella hace público tal rechazo y su deseo de que el 15-M sea algo nuevo... Nuevo y capaz de evitar la deriva politiquera de los partidos, sindicatos y grupos políticos -por radicales que éstos se pretendan.

Lo que quiere la inmensa mayoría de los "indignados es algo realmente diferente de lo que existe. Inclusive diferente de los colectivos "antisistema" más radicales, los anarquistas y anarcosindicalistas, pese compartir con ellos sus objetivos manumisores. Lo que rechazan de estos colectivos "antisistema" es, precisamente, la dependencia de éstos a sistemas doctrinales y, por consiguiente, su frecuente sectarismo ideológico. Dependencia y sectarismo que les hacen ser incapaces de aceptar la diversidad, de funcionar fuera de los esquemas organizativos del Poder y de movilizar las multitudes de víctimas del Sistema en vigor o, por lo menos, de la pluralidad de los indignados... Una incapacidad que, pese a la justicia y radicalidad de sus propuestas, hace que esos colectivos, sean casi inoperantes para hacer posible la tan necesaria transformación social.

Por el contrario, el 15-M pretende superar esa incapacidad enriqueciendo el movimiento con la diversidad de la indignación existente, funcionando de manera a hacer asumir por todos la responsabilidad de decidir y así movilizar el mayor número de indignados. El resultado hasta ahora es bastante positivo. No obstante, es obvio que falta mucho por andar y que los retos que tiene actualmente planteados el 15-M le obligan a valorar objetivamente el camino andando y a interrogarse seriamente sobre el que se propone comenzar a transitar ahora...

Sobre el 25-S

¿Cómo pues no reconocer esta necesidad de reflexionar? Tanto por la cercanía del 25-S como porque, más allá de la preparación de tal acción, el abandono de la idea de "ocupación" del Congreso, reducida ahora sólo a "rodearlo", muestra el desfase entre la retórica convocante y una verdadera estrategia de acción.

Un cambio de estrategia que obliga a reflexionar sobre lo que debe ser el 15-M y su modo de funcionar en el nuevo contexto represivo diseñado por el Estado y el Capital para hacer frente a la protesta social.

Independientemente de lo que decida la "Coordinadora del 25-S" sobre lo que se intentará hacer en tal fecha, la radical negativa a dejar que, en el 15-M, unos pocos decidan por todos, que sea la asamblea la que tome tal decisión, es encomiable y esperanzadora. No sólo porque sería lo contrario del funcionamiento que defiende y ha practicado el 15-M hasta ahora, sino también porque era necesario y urgente poner fin a las suspicacias del embrollo suscitado por la convocatoria, en solitario y con una retórica casi partidista, de la *Plataforma En Pie*. Además de ser la única manera de movilizar a la gente y que asuma plenamente el desarrollo de las acciones.

Lo importante en este preciso contexto es asegurar el "éxito" de esa acción o minimizar los daños "colaterales" que ella pueda producir: tanto por la precipitación como por la insuficiente consulta previa. Es de esperar pues que la "Coordinadora del 25-S" sepa valorar los pros y los contras de tal acción para el 15-M y el movimiento social actual, además de asegurar que el "contenido político" de la misma sea suficientemente claro y "contundente". No sólo para que esa movilización sea una denuncia consecuente y radical de la clase política y su sistema de funcionamiento, sino también para que ni ésta ni los medias a su servicio puedan desvirtuar esa acción. Lo que estaban logrando valiéndose de la retórica politiquera y además completamente irrealista, utópica, de la *Plataforma En Pie*, que llamaba a "tomar el Congreso" para abrir "un proceso constituyente"...

El Congreso de los Diputados es, sin duda alguna, una de las instituciones más representativas del compromiso de la clase política con el sistema de Poder de la burguesía. Ese Poder que nos ha conducido a la situación de retroceso social actual. Ponerlo en el ojo de mira de lo que denuncia el 15-M y responsabilizarlo de lo que sucede es una buena decisión. Lo imperioso ahora es conseguir que la movilización sea el verdadero reflejo de lo que nos unió desde el comienzo del 15-M, ese grito que lo dice todo: "No nos representáis". Que queden bien evidenciadas la causas de nuestra indignación, para que las víctimas identifiquen a los responsables de su situación.

Sobre el 15-M

Es obvio que la reflexión sobre el 25-S implica ya una reflexión sobre lo que

debe ser el 15-M y su modo de funcionar en el futuro. No obstante, me parece que después de esa acción será necesario integrar el balance de la misma y reflexionar más profundamente aún sobre los aspectos de funcionamiento y los objetivos políticos del 15-M.

Sobre el funcionamiento, porque es evidente que aún siendo encomiable y esperanzadora la decisión de sustituir la Plataforma En Pie por la "Coordinadora del 25-S", por ser ésta más representativa del colectivo 15-M que lo era aquella, aún estamos lejos de que sean TODOS los que decidan en el 15-M. No sólo por lo difícil de conseguirlo con la "estructura organizativa" (asambleas) que se ha dado el movimiento, local y nacionalmente, sino también porque la urgencia de la toma de decisiones no permite la mayor parte de las veces el esperar un verdadero consenso, una unanimidad. Y eso obligará a replantear seriamente el proceso decisorio: ¿mayoría, derecho de las minorías a actuar por su cuenta, etc.? Tanto por cuestiones de eficacia como de ética; pues parece razonable intentar conciliar las dos.

Claro que es necesario impedir que unos pocos decidan por todos; pero evitando condenar a los "pocos" a la inacción. ¿Cómo lograrlo? Quizás lo más democrático sea preservando pues el derecho de los "minoritarios" a hacer otra cosa que la decidida por los "mayoritarios"; pero a condición de hacerlo en su nombre y no en el de TODOS. No olvidemos que el Poder y los partidos y organizaciones sindicales mayoritarias utilizan ese "argumento" ("que unos pocos decidan por todos") para impedir que los "minoritarios" (los sindicatos y organizaciones más radicales, el 15-M, etc.) actúen. Además de que tampoco son una garantía absoluta de justicia y eficacia las decisiones "mayoritarias" e inclusive los "consensos".

Sobre los contenidos políticos también se deberá profundizar más. Y ello no sólo porque, como dice Cid, "la fase de movilizaciones, por si sola, corre peligro de adocenarse en un ritualismo placebo, sin consecuencias políticas determinantes", sino porque éstas pueden también culminar en reveses, y éstos no se transforman siempre "en un elemento más del aprendizaje para construir el imaginario social anhelado", aunque el "traspies" se haga desde una "posición de reivindicación democrática pacífica".

Sin duda será necesario profundizar en la reflexión para, en un primer tiempo, preservar y si posible aumentar la indignación, de cuantos se movilaron el 15-M contra la actual situación "económica, social y política. Y después intentar sumar a los que, aún siendo víctimas de ella, no lo hicieron entonces. Preservar

y aumentar la indignación; pero también las principales convicciones expresadas por los “indignados” en sus lemas que causaron tanta sorpresa y tanto miedo entre la clase dirigente: “no nos representan”, “queremos decidir todos”, “no queremos dirigentes”, etc., etc. Y ello porque me parece que es este potencial crítico el que puede dar a la crítica del sistema una radicalidad decisiva para pesar en las decisiones de los que arriba deciden o, por lo menos, para que las sociedades sean mañana menos manipulables que lo son hoy.

(9/VII/2012) en *Kaosenlared* y otras webs

TOMA EL MUNICIPIO: ¿por abajo o por arriba?

Al compañero Rafael Cid: Acabo de releer tu artículo, "Horizonte 2015# TOMA EL MUNICIPIO", y no logro comprender la lógica que te ha llevado a proponer hoy⁷⁵ el “deja-vu” electoral como una "apuesta nueva" e "insolente". Comprendo y comparto tu preocupación porque "el espacio ciudadano que aglutina la ofensiva del inefable 15M sigue sin ser propiamente una polis", y también estoy de acuerdo contigo en que, "para que arraigue una auténtica polis, donde la fuerza del demos revele toda su naturaleza democrática, es preciso que el entorno urbano se funda con el medio rural, sin mutilaciones territoriales". Incluso me parece muy oportuno que alertes sobre "la amenaza que representa ese borrador que el gobierno mantiene oculto para reformar la Ley de Régimen Local", con la que pretende "liquidar miles de pequeños ayuntamientos pasando sus competencias a las nefastas diputaciones". Y no sólo porque eso significaría "poner en marcha una suerte de desamortización antisocial que mercantilizaría los bienes comunes de esos municipios (bosques, tierras, pastos, etc.)" sino también porque eso reduciría aún más la capacidad del ciudadano a intervenir en las decisiones que le conciernen.

Pero no comprendo ni comparto tu propuesta de "ir al asalto de las municipales en las elecciones del 2015". No sólo por considerarla ingenua, ilusoria y conformista sino también por considerarla contraproducente. No, no comprendo que alguien tan informado y perspicaz haya podido olvidar cómo aca-

⁷⁵ <http://www.rojoynegro.info/articulo/ideas/horizonte-2015tomaelmunicipio>

baron todas esas apuestas electorales, y aún menos que consideres oportuno ir contrapelo de la "saga deslegitimadora" que todavía sigue siendo el movimiento de los indignados.

Comprenderás pues que lo manifieste y que, además, trate de argumentarlo. No sólo porque en la nota final nos dices que tu propuesta es una "opinión" que debe "servir como elemento de reflexión" sino también porque estoy de acuerdo contigo en que podemos reflexionar sin dar lugar "a discordias en el seno del movimiento". Y ello por la simple razón de que todos compartimos o deberíamos compartir el objetivo de "que el formidable capital democrático acumulado por el movimiento de los indignados sirva para transformar el sistema". Como también la urgencia de encontrar iniciativas para evitar "el riesgo de rendimientos decrecientes en la eficacia de la indignación, con reversión o bloqueo del proceso por el lógico adocenamiento de las movilizaciones, protestas, huelgas y resistencias".

Ahora bien, compartir ese objetivo y ser conscientes de esa urgencia, es una cosa y otra muy distinta proponer lo de "ir al asalto de las municipales en las elecciones del 2015". No sólo por no compartir tu ilusión de creer que, "de esta forma, a la actual saga deslegitimadora sucedería otra de creación de derecho que significaría de hecho la caída del régimen de bipartidismo dinástico imperante", sino también porque la "creación de derecho" desde arriba, desde las Instituciones, no ha servido hasta ahora "para transformar el sistema".

Mi rechazo a tu propuesta proviene de lo que la experiencia histórica nos ha permitido comprender: que no se transforma el sistema integrándose en él y menos aún renunciando a deslegitimarlo. De ahí que considere contraproducente incitar a "la actual saga deslegitimadora" a pasar de deslegitimadora a participadora; pues no comprendo lo que ella ganaría, en capacidad de acción transformadora, renunciando a seguir siendo lo que hasta ahora le ha permitido existir e incidir positivamente en los debates y luchas sociales de hoy. Mi oposición, mi crítica a tu propuesta no es ideológica, temor de vulnerar el dogma antielectoral; puesto que mi rechazo a las elecciones no es por considerarlas contrarias a los principios libertarios sino porque estoy convencido de que ellas, en el actual sistema, sólo sirven para integrar a los ciudadanos en él. Si creyera posible cambiar la actual sociedad de clases en una más justa y racional a través de las lecciones no dudaría, ni un segundo, en inscribirme en uno de esos Partidos que participan en ellas con tal ilusión.

¿Qué sentido tendría mantenernos (los libertarios) en nuestras posiciones antielectorales (apolíticas) si no estuviésemos convencidos de que por ese camino no se llega a buen puerto? Un convencimiento surgido, repito, de la experiencia histórica, no de la creencia en un dogma. Aunque para algunos quizás sí lo sea. El problema no es pues votar, sino creer que votando se puede conseguir el progreso de la lucha anticapitalista y antiautoritaria. Y aún más, en este caso, cuando la propuesta es para transformar el "libertario 'no nos representan' que grita la calle" en una "realidad legal"... Es decir, en legalizar e institucionalizar esa "nueva conciencia que ha creado la solidaria protesta ciudadana".

Claro que debemos hacer todo lo posible para no verla "morir de éxito"; pero, aun ganando las elecciones, ¿lograría sobrevivir renunciando a lo que era? Lo "insolente" en tu propuesta es tu confianza (Fe) en su viabilidad... Tanto para convencer a esa "nueva conciencia" de transformarse en un Partido como en ganar esas elecciones. Pues no sólo han fracasado (afortunadamente) hasta ahora todas las tentativas por hacer del 15-M un nuevo Partido sino que es realmente quimérico pensar que un tal Partido pudiera ganar esas u otras elecciones. Aunque sólo sea por el simple hecho de que debería competir con el PP, por un lado, y con los Partidos reclamándose de izquierda, por otro.

¿Cómo has podido Rafa hacerte tales ilusiones? Claro que "hay que ser proactivo y no simplemente reactivos frente al poder". Pero sabes muy bien que no es la retórica que hace la historia y que ésta está llena de invocaciones como la anterior. Como también sabes que no es suficiente, para "superar el bloqueo de ese abstencionismo irredento que no distingue espacios ni tiempos", con una propuesta "que nace de la convicción de la falta de un colofón constituyente en la larga marcha autogestionaria emprendida por el 15-M", y que, además, debe resignarse a invocar (a través de la cita de Castoriadis) a los ciudadanos a no "quedarse en su casa" y volver "a ser un ciudadano activo", consciente de "que la realización de eso que quiere depende de sí mismo y de los otros y no de un voto o de lo que sus representantes hagan en su lugar".

¿Por qué pues, estimado Rafa, no hacer tu propuesta más proactiva transformando el "toma el municipio" por arriba, votando en las elecciones, por un "toma el municipio" por abajo, a través de iniciativas como las de las ocupaciones de calles y plazas? Iniciativas que, en momentos oportunos, han demostrado su proactividad y, además, eficacia para obligar a los Partidos de la Oposición a oponerse más decididamente a los planes del Gobierno o a

quedar en evidencia. Cuando esa "consciencia nueva" ha llevado a muchos ciudadanos a salir de sus casas y a volver a ser ciudadanos activos, conscientes de que la realización de eso que quieren depende de sí mismos y de los otros "y no de un voto o de lo que sus representantes hagan en su lugar", ¿no te parece más lógico proponer iniciativas que, además de reafirmarla, tengan como objetivo extenderla?

Fraternalmente

(8/1/2013) en *rojoynegro.info* y otras webs

¿Cómo potenciar la indignación?

Ante el retroceso político y social actual, lo lógico y consecuente - para cuantos pretendemos combatir el sistema político-económico en vigor - es preocuparse por potenciar esos movimientos cívicos que, en España y en el mundo, lograron reunir una multitud plural de personas dispuestas a manifestar su indignación contra tal sistema por desear un mundo mejor para todos. Esos movimientos que, como el 15-M y el OWS (Ocupar Wall Street), protagonizaron un hecho histórico sin precedentes: la concienciación de gran parte de la ciudadanía sobre las causas de su indignación y la fuerza que representa la unidad en la pluralidad y en el consenso no impuesto.

Una concienciación que ha contribuido - además - a deslegitimar los poderes del actual sistema de dominación y explotación capitalista, aún más de lo que ya lo estaban en el imaginario colectivo. Al punto de poner en causa el propio sistema de representación "democrática" (las elecciones) y todas sus instituciones. Una deslegitimación de la clase política en general y de sus formas de hacer política. Incluyendo la de los que siguen proponiendo el "socialismo" autoritario, pese a que ya casi nadie lo considera una alternativa deseable.

Ahora bien, ser conscientes de la deslegitimación de la clase política no quiere decir que no seamos también conscientes de que debemos enfrentarnos a una coyuntura, económico-financiero global, que ha mermado la capacidad de resistencia de los explotados, y a un entorno, político-cultural autóctono, que por estar totalmente sumiso a los dictados del Capital internacional hará cuanto pueda por dividirnos. Pues, aunque sea el funcionamiento inmoral de tal coyuntura y tal entorno el que ha llevado a una mayoría de la población a dudar de la legitimidad de la legalidad del actual sistema económico-político y de sus representantes, la realidad es que su capacidad desmovilizadora y

corruptora sigue siendo aún grande y eficaz...

Algunos casos producidos en estos últimos tiempos lo prueban y nos obligan a tenerlo en cuenta. Tanto en los casos de individualidades que se han integrado en sus Instituciones como de otras que han lanzado "iniciativas" para volver al redil, de la "oposición" partidista, a grupos de indignados reilusionados con el señuelo electoral. Pues inclusive en los casos en que sus protagonistas pretenden, de buena fe, dar un cause concreto a la indignación, estas "iniciativas" conducen inexorablemente la indignación por derroteros de domesticación. Tanto cuando acaban convirtiendo "indignados" en "Señorías" como cuando sólo generan división con el cuento de proponer "*nuevas formas*" de hacer política...

¿Cómo pues no preocuparse por encontrar modos de acción e iniciativas que ayuden a sumar en vez de restar fuerzas a la indignación? Modos de acción e iniciativas que contribuyan a potenciarla y a impedir que el sistema pueda alcanzar su objetivo desmovilizador para volver a los ciudadanos a lo de siempre...

Estas reflexiones vienen a cuento por la presentación pública del "*Partido X*"⁷⁶ y la publicación en varios medios de una reciente entrevista⁷⁷ a Alberto Garzón, el "indignado" convertido en "Señoría" en las últimas elecciones nacionales, y también por un artículo⁷⁸ de Rafael Cid proponiendo "*tomar los municipios en las elecciones municipales del 2015*".

Iniciativas domesticadoras

En cuanto al *Partido X* y a Alberto Garzón, coincidentes en considerar lógica y pragmática su vuelta al "*déjà vu*" electoral para "*cambiar el sistema desde dentro*", sus argumentos son los mismos que utilizan los epígonos⁷⁹ de la Izquierda Institucional para "justificar" la integración de ésta al Sistema, como "Oposición legalista", y para descalificar a los movimientos de los indignados, acusándoles de no ser "*prácticos*" y "*operativos*", por su empecinamiento en mantenerse en "*posturas antijerárquicas*" y "*no tener programa*"

⁷⁶ <http://www.publico.es/448521/el-partido-x-pretende-reiniciar-el-sistema-pero-no-explica-como>

⁷⁷ <http://kaosenlared.net/america-latina/item/43041-alberto-garzón-el-congreso-ahora-mismo-está-secuestrado.html>

⁷⁸ <http://www.rojoynegro.info/articulo/ideas/horizonte-2015tomaelmunicipio>

⁷⁹ <http://www.monde-diplomatique.fr/2013/01/FRANK/48630>

ni "*presentar reivindicación alguna*". Es decir: la misma cantinela de la derecha que trataba a los indignados de "*perroflautas*" delirantes por no tener y no querer tener "*dirigentes*" ni "*portavoces*". Y, en el mejor de los casos, la acusación es de no haber sido "*capaces de transformar*" sus multitudinarias manifestaciones y ocupaciones en "*reales avances políticos*"... Y ello, claro está, por su rechazo a los Partidos, inclusive a los anclados en la izquierda de la Izquierda. De ahí que, para estos "indignados" - cansados de no ser prácticos y buscando reciclarse en la política tradicional -, no haya otra manera de poner fin a los estragos de la era capitalista neoliberal que la de volver a los mitos encantadores y a las ilusiones de antes. Es decir, la de crear un "*movimiento social de masas, sólidamente enraizado en la izquierda*" para participar en las elecciones y ganar votos...

¿Cómo estar contra un tal objetivo? Pero, ¿cómo olvidar lo que nos ha enseñado la historia? ¿Cómo se puede aún soñar con transformar el sistema integrándose en él? ¿Qué ganaría la saga deslegitimadora del 15-M transformándose en participadora, renunciando a seguir siendo lo que hasta ahora le ha permitido existir e incidir positivamente en los debates y luchas sociales de hoy?

El rechazo a las elecciones no es por cuestiones ideológicas sino por estar convencidos de que, en el actual sistema, sólo sirven para domesticar a los ciudadanos al incitarles a esperar que los cambios vengan de arriba y no de ellos mismos. El antielectoralismo del 15-M es la consecuencia lógica de su rechazo al sistema en vigor, no de la creencia en un dogma. Pues, aunque para algunos quizás si lo sea, para la gran mayoría de los indignados es un convencimiento surgido de lo que han vivido y de su conocimiento de la experiencia histórica.

El problema no es votar sino creer que votando se puede avanzar en la lucha anticapitalista y antiautoritaria. Y aún más cuando se quiere transformar el "*no nos representan*", que grita la calle, en una parodia de "*realidad legal*" que servirá para institucionalizar esa nueva conciencia que ha creado la valiente, digna y solidaria protesta ciudadana.

Iniciativas concienciadoras

Muy diferente es la iniciativa que nos propone Cid; pues, aunque también nos hable de elecciones (las municipales de 2015), no lo hace para invitarnos a participar en ellas votando o para ganar votos, sino para ocupar los municipi-

pios y provocar así *"una transición de avanzada que permita seguir acumulando fuerzas y crear derecho allí donde exista alguna brizna de democracia de proximidad (desde abajo, por supuesto)"*⁸⁰. Es decir, para crear una *"plataforma"* que, además de denunciar *"el borrador que el gobierno mantiene oculto para reformar la Ley de Régimen local"* (con la que pretende *"liquidar miles de pequeños ayuntamientos pasando sus competencias a las nefastas diputaciones"*), sirva para advertir a la ciudadanía *"sobre el peligro del fetichismo electoral"* y expandir *"nuevas exigencias de acción directa y autodeterminación"*.

Cómo pues no compartir con él su preocupación porque *"el espacio ciudadano que aglutina la ofensiva del inefable 15-M sigue sin ser propiamente una polis"*, y cómo no estar de acuerdo en que es necesario, *"para que arraigue una auténtica polis, donde la fuerza del demos revele toda su naturaleza democrática"*, que *"el entorno urbano se funda con el medio rural, sin mutilaciones territoriales"*. Y, en consecuencia, en la creación de esa plataforma contra la reforma de la Ley de Régimen Local. Reforma que significaría *"poner en marcha una suerte de desamortización antisocial que mercantilizaría los bienes comunes de esos municipios (bosques, tierras, pastos, etc.)"* y que, además, reduciría aún más la capacidad del ciudadano a intervenir en las decisiones que le conciernen.

La propuesta de Cid no es para restar sino para sumar fuerzas, para potenciar la indignación a través de las formas de acción y de organización, la acción directa y la asamblea, que le permitieron al 15-M existir y ganarse grandes potenciales de simpatía entre la ciudadanía. Su iniciativa tiende a *"explorar caminos"* para potenciar la indignación a través de luchas por objetivos concretos, que conciernen a grandes mayorías de ciudadanos del entorno urbano y del rural, y que se inscriben en la línea asamblearia y de democracia directa que ha sido desde el principio la del 15-M.

Creo pues que las asambleas del 15-M harían bien en hacer suya una propuesta que busca construir, desde abajo, *"una plataforma cívica, anticapitalista, solidaria, antipatriarcal y democrática que permita avanzar hacia un mundo mejor conservando la pluralidad, horizontalidad y creatividad del movimiento autogestionario que hoy significa el 15-M y aledaños"*. Y que, además,

⁸⁰ <http://www.alasbarricadas.org/noticias/node/23166>

puede servir para descubrir, como dice Cid, *"el autogobierno allí donde lo vives y puedes controlarlo, con todo lo que significa de acción directa, asamblea deliberante, no cargos, revocabilidad, autonomismo, y construcción federativa desde abajo, por los de abajo y para los de abajo"*.

Y lo creo porque tal iniciativa puede ser un buen medio para *"levantar un proceso autónomo que, siendo vivero, yacimiento, escuela y dispensa de prácticas autogestionarias"*, sirva *"a la vez como cortafuegos y refutación integral del modelo de representación delegativa que ha acompañado al Estado en sus dos manifestaciones nucleares, como capitalismo de Estado y como socialismo de Estado"*. Es decir: *"hacer orgullosamente innecesario el Estado al redescubrir la acción soberana del individuo en sociedad y en armonía con la naturaleza"*.

Además, aunque no se consiguieran todos esos objetivos y, al final, nos viésemos obligados a abandonar los municipios, como tuvimos que abandonar las ocupaciones de plazas y calles ante la insuficiencia de la movilización ciudadana, no creo que un tal "fracaso" pueda traducirse en menoscabo de la concienciación de la ciudadanía y en descrédito del 15-M. Al contrario, una acción de esa envergadura y de una actualidad tan apremiante no podría pasar desapercibida para los ciudadanos ni dejarles indiferentes, puesto que les concerniría directamente en su cotidianidad y en su manera de asumirla.

Claro es que deben ser las asambleas del 15-M las que analicen y valoren la capacidad actual del movimiento para asumir un tal reto y para decidir si lo asumen o no. Pero, me parece que el sólo hecho de analizarlo puede ser ya un buen paso para seguir buscando iniciativas proactivas que potencien la indignación e inciten al 15-M a no dormirse en sus laureles...

(18/1/2013) en Kaosenlared y otras webs

¡Todos a una, como en Fuenteovejuna!

La iniciativa *"Toma el municipio"* propuesta por Rafael Cid⁸¹, considerada como un "tomar" desde abajo y no desde arriba, me pareció oportuna y potencialmente reactiva. Por eso la defendí y vuelvo a defenderla ahora, tras la

⁸¹ <http://www.rojoynegro.info/articulo/ideas/horizonte-2015tomaelmunicipio>

publicación de los artículos de los compañeros Antón Dké⁸² y Alexis Poblet⁸³ manifestándose en contra por haberla interpretado como una incitación a participar en las elecciones municipales de 2015. Y lo considero necesario por las siguientes razones:

La primera, porque, al parecer, no ha quedado suficientemente claro cuál era el sentido de tal propuesta, pese a las precisiones aportadas por Rafa, que yo añadí como comentarios en el artículo "*Tomar el municipio, ¿por abajo o por arriba?*"⁸⁴ y que integré en el texto del artículo "*¿Cómo potenciar la indignación?*"⁸⁵. Precisiones que no parecen haber sido leídas o tomadas en cuenta; puesto que Rafa se ha visto obligado a enviar un nuevo comentario⁸⁶ (6) para recordar que en su texto "*nunca se habla de participar en las lecciones municipales del 2015, sino de usar ese horizonte como marco de reflexión...*" La segunda, porque no comparto el temor de Rafa, que ha vuelto a recordar en este comentario, respecto a "*los efectos negativos por divisionistas que podría provocar la incorporación a la agenda de la agitación social de esta sugerencia de reflexión aquí y ahora*".

Sobre la primera no creo que sea necesario extenderse más, puesto que la precisión de Rafa debe ser a estas alturas suficiente para que nadie interprete su propuesta, "*Toma el municipio*", como otra cosa que lo "*que ha sido la herramienta de actuación política autogestionaria y democrática de todas las mareas del 15-M hasta la fecha*". Como el dice bien claro: i "*Tomar, sí; otra cosa, no*" ! Y puesto que, además, todos los que nos hemos manifestado hasta ahora coincidimos en rechazar la participación en elecciones (aunque no todos por las mismas razones) y en considerar nefasto, para el 15-M o cualquier otro movimiento, el plantear ahora ese tema. Digo que no todos rechazamos la participación en las elecciones por las mismas razones porque Antón Dké no la excluiría en un "*contexto estratégico de transición revolucionaria hacia la democracia*" -entendiendo por democracia una comunidad "*necesaria*"

⁸² <http://www.rojoynegro.info/articulo/ideas/¿participar-las-elecciones-municipales-2015>

⁸³ <http://www.rojoynegro.info/articulo/ideas/sobre-tomar-los-municipios-otras-reflexiones-una-respuesta-al-art%C3%ADculo-rafael-cid>

⁸⁴ <http://www.rojoynegro.info/articulo/ideas/toma-el-municipio-¿-abajo-o-arriba>

⁸⁵ <http://www.rojoynegro.info/articulo/ideas/¿cómo-potenciar-la-indignación>

⁸⁶ <http://www.rojoynegro.info/articulo/ideas/sobre-tomar-los-municipios-otras-reflexiones-una-respuesta-al-art%C3%ADculo-rafael-cid#comment-12983>

riamente libertaria y socialista"...

Queda por argumentar el por qué no comparto, con Rafa, su temor a incorporar "*a la agenda de la agitación social*" su propuesta de tomar los municipios en ocasión de las elecciones municipales de 2015. Y me siento en el deber de hacerlo porque tal propuesta me parece muy oportuna y reactiva para responder, de manera coherente y eficaz, a cuantos y cuantas se preocupan hoy por parar la resaca de las mareas del 15-M y en darle a ese movimiento y a la agitación social en general un nuevo impulso.

Como en Fuenteovejuna, todos una...

Un nuevo impulso que podría concretarse, como en Fuenteovejuna, todos a una. Prueba de esta preocupación la vemos manifestarse todos los días y en todos los segmentos de la agitación social. Los artículos de los compañeros Poblet y Dké también lo son; pues los dos se oponen a todo lo que pueda dividir y desviar al 15-M de su misión resistencial frente a la salvaje ofensiva del capitalismo, y los dos intentan enriquecer la reflexión, "*aquí y ahora*", como lo ha hecho Cid al publicar su propuesta. Creo pues que todos compartimos esta doble preocupación: no dividir y potenciar la indignación. Como también la convicción de que el temor de no dividirla no debe paralizar la búsqueda de iniciativas para potenciarla. Y tanto más cuando se trata de una que es totalmente coherente con la actuación autogestionaria y democrática del 15-M y con el objetivo que este movimiento ha proclamado y que todos los movimientos anticapitalistas no han cesado de afirmar ser el suyo: devolver el poder de decisión a los ciudadanos. ¿Cómo podría pues ser contraproducente presentarla y debatirla en el 15-M?

Por supuesto, el 15-M no es un movimiento homogéneo y su heterogeneidad hace casi imposible llegar a un programa en común. Inclusive no existe una verdadera coordinación entre las distintas asambleas de todo el país y no siempre entre las de la misma ciudad. No obstante, es indiscutible que estos "inconvenientes" no le han impedido en el pasado convocar y realizar ocupaciones multitudinarias de calles y plazas, cuando el objetivo ha sido simplemente hacer pública la indignación y designar a los responsables de una situación que el conjunto califica de inaceptable. Y, sobre todo, cuando se ha hecho para demostrar que todos queremos decidir en los problemas que conciernen nuestras vidas. Además, en el 15-M todos son conscientes de que la heterogeneidad deberá resolverse por la vía asambleísta y con la participación directa de la ciudadanía. ¿Qué mejor ocasión de intentar hacerlo que

unas elecciones municipales a las que, en principio, hasta el propio sistema convoca a todos los ciudadanos? Es decir, aprovechar esa convocación para convocarles a pasar, de la farsa democrática electoral de meter una papeleta en las urnas, al ejercicio de la democracia verdadera reuniéndose para decidir directamente sin intermediarios.

Claro que esto no es, por el momento, más que un deseo, una ilusión... Aunque en el pasado han habido deseos e ilusiones de este tipo que se han realizado, sea durante breves instantes o cortas primaveras. Pero, aunque no lo consiguiésemos, pensemos en el impacto que tendría, sobre los actores de esa farsa electoral (los partidos y el pueblo), que durante todo el tiempo de preparación del espectáculo estuviera presente la amenaza de verse impedidos, llegado el día, de realizarlo porque el pueblo, como en Fuenteovejuna hubiese tomado los municipios... Me parece pues que utilizar ese "horizonte" - como lo propone Rafa - para reflexionar sobre el qué hacer ante lo que nos está cayendo encima puede interesar inclusive fuera del 15-M, y que hacerlo, a partir de la propuesta de tomar el municipio, no provocaría divisiones sino todo lo contrario, que podría servir para movilizar voluntades con ganas de acción concreta.

(29/1/2013) en *Kaosenlared* y otras webs...

Ante la corrupción y la regresión social, ¿qué solución?

¿La de la clase dominante (elección de "nuevos" gobernantes) o la de la clase dominada (la rebelión)?

La indignación por la corrupción de la clase política y empresarial y sus medidas de regresión social va en aumento. Hasta en la gala anual de entrega de los Goya han sido proferidas "duras e ingeniosas críticas al gobierno y a la banca por la corrupción política y las dramáticas consecuencias sociales y humanas de los recortes". No es pues de extrañar que haya llegado a condicionar la agenda del PP y el PSOE para "desmarcarse" y proponer "soluciones" que les permitan ganar tiempo para volver a la normalidad: Rajoy con su "gran pacto contra la corrupción" y Rubalcaba con su "plan" para crear una "Oficina Anticorrupción".

El escándalo montado por los medios de "información" de la clase dominante, con el destape de la corrupción, muestra su temor a perder el control de la situación si no logra encausar la indignación. La "extraña" coincidencia de *El Mundo* y *El País*, en la cobertura y el tratamiento de la corrupción Bárcenas-PP, no parece fortuita y más bien parece obedecer al interés y urgencia de evitar "*daños colaterales conjurados gracias a su oportuna deflagración a dos bandas*" - como lo piensa Rafael Cid en su artículo "*Lo que hay detrás del caso Bárcenas-PP*"⁸⁷.

Sea por lo que sea, la coincidencia en esta ofensiva mediática es indiscutible y sería ingenuo pensar que la razón es el deseo de luchar contra la corrupción para conseguir la moralización de la vida pública y económica del país. No sólo porque la función de estos medios ha sido siempre preservar los intereses de la clase dominante y del sistema capitalista, sino porque saben muy bien que este sistema no sería el que es sin la corrupción, ni podría serlo tampoco sin la lógica de maximizar la *plusvalía* obtenida con el incremento de la explotación de los trabajadores. Además, ¿cómo pensar que pudiesen ignorar lo pringados que estaban todos los arcos políticos y económicos del sistema en la corrupción y que no haya sido hasta ahora que lo hayan podido descubrir y denunciar?

La "solución" de la clase dominante

Independientemente pues de que el objetivo inmediato sea evitar "*daños colaterales*", el hecho es que la campaña desestabiliza al PP y al gobierno, por lo que no se debe descartar la convocatoria de elecciones generales a corto plazo. No tanto porque el descrédito del gobierno sigue creciendo y su empujamiento en continuar podría provocar una explosión social, sino porque es vital para el sistema recrear la ilusión de su posible regeneración y de su voluntad de poner fin a la corrupción y a la regresión social. Además, no sería la primera vez que, ante un tal dilema y la imposibilidad de recurrir a la solución de relanzar el consumo, la clase dominante recurriese a la elección de "nuevos" gobernantes para ilusionarnos con un "cambio" que nada cambie...

Ahora bien, para que esta solución pueda ser viable es necesario que la clase

⁸⁷<http://kaosenlared.net/component/k2/item/45859-lo-que-hay-detrás-del-caso-bárcenas-pp.html>

<http://www.kaosenlared.net/component/k2/item/47514-de-la-pócima-bárcenas-al->

dominada adhiere a ella, pues es evidente que el resultado no será el mismo si decide participar en tal mascarada o proseguir sus acciones de rebelión para que sea tomada en cuenta su indignación. Pero no debemos olvidar que éstas han sido siempre las alternativas a la corrupción política y a las crisis capitalistas a lo largo de la historia y que la clase dominada aún sigue, pese a los fracasos "reformistas", sin decantarse definitivamente por la resignación o la rebelión. Como si no hubiese aprendido aún la lección. Quizás porque también le ha servido de lección el que, tras las euforias revolucionarias, las resacas han conducido hasta ahora a los mismos desánimos.

Tal es la situación en la que nos encontramos hoy. Aunque también es verdad que, a pesar de esta indecisión, los dominados no parecen haber renunciado definitivamente a luchar por la revolución o, por lo menos a rebelarse, como en Fuenteovejuna, para obligar a la clase dominante a la reflexión y a moderar su dominación. Difícil de saber pues cuál será su opción y si volverán - una vez más - a ilusionarse con la posibilidad de elegir gobernantes "honestos" o de llevar adelante la rebelión...

No obstante, lo que si parece seguro es que la clase dominante optará por la "solución" electoral. No sólo porque no puede recurrir hoy a la del consumo, mientras no haya resuelto la actual crisis económica, sino también porque, en las actuales circunstancias, también le está prohibida la dictatorial. Lo que no quiere decir que haya renunciado a ella.

La solución de la clase dominada

No es la primera vez en la historia que la clase dominada se encuentra también ante un tal dilema; pero sería el colmo que, después de todo lo que nos han robado y que ellos se han forrado gracias a este sistema corrupto y corruptor, cayéramos otra vez en la ilusión de que es posible su regeneración con el simple cambio de gestor y nos dejáramos imponer de nuevo una solución gatopardiana. Y más con lo que hemos podido saber en estos últimos años sobre la manera en que tal corrupción ha contaminado todos los partidos políticos que han ejercido funciones gubernamentales. Como también porque, ante lo inevitable del empeoramiento de la situación económica y social, y ante la traición de los que dicen representarnos, pero que "no nos representan", la ciudadanía se está haciendo más proactiva, más exigente, más participativa, y de más en más considera la rebelión como la única solución para salir de esta situación.

Que esta solución sea hoy posible puede parecer aún una ilusión; pero, si reflexionamos sobre las movilizaciones promovidas por el 15M y otros movimientos de protesta activa (contra los desahucios, contra la privatización de los servicios sanitarios, la educación, etc.), veremos que no es sólo la indignación que sigue creciendo sino también el potencial de acción de la población. De ahí la complejidad de la situación actual y que por ello debamos enfrentarla con mucha lucidez: tanto para bien sopesar la paciencia de unos y la impaciencia de otros, como para no renunciar a lo "imposible", aunque no nos quede más remedio que aceptar lo "posible".

La solución pasa hoy por la movilización y la ocupación...

La urgencia hoy es pues que el 15-M y todos los movimientos ciudadanos de protesta activa, incluyendo por supuesto a los sindicatos alternativos, aprovechen esta coyuntura para seguir concienciando y movilizando la ciudadanía. Tanto para potenciar estos movimientos de protesta activa, como para preparar una acción de ocupación de los centros de decisión política y económica en esa fecha electoral-general, si ella se produce antes de la electoral-municipal, como lo han propuesto ya algunos. No sólo para obligar a la clase dominante a "reflexionar" sino también para defender y ejercer la democracia directa y mostrar nuestra firme decisión de evitar que nos vuelvan a dejar *"todo atado y bien atado"*, como sucedió con la "Transición". Pues no es un riesgo virtual sino bien real; puesto que hasta los Partidos que hablan de cerrarla y de abrir una nueva, más democrática, funcionan con la misma lógica del Poder que la de los que consideran aquella modélica y que por ello la quieren guardar...

No nos engañemos, la corrupción proviene no sólo de la falta de transparencia en el funcionamiento de lo público sino también de la falta de democracia interna en los partidos, al dejar en manos de las cúpulas el decidir quién participa y quién no en las elecciones, y en qué lugar. Para entrar en esas listas lo importante es la fidelidad a los líderes y la docilidad para ejecutar las órdenes, aunque sea para medrar. No podemos pues confiar en ellos. Ni en los viejos ni en los nuevos, aunque éstos quieran ilusionarnos con una oferta de renovación; puesto que estará igualmente basada en la lógica del Poder que nos ha conducido a la actual situación.

La solución pasa pues por la movilización y por dar a ésta un objetivo que de verdad haga reflexionar a la clase dominante. Este objetivo no puede ser otro que el de ocupar simultáneamente, como ya hemos dicho, los centros de

decisión política y económica en ocasión de las lecciones generales si se producen antes que las municipales o en éstas, aunque haya que esperar a 2015. Lo importante es que tal sea el objetivo final de la movilización actual; pues el sólo hecho de que lo sea y se sepa radicalizará el actual enfrentamiento y cambiará la relación de fuerzas. No es lo mismo manifestar para pedir... que hacerlo amenazando de actuar en caso de no ser escuchados. Pues inclusive en el peor de los casos, aunque la mayoría de la ciudadanía - llegadas las elecciones - acuda a ellas, su exigencia será muy diferente a la que sería si acude convencida de su impotencia. Si antes de acudir ha manifestado su indignación y ha proclamado su decisión de hacerse oír.

Es obvio pues que fijar un tal objetivo y prepararse para realizarlo puede interesar y movilizar a cuantos participan ya en las actuales movilizaciones de protesta y, por supuesto, a todos los que no lo hacen por considerar que nada se puede obtener con sólo manifestar. Inclusive podrá interesar hasta a los que de verdad desean "regenerar" el sistema a través de la vía electoral.

No olvidemos lo que la historia nos ha enseñado: para conseguir algo hay que luchar por ello. Debemos ser pues conscientes de ello; pero también de que mucha gente vota por no ver otra manera de manifestar su indignación contra el sistema de explotación y dominación dominante. Y que no por ello se abstiene de acudir a las manifestaciones ni dejará de participar en la rebelión si las circunstancias la hacen inevitable. De ahí pues la necesidad de no cortar los puentes con ellos y de hacer todo lo posible por que, llegado el momento, puedan unirse a los que ya estaban convencidos de que no hay otra solución que la rebelión.

(18/II/2013) en *Kaosenlared* y otras webs

Épilofo

No siempre lo que se piensa y se dice corresponde a lo que se hace y se vive. En lo que me concierne, creo haberlo intentado y las trazas recogidas en este libro testimonian de esa tentativa de coherencia entre pensamiento y acción. Un pensamiento que se ha ido construyendo al mismo tiempo que la acción exigida por las circunstancias en que me encontraba. Por ello este "epílogo" es "provisional"; puesto que ni la historia ha terminado ni yo, pese a la fatiga del tiempo, he cesado de caminar con la ilusión de continuar haciendo camino en ella.

Un camino incierto y cuyo rumbo será, más que nunca, el que los humanos seamos capaces de darle: ya sea para evitar las terribles calamidades -para la supervivencia de la humanidad- a las que parece abocarnos el rumbo actual o para que estos negros presagios se vuelvan, desgraciada e irremediablemente, realidad. Pues lo cierto es que tanto el bien como el mal, el progreso como el retroceso, la liberación como la sumisión, parecen inscribirse en la historia que se está haciendo hoy.

De ahí el interés, la necesidad, para cuantos han luchado y sigue luchando por "un mundo mejor", de hacer un balance ideológico-histórico de sus luchas en el caminar de la historia durante esos años. Un balance que cada uno o una puede hacer desde su personal recorrido ideológico y "militancial": no sólo para ver si el esfuerzo hecho ha valido la pena sino también para saber si se debe continuar o cambiar... He aquí pues el que yo he hecho sobre estos ya más de sesenta y cinco años del caminar de la historia y de mi propio caminar pensando la utopía e intentando que mi "militantismo" anarquista fuese consecuente...

En lo que concierne al esfuerzo realizado, pienso que sí valió la pena de hacerlo y que, pese a los sacrificios y a lo que el mundo es hoy, fue una decisión coherente, en aquellas circunstancias históricas, el intentar una praxis consecuente con lo que yo pensaba y decía entonces. Inclusive en lo que respecta a los resultados; pues, aunque Franco muriera de viejo en la cama y pudiera dejar todo “atado y bien atado” para que la “transición” se produjera sin ruptura institucional, no creo que la España de hoy ni el mundo sigan siendo lo mismo que entonces.

Por supuesto, a lo largo de estos sesenta y cinco años se han producido acontecimientos que han sido decisivos para que España y el mundo sean, para bien y para mal, lo que son hoy. Acontecimientos que, si bien no han cambiado el rumbo injusto y autoritario de la historia, si han contribuido a abrir nuevas perspectivas para el pensamiento emancipador en el seno de los movimientos que siguen reclamándose de él. No sólo por mostrar y probar que todos los totalitarismos se valen, que el socialismo sin libertad no es más que capitalismo de Estado y que la democracia sin justicia social es una falacia, un simulacro, sino también por haber mostrado y probado que el capitalismo, además de ser explotador del hombre por el hombre, es una verdadera amenaza para la propia supervivencia de la especie humana por su carácter despilfarrador de los recursos naturales.

¿Cómo negar que estos acontecimientos, que han evidenciado hasta la saciedad lo nefasto de la racionalidad autoritaria para la convivencia y supervivencia de los humanos, han actualizado y revigorizado la búsqueda de alternativas teóricas y prácticas no autoritarias, libertarias? ¿No son acaso éstas las que buscan o intentan experimentar ya los nuevos movimientos sociales surgidos estos últimos tiempos en el mundo y las numerosas experiencias asociativas que comienzan a desarrollarse un poco por todas partes?

Es pues en este sentido que el balance es positivo y que la decisión de ser consecuente con el ideal libertario fue y me sigue pareciendo coherente y pertinente. Tanto desde el punto de vista ético como del histórico; puesto que una tal actitud respondía a las mismas inquietudes que después han manifestado cuantos y cuantas tratan de orientar la historia por un camino verdaderamente emancipador.

Y también lo es, al menos para mí, por el hecho de que de más en más el

anarquismo es pensado y vivido como una actitud de rechazo de toda forma de autoridad y de ejercicio de la libertad, y, en consecuencia, de rechazo de toda forma de dogmatismo y sectarismo que es lo propio de todas las ideologías y doctrinas. Como también de rechazo a las etiquetas, símbolos y rituales, ídolos, mesías y Gurús.

En este sentido, pensar la utopía en la acción, me ha afirmado más en la anarquía que en el anarquismo, en ese anarquismo que no acepta el cuestionamiento y que se considera un corpus doctrinal... Por ello, si ya era entonces un anarquista heterodoxo, ahora lo soy aún más...

ÍNDICE

Preámbulo	5
Primera Parte: Introducción	9
<i>*En el exilio</i>	
¿Qué es la libertad?	16
¿Por qué? El Temor a lo nuevo	19
¿Miedo a la libertad?	21
El anarquismo de ayer y de hoy -Lo que debe buscarse	23
A la militancia anarquista internacional-Carta abierta de un joven libertario	24
<i>*En la clandestinidad</i>	
El "Plan de Desarrollo" del Opus Dei	30
El neomarxismo y el dogma	37
Las opciones de la Izquierda española ante la estrategia y la realidad franquista	38
Debate ideológico sobre el porvenir del sindicalismo español	45
Perspectivas del sindicalismo revolucionario	56
Reinventar el anarquismo, reinventar el marxismo, reinventar la revolución	64
Por un debate sobre: reformismo y revolución	67
La "utopía" autoritaria en cuestión...	82
Segunda Parte: Introducción	94
<i>*Anarquismo, anarcosindicalismo y revolución...</i>	
Ética y revolución	102
La expulsión del compañero Cipriano Mera	111
El anarquismo y las nuevas corrientes antiautoritarias	121
Violencia y transformación social	127
¿Lenguas en Guerra?	134
La Fe en la Revolución...	136
El anarcosindicalismo y las derivas autoritarias	141
El anarcosindicalismo, cien años después...	144
Los anarcosindicalistas en la coyuntura actual	147
La crisis del paradigma emancipador, la miseria de los discursos perentorios y la utopía...	154
La independencia, ¿para qué?	162
La anarquía: ¿un poder o un antipoder?	166

<i>*Socialismo, populismo y revolución...</i>	
América Latina: la utopía sacrificada	172
El castrismo, una desilusión anunciada	176
Noam Chomsky, bufón de Chávez	182
Populismo y emancipación	188
Por la necesidad y la urgencia de la crítica	190
Retórica y praxis revolucionarias... (Respuesta fraternal a las objeciones de Karina y Ana)	193
Transparencia y consecuencia en la lucha anticapitalista y antiautoritaria	200
<i>*"Memoria Histórica"...</i>	
'Memoria histórica' y ruptura institucional con el franquismo	210
La guerra no ha terminado	213
El combate por la memoria de la libertad	216
Lo que no pública <i>EL PAÍS</i>	218
Carta al Poeta Juan Gelman	219
Los libertarios y la "Memoria Histórica"	221
El Quico Sabaté y Joaquín Delgado	222
¡Gracias señor Zapatero!	226
Garzón y la Democracia «atada y bien atada»	228
Garzón: un combate falso e inútil	232
El circo del acoso a Garzón ha terminado	234
"Lo malo de lo bueno" de Savater	236
<i>*Indignación y rebelión...</i>	
La verdadera amenaza: el totalitarismo capitalista	242
Davos – Belém: parches para el capitalismo	245
Howard Zinn y la desobediencia	248
¿Qué hacer ante la ofensiva de la oligarquía?	251
Las huelgas y el cambio social...	254
En marcha la criminalización de la protesta social	257
Urge desembrollar el 25-S	259
TOMA EL MUNICIPIO: ¿por abajo o por arriba?	264
¿Cómo potenciar la indignación?	267
Todos a una, como en Fuenteovejuna!	271
Ante la corrupción y la regresión social, ¿qué solución?	274
Epílogo	279